

The book cover features a central yellow rectangular label with a red border. The background is a rich, traditional East Asian painting style, likely Chinese or Japanese, depicting a multi-tiered architectural structure. The top section shows a dark blue sky with golden, swirling clouds. Below this is a red horizontal band with small white stars. The middle section is a dark blue area with a central red square and two ornate, diamond-shaped floral motifs in gold and white. The bottom section is a red horizontal band with small white stars, followed by a wide, intricate golden lattice pattern. At the very bottom, two green-tinted window panes are visible, framed in red. The entire scene is enclosed within a wide, decorative border consisting of repeating circular floral motifs in gold, red, and blue on a yellow background.

MANDALA

PEARL S. BUCK

Lectulandia

A la pareja compuesto por el Maharaná Jagat príncipe y su esposa Moti, les llegan noticias de que su único hijo, Jai, ha sido asesinado por los chinos en una escaramuza fronteriza, una inconsolable Moti envía a Jagat a traer a casa el cadáver del niño. En el viaje, el príncipe se involucra con una bella y misteriosa mujer americana joven. Así comienza la atracción fatal entre las culturas orientales y occidentales, la costumbre rígida, y la libertad de pensamiento.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Mandala

ePub r1.0
Titivillus 16.03.15

Título original: *Mandala*
Pearl S. Buck, 1970
Traducción: Justo González

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

MANDALA

Representación esquemática del cosmos que se caracteriza principalmente por un conjunto de formas geométricas dispuestas en círculos concéntricos, cada una de las cuales contiene la imagen de una deidad o un atributo divino. Símbolo representativo del esfuerzo para reunirse consigo mismo.

I

Aquella mañana de verano, como de costumbre, el ronroneo de las palomas en el antepecho de la ventana de su alcoba despertó a Jagat, Maharaná de Amarpur, India. Y no era un ruido pequeño, pues miles de palomas habían anidado durante siglos, generación tras generación, en las cornisas y bajorrelieves del antiguo palacio. Cada mañana, hasta donde le llegaba la memoria, había abierto los ojos ante el suave ronroneo de los pichones que después despertarían a sus innumerables compañeros hasta que el batir de sus alas alcanzara un ritmo acelerado. Se sentó en la cama, desnudo bajo la sábana de seda blanca, y bostezó. A través del amplio espacio de la habitación, vio su imagen reflejada en el enorme espejo que colgaba de la pared opuesta a la cama. Un hombre apuesto y agradable, observó con satisfacción. Cerró la boca, se alisó los rizados cabellos oscuros y miró al interior de sus ojos negros. Luego sonrió ante su propia imagen, apartó las sábanas y se acercó a las ventanas, abiertas al aire de la mañana. Como era su costumbre, se inclinó sobre el antepecho para contemplar el paisaje. Desde el otro lado del lago le venía el golpeteo de las palas de madera de las mujeres que lavaban sobre las gradas de mármol del acceso acuático a la pequeña ciudad.

Amaba aquel escenario. Más allá del lago, se alzaban las colinas, en semicírculos de marrón desierto, desnudas y redondas como pechos de mujer. Los achaparrados arbustos del desierto moteaban sus lisas superficies. En el valle, amplio y llano, la ciudad de mármol blanco refulgía con los primeros rayos del sol. Las colinas estaban preñadas de mármol y las casas se construían con mármol. En los límites de la ciudad, frente a la orilla del lago azul, el palacio de mármol blanco se extendía sobre un cuarto de milla, con sus murallas, minaretes y torretas tachonadas de oro; el palacio donde su familia, los Rajputs de Rajasthan, había vivido durante siglos. Él, el Maharaná, su esposa, la Maharaní Moti, y sus dos hijos vivían en la moderna ala occidental que él había construido mientras que su padre había continuado utilizando hasta su muerte los vastos salones del palacio propiamente dicho. Entre ambos se alzaba el gran edificio que albergaba los salones de audiencia, los pasillos y las bibliotecas.

Al pensar en Moti sintió que un calorillo familiar le acariciaba el pecho. Aún eran jóvenes los dos, a pesar de que su hija Veera estaba ya en edad de casarse, y, de hecho, se casaría en los próximos meses con un joven príncipe de Limbdi. Su hijo Jai estudiaba en una escuela preparatoria inglesa, próxima a Mussoorie, y después iría a Oxford donde el propio Jagat se había licenciado a los veintidós años. Sí, aún eran jóvenes los dos. Él acababa de cumplir cuarenta y ella tenía poco más de treinta y ocho. Se habían casado demasiado jóvenes, pero su matrimonio había sido un asunto arreglado entre las familias. Ella era hija de un estadista y hombre de gran riqueza, *Sir Ramakrishna Prasad*. Les había llevado bastante tiempo enamorarse, incluso después de la primera inevitable consumación de la noche de bodas.

Miró el reloj alemán que colgaba de la pared, encima de la puerta. El palacio estaba lleno de relojes, divertidos regalos hechos por los plenipotenciarios de Europa a lo largo de los siglos. Éste lo había reservado para su uso personal porque le gustaba su fantástico aspecto gótico: una catedral de oro con una aguja de plata de la que salían cuatro pequeñas figuras para ejecutar una danza espasmódica. Sin embargo, las puertas de la catedral estaban atrancadas con alambre para mayor comodidad de una pareja de abadejos marrones que, año tras año, anidaban allí. Uno de ellos sobrevoló su cabeza en aquel momento acarreado en el pico una brizna de hierba seca. Entró en la catedral con aires muy activos moviendo incesantemente la cola, arriba y abajo.

—Ajá, pequeño —exclamó Jagat—, eres madrugador. ¿Dónde está tu compañera?

Como respondiéndole, un segundo abadejo pasó sobre su cabeza. Se inició una discusión entre los dos pajarillos, una confusión de gorjeos y piadas, que Jagat escuchó divertido. En la India la línea entre lo humano y lo no humano está muy poco definida, si es que está definida de algún modo. Su pueblo actuaba sabiamente, pensaba Jagat, al aceptar a los animales como parte de la familia que vive en el globo. Los animales sabían corresponder a esta actitud. Las vacas, pavoneándose por las calles de las ciudades con aspecto enteramente humano, y los monos grises que jugueteaban por los tejados, no conocían ninguna diferencia entre ellos y el hombre. Hasta las criaturas menores —ratones, ardillas y demás variedades diminutas de la vida— se merecían el respeto y la ternura que se les dedicaba, aunque a veces resultaran fastidiosos sus abusos de confianza, robando por aquí y por allá según su conveniencia. Su propio padre, en cierta ocasión, había cedido durante días su trono de oro a una mangosta que tuvo la ocurrencia de colocar a sus pequeños sobre los suaves cojines de terciopelo. Su pueblo había llegado, a través de siglos, a aceptar como una cualidad esta inocua confianza en sí mismas que mostraban ciertas criaturas.

Pero estos pensamientos sólo entretuvieron momentáneamente a Jagat. No había olvidado el desasosiego que sentía por dentro y consideró que había llegado el momento de acabar con él. Moti estaría todavía durmiendo. La única falta de armonía entre ellos durante aquellos años de matrimonio era el horario. Él se iba normalmente a la cama poco después de la puesta de sol, pero ella permanecía completamente despierta hasta después de medianoche. Él se despertaba al amanecer y ella no abría los ojos hasta poco antes del mediodía. ¿Iría a molestarla ahora? El aire flotaba sobre el lago, espeso con las neblinas de la primavera, y Jagat no acababa de decidirse. De pronto, el alegre sonido del canto de un pájaro acarició sus oídos y aceleró su decisión. ¡Tendría que despertarse, tendría que despertarse para satisfacer su necesidad! Cruzó con pasos enérgicos la habitación, se echó encima una bata y entró en el pasadizo que conducía a la habitación de su mujer. Una criada dormía ante la puerta. La apartó con su pie desnudo y entró.

Moti estaba durmiendo. Jagat se acercó a la cama, un lecho casi a ras del suelo, y se la quedó mirando. Dormía con la mano derecha bajo la mejilla, el rostro pálido y placentero, los largos y negros rizos desordenados sobre el rostro. Tenía la piel clara y suave, y los huesos delicados como buena hija de Cachemira. Su sari blanco de dormir había resbalado de su hombro derecho dejando al descubierto un pecho, redondo y firme como el de una muchacha. La vista de aquel pecho agitó aún más el deseo de Jagat, que se arrodilló al lado de la cama.

—Moti —susurró—. Moti, ¡estoy aquí!

Ella abrió los ojos y le miró en un reconocimiento gradual que culminó con una sonrisa. Luego se puso boca arriba y se apartó el cabello del rostro con ambas manos. Tenía unas manos muy bonitas. En cierta ocasión un joven escultor de París, un amigo que había hecho Jagat en sus días de estudiante, había pasado una semana en el palacio y se negó a visitar los lugares pintorescos de Amarpur para poder pasarse todo el tiempo esculpiendo en mármol las manos de Moti.

Jagat se inclinó sobre ella.

—¡Moti, hace un día perfecto!

Habló en inglés como tenía por costumbre siempre que lo hacía con ella, pues sus lenguas nativas eran distintas, y además era en inglés como expresaba siempre su amor y sus pensamientos más profundos.

Moti suspiró.

—Jagat, prometiste no despertarme nunca antes de las diez.

—¡Pero es que hace un día tan bonito! Los abadejos están construyendo su nido en el reloj otra vez.

—¿Y eso es lo que te dio la idea de venir a mi habitación?

—No hacen falta pájaros para que se me ocurra esa idea.

Moti se echó a reír y le hizo sitio en la cama. No había necesidad de cerrar la puerta. La criada no abandonaría su guardia hasta que no la llamase su señora. Él se quitó la bata suelta que llevaba puesta y empezó a despojarla lentamente del sari, disfrutando con el suave contacto de su piel. El amor seguía siendo el placer más dulce de esta vida, la comunión total que los convertía en uno, y ahuyentaba todas las posibles diferencias de sus mentes. No dijeron una palabra, ni él, ni ella. Era un dueto silencioso, una rutina familiar que, a pesar de todo, conservaba intacto su placer. De pronto, se acabó todo y él se dispuso a marcharse con tanta prisa como había llegado.

—Gracias —dijo y, deteniéndose a medio camino de la puerta, se volvió para besarla en los labios. Luego salió de la habitación.

Sin embargo, la presencia de Moti le siguió. Esa muchacha, esa mujer con la que se había casado cuando sólo tenía dieciocho años, seguía siendo en el fondo una desconocida para él. A veces charlaban, explorando juntos los significados ocultos de la escritura hindú, de la poesía y la historia, de la democracia moderna o del comunismo chino. Conocía los hábitos de su mente, aunque a veces no podía seguir todos sus pasos y estaba gozosamente familiarizado con los contornos y los

recovecos de su cuerpo. Pero no conocía, y quizá no conociera nunca, los sentimientos íntimos que albergaba aquel cuerpo, como tampoco sabía los pensamientos secretos de su mente. ¿Correspondía ella a sus robustos y francos estímulos físicos? Si lo hacía no lo daba a entender; controlaba perfectamente sus expresiones y permanecía aparentemente pasiva. Una vez había oído la exposición de un vulgar joven inglés, un director de cine a quien conoció en Bombay, sobre los defectos que, a su juicio, tenían las mujeres indias.

—Son bellas de aspecto, pero muy malas amantes —había dicho aquel tipo y luego explicó la contradicción.

—Se entregan en seguida, pero eso es todo lo que son capaces de dar... No saben nada sobre el arte de hacer el amor.

Él no había contestado a esta vulgaridad, reprimiendo la ira que le produjo el saber que hubiese mujeres indias capaces de ceder ante tan crudas demandas. Quizá no hubiera ninguna. Quizá aquellas frases fuesen puros alardes de macho jactancioso. En cualquier caso se negó a seguir con aquella conversación. En realidad, no había vuelto a ver a aquel hombre nunca más. Tampoco estaba de acuerdo con que Moti no fuese una buena amante. Tenía una forma dulce y graciosa de recibirle, incluso de darle la bienvenida, si dar la bienvenida significa no rechazar. Pero aquello, más que armonía, era acomodación. ¿O no? A pesar de todo, lo prefería en conjunto a los falsos gestos románticos de las profesionales de París o Londres. Aquellas primeras experiencias de su juventud sólo eran capaces de producirle un profundo desagrado en su madurez. Pero ¿sería posible que no hubiera conocido nunca lo que es gozar plena, totalmente de una mujer?

Salió del cuarto de baño y desechó aquellos pensamientos. Moti era su amada esposa y no se quejaba nunca, ni siquiera ahora que el nuevo gobierno había reducido a la mitad sus ingresos principescos. Las esposas de algunos príncipes de los Estados vecinos, amigos suyos, no hacían más que lamentarse amargamente de la nueva situación. ¿Cómo, decían, cómo podrían pagar los gastos de sostenimiento de sus familias, comprar los saris y las joyas que necesitaban, por no hablar del mantenimiento de los palacios, si las privaban de la mitad de sus ingresos normales? Y estaba también la cuestión de la tierra. También les habían quitado la tierra; bueno, la habían reducido hasta un punto que ya no permitía subvenir a las necesidades de todo el parentesco real, que ya no permitía pasarse el año perdiendo dinero en Monte Carlo y luego volver a casa a rehacer tranquilamente su fortuna. En los buenos tiempos, un príncipe, cuando necesitaba dinero, no tenía más que decirle a los arrendatarios de sus tierras que aquel año se quedaría con una proporción de la cosecha superior a la del anterior, y luego enviar a su mayordomo a comprobar sobre el terreno que el grano se dividía de acuerdo con las órdenes del terrateniente real. Esto se podía hacer impunemente y así se había hecho en su propio Estado. Él había visto a su padre decretar una medida de este tipo en beneficio de su joven hermano, al que una de sus queridas francesas le había abandonado llevándose de paso unos

cuantos millones de francos. Aquel año los campesinos, que habían arado la tierra, puesto las semillas y cuidado los campos de trigo, sólo se quedaron con un quinto de la cosecha.

No, Moti nunca se quejaba. Cuando él le comunicó las nuevas disposiciones del gobierno, se había limitado a escucharle en silencio, con un gracioso mohín en sus ojos oscuros, sin alterar para nada su rostro de crema pálida. Mientras ella permanecía en silencio, Jagat dijo:

—Moti, tendré que pensar en montar un negocio, o algo por el estilo. Las reducciones van en aumento al pasar de una generación a otra y cada vez quedará menos para los niños hasta que finalmente no quede nada. Y sin embargo, esto es justo en cierto modo. Por lo menos a mí me parece así después de tantos años de tomar del pueblo y no darle nada a cambio. Pero se me hace raro pensar que ya no soy el gobernante de mi propio Estado.

Ella vestía el suave sari blanco que era su ropaje habitual. Habían cenado ya, y estaban sentados en la espaciosa terraza de mármol que su abuelo había construido ante la fachada oeste del palacio, el año que se trajo una chica griega que le había sorbido el seso. Había construido la terraza alrededor de un gigantesco árbol que extendía su sombra sobre ellos. Al pie del árbol había una fuente presidida por una estatua de la chica griega esculpida en mármol verde pálido. Ella había muerto pronto, pues aquello ocurrió antes de que los inteligentes científicos suizos descubrieran el remedio contra las disenterías rápidas. ¿O se había suicidado, ahorcándose con una cuerda? ¡Misterios del palacio!

—Algo ha cambiado, Jagat —había contestado Moti reflexivamente—. Ahora ya no eres el que gobierna y supongo que, en cierto modo, el pueblo te echará de menos. Tu padre fue una figura fascinante que llevó algo de excitación a sus monótonas vidas. Hasta sus pecados eran fascinantes. En cuanto a tu abuelo... debió ser hermoso cuando estaba aquí la muchacha griega. Incluso tú, querido, eres completamente fascinante, aunque sin chicas griegas, a Dios gracias. Pero tus cacerías de tigres... por cierto, me temo que haya polillas en esa gran cabeza de tigre que hay colgada entre las ventanas del salón. ¿Querrás echarle un vistazo?

—Pero ¿es que no te importa que hayan reducido a la mitad tu presupuesto para joyas y saris?

Moti encogió sus delicados hombros.

—Tengo cientos de saris, y más joyas de las que podré ponerme nunca. Eres muy generoso, Jagat. He pensado regalarle a Veera algunas de mis joyas cuando se case. Supongo que los campesinos encontrarán excitante tener algo más que comer... al menos tan excitante como las chicas griegas y los maharajás exigiendo su peso en oro como regalo de cumpleaños.

Se echó a reír ante sus propios pensamientos.

—¡Qué tentación para la obesidad debía ser aquello! Sin embargo, tu abuelo supo mantener la línea... supongo que tuvo que escoger entre el oro y las chicas griegas, o

lo que fuesen. Ella era lo bastante joven para ser su hija, ¿verdad? Y él estaba completamente loco por ella. No puedo soportar el entrar en esa pequeña habitación en que se ahorcó.

Después de esto se había levantado y había entrado en el palacio con sus elegantes movimientos, una elegancia que podía parecer indolencia, aunque él sabía muy bien que no lo era. Moti era una estudiante inveterada, no sólo de las religiones indias, sino del catolicismo. Había tenido durante muchos años un profesor católico, un anciano abate francés, que la había enseñado un francés de puro acento parisino. Pero el Padre Dubois había muerto el año anterior. Al sentir que la muerte se aproximaba, la había dejado al cuidado de un joven sacerdote inglés, el Padre Francis Paul, un hombre apuesto, con barba y aspecto ascético, hijo de un conde protestante que se había indignado lo indecible al ver a su hijo convertido en sacerdote de una forma rival del cristianismo. Últimamente, algunas tardes, cuando Jagat volvía al palacio, se encontraba al joven sacerdote sentado en un confortable sillón de la terraza y cerca de él, pero no demasiado cerca, Moti tumbada en su «chaise-longue», la cabeza recostada sobre los cojines, el viento agitando suavemente sus cabellos lejos del rostro.

Y así se los había encontrado también la noche anterior. Le saludaron, como siempre. El Padre Francis Paul se puso respetuosamente en pie, sus hermosas y delgadas manos cruzadas sobre el vientre, el bello rostro inclinado hacia el suelo, la barba recortada y el cabello castaño, bastante largo. Fuese cual fuere el tema de su conversación, ésta cesó en cuanto apareció él. Cuando se sentaron de nuevo, el sacerdote esperó a que el Maharaná hablara antes de permitirse cualquier comentario. Era un hombre bien educado y su cultivada mente le indicaba cómo debía comportarse ante el príncipe.

A Jagat le gustaba charlar con el Padre Francis Paul, a pesar de su secreto prejuicio contra el catolicismo. No había nada como la inteligencia de una mente inglesa, potente y fría hasta cuando estaba nublada por el misticismo religioso. Pero el misticismo era algo familiar para una mente india, aunque corrompido, claro está, por la superstición. Incluso él, Jagat, no iniciaría un viaje ni se embarcaría en un nuevo negocio en un día declarado de mal agüero por los adivinos, y tampoco le avergonzaba confesarlo. De hecho tenía la intención de consultar con un adivino si ese mismo día era propicio para poner en práctica un proyecto del que no había hablado a nadie, ni siquiera a Moti. Pero luego cambió de opinión. Un buen día era un buen día. El aire era claro y seco, y el lago titilaba con infinitos puntos de plata a la luz del sol.

De pronto, mientras se estaba vistiendo, un pájaro de una especie desconocida para él entró en la habitación. Era blanco; demasiado pequeño para ser una paloma, demasiado grande para ser un tordo. Entró por la ventana abierta, describió dos círculos muy cerca del techo y se posó sobre el pesado marco de oro del cuadro que más apreciaba. Las paredes de su habitación estaban plagadas de antiguas obras

maestras que representaban la historia de los Rajput y los mongoles. El escogido por el pájaro blanco era el retrato de un antepasado de Jagat, el poderoso Pratap, que había reconquistado la gran fortaleza de Chittor, de la que se había apoderado Akbar, el invasor mongol. Pratap declaró que, hasta que no reconquistara Chittor, no comería en vajilla de oro o plata, no se alimentaría más que de las hojas de los árboles, nadie dormiría en colchones de seda o algodón, sino sobre jergones de paja, y ningún hombre podría cortarse la barba hasta que hubiese sido expulsado el último invasor. La vigencia de su orden duró tanto que el abuelo de Jagat, aunque comía en platos de oro y plata, colocaba bajo ellos unas cuantas hojas verdes, y unos haces de paja bajo su cama. ¿Por qué venían ahora aquellos viejos recuerdos? El pájaro blanco se los había traído. Otro pájaro, también blanco, se había metido volando en la tienda de Pratap la misma mañana de su juramento. ¡Éste era realmente un buen presagio, pensó Jagat, para la aventura que iba a empezar!

* * *

Moti estaba sentada en sus habitaciones, leyendo un nuevo libro de Jean-Paul Sartre. Leía el inglés y el francés con facilidad, y le agradaba viajar con la mente e introducirse así en el pensamiento occidental, pues había decidido mucho tiempo atrás que nunca cruzaría el Agua Negra, ni dejaría su propio país para visitar otro, salvo con el pensamiento y la imaginación. Tenía un aspecto joven, virginal, a pesar de la temprana visita de Jagat, o quizá a causa de ella, aunque esto nunca lo reconocería. Después de aquello, se había bañado meticulosamente y había tomado su acostumbrado desayuno vegetariano, pues nunca comía carne, a pesar de la insistencia de Jagat.

—Un buen filete asado traería algún color a tus pálidas mejillas —había repetido Jagat miles de veces desde que se casaron, pero ella se había negado siempre con tozuda firmeza.

Moti no quería destruir una vida, ni siquiera comiéndose un huevo, que contenía el germen de una vida, y la disgustaban especialmente las cacerías de tigres, el deporte preferido de Jagat. Sin embargo, no protestaba cuando él ordenaba a su hijo Jai que le acompañara por las montañas hasta uno de los muchos apostaderos de caza que generaciones de príncipes habían construido allí. Sólo Jagat había cazado más de cien tigres. Las mejores piezas habían sido disecadas, o bien se habían montado sus cabezas que ahora adornaban las paredes de palacio. Otros se habían convertido en lujosas alfombras. Pero ella no tenía ninguna piel ni cabeza de animal en sus habitaciones.

Aquella mañana estuvo leyendo varias horas en silenciosa quietud. Nadie la molestó, aunque más de una vez un criado abrió la puerta, miró al interior y se retiró de nuevo. Al fin cerró el libro, colocó un blanco marcador de satén entre las páginas, y se quedó inmóvil, pensando. Le era imposible, se dijo, aceptar la transitoriedad de

esta nueva filosofía occidental. Vivir como si no hubiera más que el momento presente... no, no aquí, en esta cuna de la historia, aunque el peso del pasado de la India resultase a veces una herencia excesivamente pesada. Quizá fuese ésa la razón de que algunos jóvenes, como Veera y Jai, pareciesen ociosos y sin objetivos. Era imposible crear un presente comparable a tan glorioso pasado, imposible igualar las proezas y la osadía de los antepasados. Pero, en ese caso, ¿cómo se explicaba Jagat? Jagat nunca había sido una persona ociosa o sin objetivos. Desde el día de su matrimonio, siempre le había visto ocupado en algo. ¡Gracias a Dios que, por lo menos, no había sido con mujeres!

La habían prometido a los dieciséis y se había casado a los dieciocho. En aquellos dos años de plazo su madre la había preparado para lo que ella creía debía ser un marido.

—Las mujeres son seres tristes —las homilías de su madre empezaban normalmente con estas palabras. Después continuaba—: La causa de esta tristeza es que las mujeres se permiten el lujo de soñar con la lealtad del amor. Eso es sólo un sueño, y los sueños son siempre peligrosos. Los hombres no pueden ser fieles. Su naturaleza misma se lo impide. Cuando un perro ve un conejo, empiezan a temblarle las mandíbulas y la boca se le llena de saliva. No puede evitarlo. De la misma forma, cuando un hombre ve a una mujer joven y bonita, sus mandíbulas también tiemblan y la boca se le hace agua. Serías una estúpida si dejaras que eso te entristeciera.

Pero Moti había soñado mucho con el amor en su adolescencia.

—¿Cómo puedo evitar que me duela eso? —le había preguntado un día a su madre.

Ahora, al recordar, se veía a sí misma como una muchacha muy sensible a la ternura, la delicadeza y la belleza, una adolescente a la que le gustaba soñar.

—Intenta no enamorarte demasiado de tu marido —había sido el consejo de su madre.

—¿Pero acaso no tengo el deber de amarle cuanto pueda? —había preguntado ella.

—Te confiaré un secreto —contestó su madre—. Sé perfectamente que si te dejas enamorar sufrirás mucho. Lee libros, estudia música, aprende lenguas, haz cualquier cosa que mantenga ocupados tu cuerpo y tu mente, pero evita por todos los medios enamorarte demasiado de tu marido... o de cualquier otro hombre.

—¿A qué otro hombre puedo amar? —había preguntado ella en su inocencia.

Su madre pareció confusa por un momento.

—A ningún otro, desde luego —había contestado.

Sin embargo, Moti comprendía ahora que no se podía controlar tan fácilmente el amor. El día anterior había descubierto con sobresalto que si el padre Francis Paul no fuera un sacerdote, le amaría. El joven inglés comprendía su mente turbada e inquisitiva, se mostraba cariñoso y delicado ante sus dudas, percibía completamente las complejidades de su vida como señora de aquel inmenso palacio. Hasta entonces

nadie se había preocupado como él por su alma, y ella, ahora se daba cuenta, le correspondía inconscientemente, aunque con una extraña sensación de culpabilidad. El sacerdote era su guía espiritual... su gurú, como le hubiera llamado de haber sido indio.

Hasta ahora no se había permitido amar plenamente a ningún hombre, ni siquiera a Jagat, a pesar de la angustiada necesidad de amarle que había sentido muchas veces. Cuando Veera se casara y Jai estuviera en alguna universidad inglesa —o quizá americana, pues Jagat hablaba últimamente de enviarle a Harvard, y Norteamérica estaba mucho más lejos que Inglaterra—, se quedaría sola con Jagat. Y él nunca había amado a otra mujer. Si su madre viviera, iría a verla y le diría:

—Madre, Jagat no es como los demás hombres. Me ha guardado fidelidad como marido. ¿Por qué no puedo amarle?

Pero su madre estaba muerta, y no había ninguna otra persona a la que poder confiar semejante cosa. Desde luego, no podía hablar de eso con su hermana mayor, casada con un príncipe vecino que mantenía en su palacio un harén de bailarinas, como había hecho en otro tiempo el padre de Jagat. ¿Cómo explicarse el comportamiento de Jagat? Cuando subió al poder, despidió a todas las bailarinas que, como una bandada de pájaros chillones, habían llenado de ruidos el palacio con sus risas y sus peleas. Cuando se fueron, después que Jagat les pagara con generosidad, la tranquilidad de la Historia había descendido sobre el palacio y el lago. Ella había vivido en esa paz, había sido la maharaní y señora de muchos servidores, había criado a sus hijos, y había sido la esposa de Jagat sin permitirse a sí misma amarle hasta ahora.

En aquel momento alguien llamó a la puerta, que estaba abierta. Cuando dio su permiso para entrar, apareció Veera, seguida de una criada que vestía un sari de algodón gris y traía una bandeja de plata con el desayuno.

—Ya es hora de que comas algo, Mamu —dijo Veera—. He encargado las tostadas como te gustan, muy tostadas y crujientes, aunque no sé cómo puedes comer esta imitación india del pan inglés. ¡Deberías probar el pan que comemos en la escuela! ¡Pan auténtico!

Era una muchacha alta y esbelta, vestida con un sari amarillo pálido, con una hermosa melena negra que le llegaba a la espalda. Se parecía a su padre, los ojos vivos y castaños, la piel clara, las facciones muy acusadas, la nariz ligeramente aquilina, la boca como la de una escultura griega, con las comisuras muy marcadas y los labios delicados a pesar de ser bastante gruesos. Alejandro Magno y sus hombres habían dejado algo de sí mismos en el norte de la India cuando la invadieron.

—Estoy acostumbrada a nuestro pan indio —contestó Moti.

—Pienso —continuó Veera dejándose caer sobre un cojín de satén rojo que había en el suelo— que deberías comer aunque sólo fuera un huevo en tu desayuno. Tendrías que ver lo que nos ponen en el colegio: potaje, fruta, huevos, riñones y tocino. Y yo me lo como todo.

Moti se echó a reír.

—Perdóname... ¡pero a mí me sería imposible! No intentes reformarme, niña. Té y tostadas son suficientes para mí. Además, como fruta en la comida.

—Pero estás siempre pálida.

—No vivo en las montañas como tú cuando estás en el colegio.

—Pues deberías hacerlo.

—No, no debería. No me gustan las montañas. Me dan miedo. Me gustaría que tu padre te trajera y te llevara a Mussoorie en lugar de estar siempre tan ocupado. Me asusta ese camino, especialmente ese trozo tan estrecho que hay al final, para ir a tu colegio... una cornisa sobre un precipicio, ¡sin un mal parapeto! Aún no entiendo cómo no se ha caído alguien por ese barranco.

—¡Porque sabemos que debemos tener cuidado!

—Eso espero.

Se produjo un silencio mientras la criada servía el té y preparaba las tostadas.

—Gracias, Saira —dijo Moti—. Ahora puedes irte. Veera cuidará de mí.

La mujer se retiró, con las manos palma contra palma en señal de respeto, y cerró la puerta.

—Supongo —le dijo Moti a su hija— que tienes algo entre ceja y ceja. Si no, no te habrías levantado tan temprano.

—Sí, lo tengo. —Veera hizo una pausa y continuó con decisión—: Mamu, ¿tengo que casarme?

Moti miró sorprendida a su hija.

—Sí, naturalmente. Tu padre lo ha arreglado todo. ¿Por qué lo preguntas?

—Mamu, las chicas del colegio que vienen de Bombay dicen que hoy les permiten escoger a sus maridos.

—¡Vaya! Pero tú eres de Amarpur no de Bombay Y tu padre es un maharaná, no un mercader de Bombay.

—Pero Jai elegirá a su esposa en Inglaterra, o en Norteamérica. ¡A lo mejor en Bombay!

—¿Tú crees?

—Me escribió diciendo que lo haría.

—Hablaré con tu padre de eso. No me gustaría tener una nuera norteamericana, ni siquiera inglesa. Me gustan los occidentales, pero eso no quiere decir que tenga que meterlos en mi familia.

—¿Elegirá él su esposa, Mamu?

—No he oído nada de eso.

—Entonces, ¿por qué no se casa antes de cruzar el Agua Negra?

—Creo que tu padre no es partidario de eso. Piensa que los hombres no se deben casar demasiado jóvenes.

—Pero él se casó muy joven.

—Sí.

—¿Por qué me tengo que casar joven y Jai no?

—Porque tú eres una muchacha, querida, y eso crea una diferencia. Tú eres una responsabilidad para nosotros. A las muchachas les ocurren cosas extrañas que no les ocurren a los hombres. Es más seguro para una muchacha casarse joven.

—¿Cómo tú?

—Como yo.

—¿Deseaste alguna vez no haberte casado, Mamu?

—No. Nunca pienso en esas cosas. Mi *karma* hizo que me casara con tu padre.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Acaso no ocurrió?

Veera miró a su madre pensativamente. No había respuesta posible a aquello. A pesar de eso insistió:

—Pero ¿cómo sabes que Raj es mi *karma*?

—Pues porque así es. Consultamos a los astrólogos, comparamos vuestros horóscopos, los elementos, las estrellas presentes, todo.

—Excepto a Raj... y a mí.

—Bueno, querida, ya le has visto, ¿no? En mis tiempos a mí no me hubieran consentido ver a tu padre.

—Sí, ya le he visto, una vez.

—¿Es guapo?

—Sí, supongo que sí... si te gustan los tipos grandones. Seguramente está completamente cubierto de pelo. ¡Tiene pelos hasta en los bordes de las orejas!

—¡Veera!

—Pero, Mamu, ¡a mí no me gustan los hombres peludos!

—No debes pensar en esas cosas. ¡De veras, Veera!

Moti hablaba muy convencida. Apartó a un lado la bandeja del desayuno, se lavó las manos en una pequeña palangana de plata y se las secó en una servilleta de lino.

—Eres como todas las muchachas indias de hoy día. No sabes la suerte que tienes al contar con personas que te arreglen la vida de forma tan agradable para ti. No necesitas, como hacen las muchachas occidentales, perder tiempo y energías pensando cómo encontrar marido por ti misma. Me han dicho que de los catorce años en adelante las muchachas y mujeres occidentales no pueden hacer nada a derechas, obsesionadas como están por la dificultad de encontrar marido por sí mismas. Nosotros, tus padres, te liberamos de esa responsabilidad. Raj es un joven excelente, bien educado, de nuestra propia casta...

Al oír esto Veera se puso de pie tan bruscamente que el sari se le cayó de los hombros. Se lo ajustó con impaciencia.

—¡Mamu, estás realmente pasada de moda! Sabes perfectamente que el gobierno ha abolido las castas.

—Sí, querida, por supuesto, pero a pesar de eso, sigue siendo prudente, y conveniente, casarse con personas de la misma casta que uno.

—Si yo me enamorase de un hombre, me casaría con él fuese cual fuere su casta.

—Entonces sólo puedo decirte que sería una locura —afirmó Moti con decisión—. Y ahora, querida, será mejor que vayas a hacer tus ejercicios. Esa pieza de Debussy sonaba muy bien ayer. Antes no me gustaba Debussy.

—Quieres deshacerte de mí, Mamu. ¿Va a venir hoy tu bello y joven sacerdote? Una rápida mirada se cruzó entre ambas mujeres.

—No solías ser descarada antes, Veera —dijo Moti fríamente.

—Bueno, es guapo, ¿no?

—No me fijo en esas cosas. Además, pronto nos dejará. Se va voluntario a una misión en las montañas.

—¿Lo sabe Bapu?

—Sí. Precisamente le prometió al padre Francis Paul la piel del último tigre que ha cazado, en cuanto se la envíen de Mysore, donde la están «fijando», como dice tu padre. Y ahora vete, Veera.

—Sí, Mamu.

La voluntariosa muchacha le lanzó un beso desde las yemas de sus dedos y salió. Una vez sola, Moti dejó a un lado los libros y se hundió en sus pensamientos.

* * *

—Alteza, ha llegado el norteamericano.

Jagat estaba en su despacho, una gran sala cuadrada. Suelo, paredes y techo eran de mármol blanco. De las paredes colgaban numerosos retratos de sus antepasados encuadrados en marcos dorados. Alzó la vista desde detrás de la gigantesca mesa ante la que estaba sentado.

—Dile que entre.

El criado dio la vuelta obedientemente, pero la voz de su señor lo detuvo en la puerta.

—Espera —ordenó Jagat—. ¿Qué aspecto tiene el norteamericano?

El criado se volvió de nuevo.

—Es joven, Alteza.

—¿Y qué más?

—Alteza, ¿qué puedo decir? Es un hombre con dos piernas, una cabeza y dos brazos.

—Y dos ojos, supongo.

El criado sonrió moviendo la cabeza de izquierda a derecha en señal de asentimiento.

—Muy bien, dile que entre —ordenó nuevamente Jagat.

Se volvió hacia la mesa, pero un segundo después se abrió la puerta y entró el americano. Realmente era joven, tendría unos veintitantos años, pensó Jagat, un rostro bondadoso, inquisitivos ojos azules, cabello rojo y corto, y una amplia sonrisa,

la sonrisa americana. Su mano derecha se adelantó, abierta y amistosa.

—¿Cómo está...? ¿Cómo debo llamarle, Mr. Maharaná... o qué?

Jagat no tuvo más remedio que corresponder a aquella ingenua sonrisa occidental. Tampoco pudo ignorar la mano tendida. La estrechó durante un instante. Sintió una mano joven, fuerte y cálida.

—Puede llamarme como guste. Y siéntese, por favor.

El joven se sentó.

—No, en serio. Intenté que sus hombres me lo dijeran, pero no lo conseguí. ¿Debo llamarle *sahib* o algo así?

—Oh, no, *sahib* no —dijo Jagat riendo—. Así es como acostumbrábamos a llamar a los ingleses.

—¿No tiene usted un apellido, señor?

Jagat reflexionó.

—Es extraño, ¿sabe? —dijo al fin—. Los apellidos no son aquí como entre ustedes. En este Estado existen dos apellidos familiares principales. Como la mayoría de los pueblos, nosotros tenemos una leyenda según la cual descendemos del Sol y de la Luna, por eso nos llamamos Suryavanshi, o Raza del Sol, y Chandravanshi, o Raza de la Luna. Yo soy el jefe de los Suryavanshi.

—Entonces, ¿puedo llamarle Mr. Sol?

—Puede llamarme como guste —dijo Jagat.

El joven soltó una cálida carcajada.

—¡Vaya, después del tiempo que llevo a vueltas con este asunto!

—Del tiempo que *llevamos* a vueltas con este asunto.

—Corrección aceptada. Señor, ¿podría decirme qué quiere hacer con el palacio del lago?

Jagat titubeó. Ni siquiera había confiado sus proyectos a Moti. No se lo había dicho a nadie.

—Tengo intención de convertirme en un hombre de negocios —dijo al fin, en tono firme—. Uno tiene necesidad de hacer algo hoy día, ¿sabe, Mr...? ¿Cuál es su nombre?

—Llámeme Bert —dijo el americano—. Mi nombre es Bert Osgood.

Jagat evitó ambos nombres con elegancia.

—Como ya sabrá, desde 1947 nosotros, los príncipes, apenas tenemos algo más que nuestros títulos en la nueva India. Antes fuimos gobernantes absolutos y prácticamente seguimos así durante el período británico, pero ahora tenemos un gobierno central, y ese gobierno nos ha expulsado de nuestros tronos... de una forma completamente voluntaria, por otra parte, todo hay que decirlo. Digo «voluntariamente» en el sentido de que aprobamos el cambio, aunque con diversos grados de entusiasmo. El Nabab de Bhopal, por ejemplo, lo ha encontrado... bueno, digamos difícil. Muchos han conseguido un trabajo en el gobierno, los negocios o ciertas profesiones. Hay un maharajá que está haciendo una fortuna fabricando

licores suaves; otro captura tigres blancos para los zoos occidentales. Son una especie muy rara que sólo se encuentra en su Estado. Yo había pensado en organizar cacerías de tigres para turistas... no, no, estaba bromeando. Pero lo cierto es que tengo que hacer algo. Mis ingresos se han reducido a la mitad, pero no ha ocurrido lo mismo con mis obligaciones patriarcales. Sigo con la responsabilidad de mantener templos y palacios, porque siempre lo he hecho, y porque no hay nadie que lo vaya a hacer en mi lugar. Tengo que organizar las festividades religiosas... y alimentar hordas de parientes, criados y servidores de todo tipo. Es lo que todos esperan de mí, ya sabe. Tenemos las viejas responsabilidades y obligaciones para con el pueblo, pero nos hemos quedado sin los antiguos privilegios. ¡Bien, eso es todo!

Hizo una pausa para examinar el rostro lozano y juvenil que tenía enfrente y al no ver en él ningún síntoma de aburrimiento, sino al contrario, un profundo interés, continuó:

—Mi padre, de estar vivo, seguramente encontraría imposible renunciar a su autoridad aquí. Como ya sabe, había en la India unos setecientos príncipes autónomos, cuyas posesiones iban desde los grandes Estados a los pequeños feudos de unos cuantos acres. Naturalmente, había que hacer algo después de la independencia para unificar el país. Pero hubo sus más y sus menos. Un maharajá llegó a sacar una pistola durante las negociaciones. Pero yo me mostré partidario de ceder mi autoridad aquí. Una de las cosas que los ingleses hicieron por nosotros fue proporcionarnos una especie de paraguas gubernamental. Dudo de que haya existido nunca una India realmente unida antes de su llegada... ni durante la mayor parte del tiempo que permanecieron aquí. Pero cuando se fueron, éramos un pueblo unido... dejando a un lado la división musulmanes-hindúes, por supuesto; pero nunca habíamos estado religiosamente unidos, ni realmente, en alma y espíritu, a pesar de haber vivido codo con codo en una paz relativa. Demasiados recuerdos de la conquista musulmana. Este Estado mío fue atacado en tres ocasiones, ataques importantes, pero el pueblo no se rindió nunca, aunque a veces lo pareciera. Bueno, supongo que lo hicieron por fuera, pero nunca en espíritu. Detrás de esas montañas hay un antiguo fuerte llamado Chittor. Pues bien, juraron que no volverían a visitarlo hasta que fuera suyo de nuevo, y no lo recuperaron hasta después de la independencia. Entonces tuvo lugar una ceremonia solemne. Vino el primer ministro y nos lo devolvió... simbólicamente, claro. Es un lugar maravilloso. ¡Chittor! Allí estuvo la capital del antiguo reino de esta región.

—¿Y no podríamos convertirlo también en hotel? —preguntó Bert Osgood, muy interesado.

Jagat se echó a reír.

—No, no... está casi todo en ruinas. He restaurado algunas cosas, el maravilloso palacio de Padmini y unos cuantos edificios.

—Podría ser un lugar turístico excelente —sugirió Bert.

—Quizá. —Jagat se levantó bruscamente—. He hablado demasiado. Salgamos a

ver ese palacio de que le hablé, y veamos si es posible lo que tengo planeado. Quiero convertir un palacio de mármol en un lujoso hotel para norteamericanos... y europeos, naturalmente. No sé por qué últimamente pienso siempre antes en los norteamericanos. Todo el mundo parece...

Atravesó el gigantesco vestíbulo de entrada y condujo a su invitado a través de corredores de mármol y espaciosos salones sobre cuyos suelos, también de mármol, se veían numerosas pieles de tigre. De las paredes colgaban cabezas de esos mismos animales que miraban hacia abajo con toda la ferocidad de la jungla. Osgood se le quedó mirando.

—¿No le produce pesadillas vivir entre todas estas bestias salvajes?

Jagat se echó a reír.

—No, sólo me traen algunos recuerdos. Ese ejemplar de allí... —se detuvo ante una gigantesca y amenazadora cabeza de tigre—, éste nos hizo pasar un mal rato a mi padre y a mí, lo admito. Yo era muy joven... fue en mi primera cacería. Fue en otoño, después de las lluvias. Estábamos cazando en los bosques que hay cerca del lago Jai Samand... un lago maravilloso. Un antepasado mío lo convirtió en un inmenso depósito natural. Pero sigue con sus bellas islas y sus pequeñas aldeas de pescadores. Estábamos en el apostadero de mi padre, cuando los porteadores nos informaron cierta tarde de que un tigre enorme merodeaba por el bosque, no lejos de allí. Mi padre les ordenó que lo fueran acorralando hasta colocarlo a nuestro alcance. Salimos fuera, en la creencia de que aún pasaría cierto tiempo. ¡Pues bien, me encontré cara a cara con el tigre! Había venido derecho al apostadero. Vi dos ojos verdes que brillaban intensamente a menos de veinte pies. Estaba a punto de saltar. Apenas tuve tiempo de apuntar. Pero le acerté en el ojo derecho. ¡Fue muy divertido!

—¿Le parece divertido eso?

—Oh, pues claro... En esos momentos uno tiene que arreglárselas con sus propias fuerzas. Me gusta. Es excitante. Me aficioné a la caza después de aquello. Ahora mi hijo suele venir conmigo... pero él no disfruta como yo, tengo que reconocerlo, y lo siento.

Seguían recorriendo los pasillos y salones del viejo palacio, que parecían no acabar nunca.

—¿Qué longitud tiene este monumento de mármol? —preguntó Osgood al fin.

—Sólo un cuarto de milla —dijo Jagat alegremente—. Y no es todo de mármol. Los cimientos que hay bajo el agua son de granito, está construido para la eternidad. Mis antepasados no podían pensar que llegara una época en que nuestra forma de vida dejara de existir. Y confieso que, a veces, a mí también me resulta muy difícil hacerme a la idea.

—Todo cambia —aseguró jovialmente el americano—. Y eso es bueno, muy bueno, para los negocios.

—Espero que sea así —dijo Jagat gravemente. Llegaron ante una escalinata de mármol que conducía a la orilla del lago—. Aquí está el embarcadero. Guardo mi

yate en esa casita.

Bajó ágilmente los escalones hasta llegar a una marquesina bajo la cual esperaba el yate. Aparecieron dos marineros que le saludaron en silencio, colocando las manos palma contra palma, ante el rostro.

—Cuidado con la cabeza —le dijo Jagat al americano—. El techo es bajo.

Se sentaron. El motor se puso suavemente en marcha y el yate se adentró en el lago.

—Dios mío —dijo Osgood, admirado, mientras contemplaba el palacio de mármol que dejaban a sus espaldas—. La Casa Blanca parecería una choza a su lado. ¿Y dice usted que hay cientos como éste?

—Todo maharajá tiene por lo menos un palacio, y la mayoría tienen varios —le dijo Jagat.

—¿Y quién los pagó?

—El pueblo.

—¡Paciente pueblo!

—Me alegro de que eso haya terminado. Salvo mi ala privada, el palacio está ahora abierto al público. Cuando murió mi padre, lo cedí a la ciudad. Ellos no saben qué hacer con él... pero la gente entra, mira, y los guías consiguen un poco de dinero de los turistas.

—Es una gran vista turística.

Permanecieron un rato en silencio mientras el yate surcaba silenciosamente las aguas. El sol estaba alto y el lago reflejaba el azul del cielo. El rítmico golpear de las lavanderas llegaba desde las escalinatas que conducían de la puerta de la ciudad a la orilla del agua. Introducían las prendas en el agua, las dejaban luego sobre unas piedras y las golpeaban con unas cortas paletas de madera.

—Ése es el palacio que quiero convertir en hotel —dijo de pronto Jagat.

Osgood volvió la cabeza y miró hacia el centro del lago. Allí estaba, en medio de las aguas azules, una joya de mármol blanco. Se le escapó un silbido de asombro.

—Hombre, es lógico... ¡ahora lo comprendo! Es como un cuadro maravilloso: el lago, el palacio, y aquellas montañas del fondo, color arena... casi doradas, ¿verdad? ¡Y la franja de árboles verdeoscuros en la orilla! Espere un momento... ya estoy escribiendo el folleto publicitario. «Palacio Lacustre Estilo antiguo, elegancia principesca, confort moderno en un emplazamiento de inigualable belleza. Agradable clima todo el año, eficaz servicio de aviones desde Delhi. Carretera y ferrocarril hasta Ahmedabad y Bombay. Cocina india y continental. Radio y teléfono en todas las habitaciones». Y este lago... remo, pesca, esquí acuático, natación... Espero que no habrá cocodrilos, ¿verdad?

—Los hay —confesó Jagat.

—Bueno, los mataremos a tiros —dijo Osgood con entusiasmo—. No quedará un solo cocodrilo cuando llegue aquí la electricidad.

—La gente no querrá que los maten. Creen que traen buena suerte. Son sagrados.

—Pues no le traerán buena suerte a nadie si un turista deja que le arranquen la cabeza de un mordisco —replicó Osgood—. No... no... los cocodrilos, prohibidos. O también podríamos confinarlos en un extremo del lago para que los turistas los alimentaran. Sería un atractivo más.

—Ya hemos llegado —dijo Jagat riendo.

El motor se apagó suavemente, y los barqueros ataron la amarra a una argolla de hierro que colgaba de un poste de mármol. Una larga escalinata de mármol conducía al palacio. Jagat la subió y llegó hasta una triple puerta de bronce enmarcada en mármol esculpido como si fuera un encaje. Un viejo guardián hizo el saludo tradicional mientras entraban en la gran logia de mármol blanco. Al fondo se veían los patios llenos de arbustos y matorrales. Las fuentes se alzaban secas y mudas, y los pájaros, asustados por su presencia, huyeron en bandadas por encima de sus cabezas.

—¡Ya me lo imagino todo! —exclamó Osgood, entusiasmado—. ¡Las fuentes funcionando, luces indirectas, los mármoles limpios y relucientes de puro blancos, un lugar maravilloso para bailar... el bar allí!

Se dirigía ya hacia el primer patio cuando le detuvo el sonido de los desnudos pies del guardián sobre el pavimento, un discreto tirón de los faldones de su chaqueta y un estallido de rápidas palabras en hindú.

—Dice que las dos cobras viejas están bebiendo leche en el patio —explicó Jagat—. Es su hora de tomar alimento.

Osgood retrocedió precipitadamente.

—¡No podemos tener cobras! Hay que sacarlas de aquí.

Jagat vaciló.

—Llevan mucho tiempo en este lugar. Se supone también que traen suerte.

—A nosotros no nos traerán ninguna suerte —insistió Osgood—. Bastará con que una muerda a un turista y todo se habrá ido al agua. Hay que matarlas.

—Las trasladaré a otra isla —dijo Jagat.

—¿Le importa que no vuelva con usted? —preguntó Jagat.

Habían pasado el día en el palacio del lago. Una barca les había traído la comida. Habían llenado hojas y hojas de papel con cifras y esquemas.

—¿Piensa pasar la noche aquí, después de un día como éste? —dijo Osgood—. Necesita usted un descanso.

—Quiero pensar las cosas con tranquilidad y no hay mejor lugar para ello que este palacio en medio del lago. Al fin y al cabo, estoy iniciando un proyecto importante y necesito prepararme espiritualmente para un cambio así... ¡Es todo un símbolo trasladar esas cobras! Éste ha sido también su palacio durante siglos.

—Bien, como quiera. Lo único que me interesa saber es si está usted financieramente preparado —replicó Osgood—. Esto le supondrá más o menos un cuarto de millón de dólares... que serían dos millones si estuviéramos en los Estados

Unidos, pero aquí no se han inflado todavía los costes de la mano de obra.

—Tendré que obtener permisos gubernamentales de todo tipo, pero los conseguiré si usted me puede firmar una garantía de que habrá beneficios en dólares.

—¡Garantía! No creo que pueda dársela. Habrá que convencer primero a los norteamericanos para que consientan en venir a un lugar tan remoto como éste. Pero irán a cualquier parte, supongo yo, si tienen un buen hotel. Nada les parece demasiado lejos, si tienen buena comida, buena cama de noche y un bar donde sentarse a charlar un rato. Naturalmente, tendrá usted que organizar atracciones... bellas bailarinas y todo eso. ¿Qué tal están sus chicas hindúes?

Jagat no contestó. Aquél era un aspecto del carácter norteamericano del que había oído hablar, pero en el que prefería no pensar. En la ciudad de Amarpur había una calle de prostitutas, donde las mujeres sacaban la cabeza de sus jaulas y llamaban a los transeúntes. En realidad, no eran jaulas, sino puertas con rejas destinadas a fomentar la ilusión de que las mujeres estaban prisioneras. Siempre había evitado esa calle, aunque comprendía las razones de su existencia. Y ahora evitó la respuesta.

—El yate le devolverá a la otra orilla —dijo con serenidad—. Mi coche le estará esperando en el muelle. Llegará a Bombay con tiempo para coger el próximo avión, que es el único del día, por otra parte. Cuando estemos preparados para recibir a los huéspedes tendremos dos vuelos diarios, al menos eso me han prometido. No se alarme si el avión le parece poco seguro. Nuestro promedio de accidentes no es mayor que el de los jets y, desde luego, bastante menos devastador.

—Gracias, señor —contestó Osgood—. A fines de mes tendrá en sus manos toda la información que necesita. Me preocupa un poco una cosa: ¿tendremos bastantes alcobas para compensar los costes? Ha reservado usted mucho espacio para las «suites» de lujo.

—Ésos son los huéspedes que yo quiero —dijo Jagat—. Quiero que mis «suites» de lujo se llenen de gente que venga aquí porque éste es el hotel más hermoso del más bello país del mundo.

Osgood se echó a reír.

—¡Pues protéjalos contra los mosquitos, entonces!

—No hay mosquitos —replicó Jagat—. El lago está lleno de peces. Antes sólo podían pescarlos mis antepasados. Ahora servirán para alimentar a norteamericanos.

—Creo que va usted camino de un gran éxito.

Se estrecharon las manos. Jagat permaneció de pie en la orilla contemplando al yate que se alejaba cortando suavemente el agua, dorado bajo la luz de la puesta de sol. De pronto se sintió solo en medio de aquel silencio. La oscuridad descendió sobre su espíritu. Estaba en el umbral de una nueva vida, de una nueva era. Hasta ahora había disfrutado la abrigada vida de sus antepasados, seguro de su riqueza, seguro de sus placeres, acostumbrado al poder y la sumisión. Ahora le habían despojado del poder, y se había quedado sin la mitad de sus riquezas. Fuese mucho o poco el poder que acumulara en el futuro, se lo debería a sí mismo, al poder de su

propia personalidad, de su integridad, de su rectitud. Pues no le perdonarían si intentaba encerrarse en la antigua y fácil arrogancia de sus antepasados. A su abuelo y a su padre les bastaba con ordenar que les trajeran la primera muchacha apetecible que se cruzara en su camino para que fuese suya. Era un privilegio que habían tomado de los conquistadores mongoles, tan rapaces con las mujeres hindúes que éstas adquirieron la costumbre de salir a la calle con el rostro cubierto. Aquella necesidad había desaparecido, pero la lección de la antigüedad seguía profundamente impresa en los corazones y el recuerdo de las mujeres. ¡Quizá incluso en Moti! No se cubría la cara, pero su corazón estaba frío, o al menos eso pensaba él. No decía nunca que le amaba. En todos los años que llevaban casados jamás había expresado en palabras su amor hacia él, eludiéndole siempre con excusas.

—¿Por qué me pides que te diga lo que ya sabes?

Así respondía invariablemente a sus demandas.

Jagat suponía que ella no tendría nada que objetar a que transformaran el palacio de verano en hotel. Nunca expresaba objeciones a lo que él hacía o decía. Cuando se sentía disgustada, se retiraba aún más profundamente a aquel lugar de silencio donde vivía, donde él no había logrado penetrar aún. Su respuesta era la retirada, el dejarle siempre con la sensación de estar esencialmente solo. Ya estaba acostumbrado a ello, y encontraba alivio en sus actividades físicas, la caza normalmente. No había nada más absorbente que cazar tigres. Pero aquello era una nueva forma de soledad. Todos se habían quedado de pronto solitarios, aquellos príncipes de los que él era uno, aquellos reyes sin corona, aquellos ministros sin cartera. Sólo fantasmas acudían a su conciencia en la soledad del palacio de mármol. Aquí, donde su padre y su abuelo habían pasado alegres vacaciones veraniegas, en una vida que era una fiesta perpetua. Sus recuerdos infantiles evocaban vastos espacios blancos, bullendo de muchachas en brillantes saris. Aún podía oír los ecos de sus risas y sus canciones. Su abuela y su madre se habían mostrado tolerantes con esas jóvenes criaturas que llegaban y se iban mientras ellas permanecían, seguras e inalterables. Los hombres necesitan divertirse, pensaban ellas, y para que un hombre se divierta hace falta al menos una mujer bonita. Que entren esas muchachas. Pronto se irán para dejar paso a otras. Pero la vieja vida de la gran familia les parecía eterna. Y ahora todo aquello pertenecía al pasado. Sus padres y sus abuelos pertenecían al pasado, igual que su forma de vida. Las malas hierbas crecían en los jardines, las paredes de mármol estaban grises por culpa del musgo que las cubría, y los pájaros anidaban en los esculpidos techos. Sólo él había quedado, y debía construirlo todo de nuevo.

—Quizá hasta a mí mismo —murmuró.

Al caer la tarde oyó el ruido del motor del yate que volvía para llevarle a la otra orilla, y se alegró. Cuando saltó a bordo, el sol se ocultaba, violento y púrpura, tras las montañas.

* * *

Moti miró a Jagat que estaba al otro extremo de la larga mesa. Siempre tomaba sola el desayuno y rara vez comían juntos, pero tenían la costumbre de reunirse para cenar. Nunca se sentía más pequeña que cuando se sentaba ante aquella mesa. Era de sólida madera de teca, una gran extensión de madera pulida, de doce pies de largo por cuatro de ancho. La habían construido tres siglos antes cortando longitudinalmente un gigantesco árbol de teca para que la madera no se rajara ni se torciera. Hoy ya no quedan árboles así. Los elefantes habían acabado con los últimos gigantes de las selvas vírgenes de Aracan. Sobre la mesa reposaba un enorme y complicado candelabro de cristal, fabricado en Checoslovaquia y comprado por el abuelo de Jagat, que esparcía un agradable resplandor por todo el comedor. Goan, el mayordomo, y dos lacayos sirvieron a su señor y a su señora y se retiraron después detrás de un gran biombo de ébano tallado e incrustado de piedras semipreciosas. Podían contemplar la mesa a través de las rendijas y aparecer con bebida o comida cuando era necesario.

Moti permanecía en silencio. Al fin, Jagat se decidió a romperlo.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó mientras se servía «curry» de la bandeja de plata que sostenía el mayordomo.

Su voz era amable; sus ojos estaban ausentes. Inclina la cabeza hacia el plato de arroz y «curry» mientras comía.

—¿Yo? —contestó Moti con voz suave y tranquila—. ¡Nada en realidad! Leí un rato por la mañana. Luego le escribí una carta a Jai. La última antes de las vacaciones. Viene la semana próxima, ¿te acuerdas?

—No lo he olvidado. Y bien, ¿cómo sugieres que ocupe su tiempo?

Moti lo pensó.

—Podíamos pedirle al padre Francis Paul que fuera una especie de tutor para él. Le han destinado a una nueva misión en una tribu de las montañas, pero quizá se quede, sólo por este verano, si sabe que nosotros lo deseamos así.

—¿Y qué puede enseñarle a nuestro hijo, rezar?

—Quizá perfeccionar su inglés.

—Jai habla muy bien el inglés.

—Tiene bastante acento indio, ¿no crees?

—Es indio.

—Ya lo sé, Jagat, pero nosotros también lo somos y hemos hablado siempre el inglés con un excelente acento de Oxford. Y tenemos ahora tan pocas oportunidades de tratar con ingleses de clase...

Moti se sirvió leche cuajada de una fuente de cristal que le ofrecía el mayordomo. Como Jagat no respondió y ella se dio cuenta de que no la estaba escuchando, cambió de conversación.

—Veera me ha hecho hoy una pregunta muy extraña.

Jagat levantó inmediatamente la vista, siempre alerta cuando oía el nombre de su hija.

—¿Qué te preguntó?

—Que si tenía que casarse con el hombre que hemos elegido para ella.

—¿Es que tiene algo que objetarle a Raj? Si es así, se comportaría como una estúpida.

—¿Cómo puede objetar algo, si no le conoce?

—Le ha visto ya.

—Sí, pero al parecer eso no es suficiente para ella.

Jagat apartó su plato.

—¿Cómo puede esperar conocer a un hombre hasta que no esté casada con él? Cualquier otro tipo de conocimiento entre un hombre y una mujer es completamente superficial.

—¿Hablarás con ella?

—Desde luego que no. Me resultaría muy embarazoso.

—¿Has hablado alguna vez con Jai?

—¿De qué?

—Del matrimonio... o de mujeres.

—¿Por qué iba a hacerlo? Seguramente sabe de eso más que yo.

—Oh, Jagat, realmente a veces eres muy cargante.

Pero pronunció aquellas palabras con dulzura, casi riéndose, y él se echó a reír también. Se levantaron y salieron juntos a la terraza.

—Me refería únicamente a mi experiencia, querida. Nunca supe nada de mujeres, de veras, hasta que me casé contigo. Cualquier otra relación carece de sentido y es profundamente pecaminosa. Todas las relaciones de mi padre carecieron de sentido a excepción de su relación con mi madre; por esa razón me deshice de su harén a cualquier precio... ¡y qué precio! La de cosas que podría hacer ahora con ese dinero. Todavía no te he dicho que hoy ha venido a verme un joven norteamericano. Le conocí el mes pasado, cuando estuve en Delhi. Moti, ¿qué te parecería si convirtiera el palacio del lago en un hotel?

Se dejó caer en su asiento acostumbrado con desacostumbrada brusquedad.

—¿Qué estás diciendo, Jagat?

—Querida, no nos es posible vivir con nuestra pensión del gobierno, sobre todo cuando tenemos todos esos parientes, primos y viejas tías y tíos que no han trabajado en su vida y no soportarían tener que hacerlo. ¡Y encima todos esos palacios que mantener! Pensé que debía empezar con ese del lago y, si tenía éxito, podría hacer algo con los otros... después de todo, Amarpur es uno de los lugares más bellos del mundo. Bueno, pues me encontré con ese norteamericano en Delhi el mes pasado... pertenece a una de esas grandes cadenas de hoteles y está proyectando la construcción de uno en Bombay. Naturalmente, al principio le olvidé, hasta que se me ocurrió la idea de que yo también podría montar un hotel, y entonces recordé que me había dado una tarjeta, así que le telefoneé y vino de Bombay en el primer avión. Hemos pasado el día en el palacio del lago mirándolo todo. Cree que se puede hacer

algo y me va a mandar planos y cálculos.

Ella permaneció un momento en silencio, y luego dijo:

—No estoy segura de que me gusten esos extranjeros rondando por aquí.

—¿Por qué no? Límitate a ser tú misma. Se sentirán encantados de conocer a la auténtica maharaní de Amarpur.

—¿Quieres decir que yo seré una de las atracciones?

—Quiero decir que serás exactamente lo que eres, querida, esa distinguida dama que es la maharaní de Amarpur.

Les interrumpió la entrada del mayordomo con el vino, el *gulah*, destilado de los pétalos de las rosas salvajes de Haldigathi. Su rostro estaba tan sereno e impenetrable como siempre, pero había oído la última parte de la conversación. ¿Qué era aquello de extranjeros invadiendo Amarpur? Se desplazó por la terraza con el rostro impassible, los pies, enfundados en sandalias, deslizándose silenciosa y suavemente por el pavimento. Luego, uniendo las palmas de sus manos, abandonó a su señor y su señora para entrar en su mundo privado, el mundo de J. Rodríguez, de Goa.

* * *

Se había casado muchos años antes con una joven muchacha de Goa, Inez, una mujer de su misma casta, que había muerto el año anterior al dar a luz su primer hijo. El niño había muerto también. No sabía si había sido su pena o el resentimiento hacia su patrono portugués lo que le había impulsado a dejar el pequeño enclave de Goa. Quizá ambas cosas. El caso es que había abandonado la tienda de especias, su primer empleo tras salir de la escuela católica donde se había educado por voluntad de sus padres. Había sido una decisión repentina, consecuencia de la acumulación de pequeñas ofensas del gordo tendero portugués que bebía demasiado y acosaba más de la cuenta a las muchachas indias. Rodríguez había ordenado a su hermana que no apareciera nunca por la tienda ni siquiera para traerle un mensaje urgente de sus padres o su mujer.

—Ese gordo es un cerdo —le había dicho a Inez.

Todo le hubiera resultado más fácil de no haber ido a la escuela donde aprendió tantas cosas sobre el pasado.

Había leído en los libros de historia que cuando los ingleses abandonaron la India y ésta consiguió su independencia, los portugueses se habían negado a ceder Goa. Al parecer, todo había empezado con una querrela entre dos naciones europeas, España y Portugal, hacía cientos de años. Colón creyó haber encontrado las Indias cuando en realidad sólo había descubierto una pequeña isla en el otro extremo del mundo. Pero este error excitó a los europeos, y especialmente a esas dos naciones, España y Portugal. Y Portugal, celoso de España, acabó por descubrir su propio camino a la India, la tierra de las joyas y las especias. Mientras tanto, el Papa, temiendo una guerra entre los dos rivales, dividió el mundo, a excepción de Europa, en dos partes, y

al año siguiente de que Colón desembarcara en esa isla, el Papa trazó una línea imaginaria de Norte a Sur, cien leguas al oeste de las Azores, y anunció mediante una bula papal que los portugueses eran dueños de todas las tierras paganas —es decir, no cristianas— situadas al este de esa línea, mientras que a España le correspondían todas las situadas al Oeste.

Y por esta razón Goa se había convertido en una cabeza de puente portuguesa en costas de la inmensa India, pero una cabeza de puente que Portugal se había negado a devolver hasta que el primer ministro Nehru le obligó a ello. El día que Goa fue liberada y devuelta a la India, a la que pertenecía, Rodríguez declaró su propia independencia comiendo carne en viernes y adoptando la firme resolución de no confesarse nunca más con un sacerdote. Le fue bastante difícil mantener esta decisión en secreto, especialmente cuando el padre Francis Paul empezó a visitar el palacio, pero se las arregló para servir al sacerdote inglés con su impenetrable calma habitual. Para entonces llevaba ya treinta años en la India y, de ellos, veinte al servicio del Maharaná de Amarpur. Había dejado Goa el día en que el portugués le había llamado puerco indio porque se había negado a llevar un mensaje a una joven a la que el portugués quería convertir en su querida. Aquella misma noche salió de Goa, viajó a pie hasta Bombay y allí entró al servicio de una familia Parsi. El viejo Maharaná, a quien encantaba su forma de preparar el «curry» de cordero, le había convencido para que se fuera con él a Amarpur. Hacía veinte años que había llegado a aquel palacio y ahora sólo los dioses sabían qué iba a ocurrir. Aunque no decía nada, le parecían muy mal las medidas tomadas en Delhi contra los príncipes, y, mientras viviera, continuaría reverenciando al Maharaná. Los dioses han creado al grande y al pequeño, y, ¿quién es el hombre capaz de desafiar a los cielos declarando que todos los hombres son iguales?

—A pesar de todo eso —les dijo a los criados aquella tarde, mientras le escuchaban sentados en círculo a su alrededor—, a pesar de todo eso, ¿qué puedo decir yo cuando nuestro propio señor afirma que abriré el palacio del lago a cualquier extranjero capaz de pagarse ese lujo? Fue en el palacio del lago, y no el de la isla, donde el poderoso Shah Jehan pasó sus años de exilio y donde planeó en sueños el noble Taj Mahal en recuerdo de su leal esposa que había muerto al dar a luz su catorceavo hijo. Os digo que no deberíamos permitir que los extranjeros entraran allí. Hace quinientos años que los portugueses arrancaron de un mordisco Goa, en la costa occidental de la India, y se quedaron arraigados como piojos a ella, chupándonos la sangre, a pesar de que intentamos siempre quitárnoslos de encima. El primero de esos portugueses, un tal Alburquerque, de odiosa memoria, fue nombrado Virrey de Oriente, ¡y mató a muchos miles de compatriotas nuestros, sin perdonar ni a mujeres ni a niños! Os digo que esos extranjeros llegaron como comerciantes y se quedaron como amos. No, no, Su Alteza, nuestro Maharaná, está invitando otra vez al demonio a que entre en nuestro paraíso.

Suspiró y alzó la vista, contemplando la luna nueva que se elevaba sobre el

palacio, delicada y pálida, vacía como un cuenco. De pronto dijo que estaba cansado y que se iba a la cama, su cama solitaria, pues no se había vuelto a casar.

* * *

Veera holgazaneaba por la rosaleda. Estaba aburrida, las vacaciones eran demasiado largas. Y, sin embargo, no tenía ganas de volver al colegio. Echaba de menos a sus compañeras, pero la sacaban de quicio. Dentro de tres meses sería una mujer casada. Dentro de dos meses obtendría su diploma y luego se pasaría un mes preparándose para la ceremonia, comprando saris de Karachi y Benarés, joyas, muebles y todo lo demás. Quería casarse y no quería. Soñaba dormida y despierta con Raj, el apuesto joven de Bombay, pero le temía también. Era hijo del Maharajá de Limbdi, pero eso no parecía importarle demasiado. Al contrario, se reía de su propio padre. Veera le había encontrado audaz y divertido la única vez que le había visto, pero ahora no estaba segura de que le gustase.

—Ahora mi padre viste trajes hechos en casa en lugar de las prendas de satén que utilizaba antes, para hacer economías —le había dicho a Veera—, pero los botones siguen siendo diamantes enormes, como siempre. No le cabe en la cabeza que los botones no tienen que ser necesariamente joyas. ¿Sabes cómo llama a los príncipes un amigo mío? Es un joven escritor. Los llama «los enjoyados y jadeantes fósiles del feudalismo».

—Mi padre no es eso —replicó ella, amoscada.

—Oh, bueno, tu padre —había concedido Raj— ha estado en Inglaterra. Inglaterra cambia a cualquiera, y especialmente a los indios. No somos los mismos cuando volvemos. A mí me pasó igual. No hubieras querido ni verme, si me hubieras conocido antes de ir al colegio de Inglaterra. Era espantoso, de veras. ¡Hombre, si hasta llevaba puesto un «dhoti»!

Veera se había echado a reír.

—¿Y cómo sabes que quiero verte ahora?

Raj la había mirado muy serio. La sonrisa había desaparecido por primera vez de su rostro jovial.

—Bueno, espero que no lo hayas dicho en serio. Eres muy bonita, ¿sabes? Y, naturalmente, es una buena cosa que los príncipes hayan tenido que doblegarse ante la nación. Un amigo mío cuyo padre solía tener noventa y nueve elefantes, como quien no quiere la cosa los ha regalado todos, salvo tres de los que estaba especialmente encariñado. Y el padre de otro amigo, un Nizam, se llevaba doscientas concubinas con él cuando visitaba a un príncipe vecino, aunque no fuera a pasar en su casa más que una noche. Decía que las señoras no gastaban mucho. Pues bien, ahora no gastan nada en absoluto.

Era imposible no unirse a sus risas. Al recordarle ahora Veera se reía de nuevo, pero suavemente. Había algo atrayente en Raj, pero ¿se enamoraría alguna vez de él?

¿Deseaba siquiera enamorarse de él? Las compañeras del colegio hablaban mucho del amor, estudiaban intensamente viejas revistas de Hollywood y soñaban a todas horas con vivir las aventuras amorosas de las bellezas occidentales, pero eso eran sólo sueños. Seguramente ese tipo de amor no existe en la India. Pero el amor tanto puede ser una desgracia y una carga, como una joya. Supongamos que algún día ella se enamorara de Raj, y él no la amase. El pensamiento era insoportable. Se inclinó pensativa sobre la balaustrada y miró la luz del sol reflejada en las aguas que lamían suavemente los muros de granito que servían de cimientos al palacio. Sería capaz de suicidarse. No era tan valiente como lo había sido Padmini, aquella maravillosa señora de Chittor, quien, al acercarse los conquistadores mongoles, descendió con sus damas a los subterráneos de su palacio de mármol, ordenó que encendieran unas hogueras, y se arrojaron a ellas. Había visitado el palacio muchas veces, pues su padre estaba encariñado con el viejo fuerte de Chittor, con sus torres victoriosas y sus arruinadas murallas.

Veera incluso sintió deseos de descender a la cámara de la inmolación, pero la habían disuadido el encargado, el guarda y el guía.

—No es seguro —insistieron—. Se ha convertido en un lugar de muerte, habitado sólo por las cobras y los fantasmas de las damas muertas. Son igualmente peligrosos.

¿Por qué era peligroso el fantasma de una dama maravillosa?, se había preguntado. ¿Había conducido Padmini a sus damas a la muerte por amor o por orgullo? ¿Imposible entregar la propia persona a un hombre que no se ama, a un enemigo! Pero ¿no sería eso lo que tendría que hacer ella, Veera, en el caso de que no lograra enamorarse de Raj? ¿Y en qué consistía exactamente eso de entregar la propia persona? Las chicas hablaban de eso en susurros, con temor, nerviosismo y un extraño deseo. ¿Cómo se puede desear algo que se teme? ¡A no ser que una lo haya hecho ya!

En aquel momento, el yate de su padre llegó resoplando del cobertizo que había debajo del palacio. Se inclinó todo lo posible sobre la balaustrada y vio a su padre y a un extranjero bajar la escalinata de mármol y subir al yate. Entonces el barquero enfiló hacia el palacio del lago. Su padre atendía hoy a un amigo extranjero, pero ¿con qué motivo? Y a propósito, ¿por qué razón se había hecho su madre amiga del padre Francis Paul? ¿Es que había algo fascinante en los hombres occidentales? A algunas chicas de Bombay también les gustaban los extranjeros. Sintió deseos de volver al colegio, de tener alguien con quien poder hablar. Sólo podía hablar francamente con personas de su edad. Cuando se habla con los padres hay que mostrarse educada, respetuosa y serena. Tal vez la angustia que sentía en el pecho era sólo nostalgia del colegio, aunque cuando estaba en aquella lejana montaña donde los británicos enviaban en los tiempos del imperio a sus hijos para alejarlos del tórrido y húmedo calor de las llanuras, sentía también nostalgia del palacio, de aquellas dos habitaciones suyas, donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando estaba aquí, sin más compañía que la de su vieja niñera que la había cuidado desde que nació. Si se

seguía sintiendo sola después de casada, es que realmente no había cura para la soledad. ¿Y su madre? ¿Se sentiría siempre sola? Seguramente. Sino, ¿por qué pasaba tanto tiempo con el padre Francis Paul? Aquella pregunta, como tantas otras, no tenía respuesta. ¿Eran sólo las mujeres las que no encontraban respuestas a sus preguntas?

Una bandada de palomas, cientos y cientos de palomas, salieron volando de las torretas y las cornisas del palacio. Se elevaron como una nube viva, describieron un amplio círculo y se posaron de nuevo en las almenas y cornisas. Habían vivido allí durante siglos y allí continuarían viviendo.

Se abrió la puerta y entró la vieja niñera.

—Mi pequeña —exclamó—. ¿Por qué te asomas de esa manera a la ventana? Si algún hombre mira hacia arriba puede verte.

Veera se apartó de allí y se dejó caer en los cojines apilados sobre la mullida alfombra.

—¿Qué es una esposa? —preguntó.

Bajo los marchitos párpados, dos pupilas la miraron fijamente.

—¿Una esposa, pequeña? Una esposa es aquello a lo que vuelve siempre un hombre. Él corretea por ahí —oh, sí, es de esperar que corretee—, pero ella no debe reprimirle. Al contrario, debe decirle con voz suave, «Querido, ¿te ha faltado algo?». Y si es una buena esposa, él se sentirá furioso contra sí mismo, y por eso le dirá airadamente: «Cállate. No digas nada». Pero cuando tenga un lío por ahí y haya acabado con la otra mujer, volverá junto a su esposa y le pedirá que le perdone.

—¿Y ella le perdonará? —preguntó Veera, que había escuchado con mucha atención.

—Ella le perdonará —declaró tajantemente la vieja mujer—. Ella dirá: «Querido, te amo, siempre te amaré». Es su deber.

—Pero ¿ella le amará? —insistió Veera.

La vieja meditó durante un buen rato.

—Le respetará —dijo al fin.

La joven y la vieja se miraron, una con duda, la otra con lástima. Después la vieja aya se arrodilló junto a su señora y le acarició suavemente la mano.

—Pequeña, tu marido te amará. Es tan viril... Y tú eres más bonita que una rosa de Cachemira.

—¿Cómo sabes que Raj es viril? —preguntó Veera.

La vieja se acercó un poco más.

—¿No has visto sus orejas? Tiene un mechón de pelo negro en cada una, ¡así de largo!

Y señaló una pulgada sobre la yema de su pulgar.

* * *

Lejos de allí, en las colinas desiertas, en una casa de tres habitaciones, el padre

Francis Paul leía su correo. La puerta estaba abierta y el viento formaba remolinos de fina arena sobre el suelo. Había llegado el verano y el desierto se había puesto nuevamente en marcha, impulsado por la fuerza del viento, desde el gran Rann de Cutch hasta el valle de Sutlej, a través de ochenta mil millas cuadradas. El desierto de Rajputana estaba en movimiento desde hacía cientos de años, «obturando el pulmón derecho de la India con sal y arena», como había dicho con amargura el viejo Maharaná. Hoy soplaba viento del Nordeste, muy suave en comparación con las violentas y continuas galernas del Noroeste que arrastraban toneladas de polvo en verano y durante la estación de los monzones. El padre Francis Paul apartó la vista de la carta de su madre y miró el desierto a través de la puerta. Estaba viendo a su madre con los ojos de la imaginación, sentada ante su escritorio de Rickford Castle, con aquella fragancia a rosas que despedían sus rizos completamente blancos. Al otro lado de los visillos, los nobles bosques destacaban verdes contra el cielo inglés. Aquellos bosques habían sido el gozo de su niñez, el lugar favorito de sus sueños y aventuras. Y ahora le resultaban más queridos todavía en el recuerdo. ¿Cómo podría hacer comprender al Maharaná el tesoro que podía ser un bosque? Aquí, la vegetación de la montaña era simplemente parte de las posesiones comunales de la aldea, algo a utilizar como forraje y combustible. El año anterior había visitado las localidades de la montaña y había descubierto que estaban cortando hasta los majestuosos eucaliptos de Nilgiri y Monte Abu.

Suspiró y dejó a un lado la carta. Aquel asunto merecía que le dedicase bastantes plegarias. La pequeña y desnuda habitación en la que estaba sentado hubiera resultado insoportable de no ser por el viento que se había levantado aquella mañana con el sol. Duraría sólo unas cuantas horas. En cuanto apareciera la luna el aire se calmaría y un velo de fina arena, soliviantada de nuevo por las almohadilladas pezuñas de los camellos, quedaría colgando el aire. Los camellos... algún día haría un estudio de aquellos viajeros del desierto, de aquellos trozos de paisaje, bestias tan inalterables como los monumentos nativos a través de los siglos, ancianos cualquiera que fuese su edad. Involuntariamente había pasado mucho tiempo observando su curiosa forma. Mientras esperaba el tambaleante autobús que le llevó desde el palacio hasta las colinas donde vivía ahora, pudo contemplar los camellos que pasaron ante él en una larga y lenta procesión o descansaban mientras los camelleros se detenían a beber soda y comer un «curry» de arroz. La estructura del camello es única, un esqueleto construido como el casco de un barco que descansa sobre cuatro patas angulosas acabadas en unas enormes almohadillas, un inteligente artificio que les permitía caminar con idéntica facilidad sobre la blanda arena del desierto y sobre los rocosos senderos de las montañas. El cuello arqueado para compensar la altura termina en una cabeza melancólica y pequeña, de boca laxa, con el labio inferior colgante y móvil, de ojos tristes y pesados párpados. El alma extraña del camello se asoma al mundo por aquellos ojos, un mundo que no se molesta en comprender y que acepta sólo hasta cierto punto. Cuando un camello considera que le han cargado más

de la cuenta, o se siente ofendido por algo que ha hecho su camellero, es muy capaz de sentarse silenciosamente en señal de protesta y permanecer allí inmóvil hasta que le sobreviene la muerte. Pero no todos los camellos son tan suaves y sentidos. Algunos, en un acceso de ira, arrojan su pestífero aliento sobre el ofensor hasta que el pobre hombre cae medio desmayado por el tufo. Ayer mismo, el padre Francis Paul, aunque creía saberlo todo en materia de camellos, había visto un extraño espectáculo. Un profundo rugido, que retumbó en las montañas como un trueno, salió al cabo de un buen rato del pecho del camello, a través de quién sabe qué tubos y canales, a la garganta del animal y después a la boca, de la que surgió como una especie de balón rosa formado por una membrana de unos dos pies de diámetro. El padre quedó espantado.

—¿Qué es eso? —le había preguntado al camellero, un *bhil* que yacía medio dormido en el suelo después de su comida.

El *bhil* bostezó y movió filosóficamente la cabeza.

—Cualquiera sabe. Es su diversión favorita.

Desde luego, eso parecía. Mientras hablaban, el camello retiró parsimoniosamente la membrana al interior de la boca. Esta vieja tierra, reflexionó, esta India es rica en sorpresas, grandes y pequeñas. No pasaba un día sin nuevos espectáculos, nuevos sonidos, nuevos olores. Por ejemplo, ahora, en este mismo momento, mientras permanecía sentado entre la abierta ventana y la puerta, de cara a la calle de la aldea, veía sin necesidad de girar la cabeza la diaria y cambiante escena que desfilaba ante él como en la pantalla de un cine. Una niña casi desnuda, de piel oscura, despeinada, pasaba con un jarro de latón balanceándose sobre la cabeza, un jarro lleno de agua que acababa de sacar del pozo de la aldea. En el umbral de una puerta, una joven madre tenía a su hijo en brazos mientras le daba el pecho. Un harapiento y barbudo viejo recorría la calle llevando a tres polvorientos monos atados con una cuerda. Sobre su cabeza, encaramados en las ramas de los árboles, un numeroso grupo de monos grises parloteaba mirando a los cautivos con curiosidad y lástima. Un ciervo, amarrado a un poste, volvía la cabeza para contemplar también el espectáculo. Al final de la calle, una grulla, que comía a la orilla de un estanque pantanoso, extendió sus inmensas alas y alzó majestuosamente el vuelo para huir del estrépito de la aldea.

El padre Francis Paul volvió en sí abruptamente. Era demasiado agradable absorberse en la contemplación del mundo exterior, pero hoy no tenía tiempo para eso. Había prometido estar en el palacio a la hora de cenar, pues Su Alteza el Maharaná celebraba su cuarenta cumpleaños. El autobús salía a las dos y apenas si le quedaba tiempo para tomar su acostumbrado almuerzo a base de arroz con «curry» y requesón. Ciertamente no servirían la cena hasta poco antes de la medianoche, pero sabía que la familia real, y especialmente la Maharaní, esperaban su llegada poco después del crepúsculo. Una ligera sonrisa curvó sus labios. La primera vez que le invitaron a cenar en palacio se sorprendió al ver que la conversación continuaba

durante horas, y que no pasaron al comedor hasta las once de la noche. Ahora sabía que aquélla era la costumbre en la India, pero aquel día tuvo que permanecer sentado, medio muerto de hambre y esperando. Sin embargo, pronto aprendió a gozar de aquellos largos preliminares que culminaban en el clímax de la cena. Luego, repletos de comida, todos se iban rápidamente a la cama.

En realidad, a pesar de ser célibe y ascético, el padre Francis Paul disfrutaba con los lujos de palacio. Aquella tarde le recibió, como siempre, un criado con turbante que le condujo a sus habitaciones del ala oeste. El Maharaná insistía muchas veces en que se quedara a pasar la noche, y aquella espaciosa alcoba, con su salita privada abierta al cielo y al marmóreo palacio del lago, constituía en cierto sentido un paraíso para su espíritu. Cada vez, antes de ir, rezaba para no pecar disfrutando demasiado intensamente de aquellas bellezas, y cada vez disfrutaba más de ellas.

—¿Desea el Sagrado Padre algo para beber? —preguntó el criado.

—Nada, gracias —replicó el padre Francis Paul.

—¿Y algo para comer?

—Sólo la fruta que hay en la bandeja de la mesa, gracias.

—Su Alteza me ha encargado que pida perdón al Sagrado Padre ya que hoy llegará algo tarde, pero Su Alteza la Maharaní estará esperando como de costumbre al Sagrado Padre en la terraza occidental a las ocho.

—Dale las gracias a Su Alteza y dile que estaré allí a esa hora.

—El Sagrado Padre tiene preparado el baño.

—Gracias.

El criado se llevó las manos, las palmas unidas, a la frente antes de salir, y cerró la puerta silenciosamente tras él. El padre Francis Paul se acercó a la ventana y se quedó allí reflexionando, mientras sus dedos recorrían las cuentas de un rosario. Tanta belleza era un don gratuito de Dios que seguramente no se encontraba en tal abundancia más que aquí, en Rajasthan. Era la belleza del desierto. El lago intensamente azul durante el día, y ahora un milagro de colorido con los rayos del sol poniente dibujando un luminoso sendero de oro viejo. El blanco palacio estaba bañado en oro pálido, y más allá, en la orilla del otro lado, el oscuro verdor de los árboles servía de firme pedestal a las montañas de Aravalli, desnudas y rocosas, pero envueltas ahora en un resplandor rosa pálido. La masa de mangos formaba una mancha oscura en los jardines de palacio. El palacio real era el corazón histórico de esta pequeña ciudad, no muy antigua para la India, pues fue fundada sólo en el siglo XVI en lo que entonces era Estado de Mewar, ¡y sin embargo, cuánta vida había habido aquí, y cuánta tenía que haber aún! Tenía que acordarse esta noche que debía preguntarle al Maharaná cosas del pequeño palacio isleño situado a una milla de distancia, donde el Shah Jehan había estado prisionero varios años —¿cuántos?— mientras proyectaba con la imaginación la tumba de Agrá para su amada esposa. ¿Era más antiguo que el palacio grande del lago?

En aquel momento el padre Francis Paul tomó una decisión a la que se venía

resistiendo desde hacía lo menos cinco años. Se trataba de escribir la historia del Rajasthan, la región donde se entrelazaban, sobre la vida de sus héroes, historia y leyenda. Allí había vivido Rana Sanga, el señor de Mewar en el siglo XVI, que combatió a los invasores musulmanes acaudillados por el emperador mongol Baber, y murió con dieciocho heridas en el cuerpo. Rana Sanga, el voluntarioso y apuesto, el señor de señores que, tras derrotar a su enemigo, el rey del vecino Malwa, había liberado, con su habitual elegancia espontánea, al monarca cautivo, ¡y le había devuelto junto con un puñado de flores la mitad de los territorios perdidos! Y aquellas montañas, que ahora se difuminaban en la noche violeta, seguían plagadas de fuertes y bastiones de la época del legendario Rana Pratap que durante tanto tiempo desafió el poderío del gran mongol Akbar a lo largo de años y años de tozuda rebeldía. Pero al fin se perdió el gran fuerte de Chittor... y aquel día de pérdida marcó también el nacimiento de esta ciudad de mármol. Pero antes de eso, cuando Chittor era aún la capital, y las fuerzas reales se vieron obligadas a rendirse al invasor, aquel día en que el fuerte fue saqueado tres veces por los mongoles, los hombres del Rajput salieron con sus ropas azafranadas a morir luchando, mientras sus mujeres, tres mil en total, se arrojaban a las llamas prefiriendo la muerte al deshonor de entregar sus cuerpos al enemigo victorioso.

Soñando, soñando, el padre Francis Paul se había hundido en los cojines del sofá que había ante la abierta ventana. Ahora volvió de pronto en sí y miró el reloj. Le quedaba poco más de media hora antes de bajar a reunirse con la Maharaní y seguramente se habría enfriado el baño. No, no completamente, había hecho un día caluroso y el agua de la enorme bañera de mármol estaba sólo agradablemente fresca cuando se sumergió en ella unos minutos después. Se permitió un breve lujo, pues normalmente su baño consistía en una jarra de agua que se echaba por encima en una esquina de una pequeña y desnuda habitación de su casa. Ahora se hundió hasta los hombros en aquel agua, tan clara que sintió cierta vergüenza ante su propia desnudez, ante aquellas piernas blancas y delgadas y aquellos pies sorprendentemente grandes. No estaba acostumbrado a su masculinidad desnuda, y salió del baño antes de lo que pensaba. Se puso su traje blanco recién lavado en el arroyo que corría cerca de su casa por una vieja que venía dos veces a la semana para cuidarse de su ropa, un lujo, pensaba a veces, pero en la India no estaría bien visto que se ocupase personalmente de tales menesteres. Como era el único sacerdote de la misión, tenía para él sólo un hombre que se ocupaba de la cocina y las tres habitaciones. Esperaba que aquello no constituyera una comodidad indebida en un sacerdote. Para compensar, procuraba comer siempre los alimentos más sencillos y nunca tomaba carne, en señal de deferencia a sus feligreses hindúes. A pesar de ello, se recordó con severidad, no debía aprovecharse de la generosidad del Maharaná. Esta noche servirían carne, como siempre, y el Maharaná la comería con su saludable apetito, como hacía normalmente, mientras que la Maharaní, que no la probaba, tomaría su acostumbrada dieta vegetal. A las ocho menos diez estaba listo, enfundado en su fresco traje blanco

y con un rosario alrededor del cuello. La luna saldría tarde y contemplarían su aparición desde la terraza. Bajó. A pesar de su puntualidad, la Maharaní le estaba esperando. ¡Qué vida más deliciosa! Esperaba que tantas alegrías no fuesen pecado.

* * *

Cuando atravesó las abiertas puertas de madera de teca tallada, ella no se levantó de su sillón. Le esperó, inmóvil, viendo cómo se acercaba. Qué guapo estaba, pensó, elegante y fuerte al mismo tiempo, con la barba oscura tan bien peinada, el pelo suave y liso, la tez clara. Había algo impresionante en los ojos azules... en Cachemira se suelen ver, claro, pero conservan todo su poder en un rostro inglés. Echaba de menos a los ingleses. A pesar de que aprobaba la independencia, los echaba de menos. Era una lástima que tantos se hubieran negado a permanecer en la India. Ella se había criado en Bombay y se había hecho amiga de muchas señoritas inglesas, compañeras de colegio. El padre Francis Paul estaba ante ella ahora y se inclinó para tomar su mano. A veces hasta la besaba, y así lo hizo esta noche. Sintió la suave caricia de su barba sobre la piel de la mano y se entretuvo un poco antes de retirarla.

—¿Cómo está usted? —murmuró Moti.

Cada vez le resultaba más difícil llamarle padre. Eran casi de la misma edad, al menos eso suponía ella, pues nunca se lo había preguntado y ahora que lo pensaba tampoco quería hacerlo. Si era unos años mayor que él, no quería saberlo.

—Siéntese, por favor —dijo con voz suave.

Él se sentó cerca de ella.

—Nunca había visto una puesta de sol tan hermosa —dijo.

Moti le había prohibido llamarla Su Alteza. «No lo haga —había suplicado Moti—. Introduce una distancia tan grande entre nosotros...».

—Sí —dijo con fingida indiferencia—, las puestas de sol son muy hermosas en esta época del año.

La emoción que llenaba su pecho era tan intensa que le resultaba difícil hablar. Su insoportable soledad, su anhelo de amar a alguien, de amar realmente antes de hacerse demasiado vieja, su necesidad de sentirse cerca de algún ser humano eran cada vez mayores, hasta hacerse casi insufribles. Pero en la vida hay que sufrirlo todo y consiguió hablar con bastante serenidad.

—Su Alteza el Maharaná siente tener que llegar tarde.

—Supongo que Su Alteza está muy ocupado ahora con ese proyecto nuevo del hotel. Hasta en nuestras montañas se habla de ello.

Moti cogió un periódico de la mesita que tenía al lado.

—También anda ahora muy ocupado con esto...

Él cogió el periódico y leyó un gran titular: EL MAGNÍFICO MAHARANÁ DE MEWAR.

—Léalo —ordenó ella.

Era la página deportiva del New Delhi Times y decía: «El distinguido Príncipe de

la India continúa con sus proezas en el regio juego del "cricket". Al frente de su equipo de Amarpur derrotó al equipo de Nueva Delhi por noventa y siete carreras. Hay que recordar que en su juventud encabezó su propio equipo en Cambridge y representó a su país allí. Y lo hubiera continuado haciendo de no ser por la guerra. Ahora acaudilla a los suyos, hombres de una tierra de reyes, pero ya no en el rojo campo de batalla, sino en la verde cancha del "cricket"».

El padre Francis Paul devolvió el periódico sonriendo.

—Su Alteza sigue tan joven como siempre, y me alegra verle así. Tenía un aspecto excelente cuando le vi por última vez. Le admiro mucho. No creo que haya muchos príncipes que prefieran la música clásica a las bailarinas para alegrar su cumpleaños.

Moti contestó con la misma indiferencia suave:

—Jagat es muy inglés en ciertos aspectos. Esta noche tendremos una cena muy tranquila.

—¿Ha ido a cazar tigres últimamente?

—Sí, y según me dijo cobró un ejemplar enorme. No fui a verlo. Ya sabe lo poco que me agradan esta clase de cosas. Se llevó a Jai contra mis deseos. Me disgusta que se maten seres, aunque sean tigres. Me alegro de que Jai no matara ninguno. Jagat habla ahora de organizar una partida de caza en Sikkim antes de que caigan las primeras nieves.

Él conocía sus estados de ánimo tan bien que captó inmediatamente el desasosiego interno que se ocultaba tras la controlada compostura.

—¿Por qué está triste? —preguntó.

Ella se resistió, como hacía siempre. El padre penetraba en ella con excesiva facilidad. Ansiaba su comprensión y la temía al mismo tiempo. Claro que era un sacerdote y su misión consistía precisamente en consolar las almas. Pero resultaba desagradable que la considerara sólo como un alma, y especialmente como un alma entre muchas, la mayoría de las cuales eran simples montañeses *bhils*.

—Disfruta usted ocultándose de mí —continuó él—. Me obliga a seguir su pista como el Sabueso del Cielo y engatusarla con mil artimañas. Muy bien, así lo haré.

Ella quiso negar esto enérgicamente, pero tuvo que limitarse a volver el rostro hacia otro lado. Él pudo ver entonces su pálido perfil de Cachemira dibujado contra el fondo del cielo. Algunos hombres, pensó, no la considerarán bella, pues no tiene el sofocante encanto tan típico de las mujeres indias. Mas para él era muy bella, con su delicadeza, su palidez, su melancolía. Había en ella una invitación que sólo podía rechazar gracias a los largos años de práctica en el control de los impulsos de la carne. Pero ahora se preguntaba si los impulsos del espíritu y la mente no serían más fuertes que los de la carne precisamente por ser más sutiles.

—¿Cómo están sus *bhils*? —preguntó ella de pronto—. No me explico cómo puede seguir viviendo entre ellos... ¡un hombre de su origen y educación!

—Quizá sea eso lo que haga a los *bhils* más interesantes para mí. No, son sus

necesidades las que me atraen en cuanto sacerdote. Los indios como usted han tenido acceso al mundo, pero los *bhils* siguen viviendo como hace cientos de años.

—¿Que yo he tenido acceso al mundo? —preguntó ella, extrañada—. ¿Encerrada en este palacio?

—Usted habla inglés, francés, alemán... y no sé cuántas lenguas más. Su mente no está encerrada aunque su cuerpo permanezca aquí.

Moti no contestó. Él miró su pálido perfil y continuó:

—¿Ha hablado alguna vez con un *bhil*?

—¿De qué podría hablar con él?

No volvió la cabeza.

El padre Francis Paul no contestó directamente. Tras un momento de silencio, empezó a hablar como si lo hiciera para sí mismo.

—Esas gentes de la montaña no son extraños para mí. En ciertos aspectos me recuerdan a los habitantes de las tierras altas de Escocia, a mis paisanos, que todavía mantienen sus pequeños clanes. Los *bhils* tampoco se casan dentro de su clan y son tan fértiles en recursos como nosotros para los problemas prácticos, aunque, claro está, su aspecto es muy diferente.

Moti volvió ahora la cabeza para mirarle.

—Desde luego, los *bhils* no son bellos. Tienen la piel casi negra, la nariz ancha y gruesa y son peludos como animales.

—Ayer —continuó él, ignorando este comentario— fui a una pequeña capilla que abrí hace un mes en una aldea lejana. El camino serpentea peligrosamente entre las montañas y me llevé un guía *bhil* a pesar de que he estado allí muchas veces ya. Nos detuvimos a descansar. Naturalmente, el guía tenía ganas de fumar. Sacó con orgullo unas cuantas cerillas, pero no sabía manejarlas bien y las gastó sin conseguir nada. No se alteró por eso. Sacó un trozo de estopa del fondo de la alforja y metió un extremo en el hueco de un mango de hueso. Luego buscó un par de piedrecitas de ese mármol de que están hechas sus montañas y las golpeó una contra otra hasta que las chispas prendieron en la estopa. Después sopló con fuerza y en un momento surgió una llama. Desgraciadamente, entonces se dio cuenta de que había olvidado la pipa. Pero también eso tenía arreglo. Arrancó una ramita de un arbusto, escarbó con ella el suelo hasta hacer un pequeño hoyo en forma de cuenco. Metió allí el tabaco, lo apretó bien y lo encendió. Después cubrió el tabaco con tierra, arrojó la ramita y, utilizando las manos como conducto, aspiró el humo del tabaco como si no hubiera olvidado su pipa. No tuve más remedio que admirar su ingenio.

Moti se echó a reír.

—¡Usted y sus *bhils*! Confiese que les tiene cariño.

—Pues claro que se lo tengo. Al menos, a sus almas.

—Bueno, pues yo no. No me gusta la gente negra y peluda que no lleva encima más que un taparrabos y una sucia túnica de algodón blanco sobre los hombros cuando hace frío.

—¡Ah, amiga mía, no me diga que aún siente prejuicios contra las gentes, a causa de su casta!

—¿Por qué no, si soy así? Eso no quiere decir que les desee ningún mal. Que sigan en sus aldeas, que yo seguiré en mi palacio.

Jagat apareció en la puerta sin que ellos se dieran cuenta. Permaneció unos momentos allí para no interrumpir la conversación. Luego se acercó.

—Moti, nunca te había oído hablar así. ¡No la crea, padre! Simplemente está bromeando. Sabe muy bien que el sistema de castas ha pasado a la historia.

Se sentó, sacó su enjoyada pitillera y encendió un cigarrillo con movimientos rápidos y seguros. Después continuó en el mismo tono firme:

—Personalmente siento un profundo respeto por nuestros *bhils*. No olvido que estaban en nuestra tierra mucho antes que nuestros antepasados. En realidad, nosotros, los Rajputs, hemos reconocido siempre su prioridad. Es un requisito puramente formal, claro, pero tenemos que pedirles permiso cuando compramos tierras. Es sólo un gesto, puesto que perdieron todo poder hace muchísimo tiempo, pero la tradición se ha mantenido.

—A Jagat le gustan los *bhils* porque son unos cazadores salvajes —dijo Moti.

—Son unos cazadores excelentes —convino Jagat—, pero no salvajes.

—Todos los cazadores son salvajes —arguyó Moti.

—Oh, vamos, Moti —replicó Jagat—. Los *bhils* cazan para comer. ¡Es realmente extraordinario, padre, la forma que tienen de desvanecerse en el paisaje! Hace unas cuantas semanas iba yo camino de uno de mis pabellones de caza —situado en su territorio, por cierto— y oí la voz de un hombre que me saludaba. Miré a mi alrededor y no vi nada hasta que un trocito de paisaje pareció moverse y entonces apareció ante mis ojos uno de mis propios batidores *bhils*. Pero era imposible distinguirlo cuando estaba inmóvil. Su piel oscura y su «dhoti» casero le identificaban completamente con las colinas del desierto.

»Y lo que era más interesante todavía: andaba a la caza de un león. Juraba haberlo visto. ¡Algo realmente raro! No he visto leones en toda mi vida. No son nativos de aquí, ya sabe. Cuando los musulmanes invadieron la India hace siglos trajeron esclavos africanos y éstos vinieron con algunos cachorros de león. Los cachorros se quedaron aquí, en el Rajasthan y procrearon, como es lógico. Hay algunos en el Jungdah donde existe una reserva de caza, pero nunca vi ninguno en estado salvaje, ni creo que mi *bhil* lo haya visto. En cualquier caso pronto lo perdí entre los matorrales... ¡simplemente no podía ver dónde estaba!

—En cambio, las mujeres serán más visibles seguramente —comentó Moti con malicia.

Jagat se echó a reír.

—¡Indudablemente! Pero es porque visten brillantes faldas azules, casacas rojas y llevan colgados un montón de collares y brazaletes que tintinean continuamente... son unas mujeres muy alegres... y muy independientes también.

Moti se echó el sari de seda blanca sobre los hombros.

—¡Y muy sucias también! No soportaría a una mujer *bhil* en palacio. Tú le llamarás a eso independencia. Para mí son sencillamente intocables.

El padre Francis Paul intervino apaciguador.

—Bueno, espero que esté usted en un error. Espero hacer buenas cristianas de las mujeres para que me ayuden a hacer buenos cristianos de los hombres.

Jagat rió de buena gana.

—Ah, ustedes los ingleses, ¡nunca pierden la esperanza! ¿Por qué no dejan a los inocentes *bhils* que sigan felices en sus aldeas? ¡Déjenles disfrutar a su modo del paraíso! Ellos creen en una especie de dios al que llaman el Padre de la Montaña; adoran a sus antepasados de una forma bastante vaga, y, según creo, también a las serpientes. Incluso aceptan algunas divinidades hindúes, ¿no es cierto? He visto en las montañas la cabeza de elefante de Ganesh y algunos atributos de Siva. Reverencian también a la Trinidad Hindú.

—Espero que no acepten el hinduismo, Alteza —dijo con franqueza el padre Francis Paul—. Dejados a sí mismos, las gentes de las montañas son libres, independientes y honestas. Pero cuando caen bajo la influencia hindú, empiezan a dudar de sus propias almas. Los hindúes los desprecian y ellos se dan cuenta. Y permítame que aproveche esta oportunidad para decirle algo que quería pedir hace mucho tiempo. Sé que usted es bondadoso, Alteza, pero debo protestar de que sus funcionarios de bajo rango no tratan siempre con justicia a los *bhils*. Sus hombres exigen más hierba y leña de lo que es justo, y aunque admiro el celo de Su Alteza en la construcción de la nueva presa, me pregunto si sabe usted que los *bhils* son forzados a trabajar en ella.

—No, no lo sabía —dijo Jagat—. Y si es cierto, ordenaré que se les pague debidamente.

Moti tiritó. Era ya de noche y hacía fresco.

—¿Tenemos que construir esa presa, Jagat?

—Sí, tenemos —dijo Jagat—. ¿De dónde voy a sacar, si no, la energía eléctrica que necesito para el palacio del lago?

El padre Francis Paul intervino de nuevo, pero en un tono menos pacífico.

—Entonces permítame decirle, aunque peque con ello de descortesía hacia su hospitalidad, que no me extraña que los *bhils* se venguen robando y hasta asesinando algunas veces. Mientras usted construye su regio hotel para agasajar a los millonarios occidentales, el país de los *bhils* sigue tan subdesarrollado como en los albores de la historia. No hay carreteras, ni escuelas, ni hospitales, ni regadíos para los campos. Sus hombres utilizan a los *bhils* cuando les conviene, eso es todo. Y las aldeas *bhil* están en un estado mucho más deplorable que las hindúes, aunque su estructura muestre claramente la independencia de espíritu de ese pueblo montañés: las casas no están apiñadas unas contra otras como en las aldeas hindúes, sino que cada casa, aunque esté hecha de adobes o de toscos bloques de piedra unidos con barro, y

cubiertas con hierba seca de la jungla, tienen todas su terraplén bajo y su seto de arbustos.

Jagat se sintió tentado a responder airadamente, pero logró contenerse. Se levantó y aplastó el cigarrillo en un cenicero de oro que había sobre la mesita de mármol.

—Estoy de acuerdo con usted, padre —dijo con indiferencia—. Ahora vamos a cenar. Tiene usted aspecto de estar hambriento como un lobo. Claro que ustedes los sacerdotes tienen siempre un aire demacrado y hambriento.

Encabezó la marcha, seguido del padre Francis Paul que esperó a que la Maharani se levantara.

Pero en la mesa Jagat volvió sobre el tema de los *bhils* después de que el mayordomo goano hubiera servido los primeros platos.

—Como ya sabrá, padre, no comparto enteramente los sentimientos de mi esposa hacia nuestros pueblos primitivos. Aunque no fuera por otra cosa, repito que admiro a los *bhils* porque son inteligentes deportistas.

El padre Francis Paul sonrió, deseoso de amoldarse al humor de su anfitrión.

—¿Qué es para usted un deportista, Alteza?

—Un deportista... —Jagat se quedó pensativo, considerando los deportes de los reyes—. Un deportista es aquel que mata no sólo por comer sino, ante todo, por disfrutar del placer de la caza. Como ya sabe, nuestra región no se caracteriza precisamente por su afición a los deportes y por eso cuando quiero practicar un buen deporte tengo que ir a veces a otras zonas de la India. Pero tenemos tigres, y en mi opinión los *bhils* son los mejores batidores cuando de cazar tigres se trata. Pueden oler a un tigre desde muy lejos, y lo ven incluso cuando todavía es invisible para un cazador tan experimentado como yo.

—Pero ellos matan tigres para hacerse con sus pieles —alegó Moti.

—Concedido —dijo Jagat—. Pero a mí me ocurre lo mismo. Piel y cabezas, también, y si son ejemplares excepcionales, como esos dos de la puerta, hago que los disequen y los monten enteros.

—Ame a mis *bhils* por la razón que guste —replicó el padre Francis Paul—, pero permita que yo les ame por ser seres humanos con alma.

Jagat se recostó en su sillón.

—Vamos, vamos, ¿me está acusando de no creer que tengan alma! Pues claro que la tienen, tal vez no sea exactamente de la misma textura que la suya o la mía, quizá un poco más simple, pero alma al fin y al cabo. No estoy muy seguro de que los acepten en su paraíso británico, pero estoy convencido de que nosotros los indios admitiremos sin reservas en nuestro paraíso de la misma forma que lo hacemos aquí, en la tierra, y desde luego estarán mucho más cómodos con nosotros que con ustedes.

—Jagat —interrumpió Moti—, me gustaría que no fueras tan irreverente.

—No discutiré ese punto con Su Alteza —dijo el padre Francis Paul—. Pero le diré que tengo una ventaja sobre usted. Rezo por su alma todas las mañanas.

Jagat soltó la carcajada.

—¿De veras? ¡Supongo que arrodillado sobre la tierra desnuda! Tengo que regalarle una piel de tigre para que le sirva de alfombra de oración. Así protegerá un poco sus pobres rodillas. No quisiera que acortara las plegarias que me dedica.

Se levantó mientras hablaba. La cena había terminado y se encaminaron de nuevo a la terraza. La joven luna era de plata pálida en la bochornosa oscuridad del cielo, pero multitud de linternas colgaban de las ramas del gran árbol. El café les esperaba sobre la mesa. Un lacayo cubierto con un turbante lo sirvió mientras otro colocaba las delicadas tazas de porcelana inglesa sobre las mesitas laterales. Se oía una suave y lejana música y una suave brisa les trajo el aroma de las rosas del jardín, debilitando su espesa dulzura con la distancia.

Permanecieron en silencio unos minutos. Moti, tan aficionada a hablar poco, se arrebujó en los blancos pliegues de su sari. El padre Francis Paul sorbía lentamente su café, negro y cargado. De pronto Jagat empezó a hablar, medio en broma, medio en soliloquio, como disculpándose.

—Padre, comprendo que a veces debo resultar algo cargante, pero es usted el único inglés que trato hoy en día, y no puedo hablar con los americanos de la misma manera. Ahora hay uno por aquí, un extranjero que no sabe nada sobre la India ni sobre su historia. Al menos ustedes, los ingleses, han convivido durante siglos con nosotros, aunque hayamos estado en los lados opuestos de la trinchera, por decirlo de alguna manera. Pero nosotros, los príncipes, estábamos a su lado, como ya sabrá. Mi anciano padre se murió creyendo que las cosas no podían cambiar y me alegro de que no haya vivido para ver cómo cambian. Él nunca hubiera cambiado. Las negociaciones empezaron el año anterior a su muerte, pero entonces yo actuaba ya en su nombre y nunca se lo dije. Él permanecía sentado aquí, como siempre, sobre montañas de cojines de satén —no soportaba las sillas porque no le permitían cruzarse de piernas— y bajo los cojines una alfombra de pared a pared hecha con pieles de los tigres que él mismo había cazado y rematada en las esquinas con cuatro cabezas gigantescas. Estaba orgulloso de aquella habitación. Nunca le dije que yo había cazado ciento un tigres... ciento once ahora. No, él no hubiera podido soportar tantos cambios. Si le hubiera dicho que iba a convertir su palacio de verano en un hotel, bueno, me habría molido a palos sin importarle mi edad. Tenía su lado cruel. Una vez vi azotar por orden suya a un batidor *bhil* hasta que le arrancaron a tiras su oscura piel y apareció la roja carne de debajo. El pobre desgraciado parecía una extraña cebra humana. Nunca lo olvidaré. Y, sin embargo, echo de menos a mi viejo padre. Estoy seguro de que los *bhils* también lo echan de menos... a pesar de todo. Ahora no hay nadie que baile. Aunque supongo que los turistas disfrutarían mucho con las antiguas danzas de la región. Sí, es una idea. ¿Sabe, padre?, no es nada fácil convertir un palacio en hotel. Es el símbolo de un cambio radical en mi vida. Cuando era niño correteaba por esos corredores de mármol, aún recuerdo el frío del suelo en mis pies desnudos. Y la pesca... a nuestro pueblo no le gustará ver a otros pescando en el lago sagrado, pero tendrán que acostumbrarse. Tengo intención de construir una

piscina y unos campos de tenis en la isla contigua, y transformar el palacio donde vivió el Shah Jehan en sala de bailes y local para atracciones. Invertiré en todo esto la mayor parte de mi capital, pero Osgood jura que será rentable. Espero que no se equivoque... En cualquier caso me proporciona una ocupación. En ciertos aspectos resulta muy penoso no ser ya el gobernante de nadie. Se queda uno sin nada que hacer. Cierto que los ancianos de las aldeas vienen todavía a consultarme cuando tienen algún problema, pero yo sé que lo único que puedo darles ahora es algún consejo y algún día ellos lo sabrán también... ¡si es que no lo saben ya y acuden a mí disimulando para que no me sienta demasiado desplazado!

—Estoy seguro de que no disimulan —dijo el padre Francis Paul— y estoy seguro también de que usted puede ayudarles mucho. Tiene usted mucha experiencia en cuidarse de los demás, y no es fácil dirigir de pronto los propios asuntos. Eso es algo que lleva su tiempo.

—Eso es cierto para el hombre individual. Yo sentí una gran tranquilidad mientras supe que era realmente mi padre el que seguía con el mando y el día en que murió inesperadamente —de darse un atracón en un día muy caluroso, pobre viejo—, me sentí aterrorizado, a pesar de que había gobernado en su nombre durante más de tres años y medio, a pesar de que no le consultaba nada de lo que hacía. ¿Para qué? Vivía en otra era. Pero fue un golpe muy duro para mí el que ya no le volvería a ver sobre sus cojines.

La voz de Moti salió de entre las sombras del gran árbol.

—Yo lo echo de menos todos los días.

—Oh, sí, siempre fuiste su favorita, Moti. Supongo que porque tú estás como a caballo entre las dos épocas. Padre, ¿qué opina usted de una mujer que no quiere ir a Norteamérica cuando se le presenta la oportunidad de hacerlo?

—¿A Norteamérica?

—Tendré que ir allá algún día para estudiar sus hoteles, al menos los de New York. Osgood me habló de cosas tan extraordinarias que apenas puedo creerlas. Quiero verlas con mis propios ojos, si consigo del gobierno un permiso de salida... los dólares son desgraciadamente demasiado preciosos, pero si puedo convencerles de que mis hoteles (sí, tengo intención de montar muchos) les reportarán una buena cosecha de dólares, me dejarán partir. Podría llevarme a mi hijo conmigo.

—¡Oh, no! —gritó Moti.

—Oh, sí —replicó Jagat—. Ya sé que todo el mundo cree que irá a Oxford en el otoño, si aprueba los exámenes, pero quizá nos convenga más que vaya a Harvard.

—No conozco a ningún norteamericano —murmuró Moti.

Tiritó ligeramente y se cubrió la cabeza con el extremo del sari.

Pero Jagat estaba contemplando la luna, con las manos cruzadas sobre la nuca.

—Ah, pues tendrás que conocerlos, querida, te guste o no. Padre, tengo un licor... nuestro famoso licor de rosas.

Rodríguez, el mayordomo, había aparecido con una bandeja de plata sobre la que

se veían unas copas de cristal, frágiles como flores. El padre Francis Paul cogió una, se la acercó a la nariz y aspiró su rica fragancia.

—Nunca tomo este licor más que aquí, en palacio, Alteza.

—Porque sólo aquí lo tenemos... Es un secreto de familia.

La conversación no fluía fácilmente aquella noche. Menudeaban las pausas largas. El padre Francis Paul se sintió turbado al sorprender en sí mismo el deseo de encontrarse a solas con la Maharaní. ¿Por qué experimentaba esa necesidad? Sintió un gran desasosiego. No podía adivinar la causa y eso le turbaba. Jagat seguía callado, absorto en sus silenciosas reflexiones.

—Excúseme —dijo de pronto Moti.

Se levantó y ofreció su mano al padre Francis Paul. Él sintió durante un instante la suave frialdad sobre su palma. Moti atravesó la terraza con su ligera elegancia, con los faldones del sari revoloteando suavemente al viento, y desapareció en el interior del palacio.

El silencio descendió de nuevo entre los dos hombres, ocultando cada cual sus pensamientos al otro. El sacerdote sólo había estado enamorado en una ocasión de una mujer y ya no podía enamorarse de nuevo. Mucho tiempo atrás, cuando era sólo un muchacho, que ya tenía intención de consagrarse a la iglesia, supo que hay cierta puerta que no debe abrirse, pues una vez abierta, no puede cerrarse de nuevo. El príncipe había conocido a muchas mujeres, una de ellas su esposa, y las recordaba a todas empezando por la primera criatura que le había enviado su padre cuando tenía sólo dieciséis años «en orden —había dicho el viejo Maharaná— a que seas un hombre decente, a que permanezcas limpio y alejado de las prostitutas». De todas ellas, sólo Moti formaba una figura confusa en su mente, a pesar de ser su esposa, la mujer con la que había vivido desde los dieciocho años y que le había dado sus hijos. Le gustaría poder hablar de ella con el sacerdote, y no para pedirle consejo, sino sólo para hablar, para explorar la naturaleza de una mujer que seguía siendo un misterio, que le entregaba su cuerpo sin repugnancia pero con indiferencia, sin frialdad pero manteniéndose lejana. Sin embargo, ¿qué podía saber un sacerdote de mujeres y cómo podía hablar decentemente de su mujer aunque fuese con un religioso?

Pero experimentaba tan intensamente aquella necesidad que abordó el tema indirectamente.

—Les envidio a ustedes, a los religiosos —dijo abruptamente.

—¿De verdad? —replicó el padre Francis Paul—. ¿Y en qué sentido, Alteza?

—Bueno, pues porque son ustedes capaces, aunque no me explico cómo, de vivir libres de... de ataduras. Naturalmente, los indios también tenemos nuestros santones, hombres sagrados y todo eso, pero no sé cómo decirle, por ejemplo, parece imposible que un hombre como usted, joven y viril, esté desprovisto de pasiones... hacia las mujeres, quiero decir. Siento tanta curiosidad... ¡perdóneme!

—No estamos desprovistos de pasiones —contestó tranquilamente el padre Francis Paul.

Bebió un poco de licor y sintió una agradable dulzura en la lengua.

—Entonces, ¿cómo se las arreglan?

—En este tema sólo puedo hablar por mí mismo. ¿Que cómo me las arreglo? ¡Pues rezando! Y si eso no es suficiente, me voy a las aldeas y me pongo a trabajar. Su Alteza debe saber que estoy intentando organizar una escuela y una clínica en cada veinticinco millas cuadradas de mi zona. El gobierno está colaborando espléndidamente a ello al alentar el sistema «panchayat».

—Entonces, ¿no tiene usted vida privada, personal?

—No en el sentido que usted le da a esas palabras.

—¿Y nunca desea tenerla?

—No puedo permitirme el desear a veces la felicidad terrena. Pero usted, usted seguramente tiene toda la felicidad de este mundo, Alteza. Su familia, su posición... la excitación de la nueva India que surge por todas partes, sus proyectos...

Su voz se extinguió gradualmente como añadiendo: «Y su bella esposa».

Jagat se levantó bruscamente.

—Sí, tiene usted razón. Tengo toda la felicidad de este mundo. Y ahora, padre, si me disculpa...

El padre Francis Paul se levantó también.

—Por supuesto... ¿cómo no he pensado en ello antes...? Siempre me resulta difícil abandonar este lugar... y su compañía. Mis *bhils* son buenos para mí, pero...

Jagat soltó una risotada franca y comprensiva.

—¡Pero son sólo *bhils*! Venga con más frecuencia, padre. Usted siempre será bien recibido.

Le acompañó hasta la puerta. Dejó al sacerdote al cuidado del guarda de noche y continuó hacia sus habitaciones. Allí se asomó a la ventana y vio luz en la de Moti. Seguramente estará leyendo, pensó, suele leer hasta muy tarde. ¿Por qué padecería de insomnio si no tenía preocupaciones? Probablemente vivía en paz. La luna se reflejaba sobre las aguas del lago y dibujaba un sendero de luz que conducía a su palacio de mármol. Un presagio tal vez, y esperaba que bueno. Su mente empezó a dar vueltas de nuevo a sus problemas. Salió de la alcoba y entró en su saloncito privado. Había una luz encendida sobre la gran mesa de mármol rosa que le servía de escritorio. Allí estaban todos sus papeles: los planos, las cifras, las estimaciones, las hojas de encargo. Se quitó la chaqueta de lino blanco y se sentó en mangas de camisa. El viento nocturno había amainado y hacía un calor bochornoso, con aquella humedad que subía del lago en cuanto el sol dejaba de quemarla durante el día. Cuando instalase la electricidad en el hotel, la pondría aquí también, en este ala del palacio. Mientras tanto tendría que conformarse con el *punkah*. Dio unas palmadas y el sirviente, que esperaba constantemente al otro lado de la puerta, apareció con las palmas juntas ante el rostro.

—¡*Punkah*, chico! —ordenó Jagat lacónicamente.

El sirviente movió la cabeza de izquierda a derecha en señal de asentimiento y

segundos después el antiguo *punkah* empezó a remover el aire sobre la cabeza de Jagat, quien centró de nuevo su atención en los planos. Frunció el ceño. ¡Aquel sacerdote hablando siempre de los *bhils* como si él, Jagat, no tuviese ya bastantes quebraderos de cabeza! ¿No habían dejado de ser príncipes en favor del gobierno? ¡Pues que se ocupe el gobierno de los *bhils*! ¡Y encima decían que el gobierno los había tratado bien! Él era leal, como lo eran casi todos los miembros de su generación, como lo fueron con los británicos que, al partir, habían dejado tras sí una sólida estructura de gobierno basada en los derechos humanos. Sí, y también habían dejado la lengua inglesa, el único medio de comunicación entre Oriente y Occidente, así como entre los múltiples pueblos, cada cual con su idioma, de la India. Naturalmente, aquello había provocado una agria polémica entre los liberales y conservadores de la India. Los conservadores querían prescindir del inglés porque lo consideraban una lengua extranjera, pero los liberales, él mismo se convertiría en uno de sus líderes, opinaban que eran muy afortunados al contar con el inglés, una lengua que les permitía no sólo la comunicación con gentes de otro hemisferio, sino el que pudieran entenderse los pueblos que integraban su propia nación. En el país existían doce o catorce lenguas importantes. ¿Quién era capaz de elegir entre ellas una lengua nacional? No tenía nada de extraño, en esas circunstancias, que el presidente se dirigiera en inglés al Parlamento, y que el primer ministro, cuando contestaba a las preguntas que se le formulaban a diario en las dos Cámaras del Parlamento de Delhi, utilizara el inglés como la lengua común de la inmensa mayoría de sus miembros. El hindú, insistían los hindúes, debía ser la lengua nacional, ¡pero había que pensar también en los *telugu* o los *gujarati* o todos los demás que no sabían una palabra de hindú! No, no, la India, a pesar de ser la madre de la cultura asiática, pertenecía al mundo moderno y había que agradecerse en buena parte a los británicos, especialmente cuando se piensa en la inmensidad de China, donde ha quedado destruida hasta la misma estructura de gobierno dejando un enorme vacío para quien desee ocuparlo. ¡Mirad al Tibet! Los refugiados tibetanos siguen huyendo por las faldas del Himalaya, atravesando la nieve y el hielo. Pero Jagat detuvo sus pensamientos al llegar a este punto. No podía permitirse el lujo de añadir chinos y tibetanos a la gama de variaciones de su propio país. Tenía otros problemas en que pensar. Tenía un palacio de mármol que convertir en hotel moderno, para que sus nietos, cuando los tuviera, no se vieran en la necesidad de pedir limosna para comer.

* * *

—El aspecto más importante de la dirección de un hotel —dijo Osgood— es la comida. Es mejor tener un menú soberbio, aunque sea limitado, que un montón de platos de poca calidad. Y en lo que se refiere a los americanos, puedo asegurarle que esperan encontrar la comida a que están acostumbrados.

—Los indios también esperarán encontrar la comida a la que están acostumbrados

—dijo Jagat.

—Seguro, pero no deben tener tantas especias que despellejen las gargantas de los americanos. La otra noche comí una cosa que se llama *chili*. Lo pedí porque sonaba a algo frío y luego resultó ardiente como el infierno. No he podido tragar más que agua helada desde entonces. Ésa es la típica sorpresa que debe usted ahorrarles a sus clientes americanos. Y le aconsejo también que tenga ciertas delicadezas con cada huésped concreto. Como perchas en los cuartos de baño o enviarles flores y frutas a sus habitaciones. Así, cuando vuelvan a casa les dirán a sus amigos lo agradable que es su hotel. Naturalmente, siempre habrá gente imposible de contentar. Entonces lo aconsejable es ir haciendo una lista con ellos y cuando quieran volver decirles que no tienen habitaciones disponibles. ¿Ha pensado en construir un campo de golf? Debe tener un campo de golf.

Jagat alzó las cejas.

—¿Aquí, en medio de un lago?

—Puede elegir algún lugar de tierra firme. No puede esperar que los ejecutivos americanos se pasen sus vacaciones sin jugar al golf.

—Pero ya juegan al golf cuando están en su país.

—Precisamente por eso querrán jugar aquí también. En un buen hotel, el personal de recepción pregunta siempre al cliente si juega al golf y en caso afirmativo le entrega una tarjeta al jugador profesional de golf y telefonea al personal del campo de golf. El personal del campo llama entonces al cliente ofreciéndole sus servicios y diciéndole que le concertarán encantados una cita con el profesional, si es que lo necesita. Mucha gente vuelve a un hotel por cosas como ésta. Y desde luego debe usted dar bailes, tiene un montón de sitio en el viejo salón de audiencias. Puede quitar el trono y ensanchar el estrado para que quepa la orquesta. También debería instalar un cine en la sala de estar del anterior Maharaná. —Fruunció el ceño y se pellizcó el labio inferior con el pulgar y el índice—. No sé qué hará usted con los huéspedes que quieran bailar descalzos. En los buenos hoteles de Norteamérica los huéspedes no pueden quitarse los zapatos en la sala de baile. Pero aquí no sé... sus muchachas se quitan las sandalias en seguida.

Jagat se echó a reír.

—Ya nos enfrentaremos con ese problema cuando llegue el momento.

—¡Vaya, eso es precisamente lo que iba a decirle! —dijo Osgood sonriendo—. Y ahora vamos con la ropa de cama. Debe tener tres juegos de sábanas y almohadones por cama. Uno puesto, el otro en la lavandería y el tercero en el armario. O sea que si suponemos un total de cuatrocientos huéspedes...

Pasó unos instantes haciendo cálculos mentales y luego continuó hablando:

—Me pondré en contacto con los distribuidores especializados en ropa de cama y vajillas de china y plata. Lo mejor será que escriba a las embajadas de Nueva Delhi y pida recomendaciones para los diferentes países, como hice ya en el caso de Ashoka.

—El gobierno insistirá en que utilicemos productos indios hasta donde sea

posible —le recordó Jagat.

—Oh, claro —convino Osgood—. Pero todo eso vendrá después. Lo primero que tenemos que hacer es encontrar un buen arquitecto. Después decoradores de interiores. Yo se los conseguiré. Es mejor que sean americanos.

—Quiero un decorado indio —dijo Jagat.

—Por supuesto, pero ¿y las camas y las sillas? No encontrará huéspedes que quieran dormir en el suelo o en colchones sin somier debajo. Y es muy importante que consigamos buenos agentes para la publicidad y las relaciones públicas si es que quiere que venga gente como es debido aquí. No merece la pena invertir dinero para que venga gente que no interesa, turistas de dólar al día. La publicidad insistirá en que ésta es tierra de reyes y que el hotel es un palacio que sólo fue habitado por príncipes.

De pronto se calló. Jagat, sorprendido, siguió la línea de su mirada. La línea le condujo a Veera, de pie en la puerta, envuelta en un sari de seda color rosa, con el pelo cayéndole en cascada sobre la espalda.

Jagat sintió un indefinible desagrado.

—Mi hija —dijo escuetamente—. Veera, éste es *míster* Osgood.

Veera entró, sinuosa y grácil, y se dejó caer en un mullido sillón dorado.

—Padre, he recibido carta de Jai.

Lanzó una rápida mirada a Osgood desde detrás de sus largas pestañas.

—¿Y bien? —Jagat alzó las cejas—. ¿Es necesario que me interrumpas cuando estoy hablando de negocios porque hayas recibido una carta de tu hermano?

—Es que me pide que te diga que ha dejado la escuela, padre.

—¿Qué ha dejado la escuela!

—Sí, padre. Se ha presentado voluntario al servicio militar.

—¿Al servicio militar...?

—Sí, padre. Por lo visto la radio está diciendo que los chinos están cruzando en masa la frontera y muchos jóvenes han dejado la escuela. Jai dice que somos una raza de guerreros, que descendemos de los Kshatriyas. Dice que está seguro de que el abuelo, si viviera, aprobaría lo que ha hecho.

—Oh, idiota —murmuró Jagat.

—Y pensándolo bien, padre, creo que Jai tiene razón —los enormes ojos negros de Veera brillaban intensamente—. Y me pondré furiosa si Raj no va también.

Alzó la vista y dejó caer sobre Osgood una lenta y líquida mirada, atrevida y suplicante a la vez. ¿Verdad que usted lo comprende?, preguntaba la mirada. Él contestó con un rubor que le subió de su corazón, derretido repentinamente. Se volvió hacia Jagat.

—He de decir que admiro a su hijo, señor.

Pero no era tan fácil apaciguar a Jagat.

—¿Tonterías! Los chinos no han invadido nada en masa. Se trata simplemente de una de sus incursiones provocadoras. Están haciendo lo mismo desde mi novecientos

cuarenta y cinco, cuando el primer ministro señaló que sus mapas mostraban una línea fronteriza inexacta. Prometieron rectificarla, pero no lo han hecho. Además, hemos firmado el Tratado de los Cinco Principios de la coexistencia pacífica y ellos no pueden repudiar eso.

—Pueden hacer cualquier cosa, en mi opinión —declaró Osgood.

Era curioso; no podía apartar la mirada de aquella bella muchacha que seguía cómodamente instalada en el sillón contiguo a la puerta.

—Padre, lo han anunciado por la radio —insistió Veera—. Los chinos han cruzado ya la frontera por el sector oriental de Longju y han penetrado media milla en nuestro territorio. Han llegado a la aldea de Roi. Y lo que es peor, sus patrullas avanzan también en Ladakh, en la zona de Chip Chap. Jai me telefoneó también.

—Idiota, idiota —repitió Jagat.

Veera se levantó. Con un gracioso gesto se cubrió la cabeza con el extremo del sari y se quedó allí, de pie, como una joven *madonna* en primavera.

—No te enfades, padre —dijo con la voz más dulce de su repertorio—. Todos los jóvenes como es debido están deseando alistarse en las fuerzas armadas. Debemos sentirnos orgullosos de ellos.

Jagat ignoró aquella prueba de nacionalismo.

—¿Dijo si iba a venir a casa primero?

—Sí, padre. Llegará mañana.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—Sí. Está meditando y desea que no la molesten. ¿Puedo irme, padre?

—Sí, puedes irte. Ya me has estropeado el día. Encárgate de que tengan preparadas las habitaciones de Jai.

—Sí, padre.

Sus ojos se posaron tranquilamente sobre el americano durante unos segundos. Luego sonrió y salió.

El silencio descendió sobre los dos hombres. Jagat tenía la cabeza inclinada sobre sus papeles, intentando ordenar sus pensamientos. Carraspeó.

—Espero que comprenda, Mr. Osgood, que debemos mantener unas economías estrictas en todo esto. Quiero que todo sea del mejor gusto, pero al mismo tiempo debe ser útil, y sin derroches de ningún tipo. Estoy invirtiendo capital.

Al ver que no llegaba ninguna respuesta, alzó la vista extrañado y sus ojos se encontraron con la estupefacta mirada de Osgood.

—Nunca... nunca había visto una muchacha tan bella. Espero... espero, señor, que no le importe que diga eso. Realmente nunca había visto... bueno... ella es... usted ya sabe...

—Mi hija es casi una niña todavía, una adolescente que va al colegio y aún no ha acabado los estudios —dijo Jagat fríamente.

—¿Y para qué va al colegio? —preguntó Osgood—. No necesita educación. Lo tiene todo ya.

—Está comprometida y pronto se casará —aclaró Jagat torvamente.

Aquello le resultaba muy desagradable. Se levantó.

—Tendrá usted que excusarme, Mr. Osgood, pero me han turbado mucho las noticias sobre mi hijo. Volveré a palacio junto a la madre de mi hijo. Debe estar muy afectada, pues en caso contrario no se hubiera retirado a meditar. Telefonaré a mi hijo y le prohibiré... otro día, Mr. Osgood. ¿Vuelve a la ciudad conmigo?

—No, me quedaré aquí para acabar de tomar medidas.

—Muy bien. Ordenaré que vuelva el bote a recogerle.

Inclinó la cabeza y salió de la habitación. Poco después surcaba rápidamente las aguas del lago.

* * *

—Buenos días, padre —dijo Jai.

Se había levantado más tarde de lo que hubiese querido, pero la noche anterior había llegado pasadas las doce. A sus dieciocho años parecía tener veinticinco, con aquella barba cerrada que oscurecía su afeitada piel y los ojos protegidos por gruesas cejas negras.

—Entra —dijo Jagat.

Estaba sentado tras su mesa de despacho, la que había pertenecido a su abuelo, un escritorio de estilo inglés pero hecho con palisandro de la India.

Jai se sentó en una silla que había cerca de la puerta. Vestía ropas occidentales, un traje de seda, pero no llevaba corbata. Jagat le miró rápidamente y apartó la vista. No tenía intención de mostrarse blando con su alocado hijo y continuó examinando los documentos que tenía ante sí, marcando ciertas cifras con su pluma de oro.

—El incremento de nuestra producción industrial es realmente alentador —dijo sin levantar la vista—. Vidrio y cemento, sal, tejidos, cáñamo, algodón, contadores eléctricos... todo mejor que el año pasado. Naturalmente seguimos escasos de capitales... tendré que conseguir un préstamo en alguna parte, si el gobierno está de acuerdo conmigo, claro. El canal del Ganges está acabado gracias a Dios, pero las obras de irrigación siguen a su paso, especialmente el canal de Rajasthan. Y mientras tanto, tú, mi único hijo, ¡quieres ir a que te maten los chinos!

—No veo cómo puedo irme a Inglaterra o Norteamérica, padre, mientras los chinos desencadenan una guerra en nuestras fronteras —dijo Jai.

—Puedo enviar a cien hombres en tu lugar —dijo Jagat.

—Pero yo no seré ninguno de ellos —replicó su hijo.

Jagat dejó la pluma sobre la mesa.

—¿Quieres destrozarme el corazón?

—No, padre. Y tú, ¿quieres destrozar el mío?

—¿Cómo podría? Tu corazón es de mármol.

—Entonces es un corazón Rajput, extraído directamente de nuestras montañas.

No me olvido de nuestros antepasados. Llegaron a gobernar toda la India, ¿no es verdad, padre? Si nosotros no encabezamos la resistencia, ¿quién luchará?

Jagat no contestó. Jai continuó hablando impetuosamente:

—Me avergonzaría si no hubiese sido el primero de la escuela en presentarme voluntario. Todos mis compañeros esperaban eso de mí. Soy un Rajput. He recibido entrenamiento de oficial. Ellos me seguirán, pero yo no tengo por qué seguir a nadie.

Jagat suspiró.

—¡Igual que mi viejo abuelo, que murió antes de que tú nacieras! Le recuerdo muy bien... Yo tenía casi tu edad cuando murió en mil novecientos treinta después de haber organizado un bonito jaleo con motivo de la ceremonia de coronación del Príncipe de Gales en Durbar. Soliviantó a toda la familia, a toda la India en realidad. ¡Se negó de plano a ser presentado al Príncipe después del Nizam! El Sol Batistri no le permitía pasar por semejante ofensa, y él siempre se había guiado por nuestras cámaras parlamentarias, la de los Lores, formada por los dieciséis Rajputs Amirs de más alto rango, y la de los Comunes, con los otros treinta Rajputs Amirs. ¿Sabes que el Sol...?

Jai sonrió.

—¿Por qué crees necesario explicarme lo que es Sol Batistri?

Jagat suspiró.

—Dios... ¡y pensar que todo eso ha pasado a la historia! En cualquier caso, un funcionario de alto rango comprendió que mi abuelo tenía que reunirse con el Príncipe de alguna forma y consiguió convencerle para que le viera en Bombay. El gobierno estaba asustado, pero afortunadamente fue el mismo príncipe inglés quien se encargó de resolver el problema. Recibió a mi abuelo a bordo de su barco que era técnicamente territorio inglés, y mi abuelo se quedó tan contento. ¿No te había contado nunca esta historia?

—Sí, padre.

—¿Ah, sí?

—Contribuyó a que me decidiera a alistarme, padre —dijo Jai sonriendo.

Jagat apartó su mirada de aquella sonrisa encantadora.

—¡Es innecesario luchar contra los chinos! Estamos negociando con ellos como lo venimos haciendo desde mi novecientos cincuenta y cuatro, cuando sus mapas empezaron a mostrar líneas fronterizas inexactas. Al fin y al cabo, no somos occidentales que se lancen alegremente a la guerra. Nuestras tradiciones son diferentes.

—Sí, ¿y qué dicen de eso los chinos? —preguntó Jai—. Dicen que los mapas son viejos mapas nacionalistas y que no tienen tiempo de revisarlos. Pues bien, ¡mienten! Han tenido mucho tiempo. Además, se quejaron aquel mismo año de que nuestras tropas estaban en Barahoti, en el Uttar Pradesh. Eso está al sur del Paso de Niti y ha sido siempre nuestro país. Y un año después, a pesar de que nuestro gobierno negara los hechos, las tropas chinas lo invadieron.

—Conoces bien tu historia —refunfuñó Jagat.

—Sí, la conozco bien y tengo buena memoria también —replicó Jai—. Escuché tu conversación con el primer ministro, cuando me llevaste a Nueva Delhi. Y recuerdo que dos años más tarde el primer ministro chino dijo que su gobierno reconocía la línea McMahon en Birmania. ¡Pero hace tres años, después de tantas y tantas inacabables conversaciones entre nuestros dos gobiernos, esos mismos chinos alegaron que las fronteras no se habían fijado nunca definitivamente, que nunca habían reconocido la línea McMahon y que era necesario revisar los mapas! ¿Qué se puede hacer con semejante gente, si no es luchar? ¡Reclaman cincuenta mil millas cuadradas de nuestro territorio! ¿Es que vamos a tolerar eso? Algunos soldados de nuestras patrullas fronterizas han perdido la vida. Mientras tanto, los chinos han terminado la carretera que enlaza el Tibet con Sinkiang, una carretera que atraviesa la región de Chin Aksai, al nordeste de Ladakh... ¡en nuestra tierra! ¿Y qué ha pasado con todos los argumentos esgrimidos durante los dos últimos años? ¿Es que no hay ya suficientes pruebas de que los chinos hacen lo que quieren? Te digo que están llenos de mentiras y firmemente decididos a apoderarse de esos territorios. Éste es el año decisivo y quiero tomar parte en la gran prueba. Están otra vez en Ladakh, en la región de Chip Chap, con sus avanzadillas. Hay que detenerlos.

—Llevas boñigas de camello en los zapatos —dijo Jagat.

Mientras hablaba su hijo había bajado la vista y observaba ahora las suelas de los modernos zapatos ingleses que llevaba Jai sobre los calcetines blancos.

—¡Qué! —exclamó Jai. Se inclinó rápidamente para examinarlos—. Buen Dios, padre, ¡en qué estado están nuestras calles! Realmente, deberías hacer algo. Caminé sólo unas cuantas yardas fuera de las puertas de palacio. Quería pasar por el lago para ver si mi motora estaba allí. Antes no solía utilizarla nadie, salvo tú. ¿Y qué hago ahora?

Jagat tocó un timbre que había sobre su mesa. Inmediatamente apareció un criado. Jai extendió el pie derecho.

—Quítame el zapato y límpialo.

—Sí, *sahib*.

El criado se inclinó, sacó suavemente el zapato y salió.

—Será mejor que tire estos zapatos —se quejó Jai—. Los camellos son tan apestosos.

—¿Qué será de ti en el campo de batalla, remilgado jovencito? —dijo Jagat riendo—. Te contaré otra historia de la familia mientras esperas a que te traigan el zapato, si tu madre no te la ha contado ya. El Rana de Sadhari, que era el jefe Jhala de uno de los maharanás de aquí, se ganó hasta tal punto el favor del Maharaná que el buen viejo le dio a una de sus hijas por esposa. La novia llegó a Sadhari con gran pompa. El Rana estaba deseando saber si pensaba comportarse como una buena esposa hindú, suave y sumisa, o como una princesa. Por la noche, cuando se quedó a solas con ella en la terraza, pidió que le trajera un ascua del brasero para encender su

pipa. Ella declaró inmediatamente que nunca realizaría trabajos de criada. El Rana insistió y entonces ella se levantó, se metió en la carroza que la estaba esperando y se marchó con todo su séquito.

»La princesa, de nuevo en su hogar, le contó la historia a su madre, la cual, indignada, fue a ver al Maharaná y le pidió permiso para anular el compromiso matrimonial. El Maharaná era como tu abuelo... ¡no me atreveré a decir que como yo, desde luego! No dijo nada, pero se fue ante el Sol Batistri, y el Rana de Sadhari, que era uno de sus miembros, fue convocado. Supongo que para entonces el hombre estaba bastante arrepentido del revuelo que había levantado porque se presentó en actitud humilde. Mi antepasado, sin embargo, le invitó a pasear con él por un estrecho corredor —supongo que te acordarás de él; es ese lugar donde te gustaba esconderte de niño; ya sabes que sólo puede pasar un hombre— y a través de él llegaron al patio, al que daba entonces el zenana de las mujeres, cosa que ahora no ocurre. Mi abuelo había ordenado que colocaran unas pantuflas en cierto lugar

»—Ponte tus pantuflas —le dijo al Rana.

»Naturalmente, no logró encontrar las pantuflas, así que mi abuelo fue al lugar donde estaban, las cogió, sacudió el polvo que tenían encima y se las presentó a su yerno, el cual, terriblemente avergonzado, se deshizo en disculpas. Pero mi abuelo dijo completamente sereno: «No somos señor y súbdito aquí. Tú eres mi yerno y según nuestras escrituras debo tratarte con respeto, cosa que hago». Ni que decir tiene que la princesa estaba contemplándolo todo desde una de las ventanas del zenana y declaró en seguida que ella no podía ser distinta que su noble padre, por lo que se presentó ante el Rana, volvió con él a su nuevo hogar y cumplió allí con todos sus deberes de esposa.

Jai había escuchado la historia con una sonrisa de ligera superioridad.

—Sí, mi madre me ha contado también esa historia.

—Pues has sido muy cortés al no interrumpirme —replicó Jagat.

—Salgo mañana para el frente —dijo Jai suavemente. Padre e hijo se miraron a los ojos.

—Muy bien, hijo mío —dijo Jagat—. Ahora ve a ver a tu madre.

* * *

Moti estaba sentada en la terraza bajo un árbol que algún antepasado había plantado tres siglos antes. Era un ejemplar enorme. El diámetro del tronco era objeto de conjeturas, pues nadie se había sentido con energías suficientes para medirlo y, además, era más interesante sospecharlo que saberlo. Aquel día se había levantado más temprano que de costumbre. Sabía que Jai se encontraba en el palacio y que querría verla lo antes posible. Estaba tomando uno de sus raros desayunos europeos a base de café, tostadas y conservas —una costumbre que había aprendido en su niñez de su institutriz francesa—, a los que añadía únicamente fruta fresca del tiempo.

Estaba sola, pues no consideraba a los criados como presencia humana, y pensativa, como de costumbre. Reflexionaba sobre las relaciones de una mujer con un hijo que ya se ha hecho hombre. Porque no había duda de que Jai era ya un hombre. Sus criadas le habían traído alentadoras noticias de él, y aunque estaba casi segura de que no tenía aún ataduras sentimentales, sabía que durante su estancia en Bombay había conocido a una bonita actriz en una fiesta de un hotel de Playa Juhu frecuentado por gente de teatro y que algo había ocurrido. «Algo» entre un hombre y una mujer sólo puede significar una cosa, por supuesto. No se sentía celosa, simplemente relegada. Había hecho todo lo que estaba de su parte por convertir a aquel voluntarioso chiquillo en un hombre bueno, aunque no estaba muy segura de la definición de bondad en un hombre. En cuanto a las mujeres, la bondad es algo sencillo. Sus límites son la castidad antes del matrimonio y la fidelidad después. Le daban bastante pena los hombres, siempre a merced de sus instintos físicos. ¡Pobre Jai, tan impulsivo, tan sincero! ¿La seguiría queriendo? A un hijo le debía resultar bastante difícil definir sus sentimientos respecto a su madre como mujer. Llevaban años sin estrecho contacto, desde que se había ido al colegio, y sobre todo a aquel colegio inglés cuyos hábitos y tradiciones eran los de la clase superior inglesa.

Entonces le vio, de pie en el umbral, y se quedó atónita al comprobar lo guapo que estaba. Naturalmente, la barba era sólo una afectación juvenil, pero no por ello dejaba de constituir un signo de virilidad. Su rostro aún conservaba algo de la redondez típica del niño, pero ya se percibían en él los enérgicos ángulos del varón. Los ojos color avellana, grandes y expresivos, estaban enmarcados por unas largas pestañas y unas cejas bien dibujadas.

—Entra, hijo —dijo.

Jai avanzó unos pasos y se detuvo para saludar a su madre con las palmas unidas en el tradicional *pranam*.

—Buenos días, madre. ¿Estás tan bien como me dice tu aspecto? Espero que sí.

—Estoy bien, gracias.

Indicó a un criado con un gesto que sirviera café a Jai, pero éste no quiso.

—Gracias, no... Aún no he aprendido a beber ese brebaje. Tomaré una taza de té.

El criado desapareció y él continuó examinando a su madre con una mirada apreciativa. El delicado rostro de Moti adquiría una extraña viveza a la sombra del gigantesco árbol. Nunca había pensado en ella como mujer, ni siquiera como en algo distinto de sí mismo. Ahora cayó en la cuenta, con una ligera sensación de asombro, que ella tenía una existencia completamente diferenciada de la suya, una vida propia e independiente de su propia vida. Su sentido de la justicia le obligaba a admitir que ella tenía perfecto derecho a ello como individuo, sobre todo si se tenía en cuenta que él no sentía ya ninguna necesidad particular de ella salvo el que se encontrara en palacio cuando llegaba. Todos los años Moti pasaba un mes en su hogar natal de Jaipur, y él entonces la echaba de menos.

—Jai —preguntó ella de pronto—, ¿no tienes intención de casarte?

—No, madre.

—¿Por qué no?

—Porque quiero ir al frente, libre y sin preocupaciones.

—¿Y qué pasará si te matan y tu padre se queda sin heredero?

—¿Qué importa eso, ahora que ya no somos gobernantes de nuestro Estado?

—Le importa a tus padres.

No respondió. Moti estaba pelando un higo con un cuchillo de plata.

—Realmente, no puedo preocuparme por esas cosas en este momento —dijo Jai al fin.

—¡Cómo podrías! ¡En una época en que deberías pensar sólo en el amor, piensas en matar y combatir! Si volvieras y me dijeras que habías matado a un solo chino, me sentiría incapaz de tocar tus manos.

—Lo siento, madre. Intentaré matar a tantos chinos como pueda, antes de que ellos me maten a mí.

—Me disgusta esta conversación —dijo Moti abruptamente y dejó el higo sobre el plato.

Pero un momento después lo volvió a coger y empezó a comérselo cortando finas rodajas. Jai casi podía ver el cerebro de su madre buscando afanosamente argumentos para convencerle.

—El gobierno dice que aún desea celebrar conversaciones con los chinos a cualquier nivel. ¿Por qué, entonces, te sientes obligado a cargar con la responsabilidad de retrasar tus estudios y convertirte en soldado?

Jai no pudo seguir sentado. Empezó a pasear arriba y abajo ante su madre, lanzándole las palabras por encima de los hombros.

—Madre, cuando coges un periódico, lees sólo lo que te gusta leer. ¿No sabes que hace sólo cuatro días, el ocho de septiembre de este año de mil novecientos sesenta y dos, para ser más exactos... una fecha histórica, madre, y por eso insisto tanto en ella... no sabes que los chinos se metieron en Thaga La...?

—Pues claro que lo sé. —Su voz era impetuosa y sus ojos brillaban—, pero también leí que el gobierno sugiere, para evitar ulteriores problemas, que ambas partes se retiren de la región de Ladakh, donde, después de todo, se están produciendo los choques importantes.

—¡Propuesta rechazada por los chinos! —Se detuvo ante ella—. Y hoy nuestro gobierno declara que no puede haber conversaciones hasta que los chinos se retiren de las posiciones que ocupan gracias a la agresión. ¿Es que no te das cuenta, madre, que los chinos no tienen intención de retirarse?

Moti renunció definitivamente a comerse el higo.

—Pero ¿por qué?

Estaba derrotada. Jai lo comprendió. El fuego de sus ojos se había apagado y sus dedos temblaban cuando los metió en un cuenco de cristal lleno de agua y los secó después en una servilleta de lino.

—Eres hijo de tu padre —dijo—. Harás exactamente lo que te venga en gana. No sé por qué sigo preocupándome por ninguno de los dos.

En aquel momento deseaba que su hijo se fuera. En cuanto desapareciera de su vista, iría a su habitación y se pondría a escribir una de sus largas e introspectivas cartas al padre Francis Paul. Le preguntaría qué deberes tiene una mujer hacia un hombre que ha sido su hijo, pero que ahora exige su independencia. ¿Acaso no había hecho todo lo que estaba de su parte? Mientras fue un niño, ella se había esforzado al máximo en inculcarle la ternura hacia todas las criaturas vivas. Le había enseñado que no se debe molestar ni siquiera a los pájaros en sus nidos. Se les debía dejar que los construyeran en paz, que depositaran en ellos sus huevos, que cuidaran allí a sus crías, incluso en los casos en que eso supusiera una molestia para nosotros, como, por ejemplo, las golondrinas que se habían encaprichado del gran candelabro de cristal que había sobre la mesa del comedor, capricho que, desde luego, había resultado muy inconveniente.

—Madre, ¿por qué sonríes? —preguntó Jai.

Ahora era él quien comía higos. Los pelaba con los dedos y se los metía enteros en la boca.

—Estaba pensando en aquellas golondrinas que anidaron en el candelabro del comedor. ¿Te acuerdas?

Jai se echó a reír

—¿Cómo podría olvidarlo? Nunca supe lo que iba a ocurrir hasta que el viejo Rodríguez colgó una tela de mosquitero debajo del candelabro. Pero tú no consentiste que nadie tocara el nido. Y puedo asegurarte, madre, que a Rodríguez no le volverá a ocurrir nada semejante. A la primavera siguiente encontró el medio de hacer comprender a las golondrinas que no eran bien recibidas.

—¿Fue eso lo que pasó? Me pregunté durante mucho tiempo por qué no habrían vuelto. Creo que me sentí bastante dolida.

—Ya ves, madre —dijo Jai con la boca llena de higos—, está muy bien para las señoras como tú tener esos dulces principios, pero la realidad es que todos nosotros hemos ideado continuamente procedimientos que hicieran posible el que tú continuaras con tus ideas. Alguien debe espantar a los pájaros en secreto, alguien debía matar a los mosquitos y las serpientes, disparar a los tigres y luchar con los chinos, si es que queremos seguir viviendo. Rodríguez podía hacerlo secretamente con las golondrinas, pero yo no puedo hacer la guerra en secreto, madre. Así que dame tu bendición y déjame ir. No sé cuándo volveré a verte.

Moti se levantó, incapaz de hablar por culpa del nudo que tenía en la garganta. Acarició las mejillas de su hijo, le bajó suavemente la cabeza y besó su frente en señal de bendición.

Cuando él se marchó experimentó una sensación de soledad tan intensa que casi resultaba insoportable. ¿Era un mal presagio? ¿Anunciaba tal vez la muerte de Jai? ¡No, eso era absurdo! Tenía una salud perfecta. Pasarían semanas antes de

encontrarse en peligro, semanas de preparación y entrenamiento. La guerra podía haber acabado para entonces. Y sin embargo, este nuevo sentimiento era diferente de su habitual sensación de soledad. Era muy profundo, como si estuviera muriendo una parte de su propio ser, como si ya no fuese a ser nunca ella misma. En todo el mundo no tenía a nadie con quien poder hablar. Rodeada siempre de gente, estaba sola y ningún dios se encontraba cerca. Deseaba un solo dios como tenían los cristianos, pues entre las múltiples divinidades hindúes era difícil encontrar la identidad central que necesitaba. ¿Dónde estaba ella en la sagrada trinidad de Siva el Creador, Siva el Preservador y Siva el Destructor? Debía existir un espíritu más definitivo, menos acaparador, alguien a quien poder rogar simplemente una orientación. Era atrayente creer, como creía el padre Francis Paul, que existía un Padre, un Dios supremo, que se ocupaba de ti incluso cuando sólo estabas, como ella, en un pequeño apuro. Pero ¿sentiría ella esa necesidad, de no conocer al padre Francis Paul? Nunca se había engañado a sí misma y era cierto que nunca se había considerado una persona solitaria hasta que el padre Francis Paul llegó por primera vez a palacio. Nunca había pensado en sí misma mucho más que en cualquier otra cosa; se había considerado como alguien que ocupaba el lugar que le correspondía en la compleja vida del palacio. En realidad, habían hablado muy poco hasta que ella empezó a escribirle aquellas largas y difusas cartas, y ahora, cuando él la visitaba, discutían únicamente las cuestiones que había planteado en la última carta. Tampoco es que escribiera con mucha frecuencia, pues aún se mostraba algo reservada con él, siendo como era tímida por naturaleza, propensa a evadirse en el silencio o incluso en una de sus abruptas retiradas. A veces la hería de una forma que ella no acababa de comprender bien, por ejemplo, cuando defendía a Jagat en su presencia. Él nunca permitía que le reprochara algo a Jagat ni siquiera su afición a la caza de tigres y osos salvajes.

—Su Alteza debe tomar sus propias decisiones —decía el padre Francis Paul.

Siempre decía «Su Alteza» cuando hablaba de Jagat, y aunque no sabía imaginar qué otro tratamiento podía utilizar, decir «Su Alteza» era casi censurarla, como si ella hubiese actuado en algo contra su propia estimación, y no podía soportar un reproche de alguien tan dulce como el padre Francis Paul. Era amable hasta la ternura, y ternura era lo que faltaba en su vida.

Aquella palabra actuó sobre ella como un impulso. Se levantó y se retiró a sus habitaciones, con el blanco sari flotando a su alrededor. Una vez allí, cerró la puerta, se sentó ante su escritorio de palo de rosa y cogió la pluma.

¿Qué debo hacer? —escribió, sin saludo previo, como hacía siempre—.
Mi hijo se va a la guerra... ¡mi único hijo!

Tras dejar a su madre, Jai se fue derecho a ver a Veera. La encontró en su sala de estar, comiendo un sustancioso desayuno inglés a base de huevos y tocino. La indumentaria también era inglesa, un vestido veraniego de muselina india, verde

como las hojas en primavera. Era bonita, concedió Jai, y se dio cuenta con cierta sorpresa que nunca había pensado así antes. Se sentó en el sillón más cómodo.

—¿Eres feliz con lo de Raj? —preguntó de buenas a primeras.

—¿Por qué lo preguntas? —contestó ella.

Estaba extendiendo mermelada india de naranja sobre una pequeña tostada.

Jai la miró inquisitivamente.

—Tienes aspecto de estar enamorada.

—Y cómo sabes tú cuál es el aspecto que deben tener las chicas cuando están enamoradas, ¿eh? ¡Me gustaría que tuviéramos de nuevo buena mermelada inglesa!

—¡Qué poco patriótica eres... justo cuando he decidido alistarme!

—¿Se lo has dicho a nuestra madre?

—¡Ahora mismo! Está disgustada.

—Por supuesto. Siempre has sido su favorito.

—Tonterías. No tiene favoritos. Y si tiene alguno, eres tú.

—Eso sí que es una tontería. Ninguna hija es la favorita de su madre. Ese lugar está reservado siempre al hijo. ¿Por qué decidiste alistarte?

—No lo sé. Bueno, sí. Es una de las pocas cosas definidas que uno puede hacer. Es difícil encontrar algo definido en estos tiempos. Todo es un batiburrillo donde se mezclan lo viejo y lo nuevo, ¡cómo padre convirtiendo en hotel el palacio del lago! ¿Has visto a ese americano?

Veera le dedicó una mirada maliciosa y tímida al mismo tiempo.

—Él me ha visto a mí.

—¿Y...?

—Nada.

—¿Crees que le gustó lo que vio?

—Supongo que sí.

—¿Y Raj?

—¿Cómo voy a adivinar lo que piensa Raj? Además, él no lo sabe.

—¿Es que hay algo que saber?

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría haberlo?

—Entonces, ¿de qué estamos hablando?

—De nada.

—De nada definido. A eso me refería antes. Nunca encuentras nada definido en la India.

Se levantó inquieto y fue a la ventana. El paisaje era el mismo que había visto toda su vida, pero hoy le sorprendió con una belleza que no había captado antes. El lago, bordeado por las grises montañas del desierto, estaba azul bajo el cielo azul, y en su centro el palacio de mármol resplandecía más blanco que las nieves del Himalaya. Recordó el palacio cuando era niño, cuando su abuelo se pasaba allí los veranos rodeado por sus concubinas, mientras su esposa, la anterior Maharani, permanecía en el palacio de invierno... en bien de la paz, como declaraba siempre.

¡Santa paciencia la de estas mujeres indias! ¿Qué esposa de hoy día aceptaría tan resignadamente las aventuras amorosas del hombre? Y sin embargo, aquella herencia explicaba quizá la extraña pasividad de las modernas mujeres indias. Las mujeres seguían esperando, a veces de por vida, que las cortejaran. No se les pasaba por la cabeza intentar modelar su vida con iniciativas propias. ¡Ni siquiera Veera! Jai pensó en las otras jóvenes que conocía; pensó en Sehra, cuando la conoció en Bombay, a donde él iba siempre que le era posible a pasar al menos parte de sus vacaciones en el gran hotel nuevo de Playa Juhu. La había conocido allí un domingo. Naturalmente, iba acompañada de su familia: su madre, una mujer fuerte y de buen carácter, su padre, jefe de alguna oficina gubernamental, y sus hermanos y hermanas más jóvenes que ella. Era bastante usual que las familias salieran de la ciudad los domingos para pasar el día en Playa Juhu, y las más acomodadas comían en el hotel. Aquel día él había estado nadando, y al volver a su habitación había visto a Sehra, una esbelta y bella muchacha vestida con un sari rosa. Cuando bajó de nuevo, enfundado en un fresco traje de lino, se sentó en una mesa al aire libre, cerca de la que ocupaba la familia de Sehra, y pronto encontró una excusa para presentarse y trabar conversación. Después había ido dos veces a su hogar, una gran casa rodeada de jardines y situada frente al mar.

—¿Estás enamorado? —preguntó ahora Veera.

Jai volvió a la realidad, sobresaltado por la exactitud de aquella verdad.

—Eso es precisamente lo que me estoy preguntando.

—¿Quién es?

—Sehra Lall.

—No la conozco.

—Apenas si la conozco yo. Es bastante bella, desde luego.

—¿Tipo indio?

—Sí... pero de la nueva India.

—¿Delhi o Bombay?

—Bombay.

—¿Quieres casarte con ella?

—No, aunque seguramente hubiera querido, de no haberme alistado. Quiero decir... que es demasiado pronto incluso en circunstancias normales. Además, me marcharé al extranjero.

—Nuestros padres quieren que te cases antes de que te vayas, ¿verdad?

—Eso ya no es tan importante como antes. Ahora no hay ningún problema de sucesión.

—Ah, ya no somos reyes... ¡no, realmente! ¿Echas de menos eso, Príncipe Jai?

—Sí, en cierto modo. Y no... porque ahora me siento libre.

—¿Verás a Sehra antes de marcharte?

—Creo que sí. Por mi propio bien.

Se sentó. Los dos hermanos permanecieron unos instantes mirándose, en un

franco intercambio. Luego Jai dijo:

—Quiero que me digas si realmente amas a Raj.

Veera agitó impacientemente su mano izquierda. El enorme diamante que llevaba en el tercer dedo brilló a la luz del sol.

—El problema es si le amaré cuando tenga oportunidad de hacerlo.

—¿Te resulta repulsivo?

—¿Por qué iba a resultarme repulsivo?

—¡Esos mechones de pelo que tiene en las orejas!

Veera se echó a reír.

—Oh, eso...

—¿No?

—Jai, ¿por qué me presionas? ¡Mírate tus orejas!

—Te tengo bastante cariño, ya sabes.

—¿Es que nos vamos a poner sentimentales ahora? Nunca lo hicimos.

—No, pero justo ahora me siento más sensible, quizá. Me gustaría marcharme pensando que todos se sienten felices aquí.

—¿Y cómo voy a saber yo si todo va bien? Estoy acabando una parte de mi vida y empezando otra. Es mi último año de colegio.

—¿Cuándo piensas casarte con Raj?

—Pronto, supongo... a menos que decida que no...

—¿Hay muchas posibilidades?

—No, creo que no. No hay nadie mejor... en mi horizonte, al menos.

—¿Has excluido de tu mente la necesidad de amar?

—Oh, imagino que le amaré. Una vez casada con él, no habrá otra posibilidad.

—Y ahora, ¿hay otra posibilidad?

—¿Cómo lo sabes?

Era una conversación muy poco satisfactoria, y Jai decidió poner punto final.

—Creo que debo irme, Veera. Escríbeme.

Se levantó, se acercó a ella, y Veera estrechó su mano entre las suyas.

* * *

El sol se hundía en el Océano Índico cuando Jai salió de las suaves olas para reunirse con Sehra Lall. Ella estaba sentada con sus padres en una de las mesitas de mármol de la terraza del hotel.

—Esperas siempre hasta el último momento —se quejó ella mientras Jai aceptaba una bata de un criado y se sentaba a su lado.

—Discúlpenos —dijo el padre de Sehra—. Vamos a dar un pequeño paseo.

Hizo un gesto con la cabeza a su esposa, que le siguió, una mujer grande y silenciosa con un sari blanco y el canoso cabello apartado de su pálido rostro.

Sehra se echó a reír.

—¡Pobres padres los de hoy! Están tan ansiosos de ser modernos —y se resisten tanto a concedernos la libertad— siempre dentro de los límites aceptables, por supuesto. Jai, dime por qué te gusta asustarme cuando nadas.

Él alzó su rostro cubierto aún de agua salada y se secó con la toalla que le ofrecía el criado.

—¿Estás asustada?

—Pues claro que lo estoy. Ya sabes lo peligrosa que es esta bahía. En cuanto cambia la marea la corriente te arrastra irremediabilmente mar adentro. No hay hombre capaz de nadar lo bastante aprisa para ganar la costa. Es la marea más fuerte del mundo. A pesar de lo bien que nadas, por poco no puedes volver a tierra. Vi perfectamente el agua batiendo fuerte contra tus piernas cuando saliste.

—Es natural en ti el asustarte.

—No puedo evitarlo.

La ocasión se convirtió bruscamente en muy significativa. Ahora le había llegado el momento de pronunciar las palabras que le ligarían a ella, darle algo propio a lo que regresar, y si no regresaba nunca, algo propio sobre lo que llorar. Sehra estaba hoy muy bella, más bella que de costumbre, con el viento húmedo y salado rizándole los cabellos sobre el rostro. Si estuviera seguro de que moriría en combate, hablaría inmediatamente. Extendería sus manos y tomaría las suyas. Pero no podía estar seguro de la muerte y, si vivía para regresar, no estaba seguro de que ella fuese a quien quería regresar. Sin embargo, el hecho de que partía dentro de unas horas, impregnaba su encuentro de una sensación de urgencia. Estaría a solas con ella un rato solamente. Si tenía algo que decir, debía decirlo ahora. Apoyó sus brazos en la mesa y acercó el rostro al de ella.

—Sehra, estoy tan cerca de enamorarme de ti...

Hizo una pausa, y ella esperó, con sus ojos grandes y oscuros.

—Necesito mucho decirte que te amo, quizá porque estoy a punto de marcharme y porque no sé si volveré algún día. No sé lo que ocurrirá si vuelvo, pero desde luego seré una persona completamente distinta de la que soy ahora. A lo mejor, entonces no te gusto.

Ella habló, en voz baja.

—Siempre me gustarás... no importa como seas. Yo siempre... te amaré.

Jai no pudo contestar. ¿Qué ha de hacer un hombre para rechazar un regalo? Ella le estaba ofreciendo su corazón, un corazón humano, un corazón de mujer. En aquellos últimos días él estaba buscando un significado a su vida. ¡Seguramente había un significado por encima de su lucha con los chinos en las montañas de la frontera! Quizá ese significado estuviera en los trillados caminos de la felicidad entre hombres y mujeres. Si él volvía a Sehra, ella le haría feliz recorriendo ese camino. Tendrían hijos, niños maravillosos de grandes y líquidos ojos oscuros, de rizos negros. Si él volvía sano y salvo...

De pronto se dio cuenta de que aquélla no era la vida que quería. Puso su mano

suavemente sobre las suyas.

—Gracias —dijo—. Nunca olvidaré lo que me has dicho.

Sus padres volvieron antes de que ella pudiera contestar, y Jai retiró su mano.

—Vamos, Sehra —ordenó el padre—. Se ha levantado el viento nocturno del mar y tu madre va a coger un resfriado.

Se fueron. Sehra volvió la cabeza para lanzarle una última y angustiada mirada. La luz del crepúsculo se extinguía gradualmente. Sintió el frío viento sobre su carne como un mal presagio que se introdujera reptando en su corazón, pero él se negó a aceptarlo. Mañana por la mañana, al alba, saldría para el campamento. Seis semanas de entrenamiento básico y estaría listo para combatir en Ladakh. ¡Seis semanas!

* * *

—No me gusta nada esto —dijo Jagat.

Habían pasado ya varias semanas desde que Jai partió para el frente. Las cosechas de otoño se recogían en los campos y los vientos otoñales enfriaban el aire del desierto. Era difícil creer que Jai estaba luchando entre las nieves del Himalaya. Apartó el compacto libro que el Director de Economía y Estadística le había enviado unos días antes.

—Señor, ha sido un año muy seco —dijo el director

Jagat cogió nuevamente el libro y leyó en voz alta.

—Los cereales Rabi han bajado en un diez por ciento respecto al año pasado. Los cereales Kharif en un cinco por ciento. Las legumbres tampoco han ido mejor que el año pasado. Un descenso en la cosecha total de alimentos. Los aceites de semillas, más bajos. Las fibras, más bajas.

—Pero el capítulo de varios ha subido —insistió el director.

Era un hombrecillo gordo, vestido con una camisa y un «dhoti» de algodón blanco. La ansiedad regaba de sudor su rostro redondo. Para él todo seguía como antes. Era como si no se hubiese enterado de que el Maharaná había sido privado de su poder. El tradicional hábito del respeto y la obediencia le impulsaban a seguir sometiendo los informes anuales al que ya había dejado de ser el príncipe gobernante del Estado. Por ello no veía ninguna incongruencia en la actitud de Jagat.

—El problema está en que los proyectos de irrigación van muy retrasados —se quejó—. Mire esto... sólo han terminado el canal del Ganges. No aparece ninguna cifra este año sobre los canales de Mahi o Rajasthan...

—¡Por favor, Alteza, mire en Chambal, y también en Bhakra Nagal!

Jagat cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—¡No me llame Alteza! ¡Ah, perdóneme, viejo amigo! La verdad es que estoy muy preocupado con mi hijo. Está en la frontera... y la lucha ha estallado justo en la frontera birmana. Pekín ha ordenado a sus tropas que no se detengan en la línea McMahon. La radio dijo esta mañana que había caído Lumpu. ¡Eso está diez millas al

sur de la línea McMahon! Mi hijo se queja de que sus armas son anticuadas, de que nada está como es debido, de que escasean los suministros, y de que, a pesar de todo eso, tienen que continuar luchando. Nos han cogido mal preparados en todos los sentidos... y nadie peor preparado que un joven como mi hijo, la flor y nata de la India sacrificada...

No pudo seguir. El director suspiró, y se secó los ojos con el faldón de la camisa.

—Mis dos hijos también, Alteza...

Jagat extendió impulsivamente su mano derecha y estrechó la del director al modo británico. Luego la apartó rápidamente. Se sentía triste, como blando por dentro, y un poco avergonzado de aquel impulso. Era una actitud que su padre no hubiera comprendido. Ése era el problema de estos tiempos tan complicados. Uno tenía a veces modernos impulsos democráticos que sólo servían para embarazar al receptor. El director se habría ruborizado de no tener la piel tan oscura. A pesar de ello, parecía sofocado y pequeños riachuelos de sudor descendieron por sus mejillas.

—Bien, bien —dijo Jagat por decir algo—. Vea esas obras de irrigación.

El director hizo el «pranam», recogió sus papeles y salió. Jagat permaneció sentado unos instantes tras su gran mesa de palisandro cubierta por un tablero de mármol rojo, mirando desasosegado los trofeos de sus cacerías. ¡Ah, aquellas noches maravillosas que había pasado en su pabellón de caza de las colinas de Aravalli! Hora tras hora midiendo con sus pasos el terrado, mirando el paisaje a la luz de la luna, escuchando atentamente el sonido de los batidores. Cuando llegaba el momento, cuando veía los dorados ojos de la fiera brillando intensamente a través de los matorrales, ¡qué cuidado y habilidad eran necesarios para disparar al corazón, si era posible, a fin de no estropear la belleza de aquella piel felina! Era un hombre apasionado y había amado a las mujeres, pero ningún momento de pasión era comparable al instante en que su bala penetraba inexorable en el blanco y el bello animal caía, cálido y muerto, sobre la tierra. Él había entrenado a Jai para que fuera un buen deportista a la manera inglesa, pero siguiendo también las tradiciones del Rajasthan, ¿y se iba a perder eso ahora a manos de unos chinos fanáticos?

Ladakh... había estado muchas veces en Ladakh, primero con su padre y después solo para inspeccionar las plantaciones de té que tenían en las estribaciones más bajas del Himalaya. Aquellas tierras eran ancestrales. Las había comprado su tatarabuelo y resultaban enormemente rentables. Ahora quizá fuesen destruidos aquellos bellos jardines colgantes del té, plantados en laderas tan pendientes que siempre le había maravillado el que los cultivadores pudieran mantener el equilibrio. Era un espectáculo digno de verse cuando las laderas se llenaban de hombres y mujeres para la recolección, sus brillantes ropas reluciendo al cálido sol. Desgraciadamente, los chinos se habían apoderado ya del puesto del valle de Galwan, en Ladakh, y el 25 de octubre la radio anunció que las tropas indias, tras dura lucha, se habían retirado de Tawang y se había aconsejado la evacuación a los civiles. Aquellas bravas gentes, hombres transportando a sus padres, madres transportando a sus hijos, habían

abandonado sus hogares y sus pertenencias para que los ejércitos indios pudieran librar la guerra sin obstáculos. Y así había empezado la batalla de Chushul que aún continuaba. En algún lugar de aquella sangrienta refriega estaba su único hijo. Él sabía que la lucha era a muerte, pues el puesto de Chushul era de inmensa importancia, una puerta de entrada a la India, y los chinos estaban recurriendo a todos los medios a su alcance para apoderarse del puesto, volcando sobre él refuerzos y más refuerzos, miles y miles de hombres de rostro hurraño, duros y despiadados.

—Oh, Jai, hijo mío, hijo mío...

El corazón de Jagat se había abierto en aquel lamento. No podía soportar aquel sufrimiento. Pero tampoco podía hacer nada, nada, salvo esperar noticias de la batalla. Duraría días, quizá semanas, pues las tropas indias estaban resistiendo, tozudas y valerosas. ¡Qué egoísmo por su parte pensar sólo en Jai, cuando todos los hombres y mujeres de la India estaban sufriendo la misma agonía a causa de sus hijos! Se levantó del sillón de ébano y plata, regalo de un virrey a su abuelo, y caminó hacia las ventanas de marcos tallados en mármol, abiertas al lago, vio el palacio blanco, brillando sobre las aguas azules, una escena siempre increíble en su paz y belleza. Sobre las gradas de mármol de la puerta de la ciudad, las mujeres, en brillantes saris, se bañaban y lavaban sus ropas, el rítmico golpeteo enmudecido por la distancia. De pronto, una pequeña motora se separó del muelle de palacio, justo bajo la ventana donde se encontraba, y vio al americano, muy cargado, sentado a popa, cerca del ruidoso motor.

Jagat decidió seguirle. Hacía unos veinte días que no había visitado el reencarnado palacio. Había estado muy ocupado con los asuntos propios del otoño: visitas de los agentes, supervisión de las cosechas, distribución de las rentas y los granos. Ciertamente que, como se habían entregado muchas tierras al pueblo, la tarea ya no era tan gigantesca como en tiempos de su padre, cuando en cada centro de recolección debía haber un representante real para supervisar las cosechas, registrarlas y recoger la parte debida a la familia real. A pesar de ello, todavía le pertenecían algunas tierras en cuanto príncipe, y necesitaba llevar minuciosamente las cuentas ahora que sus ingresos se habían reducido tan sustancialmente. Realmente, se encontraba en una situación extraña y ambivalente. Aprobaba la abolición del poder real y la desaparición de los estados principescos. Una nación moderna no se podía construir sobre la base de unos anacrónicos regímenes autocráticos. Pero él estaba acostumbrado a ser uno de esos autócratas y tenía que refrenar continuamente sus impulsos antidemocráticos, tarea que el propio pueblo se encargaba de hacer más difícil al insistir en tratarle como a su señor, en seguir viniendo en busca de consejo después de las reuniones de los «panchayat», integrados por los viejos de las aldeas que el gobierno indio nombraba en una versión modernizada de las viejas tradiciones comunales.

Precisamente el día anterior había asistido a una de esas reuniones en una aldea situada a más diez millas de la ciudad. Se había levantado temprano, antes del alba, y

había viajado a lomos de caballo por una carretera endiablada en compañía de su palafrenero y de un ayudante. Todo el mundo estaba despierto cuando entró en la aldea, las mujeres atizando la lumbre en el interior de las casas de adobes, los hombres, envueltos en capas de algodón blanco para protegerse del frío de la mañana, estaban todos en cuclillas formando una hilera en la única calle de la aldea. Jagat estaba acostumbrado a aquella costumbre aldeana de hacer las deyecciones a primera hora de la mañana, así que dio unos cuantos gritos de saludo, que despertaron a los monos grises que seguían dormidos sobre las ramas del gran banano que había junto al pozo de la aldea. Sus gritos espabilaron a los aldeanos que se alzaron inmediatamente para dedicarle algunas frases de bienvenida. Luego le rodearon e iniciaron la discusión de los problemas de la aldea, y especialmente los crímenes cometidos por un terrateniente que, por lo visto, no quería comprender que ya no era el «zamindar» y, por tanto, no contaba con poder sobre la vida y la muerte de sus antiguos súbditos.

Sí, la tradición seguía ejerciendo una poderosa influencia sobre la vida y la familia. Por eso el día anterior, cuando acabaron la reunión al mediodía, los aldeanos se empeñaron en que se quedara a una boda y él había tenido que ceder ante la presión de aquellas morenas manos sobre sus brazos y hombros.

—Quédate con nosotros, Rana —pedían las voces.

Y él se quedó para asombrarse de lo poco que habían cambiado las viejas costumbres. La espada ya había sido enviada al hogar de la novia, según la costumbre de Rajput, y ella, tras casarse con la espada, fue transportada al hogar del novio donde se celebró la ceremonia con el fasto acostumbrado. El novio era muy joven y en el último minuto se produjo cierta conmoción porque no podían encontrarlo por ninguna parte. Al fin dieron con él. Estaba jugando con un amigo en una colina de las afueras de la aldea. Lo trajeron a toda prisa, lo metieron en el baño, le pusieron las ropas de boda y lo subieron al caballo que esperaba impaciente en la entrada.

Jagat había contemplado el espectáculo entre divertido y nostálgico. Nada había cambiado en la aldea. En cambio, todo cambiaba en su palacio. Sentía también profundos cambios en sí mismo, aunque no era plenamente consciente de su profundidad. Estaba inquieto. Dio unas palmadas. Cuando apareció el criado, dio una orden.

—Voy al palacio del lago.

Unos minutos después estaba en su motora. Vio en el otro extremo del lago los oscuros lomos de los cocodrilos y sus fauces abiertas para recoger la comida que les arrojaba un hombre. Recordó entonces la orden que había dado días antes.

Se volvió al barquero y le preguntó:

—¿No dije que no se echara más comida a los cocodrilos? Deseo que mueran.

—Sí, Alteza, usted lo dijo —replicó el hombre—, pero si no los alimentamos, no se morirán, sino que se comerán a nuestros hijos. Incluso atacarán a nuestras mujeres mientras se bañan o lavan la ropa. Recuerde, Alteza, que en tiempos de su padre

murió un cocodrilo y cuando le abrieron el vientre lo encontraron lleno de joyas y brazaletes.

Jagat se impacientó.

—Pues tenemos que deshacemos de esos monstruos antes de que el hotel se abra a los huéspedes. Si a un cocodrilo se le ocurre comerse a un solo americano, se armará tal barullo en todo el mundo que nos arruinaremos.

—Sí, Alteza —convino el hombre pacíficamente.

No se dijo una palabra más sobre el asunto, pero Jagat sabía muy bien que los cocodrilos seguirían allí por los siglos de los siglos, a menos que él se encargara personalmente de cazar a las viejas y sagradas bestias. Pero él tampoco haría nada a menos que se viera obligado por alguna desgracia. Mientras tanto, los cocodrilos seguirían recibiendo la comida todos los días y él tendría que resignarse a ello con contenida desesperación. En medio de tanto cambio, seguía existiendo algo inalterado e inalterable en sí mismo y en su pueblo. La conciencia de aquel hecho le produjo cierta irritación.

—¿Se ha reunido la madera necesaria para destilar el vino de rosas?

—Lo comprobaré, Alteza —contestó el hombre con su inalterable tranquilidad.

Jagat no replicó. Un desagradable recuerdo cruzó por su mente. Ese sacerdote inglés, el padre Francis Paul, bebía el vino de rosas con franco placer, y Jagat se acordó en ese momento de que el vino de rosas contenía una respetable concentración de un afrodisíaco tan costoso que ya en tiempos de su padre, cuando el dinero tenía mucho más valor que ahora, una sola botella les hubiera costado doscientas rupias si hubieran tenido que comprar el vino, en lugar de fabricarlo ellos mismos. Tendría que avisar al sacerdote en su próxima visita del peligro que encerraba aquel vino. ¿No era ya el celibato bastante difícil para un sacerdote? ¿Podía consentir que un religioso que visitaba a su propia esposa para proporcionarle consuelo espiritual bebiera un licor de tan fuerte poder afrodisíaco como el famoso vino de rosas de Jam Vibhaji? Ese Jam Vibhaji fue el mismo hombre que, además de los alimentos ordinarios, tomaba en las comidas el tuétano de dieciséis huesos. También tenía la costumbre de beber la leche de un búfalo que había sido alimentado con la leche de otros dos. Bebía el blanco líquido con placer, aunque a cualquier hombre corriente le hubiese dado una colitis fulminante al tomar un alimento tan concentrado. Jam había inventado el vino de rosas, pero incluso él lo bebía con cuidado, por miedo a comportarse de una forma excesivamente salvaje con su esposa. ¡Sería mucho mejor negarle el vino de rosas al sacerdote o, cuando menos, ordenar que lo diluyeran en secreto!

El motor se paró antes de que tomara una decisión.

La lancha atracó ante la escalinata de mármol del palacio, y Jagat saltó a tierra. El vigilante se adelantó a recibirle.

—¿Dónde está el americano?

—En la terraza grande —contestó el hombre.

Jagat penetró en el vestíbulo y subió las escaleras de mármol que conducían a la terraza abierta del primer piso. En el centro de las habitaciones, abierta sobre una columnata, estaba la terraza de mármol cuyo techo era el cielo. Allí se encontraba Bert Osgood, trabajando de pie, a la luz del sol, ante una amplia mesa, con el cuerpo desnudo hasta la cintura y los ojos protegidos por unas gafas oscuras.

—Buenos días, príncipe —saludó con su voz, sonora y alegre—. Llegó usted en el momento justo. Estoy diseñando las «suites» de lujo que habrá alrededor del jardín. ¿Quiere echar un vistazo?

—Le aconsejo que se ponga la camisa —dijo Jagat—. Este sol es peligroso hasta para mí.

—Ya estoy acostumbrado.

—No lo crea.

Bert no le escuchaba. Estaba rebuscando entre sus papeles.

—Aquí está el detalle de una «suite». Utilizaré material indio para cortinas y tapicería. ¡Son bellos de verdad! Me pasé la semana pasada recorriendo tiendas de Bombay. No necesitamos conseguir materiales en ningún otro sitio, salvo en sus propios almacenes de aquí, claro. He pedido a una firma de New York que me envíen un par de decoradores de interior, personas con las que ya estoy acostumbrado a trabajar. Ellos se encargarán de todos los detalles. ¿Sabe lo que tiene en sus antiguos subterráneos? Cofres, mesas, camas, toda clase de muebles europeos, la mayoría sin desembalar siquiera... sus antepasados sabían realmente en lo que gastaban su dinero, aunque no sé por qué no lo utilizaban luego. Hay una alcoba enviada desde París, chapada en oro y en tan buen estado como el día en que llegó aquí hace cien años. Nadie se había molestado en mirarla hasta que yo la desembalé.

Jagat sonreía.

—Supongo que preferían sus propias costumbres y muebles, cuando se trataba de vivir entre ellos.

—Entonces, ¿por qué compraban todo eso?

—Simplemente para saber que estaba ahí en el caso de que quisieran usarlo. ¿Quién sabe?

—Bien, pues ha sido una suerte para usted, príncipe, porque se ahorrará un montón de dinero. Y ahora aquí tiene el informe sobre dirección y todo lo demás. He reflejado unas cuantas ideas sobre lo que más les gusta a los americanos en un hotel. Tenemos que conservar todo el encanto nativo, naturalmente, todo este ambiente tan indio, pero además ellos querrán...

Jagat le interrumpió.

—Los huéspedes indios pueden preferir algo nuevo. Después de todo, llevamos viviendo miles de años en este ambiente tan indio.

Bert tiró el lápiz sobre la mesa.

—¿Me contrató usted para que le dijera cómo convertir este nido de amor indio en un hotel para americanos o simplemente tuve un sueño?

Jagat se echó a reír.

—Está bien. Dígamelo, por favor.

Bert intentó ponerse serio. ¡Imposible no sonreír ante aquel encantador rostro indio!

—Príncipe, le perdono. Ahora bien, como ya le dije antes, he observado en los nuevos hoteles indios de Delhi y Bombay que son ustedes muy descuidados con los pequeños detalles. Pero los pequeños detalles son casi siempre los más importantes, por ejemplo, preparar las tostadas en la alcoba cuando el servicio envía el desayuno. Como le dije, los americanos recuerdan cosas como éstas y se las cuentan a sus amigos. Es importante mantener alto el nivel, especialmente con los americanos. Chaquetas en el comedor, y nada de quitarse los zapatos en la sala de baile...

Jagat le escuchaba, pero sus oscuros ojos danzaban mientras tanto de un lado para otro.

—Hay muchas vistas interesantes aquí en Rajasthan. La región está llena de historia. El fuerte de Chittor...

—Oh, seguro, usted tendrá que organizar «tours» y todo eso —dijo Bert—. Pero los americanos desearán por encima de todo lo que están acostumbrados a tener... ya sabe, baile, golf, películas, piscinas y pesca. Podría celebrar convenciones aquí de vez en cuando.

—¿Convenciones?

—Sí, los Lions o los Elks, o algo así... quizá incluso...

—¿Animales?

Oriente y Occidente se quedaron mirándose llenos de incompreensión.

—¿Quién está hablando de animales? —preguntó Bert, perplejo.

—Usted dijo leones.

—Ah, bueno. —Bert se echó a reír de buena gana—. Es una sociedad fraternal. Tenemos muchas en América.

Un barbudo sirviente con la cabeza cubierta por un alto turbante blanco apareció en el rellano de las escaleras. Traía una bandeja de plata sobre la que venía un sobre cerrado.

—Un telegrama para Su Alteza —dijo.

Jagat rasgó la envoltura. Dentro venía una tira de papel con algunas palabras en inglés.

«Muerto en acción», decían las palabras. Había también algo más como «comportamiento valeroso», pero Jagat captó únicamente el hecho eterno. Su hijo estaba muerto.

—Discúlpeme —murmuró—. Malas noticias. Debo ver a mi esposa en seguida.

* * *

—Sabía que moriría —dijo Moti.

—No podías saberlo —replicó Jagat.

Le avergonzaba perder la paciencia con ella especialmente en presencia del criado que estaba haciendo las maletas. Había alquilado un helicóptero para que le llevara inmediatamente a Ladakh, tan cerca como fuera posible de la ciudad fronteriza de Chushul, donde las tropas indias seguían combatiendo.

—Me llevaré sólo una bolsa —le dijo al criado.

—Pero, Alteza, hace mucho frío en Ladakh.

—Llevaré ropa suficiente —dijo.

—Pasarás mucho calor antes de llegar a Ladakh —dijo Moti.

Jagat preferiría que ella llorara, pero no lo hacía. Ni una sola lágrima había salido de sus ojos desde que él se presentó ante ella una hora antes, con las mejillas mojadas por el llanto y el telegrama en la mano. Ella lo había cogido, lo había leído y luego se quedó mirando a su marido desde su asiento de la terraza, inmutable dentro de su sari blanco. Mientras él la miraba, esperando que rompiese en sollozos, ella giró lentamente la cabeza y se quedó inmóvil, contemplando el paisaje, los ojos como mayores y más oscuros. Luego le devolvió el telegrama sin decir palabra.

—Vamos —había dicho Jagat al fin—. Ayúdame a hacer las maletas. Tengo que salir en seguida.

Ella le siguió, pero no le ayudó. Sentada en la habitación de Jagat, se limitó a seguir mirando, los ojos secos, cómo él daba órdenes al criado. Jagat conectó la radio para oír las noticias. La voz del Primer Ministro llenó la habitación: «En este día decisivo nos enfrentamos a la mayor amenaza que hemos sufrido desde que conseguimos la independencia. Sin embargo, nos pondremos en pie y haremos frente a esa amenaza. Tenemos a nuestras espaldas la fuerza de una nación unida. Alegrémonos por ello y apliquemos todas nuestras fuerzas a la gran tarea de hoy, que es la preservación de toda nuestra libertad e integridad y la expulsión de todos los que han agredido el sagrado suelo de la India. Enfrentémonos a esta crisis no alegremente sino con el corazón duro y el semblante grave, convencidos de la justicia de nuestra lucha, confiados en la victoria final».

La bella voz se debilitó, hizo una pausa y continuó:

«Os invito a todos, cualquiera que sea la religión, partido o grupo a que pertenezcáis, a ser camaradas en esta gran lucha a la que hemos sido arrastrados. Tengo plena fe en nuestro pueblo, en la causa de nuestro país y en su futuro. Quizá ese futuro exija pruebas y sacrificios como éstos».

La voz se apagó. Jagat se había detenido involuntariamente ante el receptor y no se había dado cuenta de que Moti había salido de la habitación. Ahora volvió con algo muy pesado envuelto en el sari. Se acercó a él y dejó libre la tela de su vestido. La carga que traía cayó a sus pies en una cascada de oro, todas las joyas que poseía, los collares de oro, los pendientes, los brazaletes, los anillos... su tesoro de novia. Hasta ahora se había resistido a entregarlo a pesar de que el Ministro de Finanzas suplicaba constantemente a las mujeres que entregaran sus joyas para contribuir al

esfuerzo de defensa. En realidad, Moti no había prestado mucha atención a sus demandas. Casi ni las había oído, no se consideraba parte integrante del pueblo. Más de una vez Jagat había sentido deseos de decirle: «Pero, Moti, precisamente porque eres la Maharaní debes dar ejemplo a todas las mujeres del Rajasthan». Sin embargo, siempre se había refrenado por una especie de delicadeza, limitándose a doblar sus contribuciones en dinero.

Ahora, al ver aquella masa centelleante sobre el suelo de mármol, sintió que se le partía el corazón. La abrazó apretándola fuertemente contra su pecho. Estaba a medio vestir y sintió la mejilla de su mujer, húmeda por las lágrimas, contra su carne desnuda. Bajó la vista y vio que, por fin, lloraba.

—Llora, llora, querida mía —dijo Jagat en voz baja.

Entonces, como atendiendo su ruego, Moti rompió a sollozar violentamente. El criado se había colocado de cara a la pared para dejarlos en la intimidad. Luego, incapaz de soportar serenamente aquello, empezó a gemir él también y salió corriendo de la habitación.

A solas con su esposa, Jagat sintió que eran un solo ser en el dolor, como no lo habían sido nunca en la pasión del amor conyugal. Aquello que habían creado entre los dos, su único hijo, ya no existía. ¿Qué significaba eso? Aquella pregunta se introdujo en su mente para atormentarle. ¿Persistiría esa unicidad una vez pasado el dolor o todo volvería a ser como antes entre ellos, dejándoles eternamente separados?

—Llora, querida, llora, ¡para tu consuelo y el mío! —susurró.

* * *

El helicóptero se posó en tierra. Jagat descendió y contempló la vasta y desierta altiplanicie de Ladakh, en los alrededores del lago Spanggol. A lo lejos se divisaba el perfil de las crueles montañas del Himalaya. Bajo la clara luz del mediodía, un poderoso viento soplaba desde sus crestas levantando espumosas nubes de nieve visibles desde muchas millas de distancia.

Un soldado con el uniforme destrozado se acercó a él y presentó armas.

—Alteza —dijo el hombre—, le estaba esperando.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Jagat.

—Alteza, las cenizas de su hijo fueron esparcidas por el lago junto con las de los otros muertos.

Alzó una mano oscura y delgada, cuyos dedos aletearon por unos instantes.

Jagat miró la intensidad azul. El lago era uno de tantos en la región de Ladakh y tendría unas cien millas de largo. ¿Por qué tenían que reposar las cenizas de Jai en el Spanggol? No tenía muchas esperanzas de encontrar el cuerpo de Jai, pues el viaje había durado demasiado tiempo, pero no las había perdido por completo. Recorrió la corta distancia que le separaba de la orilla y hundió su mano en el agua, terriblemente fría y de una transparencia extraordinaria. El breve verano empezaba en mayo y

terminaba en septiembre.

Se levantó y se secó la mano en el abrigo.

—Hace demasiado frío aquí para llevar un uniforme tan delgado —le dijo al soldado.

El hombre era un tipo moreno del Sur. Tenía la piel de un púrpura ceniciento a causa del frío.

—Alteza, no nos han dado ropas de invierno —explicó.

—¿Mi hijo se cubriría sólo con ese uniforme de algodón? —preguntó Jagat.

—Todos somos tratados por igual —dijo el soldado. Titubeó un momento y luego estalló—: En cambio, los chinos visten unos gruesos abrigos almohadillados. Y tienen buenas armas... muy nuevas, modernas, automáticas.

—De fabricación rusa —dijo Jagat.

—¡No!, china —afirmó el soldado.

Dos diminutos regueros de moco surgían de sus narices y se helaban sobre el labio superior.

—Vamos —dijo Jagat—. Se va a quedar congelado aquí. ¿Dónde duermen ustedes? Lléveme allí. No podemos hablar con este viento.

Las blancas montañas brillaban a lo lejos contra el azul del cielo, pero no había nieve en las arenosas llanuras. El viento las barría incesantemente, día y noche.

—Quedamos un puñado de hombres —dijo el soldado—. Nos salvamos a base de correr, es cierto, pero sólo después de combatir hasta que habían muerto la mayoría de nuestros compañeros. No teníamos buenos fusiles, Alteza... sólo éstos, que tienen más de treinta años.

Le enseñó su fusil. Después continuaron hacia el refugio.

—Los chinos tienen de todo, Alteza... artillería, ametralladoras, de todo...

—El viento se lleva sus palabras —gritó Jagat—. ¡Espere hasta que estemos a cubierto!

El refugio era un antiguo templo de pequeño tamaño situado en las colinas de las cercanías de Chushul. Dos ancianos lamas en túnicas amarillas quemaban incienso ante Buda, y un par de lámparas de grasa de vaca iluminaban la estancia. Los monjes se volvieron sobresaltados al ver a Jagat.

—Su Alteza, el Maharaná de Mewar —dijo el soldado—. Ha venido a buscar a su hijo.

—¡Ay! —dijo el lama más viejo a modo de saludo.

Era un tibetano alto y delgado con la piel del rostro como cuero curtido por el sol y el viento.

—¡Ay! —repitió Jagat.

Le dolían las manos de frío. Caminó hacia el altar y se aproximó a las lámparas. Un frío húmedo que olía a polvo ancestral y a incienso viejo reinaba en el interior del templo.

—Vayan a la sala interior, Alteza. Está algo más caliente —dijo el lama más

joven.

Era una criatura pequeña y pálida. Vestía una tosca túnica de lana color naranja. Le enseñó el camino mientras hablaba, y Jagat le siguió inclinándose al pasar por una puerta muy baja. En la sala ardía un brasero de latón. A su alrededor había cinco indios sentados, tres de ellos heridos. Intentaron levantarse, pero Jagat les indicó por señas que siguieran donde estaban.

—Siéntese en esos cojines, Alteza —dijo el lama viejo—. Le prepararé un poco de té caliente.

Un tremendo cansancio se apoderó de Jagat. Se hundió en los cojines, dobló las piernas bajo su cuerpo y acercó las manos al brasero. El soldado se sentó a su lado. Durante cierto tiempo todos permanecieron en silencio, los hombres por respeto, Jagat por culpa de aquella desesperante lasitud. Al fin, entraron los lamas con cuencos de té caliente, y Jagat bebió con avidez el denso líquido. El agradable calorcillo empezó a correr por sus venas, devolviéndole parte de su vitalidad. Dejó el cuenco sobre la bandeja de laca roja y recorrió con la vista el círculo de rostros que le contemplaban.

—Cuéntenme —dijo—, cuéntenme exactamente cómo murió mi hijo.

Se miraron unos a otros, todos esperando que alguien iniciara la historia. Al fin uno rompió a hablar. Era un hombre joven, un indio. Su pierna herida estaba vendada con un harapo lleno de sangre que probablemente procedía del uniforme verde oliva de algún soldado indio muerto. Estaba muy demacrado.

—Alteza, no se puede entender lo que nos ocurrió hablando sólo del último día.

—Empiece donde guste —ordenó Jagat.

El hombre lanzó una tos cavernosa que parecía llegar del fondo de sus pulmones. Escupió en el suelo y, cogiendo un puñado de arena, cubrió con él el esputo.

—Los chinos llevaban dos años planeando esta operación contra nosotros. Nos hemos enfrentado muchas veces en pequeños puestos de los muchos que hay desperdigados por estos inmensos territorios. Los puestos indios siempre son más pequeños, tal vez de unos ciento cincuenta hombres. Los puestos chinos son siempre más grandes, entre cuatrocientos y quinientos hombres. Los chinos siempre lo tienen todo bien planeado. Son muy astutos... nuestros servicios de inteligencia no pueden descifrar sus códigos. Tenemos pocos intérpretes. O sea, que nunca estamos preparados. Vivimos de un día para otro, esperando a ver qué pasa. Escasea la comida, escasea el agua, no hay bastantes municiones. Todo llega por aire, y muchas veces demasiado tarde. Y ya sabe usted, Alteza, que los indios no somos hombres de guerra, mientras que los chinos han sido guerreros durante cinco mil años. Han estudiado todas las clases posibles de estrategia y tienen buenos líderes. Ésta es su técnica...

Trazó un círculo sobre el suelo arenoso.

—Aquí está su puesto... el puesto del río Galwan. Al menos hace dos años era de este modo. Nosotros les hacíamos frente así... de este modo, hasta ahora. Mientras,

esperábamos a que nos rodearan en secreto con sus fuerzas superiores. Cuando les descubrimos, protestamos. Ellos no respondieron. Se instalaron en las alturas y esperaron a que nos muriéramos de hambre. Nos hacían gestos, agitaban sus puños así...

Alzó sus nudosos puños por encima de la cabeza y los agitó.

—Conectaron altavoces y nos gritaron que debíamos rendirnos. Nos negamos. Sin agua y medio muertos de hambre, nos negamos. Al fin llegaron helicópteros con agua y comida y nos arrojaron los suministros... no los suficientes, pero algo es algo.

—¿Y lo permitieron los chinos? —interrumpió Jagat.

Sus labios habían proferido aquellas palabras, pero su corazón se había planteado otra pregunta muy distinta. ¿Qué era entretanto de Jai? ¿Había muerto de hambre y sed, él, que en su corta vida no había conocido nunca la escasez, él, el hijo de un príncipe?

El hombre movió su cabeza de izquierda a derecha.

—Sí, los chinos lo permitieron. Nunca se sabe lo que hará esa gente. Cuando vimos que dejaban en paz a los helicópteros, imaginamos que todo formaba parte de la guerra fría y que las cosas seguirían por el mismo camino. Y así sucedió. Recordará usted, Alteza, que establecimos el puesto en julio de modo que pudiéramos cortar la línea de abastecimiento al nuevo puesto chino de Galwan. Recordará también, porque salió en los periódicos, que nos mantuvimos firmes a pesar de todos sus gritos y amenazas. Se aproximaron a unas quince yardas de nuestro puesto y les dijimos que abriríamos fuego si avanzaban un paso más. Entonces se detuvieron y nuestros dos gobiernos intercambiaron notas. Después se retiraron. Una vez más imaginamos que todo formaba parte de la guerra fría. Pero después el mando rescindió la orden que nos habían dado de no disparar primero. Eso fue un gran consuelo para nosotros. Pero, después de todo eso, ¿cómo íbamos a suponer que emplearían una táctica diferente aquí, en Chushul? Desgraciadamente, no fue la misma. Desde julio a octubre hicieron lo mismo que siempre, pero el veinte de octubre atacaron con todas sus fuerzas. Resistimos, pero barrieron nuestro puesto. Yo fui el único que logró escapar de todos sus defensores. Y no es que saliera corriendo... no. Me sentí mareado de pronto y me incliné detrás de una roca para vomitar y gracias a eso no repararon en mí. Cuando cayó la noche, conseguí huir a través de las llanuras y las montañas hasta llegar a Chushul. Pero esto fue muchos días después.

—En Chushul fue diferente —observó el soldado que había recibido a Jagat.

—¡No tan diferente! —replicó el veterano—. Fue exactamente como se ha dicho. Los chinos lo tenían todo planeado. Chushul se puede dividir en tres partes: el aeropuerto, la montaña que domina el aeropuerto y la aldea. Usted pensará, Alteza, que los chinos pretendieron apoderarse del aeropuerto o, por lo menos, de la aldea. Pues no, no era ése su plan. Sólo les interesaba apoderarse de la montaña y eso fue lo que hicieron, y desde la retaguardia, mientras nosotros mirábamos hacia el lago. La

montaña tiene unos dieciséis mil pies de altura. ¿Por qué la tomaron los chinos? Pues porque cae dentro del territorio que reclaman. En cuanto a la aldea... ¿qué es al fin y al cabo? ¿Para qué apoderarse de ella? ¡Unas cincuenta viviendas, de trescientas a quinientas personas que viven en chozas, analfabetos, mal nutridos! Tibetanos, mongoles, traficantes, gentes de diversas razas...

—Cultivábamos trigo —dijo el lama más joven.

—Bueno, sí, un poco de trigo —concedió el veterano— y cazaban caballos salvajes y disparaban contra las aves.

—¿Resistieron a los chinos? —preguntó Jagat.

—¡Pues claro está que resistimos! —Saltaron varias voces.

El soldado más joven tomó el relevo. Trazó una línea en el suelo.

—No teníamos oportunidad, Alteza —dijo—. Los chinos tenían botes hinchables, pero no llegaron por el lago. Vinieron por tierra, desde el Tibet, utilizando la carretera que habían construido. La carretera atravesaba la extensa altiplanicie que venían reclamando. Llegaron con grandes fuerzas, unos cuatro mil hombres, y se apoderaron de la montaña en dos días. La aldea estaba en el lado nuestro, pero ¿qué podíamos hacer? Luchamos mano a mano contra sus armas modernas. ¡Son duros esos chinos! No les falta valor y sus objetivos estaban muy claros, no había confusión posible. Son arteros pero consecuentes. Entre el veintidós y el veintitrés de octubre establecieron la línea que reclamaban y dejaron de luchar. Todo de acuerdo con el plan... ¡con su plan!

—¡Ah, igual que cuando penetraron en el Tibet! —interrumpió el lama más viejo—. Todo estaba planeado. Primero nos engañaron con buenas palabras. Después sus soldados entraron por la fuerza. Conocían todos nuestros secretos. Tenían mapas hasta del sagrado Potala. Nuestro dios-rey escapó por poco.

—Han estado discutiendo con nosotros durante dos años sobre la línea fronteriza —continuó el veterano— y mientras tanto lo planeaban todo cuidadosamente. «Nuestra línea tiene cinco mil años de antigüedad», decíamos nosotros. «La nuestra tiene ocho mil», decían ellos. ¡Rencor por ambas partes! Pero nunca pensamos que nos atacarían.

Jagat permanecía sentado, escuchando, con los ojos fijos en los carbones encendidos.

—¿A qué hora fue el ataque? —preguntó ahora.

—Al amanecer —dijo el soldado joven—. Siempre hay dos momentos propicios para el ataque: el amanecer o el crepúsculo. En ambos casos la luz es débil. Llegaron rodando por la carretera que habían construido a nuestra espalda, primero la artillería, luego la infantería, todos bien vestidos y pertrechados. Nosotros no teníamos ni ropas de invierno ni suficientes soldados. Su hijo, Alteza...

La voz del soldado se debilitó un poco. Miraba el fuego del brasero.

—Parece que le estoy viendo ahora. Se quedó inmóvil unos instantes, sin poder creerlo. Ninguno de nosotros lo creía. Los servicios de inteligencia no nos habían

avisado. Después gritó. Fue el primero en dar la alarma: «¡Los chinos están llegando!». Ése fue el grito que nos despertó. Estábamos todos acurrucados juntos para darnos un poco de calor, aquí, en este mismo suelo. Él nos sacudió por los hombros corriendo de un lado para otro. Fue el primero.

—¿Cuándo cayó? —preguntó Jagat, con voz tensa.

—En seguida —contestó el joven en un susurro—. Cayó en seguida.

—¿Muerto?

El joven asintió con la cabeza.

—En seguida —repitió—. No sufrí.

—¿Y la herida? —preguntó Jagat con los labios secos.

—En la nuca... ¡volada! Sólo el rostro quedó intacto... como una bella máscara... la máscara de la muerte.

Jagat no hizo más preguntas. Jai tenía la frente despejada y noble, los ojos grandes y oscuros. Nunca le diría a Moti que su hijo había muerto con la cabeza medio volada.

Una mujer ladakhi se presentó en la puerta con un niño enfermo en los brazos. La seguía un hombre. El hombre se adelantó y empezó a hablar con el lama en una lengua que Jagat no conocía. Hombre y mujer iban vestidos con ropas tibetanas, túnicas rectas ceñidas por un cinturón. Tenían un aspecto extraño, con sus curtidos rostros color cuero y el pelo negro recogido en una trenza.

El hombre era barbilampiño, como casi todos los mongoles. El lama viejo se levantó y los invitó a entrar en el templo.

—Nuestro capitán se portó también como un valiente —estaba diciendo el soldado joven—. Le hirieron al final del primer día, pero continuó al mando de nuestras fuerzas. Nos daba las órdenes desde el jergón de paja en que estaba tumbado. Murió a las doce del segundo día. Seguimos luchando hasta que llegó la noche. Entonces nos rendimos. Pero no antes de que algunos nos hubiéramos retirado a estas colinas llevándonos nuestros muertos... bueno, los que pudimos encontrar. Cada cual fue enterrado según los ritos de su religión.

—Habéis hecho todo lo que podíais y con mucha valentía —dijo Jagat.

Estaba amaneciendo. Se levantó y salió al exterior. Brillaba en el cielo el resplandor de las primeras luces, que envolvían las lejanas montañas cubiertas de nieve de un halo rosado. Una vez tuvo ocasión de contemplar una belleza semejante, cuando él y Moti habían ido a Darjeeling a pasar unas vacaciones en compañía de sus hijos, entonces unos niños. Una mañana los había despertado temprano y se los había llevado a la Colina del Tigre para contemplar desde allí la salida del sol en el Himalaya. Moti y Veera se negaron a salir. Las habitaciones del pequeño hotel, construido por los ingleses, eran muy confortables y estaban calientes gracias a las estufas de hierro siempre encendidas. Las mujeres no quisieron dejar aquel confort. Pero él y Jai, bien envueltos en jerseys y abrigos, habían saltado a un *jeep* que les condujo en la oscuridad hasta la Colina del Tigre para disfrutar del espectáculo de ver

salir el sol por encima de las poderosas crestas del Himalaya. Habían esperado, aguantando la oscuridad y el tremendo frío, en la pequeña torre que había en la cima. Nunca olvidaría el momento en que, la manecilla de Jai firmemente agarrada a la suya, había visto el perfil de las montañas cubiertas de nieve resaltando sobre el cielo, tan altas que parecían colgadas del cenit. Él y su hijo habían permanecido de pie, inmóviles, en silencio, contemplando cómo la luz se hacía más y más intensa hasta que todo el Himalaya surgió en su magnificencia contra el suave azul del cielo. Volvieron en silencio al *jeep*. Y ahora Jagat recordaba lo que había olvidado. La carretera bordeaba precipicios tan altos que no se veía el fondo. En cierto momento había sentido la palma de su hijo presionando la suya. El niño temblaba como si tuviera un escalofrío.

—¿Qué te pasa, hijo? —había preguntado él.

—Tengo miedo —había dicho Jai entre sollozos—. Tengo miedo... ¡miedo!

Jagat había cogido a su hijo en brazos ocultando el pequeño rostro contra su pecho.

—No dejaré que te caigas —le había prometido—. Estás a salvo, hijo, no tengas miedo.

Aquella escena volvía ahora a su mente como si hubiera ocurrido ayer. ¿Había tenido Jai un extraño presentimiento entonces, había pensado que algún día podía morir frente a aquellas montañas, en el remoto confín de esta altiplanicie?

Se volvió hacia los hombres que le esperaban.

—Volvemos a Delhi —dijo—. Informaré personalmente al primer ministro.

* * *

El primer ministro estaba sentado ante su mesa cuando entró Jagat. Su cabeza, cubierta con la blanca gorra de Gandhi, estaba hundida sobre el pecho. Se levantó al ver entrar a su visitante.

—Pase —dijo—. Lamento que haya tenido que esperar, aunque sólo haya sido un momento. Ya me he enterado de su terrible pérdida.

Jagat sintió el apretón de una mano delicada y firme.

—Señor ministro, me siento en deuda con usted por su amabilidad de recibirme esta mañana antes que a tantas personas que esperan en su antesala.

El primer ministro le indicó una silla con un gesto mientras él se sentaba.

—Este absurdo asunto... —dijo—. Pensar que China puede arrollar a la India es estúpido. Pensar que la India puede arrollar a China es igualmente estúpido. Debemos aceptar las cosas tal y como están. Parece una fantasía hablar de guerra, pero...

Cambió bruscamente de tema.

—Dígame cómo murió.

Jagat describió brevemente la muerte de su hijo. Había repetido el relato tantas veces en su mente que la historia salió de sus labios casi sin emoción. Fue el primer

ministro quien se secó unas lágrimas que corrían por sus mejillas con un pañuelo de lino blanco. Después, logrando controlarse y sin hacer ningún intento de consolar a Jagat, continuó hablando de los problemas de la nación. El ataque de los chinos había sido totalmente inesperado. La mayor parte del medio millón de hombres que componía el ejército indio estaba estacionado en la frontera de Pakistán y las unidades no estaban preparadas para atacar en la zona de Ladakh. De hecho, sólo había una división india allí, quince mil hombres como mucho, y los pasos estaban guardados por no más de cuarenta mil hombres que llevaban sólo viejas armas.

—Ya lo sé —dijo Jagat—. Me han dicho que nuestros hombres no tenían buenos rifles, mientras que los chinos llevaban fusiles automáticos o semiautomáticos y morteros soviéticos que disparaban proyectiles de ciento veinte milímetros.

El primer ministro suspiró y siguió hablando. El sistema de abastecimiento de los chinos era también superior. En un principio se había considerado imposible que los chinos pudieran transportar sus suministros por los estrechos senderos que trepaban por las escarpadas laderas de las montañas, pero ellos habían logrado lo imposible. Sus soldados habían recibido puntualmente lo necesario gracias a un formidable despliegue de toda clase de medios de transporte: camiones, mulas, *jeeps* y hasta porteadores.

—En el área de Ladakh —interrumpió Jagat— sus obreros construyeron carreteras, señor, y a tal velocidad que los camiones estaban siempre a pocas millas de sus posiciones, mientras que nuestros hombres estaban a una semana de marcha de la base o aeropuerto más próximo.

El primer ministro suspiró de nuevo y continuó. ¿Qué otra cosa podía hacer él más que lo que había hecho? El 29 de octubre había enviado un mensaje urgente al Presidente de los Estados Unidos y al primer ministro británico en demanda de urgente ayuda militar. Los americanos estaban enviando armas cortas por valor de cinco millones de dólares, y ayer mismo le habían prometido aviones para transportar tropas al frente.

—¿El veintinueve de octubre? —Saltó Jagat—. ¡Ése fue el día que murió mi hijo!

Los tristes ojos oscuros del primer ministro se posaron en su rostro. Antes de que pudiera hablar sonó un reloj.

—En este momento me esperan en la Cámara Baja. Se va a debatir la cuestión de la alianza entre China y Pakistán. Al parecer, nuestros dos enemigos se han aliado ahora contra nosotros. Supongo que los diputados me someterán a un duro interrogatorio. Pero la guerra no puede durar mucho. Pakistán tendrá que firmar la paz.

Inclinó levemente la cabeza y salió de la habitación. Jagat se quedó contemplando la ligera y encorvada figura que desaparecía por el pasillo enfundada en unos pantalones blancos y una sobria chaqueta negra que le llegaba a las rodillas. ¿Qué hacía él allí? Nadie podía hacer nada por devolverle a su hijo. Jai no era ya más que un puñado de cenizas esparcidas en el viento y el agua. Aquel pensamiento le resultó

insoponible. Jagat salió de los grandes edificios que habían sido la sede del poder británico y llegó a la calle. Hacía un sol radiante, las casas tenían un brillo rojizo, el pavimento hervía, las mujeres de brillantes saris protegían sus cabezas del calor. Paró un taxi y se metió dentro.

—Al Ashoka —dijo.

Cuando entró en el hotel, el amplio vestíbulo hormigueaba de gente, pero el ambiente era agradable gracias a la refrigeración, un alivio después de aquel sol de mediodía. Se detuvo en medio de la multitud, abrumado por un sentimiento de desolación, de necesidad personal. ¿A quién podía acudir? Él había sido siempre el más fuerte entre los suyos, aquel a quien todos se volvían en busca de apoyo, y tendría que serlo de nuevo en cuanto volviera a casa. Moti quería oírlo todo; y él tendría que contárselo y llegar preparado para consolarla. Y Veera... ¿Qué le diría a su hija? Con pensamientos tan tristes en la cabeza no podía enfrentarse a la soledad de una habitación de hotel, a las terribles horas que había de pasar aún antes de que pudiera coger el primer avión que saliera para un aeropuerto próximo a Amarpur. En lugar de entrar en el ascensor, se dirigió al salón que había al fondo del vestíbulo. Había un gran piano en uno de los rincones y alguien estaba tocando. ¡Ah, la música le consolaría! El salón estaba casi vacío a esa hora del mediodía. Se fue hasta el fondo y eligió un asiento cerca del piano. Vio que el músico era una mujer. No conocía la música occidental y por tanto no sabía lo que estaba tocando, pero era algo armonioso y, sin embargo, lleno de fuerza. Ella era americana, estaba seguro. Siempre se puede reconocer a los americanos a primera vista, especialmente a las mujeres. Parecen no temer a nadie ni a nada. Tocaba como si estuviera sola, la cabeza inclinada y absorta. Podía ver su perfil, puro y hermoso. Llevaba un vestido blanco y sencillo. Los zapatos también eran blancos, y una estrecha banda blanca recogía sus brillantes cabellos rubios.

Ella acabó la pieza dejando las últimas notas vibrando en el aire durante unos instantes.

—Ha sido muy bello —dijo Jagat.

Ella volvió la cabeza y él vio un rostro simpático, tranquilo y fuerte. Por un instante pensó que se había equivocado respecto a su edad, tan sereno era su aspecto, pero no, los ojos de aquella mujer, claros y reflexivos, proclamaban madurez. Era joven, pero no una niña.

—¿Le gusta la música? —preguntó ella.

—Sé muy poco de música occidental —respondió él.

—Era un preludio de Chopin.

—Una música muy triste —observó Jagat.

—Sí. Él siempre estaba triste, en el fondo.

—¿Acaso existe alguien que no lo esté? —preguntó Jagat.

Ella le miró a los ojos y luego dijo, como si percibiera su pena:

—No... nadie.

Aquella conversación franca entre dos extraños era una nueva experiencia. No conocía bien a ninguna mujer, ni siquiera a Moti, pensaba a veces. ¿Debía preguntarle su nombre a esta mujer occidental? Lo pensó y decidió que no. No tendría ninguna utilidad saberlo. Se levantó y le dio las gracias.

—Durante unos minutos ha conseguido que me olvide de mí mismo. Gracias.

Subió a sus habitaciones y al día siguiente se despertó tarde. Había pasado una noche intranquila. Era ya media mañana y la luz del sol se filtraba brillante por las rendijas de la persiana. Miró su reloj con desmayo. ¡Había perdido el único vuelo de aquel día a Amarpur! Sintió remordimientos al principio, pero luego le invadió una sensación de alivio. Tenía un día más de respiro, un día más antes de volver junto a Moti con la detallada descripción de la muerte de Jai... un sacrificio inútil, ¿para qué servía que su hijo supiera matar salvo para disparar a un tigre, entre los ojos a ser posible, a fin de no estropear la piel? ¿Habría acertado Jai a algún chino entre los ojos? Si era así, no había vivido para contarlo. Mientras se bañaba y vestía reconstruyó una vez más la muerte de su hijo. Según le habían dicho, los chinos entraban en combate cantando frenéticamente, gritando y haciendo toda clase de ruidos. Él no estaba seguro de que eso fuera cierto. Probablemente no lo era, por otra parte, ¿cómo habían podido trepar por las laderas indias desde la retaguardia? ¿Cómo habían podido construir en secreto una carretera en medio del desierto? Parecía imposible, pero lo habían hecho.

Estos pensamientos le atormentaron el cerebro. Estaba casi desesperado después del desayuno, que se lo habían servido en su habitación. Telefonó al despacho del mismísimo Presidente y solicitó hablar con él. Le pusieron inmediatamente en contacto con él y Jagat oyó la suave y cultivada voz del anciano intelectual que gozaba del respeto de toda la India.

—Señor presidente, acabo de volver del frente a donde fui para enterarme de cómo murió mi hijo.

—Ya lo sé. Di órdenes para que se le permitiera el acceso a la zona de operaciones.

—Debo hablar con usted —dijo Jagat.

—Venga en seguida. Pospondré mis compromisos.

Una hora después Jagat estaba sentado frente al anciano estadista en su despacho del palacio presidencial, la antigua sede del Virrey. A pesar de sus años, se mantenía erecto y alerta. Sobre su oscuro y delgado rostro de asceta, un gran turbante blanco parecido a la mitra de los obispos realzaba con su blancura el intenso magnetismo de sus negros ojos.

—Desahóguese —le dijo a Jagat.

Eso era alentador, y Jagat se desahogó.

—Mi hijo ha muerto, señor presidente. No sirve de nada hablar del pasado. Permítame que hable únicamente del futuro. Pero ¿cómo podemos sondear el futuro sin tener en cuenta el pasado? La muerte de mi hijo y la muerte de otros jóvenes

como él no serán inútiles si sabemos aprender.

El viejo sabio le escuchaba en silencio. La paciencia de muchos años de luchas y confusión en los hombres le rodeaban como una túnica invisible y su arrugada faz no alteró en ningún momento su serenidad benevolente.

—Permítame hablar de nuestro país —continuó Jagat—, por el que ha muerto mi hijo. —Se inclinó hacia delante con la mirada fija en el sereno y marchito rostro—. India, China y Pakistán forman una tríada de enemigos, una auténtica trinidad, como la Deidad de Tres Rostros de las Cuevas del Elefante, sólo que en este caso es mucho más difícil precisar quién es cada cual, pues todos pretendemos ser el Creador y ninguno aceptaría el papel de Destructor, y ¿cómo puede pretender cualquiera de nosotros ser el Protector? Desgraciadamente, en la vida las cosas nunca son tan claras como en la piedra, porque cambiamos, ¡cambiamos! En cualquier caso, señor presidente, cuando el Pakistán no consiguió en mil novecientos cincuenta y nueve hacer triunfar su tesis sobre Cachemira ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, se volvió hacia China por desesperación o deseos de venganza, ¿quién sabe? El caso es que sus conversaciones con China le reafirmaron en su convicción de que tenía derechos sobre Cachemira. Recordará usted que en aquella ocasión China se mostró cautelosa y no quiso reunirse con los delegados pakistaníes hasta después de concluidas las conferencias que estaba celebrando con nosotros. Pero usted sabe señor presidente, como lo sé yo, que esas conversaciones entre chinos y pakistaníes fueron sólo un signo exterior de ulteriores y recientes acuerdos. ¿Cómo se explicaría, si no, que la primavera pasada Pakistán cediera a China casi seis mil millas cuadradas de su propio territorio? Nuestra presión militar sobre el desierto de Aksai Chin llevó a los chinos al convencimiento de que no podrían apoderarse de Aksai Chin y, por tanto, de que nunca podrían utilizar esa región como lazo de unión entre el Tíbet y su provincia de Sinkiang. En cualquier caso, todo esto sirvió sólo para que Pakistán se alejara aún más de nosotros, de todo Occidente... y se inclinara hacia China como venganza. China es ahora el problema central de toda la cuestión de Cachemira. Y sin embargo, las montañas de Cachemira son un baluarte necesario, tanto para Pakistán como para nosotros, no sólo contra China, sino contra el que está al otro lado de las mismas. Gilgit y Baltistan son especialmente vitales para Pakistán y si nosotros perdemos Ladakh se producirá un peligroso agujero en nuestras defensas. También la Rusia Soviética está interesada en la cuestión de Cachemira. Nos ha apoyado incluso contra China; está enviando instructores rusos a enseñar a nuestros pilotos a volar por esas formidables montañas, y nos ha prometido cazas a reacción más modernos que los que vendió a China, si creo lo que dicen últimamente los periódicos. ¿Con qué objetivo, señor presidente? Pienso inmediatamente en la provincia de Sinkiang, naturalmente, tan rica en minerales y en posición tan estratégica entre Rusia y China... y las fronteras de la provincia no están muy bien definidas. Sinkiang es el premio al ganador. Mas ¿para nosotros?

El presidente cambió de postura y miró al reloj que colgaba de la pared. Jagat

abrevió para acabar cuanto antes:

—Ladakh se ha hecho ahora muy importante para China como paso necesario hacia Sinkiang. Insistiré en lo de Ladakh. ¿Es usted consciente de ello, señor presidente?

El viejo inclinó la cabeza lentamente. Jagat se levantó.

—Claro que lo es, señor, mas para mí Ladakh es la tumba de mi hijo. Habrá muerto estúpidamente si cedemos a las ambiciones de China, es decir, si le entregamos ese territorio.

—No lo entregaremos.

La voz del viejo era firme. Extendió su mano y Jagat la estrechó. Era frágil al tacto, pero firme en su apretón. Y Jagat salió algo consolado. No había nada nuevo en todo lo que había dicho. Era evidente que el anciano había pensado en todo, que lo sabía todo.

* * *

Era casi de noche cuando entró en el vestíbulo del hotel. Por encima del barullo de los clientes entrando y saliendo oyó de nuevo las distantes notas del piano y la vieja soledad, sólo agudizada por la muerte de su hijo, le abrumó una vez más. Entró en el salón. Había personas procedentes de todos los países del mundo, sentadas en pequeños grupos, tomando té o cócteles. Atravesó la pieza y, como el día anterior, se sentó en el sillón más próximo al piano. Sí, era ella la que estaba tocando. Ella alzó la vista y le sonrió sin interrumpir su interpretación. Él escuchó la música, pausada y poderosa, que fluía de sus manos. Acabó la pieza y levantó de nuevo la vista hacia él. Parecía una invitación. Jagat se levantó y se acercó a ella.

—Me marcho mañana por la mañana. Espero que disfrute de su visita a la India. ¿A dónde piensa ir cuando se marche de aquí?

—Estaré aquí unos días aún... no puedo decir cuántos. No tengo ningún plan fijo.

Él titubeó. Era un bello rostro, vuelto hacia él, más joven quizá de lo que había creído, y sin embargo, algo viejo ya por alguna preocupación interior. ¿Soledad también, quizá? ¿Qué hacía aquí una mujer sola, tan lejos de su propio país? Sintió una gran curiosidad, una absurda curiosidad. Ella era una extraña y así debía continuar.

—¿Está libre esta tarde? —preguntó impulsivamente.

Ella no pareció sorprendida.

—Sí, lo estoy. Siempre estoy libre. No conozco a nadie.

—Pues yo podría enseñarle un pedacito de la India.

—Me gustaría. Llevaba cierto tiempo preguntándome cuándo ocurriría algo así.

—¿No tiene amigos?

—No.

—Incita usted mi curiosidad.

—Pues tengo muy poco que contar, de veras. Estoy... viajando, simplemente.

Seguía sentada allí, con las manos sobre las teclas del piano, el rostro vuelto hacia él, un rostro honrado y bello al mismo tiempo. De pronto, Jagat se preguntó por qué había entablado conversación con aquella mujer. Quizá por la profunda angustia que le había producido la muerte de Jai, quizá porque necesitaba el alivio de una experiencia nueva. No estaba acostumbrado al sufrimiento personal y no sabía cómo enfrentarse a él. Quizá era sólo que necesitaba retrasar el momento de colocarse frente a Moti para contarle la tragedia. Quizá, quizá...

—¿Nos encontramos aquí a las ocho? Podemos cenar juntos —dijo él.

—Estaré aquí... en aquel sillón dorado. Parece cómodo, pero no puedo asegurarlo. Siempre hay alguien sentado en él.

Le miró con un destello irónico en sus graves ojos azules.

—Esta vez estará usted —dijo Jagat riendo.

—Sí.

Tenía una sonrisa preciosa, inteligente y alegre. Su rostro se convertía en el de una muchacha cuando sonreía. Empezó a tocar de nuevo como si se hubiera olvidado de él. Jagat salió del salón perseguido por el vibrar de aquellas notas.

La esperó en el vestíbulo, casi deseando que no acudiera a la cita. No conocía a las mujeres occidentales, aparte de los escasos contactos que había tenido con algunas cuando estuvo en Oxford. Pero ésta no era de esa clase. Había oído que las mujeres americanas eran libres e independientes, y que no se enamoraban con facilidad, pero él estaba convencido de que las mujeres eran iguales en todas partes. Las había disponibles y no disponibles. Y ella pertenecía a las no disponibles. Miró su reloj con impaciencia. La tarde no duraría mucho. Debía emprender el camino del hogar a primera hora de la mañana.

Entonces la vio salir del ascensor y encaminarse graciosamente al sillón dorado. No parecía tener prisa. Llevaba un vestido negro que le llegaba a los tobillos. El escote era grande, pero las mangas largas. Unos pendientes de esmeraldas colgaban de sus orejas y una esmeralda gigantesca brillaba en su mano izquierda. Observó que no llevaba ninguna alianza. Todo esto lo captó en los contados segundos anteriores a su encuentro.

—Espero no haberme retrasado —dijo ella cuando se acercó Jagat.

Percibió por primera vez la calidad de su voz, suave e intensamente femenina.

—No, he sido yo quien ha llegado antes de tiempo. Perdone, pero ¿es usted realmente americana?

—¡Pues claro que sí! —contestó, echándose a reír—. ¿Por qué? ¿No le gustan los americanos?

—Apenas si los conozco. De hecho es usted el segundo americano con quien hablo. El otro es un activo joven pelirrojo que está convirtiendo uno de mis palacios en un hotel moderno.

Ella dijo:

—¿No cree entonces que deberíamos presentarlos?

Caminaban hacia el comedor.

—Sí, por supuesto, y debo disculparme por no llevarla a cenar a otro sitio mejor. La comida no es siempre de la mejor aquí, pero tiene la ventaja del aire acondicionado.

—Hace un fresco delicioso... y eso para mí es más importante que la comida.

Entraron y se dirigieron a la mesa que él había reservado. Una rosa blanca reposaba en un jarroncito de plata frente a ella.

—Para usted —dijo Jagat—. Les dije que no plantaran entre nosotros las acostumbradas caléndulas amarillas.

Ella miró la rosa sonriendo.

—Gracias.

—Y me he tomado la libertad —continuó Jagat— de encargarme un menú indio para usted. Quizá no sea lo que más le guste, pero resultará distinto. No quise obsequiarla con unos bistecs duros, y nuestros corderos indios son absurdos. Bueno, en realidad, no son corderos, sino cabras.

—Sí, esos graciosos cabritillos —dijo ella—. Los he visto merodeando por las carreteras. No podría comérmelos. Además, no he probado todavía la comida india. ¿Qué mejor ocasión para conocerla que hoy, con usted, un caballero de la India?

—¿Nunca había estado aquí?

—No, nunca.

—¿Me permite que me presente?

—Por favor.

—Le ahorraré los títulos. Mi padre fue el gobernante de una provincia del noroeste de la India. Según el curso natural de la historia —muy antigua— yo le hubiera sucedido en el cargo. Pero estamos en tiempos modernos y se acabaron los príncipes y los pequeños Estados independientes. Mi nombre, hablando con sencillez, es simplemente Jagat.

Ella no le preguntó cómo debía llamarle, y él no se lo dijo. Si habían de ser compañeros de una sola noche no tendría necesidad de llamarle de ninguna manera. Si volvían a encontrarse, entonces ya escogería ella el nombre que más le gustase.

—¿Y usted cómo se llama, por favor? —preguntó él.

—Brooke Westley.

—Brooke —repitió él—. No había oído nunca ese nombre. Pero le va bien, *Miss*... ¿es *Miss*?

Ella titubeó ostensiblemente.

—Sí...

Algo molesto quedó colgando entre ellos, un brusco impulso por parte de Jagat de saber más, una cierta resistencia por parte de ella, en opinión de Jagat. En ese breve ínterin llegó la comida y él se lanzó a dar todas las explicaciones necesarias.

—No he encargado nuestra comida habitual. La consideraré demasiado pesada. Oh,

sí, yo la como, a estilo indio, partiendo en trozos el pastel, es como una torta de sartén inglesa pero más gruesa, y empapándolos en «curry», pero no es un procedimiento especialmente agradable cuando uno no está acostumbrado a él. Esto son «chapatis», mucho más delgados y delicados. Y eso, naturalmente, es arroz. El color amarillo se debe al azafrán. Se come con este «curry» y aquí están los condimentos. He encargado un «curry» vegetal. Temo que nuestros pollos sean de una clase no demasiado sabrosa... ¡ah, han puesto pollo a pesar de lo que les dije! Bueno, lo intentaremos. Prepare su plato así...

El camarero la sirvió, pero Jagat le preparó personalmente la nuez picada, el coco desmenuzado y el mango, y apiló todo sobre el arroz de su plato.

—Y esto —continuó— es requesón. Sirve para enfriar la lengua cuando el «curry» pica demasiado...

Ella le escuchaba con aire divertido y empezó a comer.

Jagat la contemplaba. Qué bonita era, con aquellas negras y largas pestañas... oh, estaba acostumbrado a las, pestañas largas, pero no rodeando unos ojos azul-violeta situados bajo una cabellera rubia. Esa noche llevaba el pelo recogido y podía apreciarse la noble forma de su cabeza. Le gustaba la limpieza de su perfil, las facciones delicadas pero definidas, el rostro oval, la estructura ósea sutilmente fuerte. Estaba acostumbrado a la lozanía de las bellas mujeres indias y de hecho le gustaba, pero esto era algo nuevo, la tez tan pura y pálida, los labios de un rosa delicado. Sin embargo, su boca era inesperadamente sensual.

—Me gusta esta comida —dijo ella, probándola.

Él se sintió ridículamente alentado.

—Estupendo. Pues ahora voy a disfrutar de la mía.

Estaba hambriento, y tragó durante unos minutos en silencio, hasta que ella dejó el tenedor sobre el plato.

—Vaya... no puedo más.

—No creo que le guste el postre —declaró él—. Osgood, el muchacho de mi hotel, dice que no debo servir nunca postres indios. Éste está hecho de almendras machacadas, crema y azúcar.

—A mí me suele gustar lo que a los demás no les gusta —replicó ella—. Y no es por espíritu de contradicción. Creo que quizá es porque me gusta lo nuevo: la comida que no he probado nunca, la gente que nunca he conocido.

—Ah, pues entonces... —dijo él en son de triunfo.

Estaba pensando en lo que propondría para después de la cena. Nada de bailes, había pasado muy poco tiempo desde lo de Jai, y no tendría estómago para eso. Pero quería seguir en su compañía. Había algo en aquella mujer que aliviaba la oscuridad de su alma.

—¿Me perdonará si hago la invitación más evidente para después de la cena?

—Si es eso lo que usted desea... —respondió ella sonriendo.

—¿Ha visto usted el Taj Mahal? ¿A la luz de la luna?

—¡No! —contestó riendo—. Y convengo en que es evidente. Supongo que soy la única americana de la India que no lo ha visto. Y eso que me lo han propuesto todos los guías y todos los taxistas que se han cruzado en mi camino. Pero siempre me he negado.

—Entonces, ¿prefiere otra cosa?

—¡No, ninguna otra cosa! Estaba esperando el momento adecuado y la persona adecuada, y creo que he encontrado ambas cosas. En caso contrario, hubiese ido sola al final... o no hubiera ido nunca.

Intercambiaron una mirada silenciosa y exploratoria.

—Se ha exagerado mucho, ya sabe —dijo él, un poco a la defensiva—. No en cuanto a su belleza, claro, sino en... bueno, en el romance. La esposa del Shah murió al traer al mundo su catorceavo hijo. ¡Imagínese! No creo que quede mucho sitio para el romance.

—Quiero verlo exclusivamente por su belleza. Tal vez el romance sea innecesario después del primero. Quizá el amor, o los remordimientos, o cualquier otra cosa que sea lo bastante fuerte para mover el alma de un hombre, o de una mujer, tiene allí su sede. El amor no es la única fuerza que existe.

Él la escuchaba intentando adivinar el significado real de sus palabras. ¿Qué quería decir exactamente con aquello?

—Bien, pues vamos entonces —dijo.

Ordenó al camarero que pidiera un taxi y se alegró de no tener allí su propio coche con el chófer esperando en la puerta. ¿Qué hubiera pensado el buen hombre de semejante salida? La noticia hubiera llegado pronto a Moti dando un pequeño rodeo: del chófer al cocinero, del cocinero a las criadas, de las criadas al aya personal de Moti. Rumores inútiles, pues probablemente no volvería a verse con aquella mujer. ¡Brooke! Naturalmente, no podía llamarla por su nombre, ni ahora ni quizá nunca, pero aquella palabra dejaba una suave música flotando en el aire. En el coche, que se abría camino lentamente entre la muchedumbre vespertina, se dio cuenta de que ella no había dicho nada de sí misma.

—Después de todo —empezó— yo le he dicho quién soy. Pero, ahora que lo pienso, usted no me ha dicho nada de sí misma, a excepción de su nombre.

En aquel momento estaban saliendo de la ciudad por la carretera de Agrá.

Ella pareció no oírle.

—¿Qué son esas motas negras que cuelgan de los árboles?

—¿Eso? Son buitres. Aguardan con la esperanza de que un coche atropelle algún perro dormido para lanzarse sobre él y comérselo. Desde luego, lo que esperan con más ansia es un accidente entre seres humanos.

—¡Es extraordinario que ustedes los soporten!

—Son buenos basureros.

Ella no hizo ningún comentario a esto, reflexionando al parecer sobre lo que había dicho. La escena india era simplemente otra forma de vivir.

—Bueno —dijo él volviendo al tema—, ¿qué es usted?

Ella lo pensó un momento, como si no lo supiera muy bien.

—En cierto modo —contestó— podría decirse que no soy nada en concreto. Nací en una antigua y tranquila ciudad de la costa oriental de los Estados Unidos. Mis padres eran ricos, yo era su única hija, y murieron cuando yo era una niña. Apenas los recuerdo. Me lo dejaron todo a mí y como nunca me he sentido especialmente inclinada al trabajo, he perseguido a la música y he sido perseguida por ella. Aparte de eso, no he tenido ningún contacto con la vida.

—¿No se ha casado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no he conocido ningún hombre con el que deseara casarme.

—Ha tenido usted demasiada independencia —sugirió él.

Ella le miró rápidamente y apartó la vista.

—Quizá haya sido ésa mi desventaja.

Jagat sintió deseos de preguntarle si había estado enamorada alguna vez, pero renunció. No tenía derecho a hacer semejante pregunta... no todavía. Quizá no lo tuviera nunca. Con una mujer india, de las modernas, no hubiera dudado ni un momento. El sexo era algo directo, y había poco más de que hablar entre un hombre y una mujer. Pero este bello ser humano que iba sentado a su lado, y sin embargo, estaba a distancias siderales de él, era una persona además de una mujer. No parecía fría. Las líneas de su boca, el líquido calor de sus ojos, la cadencia de su voz, las voluptuosas redondeces de su esbelto cuerpo, todo transmitía un enervante mensaje a su fuerte virilidad. ¡Y sin embargo, y sin embargo!

El coche se detuvo.

—¿Hemos llegado? —preguntó Brooke.

—Sí. Ésta es la entrada. Prefiero que nos paremos un poco en la entrada para poder admirar sus proporciones.

Pidió al taxista que esperara y la llevó a través de la gran puerta hasta la salida del fondo, la que estaba frente al mausoleo. No estaban solos. Unas cuantas personas paseaban lentamente, las mujeres en saris que brillaban a la luz de la luna, los hombres de blanco, los niños cogidos de la mano de sus padres. El estanque, un acuático sendero de luz de luna, estaba flanqueado por paseos de mármol. Al fondo, el edificio de mármol se alzaba translúcido en la noche.

Jagat volvió la cabeza para decirle algo, pero vio que no debía hablar. Ella estaba de pie, inmóvil, con la cabeza alta, las manos en los costados, el viento de la noche agitando suavemente sus cabellos. Los ojos brillaban a la luz de la luna; los labios, entreabiertos. Cuando habló, lo hizo como si él no estuviera allí.

—Es la primera cosa que veo en mi vida más bella que la soñé.

—Entonces me alegro de que la haya encontrado en la India —dijo él gentilmente.

Habló muy poco con ella después de eso. Se limitó a guiarla por un lugar que le era tan familiar. Mencionó las joyas que habían estado incrustadas en las filigranas del mármol, y que los soldados británicos habían robado para venderlas cuando conquistaron la India. Sin embargo, como aristócrata que era, se sentía muy agradecido al noble inglés y virrey que había ordenado el fin inmediato del despojo, e incluso había reemplazado algunas piedras robadas por otras de menor valor. Ella le escuchaba gravemente, en silencio, parándose a veces para examinar el dibujo del mármol tallado, recorriéndolo con las yemas de los dedos, sintiendo físicamente su belleza. Después descendieron a la cripta donde estaban las tumbas de la esposa y el marido.

—El Shah tenía el proyecto de construir una tumba de mármol para él también —dijo Jagat—, pero había de ser de mármol negro. Desgraciadamente, sus ambiciosos hijos se lo impidieron. Le derribaron y le hicieron prisionero. Era ya un hombre muy viejo y no pudo imponerse.

—Es mejor no tener hijos —dijo ella.

Jagat recibió con sobresalto esta amarga verdad. ¿Acaso sabía ella que había perdido a su único hijo? No, imposible, no lo sabía. Había hablado guiada únicamente por la intuición. Él no respondió, pero cuando volvieron al hotel la llevó al salón, ahora desierto, y le indicó que se sentara. Ella obedeció, recostándose contra el respaldo, como con cansancio. Pero no estaba cansada; simplemente se disponía a escuchar. Él arrastró un sillón frente a ella y se sentó. Estaban solos en la gran habitación.

—Usted y yo somos dos extraños —dijo—. Dos extraños que proceden de distintas partes del mundo y quizá de épocas diferentes de la historia. Buena parte de la vida india sigue siendo medieval. Pero tengo en este momento la sensación de haberla conocido antes. Dígame —se inclinó hacia delante—, ¿por qué dijo usted antes que era mejor no tener hijos? Es una cosa muy extraña para decírsela a un indio, y ningún indio la aceptaría salvo quizá yo, y en este momento tan especial. Estoy destrozado por la pérdida de mi único hijo. Lo mataron los chinos en Ladakh hace justamente trece días. Nunca tendré otro. ¿Sigue usted afirmando que es mejor no tener hijos?

Ella recibió todo esto en silencio como si fuera una comunicación de otro planeta. Contestó al cabo de cierto tiempo, agarrando con sus manos blancas y finas los tallados extremos de los brazos del sillón.

—Creo que también para usted es mejor no tener hijos. Ahora tendrá que completar su vida a su propio modo. Tendrá que llenarla usted mismo porque no habrá nadie que la llene para usted. Cuando un hombre, y una mujer, tienen hijos, se dividen a sí mismos, y se excusan también. Mira lo que he hecho, dicen, me he reemplazado a mí mismo. Si yo no cumplo con todo mi deber para con mi generación, mi hijo lo hará por mí a su debido tiempo. En mi país se suele decir que los niños son la esperanza del futuro. En mi opinión eso es una evasión y una

tontería. Ellos no lo harán mejor que lo hicimos nosotros. Su hijo, si hubiese vivido, no habría hecho más por su generación de lo que usted ha hecho por la suya... o de lo que hará, pues aún es un hombre joven.

—Estoy en la mitad de mi vida —dijo.

—Entonces no tiene usted tiempo de engendrar más hijos —dijo ella tranquilamente.

Él la miró lleno de dudas y de admiración. ¿Estaría en lo cierto? Brooke no pareció inquietarse por la inquisitiva penetración de sus ojos oscuros y respondió a su mirada serenamente.

—¿Ésa es la razón de que no se haya casado? —preguntó Jagat.

—No, ya le dije que no me he casado porque aún no he encontrado al hombre que deseo para marido.

—Y si lo encontrara, ¿se casaría con él?

—Sí, si él quisiera, claro.

—¿Y si no quisiera?

—Entonces organizaría mi vida de forma que pudiera estar cerca de él... siempre.

Jagat archivó esas palabras en su memoria para pensar en ellas una y mil veces. Se levantó.

—Tengo que salir mañana muy temprano, así que buenas noches y adiós... a menos que esté usted dispuesta a venir a Amarpur. Podría ser el primer huésped del Lake Palace Hotel. ¿Aceptaré esto como una invitación?

—Tal vez.

—¿Le reservo entonces su habitación?

Ella vaciló.

—¿Molestaré a los huéspedes del hotel, si toco un poco el piano?

—Seguro que no.

—Entonces, buenas noches.

Extendió su mano sin levantarse del sillón. Jagat la tomó entre las suyas. Sintió la carne firme y fresca entre sus palmas ardientes. La dejó. Al llegar a la puerta miró hacia atrás y la vio ya ante el piano. Ella no volvió la cabeza. ¿Le había olvidado? No lo sabía. En cualquier caso, había dicho buenas noches, ¡pero no adiós!

* * *

—¡Moti! —exclamó Jagat.

Ella estaba en su habitación, tumbada sobre una «chaise-longue». Sus serenos ojos se fijaron en él.

—¿Por qué te has retrasado tanto?

—No tuve más remedio que detenerme en Nueva Delhi y ver a ciertas personas.

El aya de su mujer le había seguido al interior de la habitación.

—Mi señora no come, nada más que un poco de requesón y algo de fruta.

—Márchate —dijo Moti con impaciencia—. ¡Déjanos! ¿Qué importa ahora lo que coma?

El aya, asustada ante aquel exabrupto en una persona habitualmente dulce, salió precipitadamente al pasillo.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Moti.

Jagat se sentó. Las habitaciones de Moti, habitualmente frescas con el perfume de las flores, estaban extrañamente desoladas. Todas las flores habían desaparecido, los naranjos y limoneros enanos, las rosas de té inglesas importadas de los jardines de Delhi, los inodoros capullos del desierto cercano. Los jarrones estaban vacíos, y el polvo se acumulaba sobre muebles y suelo. Cierto que en los últimos días habían soplado vientos fuertes que filtraban la finísima arena por cualquier rendija, pero Moti se mostraba siempre muy quisquillosa en cuestión de limpieza y durante esta estación solía mantener a las criadas en constante actividad. Ella se dio cuenta de su mirada de inspección.

—No me siento con fuerzas para soportar a mis estúpidas mujeres danzando de acá para allá.

—Te estás matando. Quieres morir. Te ordeno que vivas.

Tenía los ojos hundidos y unas ojeras enormes. Había adelgazado mucho en los días que había estado fuera y ahora permanecía sentada, envuelta en su sari blanco, como una simple estructura ósea envuelta por una delgada capa de carne pálida.

—¿Cómo voy a comer? —preguntó desesperada. Luego, con aquella nueva impaciencia, tan insólita en ella, le presionó de nuevo—: Dime lo que le ocurrió.

Él suspiró ante lo inevitable.

—¿Cómo voy a saberlo? Murió con cientos de otros soldados. El ataque vino de la retaguardia...

Y así, con frases entrecortadas, expulsando la información pedazo a pedazo a medida que la iba recordando, contó todo lo que sabía. Moti perdió la serenidad cuando llegó la parte que hablaba de armas anticuadas, de ropas delgadas en medio del intenso frío. Se levantó y empezó a pasear por la habitación, arriba y abajo, ahora junto a la puerta, unos segundos después plantada ante las ventanas que daban al lago. Su agonía la impulsaba a estar constantemente en movimiento. Jagat estaba atónito ante aquella movilidad en una persona habituada a permanecer quieta durante horas y horas.

—¿Por qué no te quejaste de todo eso cuando estuviste en Delhi? —le gritó—. ¿Por qué no les dijiste que fueron ellos lo que asesinaron a nuestro hijo?

—Ya han hecho investigaciones muy completas, Moti. No era necesario que yo les repitiera cosas que sabían. Estamos pidiendo ayuda de los Estados Unidos, de Inglaterra... nos han prometido armas último modelo, apoyarnos en nuestra defensa...

—Sí, claro, ahora que Jai está muerto...

—Moti, vuelve en ti. Nuestro hijo no fue el único...

Se volvió hacia él desde el extremo opuesto de la habitación.

—¡Para mí sí lo es, para mí es el único! Pero ¿cómo vas a comprender tú a una mujer? ¡Nunca me has comprendido! Llevo viviendo aquí un montón de años y no sabes nada de mí. ¿Por qué iba a esperar ahora consuelo por tu parte? ¡Investigaciones! ¿Está en los informes la palabra asesinato? ¿Quién es el culpable de que Jai no tuviera más que un arma vieja que no le sirvió para defender su vida? ¿Dónde están las prendas de abrigo que debía llevar para protegerle del frío? Odiaba el frío... Nunca olvidaré cómo odiaba la nieve cuando era niño. ¡Y ha tenido que morir en la región más fría del mundo! No puedo perdonarte. ¡Vuelve a Delhi y diles que Jai, el hijo del Príncipe Jagat, ha sido asesinado!

—Moti, dirían que estoy loco.

—¡Déjales! ¿Qué importa lo que digan?

—Moti, escúchame. Los chinos han dicho que se retirarán cuando...

—¡Oh, no me hables de los chinos! ¿Me devolverán a mi hijo cuando se retiren?

Era inútil seguir hablando. Jagat se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el suelo de mármol, aguantando impasible sus acusaciones, sus sollozos, su ira y su pena. De pronto no pudo aguantar más. Se levantó, se acercó a ella, que se apoyaba exhausta en una columna, la rodeó con los brazos y la llevó hasta su lecho depositándola suavemente sobre las almohadas. ¡Qué ligera, qué frágil parecía en sus brazos! Moti cayó de espaldas, con los ojos cerrados, silenciosa ahora a excepción de sus sollozos.

Jagat hizo una seña a la criada que salió de las sombras.

—Procura tranquilizarla —ordenó—. Dale friegas en las sienes y cepíllale el pelo. Cuando se haya calmado tráele un cuenco de leche.

Entonces se fue a sus habitaciones para pensar en su propia pérdida. Hasta ese momento sus días habían estado llenos con los viajes, las entrevistas y el encuentro con la mujer americana. Pero ahora estaba solo. Absolutamente solo, aquí, en el palacio de sus antepasados, en el lugar donde habían nacido él y su hijo. Entre esos muros había fluido la corriente sin fin de la historia familiar. Una corriente que ahora se detenía bruscamente. Había llegado su final. ¿Quién habitaría mañana esas habitaciones, desde cuyas paredes le contemplaban sus antepasados, una sucesión de príncipes que le rodeaban desde el día de su nacimiento? Cuando muriera quedarían vacías para siempre aquellas estancias donde todos ellos habían vivido. Él y ellos dejarían de existir definitivamente y no habría nadie que les sucediera.

Para él, aquél era el momento de la muerte final de Jai.

* * *

En la noche, en la más oscura de las noches, cuando yacía insomne en su lecho agitándose inquieto física y mentalmente, oyó un ruido en la puerta de su habitación. Inmediatamente se quedó inmóvil, escuchando. La puerta se abrió y los goznes rechinaron un poco. Después la cerraron suavemente. Pensó en ladrones, en asesinos.

En cierta ocasión un desconocido había asesinado a un príncipe en aquella misma habitación. Nunca se descubrió al asesino, pero se rumoreó que era el marido de una bella joven que el príncipe se había llevado a palacio. Pero aquello había ocurrido mucho tiempo atrás y Jagat no había cometido semejante delito.

De haber tenido miedo hubiera gritado, pero no sentía temor, sólo curiosidad. ¿Quién se acercaría tan silenciosamente, con tanto secreto? ¿Quién cruzaba ahora el suelo de mármol? Creyó ver una forma en la oscuridad.

—¿Qué quieres?

Habló con su voz normal, ni muy alta ni muy baja. Rascó una cerilla, encendió la lámpara que había al lado de su cama y escudriñó en la oscuridad. Vio a Moti que se aproximaba a la cama, agarrando con la mano el extremo de su sari blanco.

—¡Moti! —gritó Jagat—. ¿Qué te ocurre, estás enferma?

Ella no contestó. Llegó al lado de la cama y se arrodilló. Él vio su rostro suplicante a la luz de la lámpara.

—¿Qué es, Moti?

Tenía los ojos muy brillantes. Su lengua salía de vez en cuando de la boca para humedecer los labios.

—¡Jagat!

—¿Sí? ¿Tienes miedo?

—No... Sí... de ti.

—¿De mí?

—Tengo miedo de que te niegues.

—Pero ¿qué quieres de mí?

—Jagat, todavía soy joven.

Él la miró fijamente a los ojos, tan negros en su pálido rostro.

—Moti...

De pronto comprendió el motivo de su presencia, y no pudo continuar. En todos sus años de matrimonio Moti no había venido ni una sola vez a su cama. Era él siempre quien la buscaba, nunca ella quien le buscaba a él. Había aceptado esta actitud pensando que era el comportamiento propio de una mujer pudorosa. Pero ahora Moti estaba allí, buscándole. Sintió una extraña sensación de incomodidad, de timidez, como si aquella mujer no fuera su esposa. Había dejado de ser Moti, la silenciosa muchacha que se había sometido a él como novia, como mujer, como esposa, la madre de sus hijos.

—Moti... —repitió.

—¡Jagat, dame otro hijo!

—Moti, yo...

—¡Que yo pueda devolverte a tu hijo, y tan lleno de mí realizarme así yo misma! Ya sabes que una mujer no puede vivir, ni morir, sin cumplir con ese deber. Jai tiene que nacer de nuevo en su hermano. Tu familia no tiene sucesor. ¿Qué otra razón puede tener mi vida sino la de darte un heredero?

En el pasado la pasión habría surgido en él si ella hubiera venido a buscarle. La habría hundido en su lecho, la habría aplastado con su ardor. Hubiera sido una experiencia dulce y nueva sentirse buscado, ser amado, conocer su cuerpo anhelante con su propio anhelo. Pero ella se había limitado durante demasiado tiempo a satisfacer sus necesidades físicas sin darle nada más. En realidad, él nunca había obtenido más que eso de cualquier mujer. Y ahora, ¿qué dulzura podía haber cuando el amor venía de la mano de una extraña?

Moti seguía arrodillada a su lado, pero él no podía extender su mano para alzarla. Sintió que su alma y su cuerpo respondían con una negativa, una inexplicable negativa, a la súplica de ella.

—Moti, yo...

—¡Tómame, Jagat!

—No puedo...

Su voz fue sólo un leve susurro, pero ella lo oyó. A la débil luz de la lámpara la vio ponerse de pie y quedarse allí, al lado de la cama, mirándole con unos ojos negros, muy negros. La melena tapaba parte del rostro y caía descuidadamente hasta la cintura. No había visto su melena así desde la noche de bodas.

—¡No quieres!

Era una exclamación, no una pregunta.

—No puedo.

—Entonces es que has estado con una mujer. Oh, sí... —Se inclinó sobre él, apoyándose con los brazos abiertos sobre las sábanas—. Eso es lo que has hecho. Eso es lo que hacen siempre los hombres cuando están tristes. Corren al lado de cualquier mujer para desahogarse. No pueden soportar la tristeza mucho tiempo. ¡Y especialmente tú, Jagat! Me has usado siempre a tu capricho. Y ahora, cuando te pido que... que... ¿Crees que me resulta fácil? Estoy avergonzada. Me desprecio por haber venido a suplicarte. Pero es por Jai... es porque no tenemos ningún hijo.

Jagat la cogió del brazo izquierdo y la obligó a sentarse.

—¡Siéntate a mi lado, Moti, y escúchame! No he estado con ninguna mujer. He venido derecho desde el campo de batalla. Estuve sólo un par de días en Delhi y luego vine a casa. ¿Cómo iba a tener estómago para irme con una mujer, Moti? Ya no soy un hombre joven, no... no tengo necesidad de... simplemente para... para...

Ella inclinó la cabeza sobre sus manos unidas, y Jagat sintió la caricia de su pelo sobre el brazo desnudo.

—Entonces, ¿no tendremos nunca otro hijo? —Su voz apenas se oía.

Jagat apartó suavemente el pelo de su rostro.

—No como él, Moti... nunca como él.

Moti permaneció callada unos minutos y luego se marchó tan silenciosamente como había entrado, como una sombra blanca que se desvaneciera en la oscuridad.

Jagat apagó la luz y se quedó solo de nuevo, pensando en la noche negra y blanda. ¿Por qué no la había aceptado? ¿Es que la muerte había cambiado algo en él?

¿Había muerto con su hijo alguna parte vital de su ser en aquellos días de dolor y desconcierto? Sólo su sexo permanecía ahora tranquilo, sólo su sexo que siempre había sentido como una vida casi separada del resto de su ser. Noche y día había percibido aquella vida dispuesta y vibrante, sede de un deseo independiente de su ser, urgente y rápido en la respuesta a cualquier mujer joven y bella. Él comprendía muy bien la incesante necesidad que había mantenido este palacio lleno de mujeres, la sed que su padre y el padre de su padre parecían incapaces de saciar. Si él no había traído muchachas a sus habitaciones era simplemente porque estaba hecho de un material distinto, igualmente viril pero más quisquilloso. No, no era que él fuese demasiado exigente. Era Moti la que había hecho imposible tomar a otra mujer después de su matrimonio, con su pálida amabilidad, su paciente sumisión, su invariable entrega que nunca fue respuesta, con lo que dejaba su eterna pregunta eternamente irresuelta. ¿Es que ella era incapaz de responder o es que le encontraba desagradable en algún sentido? Su vanidad masculina no podía aceptar la última posibilidad y, sin embargo, tampoco la primera resolvía el problema. ¡Su vanidad masculina! ¿Se sentía humillado porque ella había acudido a él exclusivamente en busca de un hijo?

Al reflexionar así sobre sí mismo le llevó a reflexionar sobre Moti. Procedía de una casta elevada y como todas las mujeres de tan noble origen era muy pudorosa, y sólo se desnudaba, con reticencia, cuando él se lo ordenaba. Él había encontrado en esa reticencia algo excitante y digno, pues aquella castidad era una prueba más de su nobleza. Y al recordar cómo su mujer había acudido poco antes a buscarle, en lugar de esperar a ser buscada, sintió que la imagen de Moti se deterioraba por razones no del todo claras. Eres injusto, injusto, se dijo, pues ella no lo ha hecho buscando su placer. Y de pronto comprendió el motivo de su negativa. Ella no había venido a él impulsada por una necesidad personal de amor. El corazón de Moti no le pertenecía, si es que tenía algún corazón. Ella no había acudido gritando: «¡Oh, Jagat, ámame!».

Pero ¿cómo podía una mujer de noble cuna rebajarse hasta el punto de mendigar amor? Recordó un antiguo cuento de Vyasú, el autor del Mahabharata, quien decidió escoger esposa entre sus tres sobrinas y las sometió a una prueba para asegurarse de que no elegiría a una que había sido engendrada por un esclavo. La prueba consistía en que las tres princesas desfilaran ante él desnudas. La mayor estaba tan avergonzada que cerró los ojos al pasar ante él, la segunda, también avergonzada, se embadurnó el cuerpo con ocre amarillo, pero la tercera paseó su desnudez ante él sin vergüenza alguna. Al ver esto, supo que ésta era la de origen plebeyo y la rechazó, eligiendo esposa entre las otras dos.

A pesar suyo, Jagat reconoció que él también participaba de este tradicional prejuicio contra el impudor, aunque comprendía la pena y la desesperación que habían llevado a Moti a forzarse a sí misma. Su mente estaba tan confusa que llegó a preguntarse si Moti no habría cometido alguna falta secreta, de la que tal vez ni era consciente. Incluso se permitió por un momento plantearse una vieja pregunta, que llevaba mucho tiempo agazapada en su mente y se refería al sacerdote inglés. Hasta

entonces nunca había consentido que esa pregunta subiera a la superficie de su espíritu. Pero ahora estaba allí en toda su crudeza. ¿Era una necesidad puramente espiritual la que llevaba a Moti a aceptar la presencia de aquel sacerdote joven y barbudo? Al fin y al cabo, un sacerdote sigue siendo un hombre.

Pero, cosa extraña, no sintió celos al pensar aquello. ¿Y no era su deber sentirse celoso? De haberse hecho aquella pregunta antes de la muerte de Jai, seguramente se hubiera sentido celoso. Pero aquí estaba ahora, con el corazón tranquilo como un pájaro en su nido. La muerte había perturbado sus seres separados, y no sabía en qué medida. Sólo sabía que le era imposible dormir esa noche. Tampoco pudo descansar durante los siguientes siete días, no como lo hacía normalmente, durmiendo como un niño hasta el amanecer. De día se cansaba de mil modos mientras lloraba por dentro a su hijo, pero, a pesar de ello, no podía descansar cuando llegaba la noche.

* * *

En la mañana del octavo día se levantó temprano y fue al palacio del lago para ver cómo andaban las cosas por allí.

—Tiene usted un huésped —dijo Osgood, que vivía ahora en el palacio para supervisar más de cerca las obras.

Jagat saltó del bote a las gradas de mármol.

—¿Qué huésped? ¿Y cómo ha podido instalarlo con toda esta confusión?

Había obreros por todas partes. Los pájaros, asustados, salían y entraban continuamente de sus nidos en cornisas y candelabros. Los martillazos y los gritos de los hombres destrozaban la tranquilidad del mediodía.

—Es una mujer —dijo Osgood.

—¡Una mujer! —repitió Jagat, incrédulo.

—Dice que usted la invitó.

—¿Yo?

—Eso dice.

Jagat sonrió tímidamente.

—En cierto modo...

Naturalmente, sabía muy bien de qué mujer se trataba. Había pensado en ella muchas veces durante la última semana, extraña semana aquélla, pues él y Moti apenas habían cruzado unas palabras. Los días transcurrían en un tenso silencio con Moti, más reservada que nunca.

—¿No crees que le debía decir a Veera que viniera a hacerte compañía? —había preguntado él la noche anterior, rompiendo así el silencio que había descendido sobre el comedor.

—¿Por qué unir nuestra tristeza a la suya? Déjala que siga con sus compañeras.

Al mirar su pálido rostro consideró casi imposible que se hubiera presentado en su alcoba siete noches antes. Él no se había acercado a su mujer en esas siete noches.

En ningún otro período de su matrimonio había observado tan prolongada continencia. Su deseo seguía dormido.

—¿Dónde está esa huésped? —le preguntó ahora a Osgood.

—En la habitación pequeña que da a la terraza superior. La estaba utilizando yo, pero la dejé cuando llegó. Es la única que tiene cuarto de baño de momento. No puedo pedirle a esa mujer que se bañe en el lago... ¡qué es lo que estoy haciendo yo a pesar de los cocodrilos!

—Ya le dije que los cocodrilos están en el otro extremo. Además, dudo mucho que sea usted de su gusto... ¡con ese pelo tan rojo!

Osgood soltó la carcajada.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Jagat.

—Anoche. Apareció como si tal cosa. Vi un bote que cruzaba el lago a la luz de la luna y pensé que era usted. Pero después vi saltar a tierra a una mujer y al barquero desembarcando su equipaje. Bajé, como es natural, y allí estaba ella. Se llama *Miss*...

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. (¡Embustero, nunca lo había olvidado!) *Miss Westley*, es americana como usted. Estaba en el *Ashoka*.

—Debía haberme avisado —dijo Osgood.

—No creí que me cogiera la palabra tan literalmente.

—¡Menos mal que me había preparado una habitación decente y con baño! ¿Estará mucho tiempo?

—¿Cómo voy a saberlo? No la he visto todavía.

—Está arriba —indicó Osgood—. Envié el desayuno a su habitación. Ése es otro problema. Aquí sólo hay servicio para una persona. Traje mi propio cocinero de Delhi. ¿Qué hago?

—Dígale que la sirva a ella también. Recuerde que es compatriota de usted, no de mí.

—Sí... claro, pero no puedo entretenerme ahora con problemas de servicio. Tengo que empezar otro trabajo en Bombay el mes que viene y para entonces las cosas tienen que estar en marcha aquí. Mientras tanto debo hacer una escapada a los Estados Unidos para traerme las cosas que no pueda conseguir aquí.

—Pues vaya, amigo mío, yo me quedaré aquí —dijo Jagat.

Refrenó el deseo que sentía de acelerar el paso. En realidad, casi hubiera preferido que no viniera. Deseaba hundirse, en cuanto pasara el período de luto oficial, en el trabajo del hotel y en la administración de las tierras que aún le quedaban. Había perdido muchas tierras, pero muchas eran también las que conservaba. Su familia había sido muy rica en tierras, pues había mantenido durante mucho tiempo el viejo principio de los pagos en tierra y no en dinero. Y con la tierra estaban las aldeas, independientes ahora pero ligadas a su casa por siglos de trabajo y sufrimientos. Aquella misma mañana se había levantado con el alba para cabalgar hasta la aldea central, donde mantenía una especie de oficina, y reunirse allí con los ancianos de la comunidad, el panchayat. Les había informado brevemente de la

muerte de su hijo. Había tenido la extraña sensación de que no era él quien cabalgaba a través del frío aire de la mañana. Lo veía todo a través de los ojos de Jai, de aquel Jai que nunca volvería a contemplar las cristalinas montañas titilando al sol del alba, que nunca aspiraría en sus pulmones el aire puro y claro del desierto. Con los ojos de Jai vio la caravana de camellos que avanzaba pausadamente por los polvorientos caminos, los rebaños de pequeñas cabras oscuras, perseguidos por mozalbetes iracundos que tiritaban medio desnudos. Y con los ojos de Jai había visto también a los aldeanos con sus túnicas de algodón blanco sentados a lo largo de las calles en espera de que el sol se elevara para calentarlos. Con los ojos de Jai vio las golondrinas saliendo de sus nidos de barro incrustados en los muros de la aldea, y las vacas merodeando en busca de algo que comer. Todo esto era la herencia de Jai tan profundamente como lo eran las grandes ciudades de Bombay, Calcuta y Madrás, o las grandes industrias de Tata, en la provincia oriental, tan profundamente también como la historia de miles de años del pasado o los brillantes días del mañana. Todo, todo fue la herencia de Jai, una herencia que ahora no sería nunca reclamada.

Los ancianos de la aldea se levantaron cuando él entró en el edificio de adobes y techo bajo. Le saludaron en silencio con las manos unidas y las cabezas gachas. Cuando se sentó en el cojín colocado directamente sobre el suelo de tierra, alisado con boñigas de vaca, ellos se sentaron también, y él les contó, controlando su voz y sus sentimientos, cómo había muerto Jai, y por qué. Mientras hablaba sus ojos iban de un rostro curtido al otro, viejos barbudos con turbantes, viejos afeitados de mejillas huesudas y delgados cuellos llenos de arrugas. Era una escena secular y, mientras hablaba, sabía que no volvería a repetirse, ni siquiera aunque Jai hubiera vivido. No se lo imaginaba sentado entre aquellos ancianos.

Su historia fue cruelmente breve.

—Así murió mi único hijo —les dijo, y continuó, apretando los labios para que no le temblaran—. La muerte no tiene sentido a menos que se lo den los vivos. Esto es especialmente cierto cuando mueren los jóvenes de forma no natural. En esta guerra son muchos los que han muerto, y muchos más los que morirán aún. ¿Quién puede predecir el fin de una época? Por ello, nuestro deber es intentar realizar durante nuestra vida lo que esos jóvenes hubieran hecho de haber vivido.

Y una vez dicho esto empezó a hablar de las reformas que tenía planeadas en la región: la construcción de escuelas, especialmente escuelas técnicas, mejoras en el ganado y las cosechas, creación de hospitales y clínicas.

Uno de los viejos formuló una pregunta:

—¿Es cierto, es cierto que el palacio del lago se va a convertir en una posada para gentes del otro lado del Agua Negra?

Él tuvo que explicarles el asunto de una forma que les resultara comprensible. Les dijo que, como sus ingresos se habían reducido, había tenido que buscar nuevos procedimientos para sostener a su familia, ya que seguía siendo un príncipe, pero un príncipe sin reino. Ellos le escucharon y le compadecieron con grandes suspiros, pero

Jagat creyó ver el brillo de la codicia en sus ojos. Eran todos viejos y muy conocidos, arcaicos como las montañas y los arenales del desierto, y lo parecían aún más ahora, comparados con el brillo de los metales nuevos y la renacida blancura de los muros de mármol del palacio del lago. Los teléfonos ocupaban el lugar de los vociferantes criados y las luces eléctricas reemplazaban a las velas en los antiguos candelabros de cristal importados mucho tiempo atrás de Europa. Y nada tan diferente y tan nuevo como la visión de la esbelta figura de Brooke Westley caminando hacia él por el corredor de mármol.

Jagat avanzó a su encuentro.

—Me alegro de que haya venido, aunque no la esperaba tan pronto.

Ella no le ofreció su mano, pero sus ojos se encontraron.

—Algo me impulsó a venir.

—¿Tiene algún problema? —preguntó él.

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que la impulsó?

—Sigo una simpatía —dijo ella.

No pestañeó al pronunciar aquellas breves y sencillas palabras. Jagat nunca había sufrido una mirada tan franca. No había ninguna coquetería en ella, ni pretensiones.

—No sé lo que quiere decir con eso.

—Ni yo puedo explicárselo —contestó ella—. Así que permítame vivir aquí tranquilamente durante un tiempo. No seré una molestia para usted. Me limitaré a ser completamente feliz esperando.

—¿Esperando qué?

—Aún tengo que averiguarlo —dijo ella.

Ahora extendió su mano.

—No se sienta responsable de mí. Sé cuidarme. Encontraré mi propio camino. No tengo miedo. No he tenido miedo en mi vida. He estado siempre sola.

—¡Me deja usted perplejo! —protestó él.

—No se preocupe por eso. Acépteme como soy, siempre que nos veamos, si es que nos vemos. ¿Permitirá que me quede? Al menos por cierto tiempo, hasta que averigüe por qué he venido...

Él dudó.

—Bueno, esto no resulta todavía muy confortable, ya sabe. Estamos empezando.

—Es un sitio maravilloso. Vivir en medio de un lago... Es algo nuevo. He vivido rodeada de montañas, he vivido en el centro de la ciudad de New York, también rodeada. Pero me gusta esto. El agua es tan tranquila...

Hablaba en tono suave. Apartó su mano y Jagat se dio cuenta de que la retenía. No sabía muy bien por qué, a no ser porque le gustaba sentir aquella suavidad cálida, pero...

Ella retiró la mano suavemente.

—Me gusta también su Mr. Osgood. Naturalmente, sé que está completamente

consternado. Es agradable encontrar aquí un hombre tan... ¡tan americano! Hace que me sienta un poco como en casa, por extraño que pueda parecer. Y sin embargo, usted tampoco me parece extranjero. ¡Otra cosa extraña de este lugar!

—Pero estará muy sola —dijo Jagat.

—Oh, no, yo nunca me siento sola, de veras. Ya ve, casi no conocí a mis padres, como le dije. Me crié con mi abuela en una vieja casona del campo y en otra vieja casona de New York. Además, hay otras razones...

Dio media vuelta, pero se volvió para mirarle por encima del hombro.

—¿No significa nada para usted el nombre de Westley? Es bastante conocido.

Él negó con la cabeza.

—No conozco a los americanos...

—¿Por qué iba a conocerlos... viviendo en ese palacio maravilloso? Ese palacio... —agitó su mano en dirección al palacio de la otra orilla.

—Tiene usted que visitarnos y conocer a mi esposa.

Ella se quedó callada un momento, mirando el palacio de mármol rosado a la luz del crepúsculo.

—¿Cree usted que le gustará a su esposa?

—Estoy seguro de que sí. Precisamente ahora está muy triste a causa de lo de nuestro hijo. Pero tal vez dentro de una semana más o menos sea bueno que conozca a nuevas personas. Tengo una hija también. Ella querrá venir a casa tan pronto sepa... lo de su hermano.

Brooke tardó un poco en contestar. Luego, lenta y reflexivamente, dijo:

—Es extraño. Vine aquí sola, sin conocer a nadie, y de pronto tengo amigos, muchos amigos.

II

«De pronto tengo amigos, muchos amigos...».

Oyó a su propia voz pronunciar estas palabras e instintivamente se replegó. No estaba preparada todavía para tener amigos. En realidad, no había venido a la India en busca de amigos. Había venido siguiendo un impulso, dejándose llevar como se había dejado llevar toda su vida, pero no sin objeto ni desesperanzadamente. Se dejaba arrastrar en busca de la belleza, agarrada a sus sueños como a cascarones vacíos arrastrados por la corriente, flotando sobre las olas del mar. Era consciente de su vaciedad y era consciente también de la necesidad de llenarlos. Seguramente necesidad significaba aquí capacidad. Su capacidad se inclinaba hacia la realidad, pero la realidad era todavía vaga y no podía definirla con palabras. Sin embargo, había aprendido que la realidad no es siempre bella. A veces era tosca y dura, a veces era pobreza y oscuridad, a veces poder y miedo. A veces era sólo música, clara y sin complicaciones. Ella juzgaba siempre según sus propios criterios. Fuera cual fuese la realidad, era cierta, no cabían en ella los disimulos ni las pretensiones. Era vida, vida profunda y que crecía lentamente. Al final había llegado al convencimiento de que únicamente en un viejo país podría encontrar la realidad, en el más viejo de los países y por eso se había aproximado a la India, el país madre de la antigua Asia. Aquí viviría al menos por cierto tiempo, se dijo a sí misma; quizá encontrara aquí su propio ser, el que había estado perdido toda su vida, pues nunca había tenido hogar. Sin más guía que ella misma, había descubierto esas palabras.

«Las antipatías y simpatías de Hoy, las bruscas afinidades, como enamorarse a primera vista, y las bruscas hostilidades que aparentemente no tienen sentido, todas son debidas a relaciones de algún enterrado Ayer, mientras que las del mañana pueden anticiparse y regularse así mediante las acciones de Hoy. Incluso en las cosas más pequeñas...».

Había leído esas palabras cierto día del verano anterior en la casa de su abuela, en Edgartown, sobre la isla de Martha's Vineyard, y de pronto su mente y su alma habían descubierto una guía inesperada. Hasta entonces no habían tenido guía alguna. Sentía que se había limitado a caminar a través de los días de su vida, aceptando los acontecimientos que formaban el modelo de la vida de su abuela, acontecimientos ordenados, puestos en movimiento muchos años antes. Había ido a colegios privados, se había graduado, había sido presentada en sociedad, había sido una debutante notoria por su belleza, pero acusada de frialdad, y en suma no había vivido realmente hasta aquel día del verano anterior, cuando había paseado hasta la orilla del mar, como hacía frecuentemente, preguntándose si su vida, toda su vida, iba a ser siempre así, aquella calma somnolienta, ni joven ni vieja, ese no esperar a nada ni a nadie. El sol se ponía al otro lado de la caleta, y ella había emprendido el camino de regreso a la casa de su abuela. Se cenaba siempre a las seis, una hora temprana porque su abuela se iba siempre a la cama a las nueve. Nunca se le había pasado por la cabeza

llegar tarde a cenar a casa de su abuela.

Regresó a la casa por la lengua de arena y a través de los jardines en terraza. El aire de la tarde era suave y las puertas de cristales del salón estaban abiertas. Allí estaba su abuela, sentada en su sillón, al lado de la chimenea donde ardía el fuego, vestida, como siempre, con su larga bata de casa, negra, de mangas largas, con un festón de encaje blanco en el cuello y los puños. Sarah, la doncella, le servía su copita de jerez.

—Buenas tardes, Brooke, querida —dijo su abuela.

El libro que estaba leyendo cayó al suelo. Brooke se inclinó a recogerlo.

—Algernon Blackwood —leyó—. No le conozco.

—Ah, pues deberías —dijo su abuela.

Sus ojos recorrieron las líneas que estaba leyendo su abuela cuando se le cayó el libro y entonces llegaron a ella esas palabras que fueron para ella una guía inesperada, aquellas palabras que se repetía ahora mentalmente, mientras permanecía de pie en el patio de mármol contiguo a la habitación que ocupaba en aquel extraño y bello palacio de mármol, plantado en el centro de un lago indio color esmeralda.

«Las antipatías y las simpatías de Hoy, las brucas afinidades...».

Había tomado esas palabras, escritas por un inglés ya muerto, y las había hecho suyas. Desde ese día, desde aquella tarde en Edgartown, había evitado las antipatías, había seguido las simpatías, y éstas la habían traído a la India, y una vez en ella, no sabía con qué objetivo.

Jagat sonrió cuando la oyó hablar de muchos amigos.

—Permítame que sea el mejor de todos ellos —dijo cortésmente, pero entonces les interrumpieron.

El americano, Bert Osgood, le llamó desde la escalera que había al final del pasillo.

—¡Eh, Alteza! Tengo un problema de logística.

—¿Alteza? —repitió ella, mirando inquisitivamente a Jagat.

—Hoy día soy sólo Jagat —replicó él—. Alteza está pasado de moda. Pertenece al ayer. ¿Me permite un momento, *Miss Westley*?

—Brooke —dijo ella con un impulso.

Jagat no pronunció su nombre. La dejó allí, de pie, y ahora, media hora después, no había vuelto todavía. Pero seguía siendo una de sus simpatías. Le había reconocido como tal en cuanto le vio en el Ashoka de Nueva Delhi. Había descendido del jet en el aeropuerto de Nueva Delhi dos días antes de ese encuentro y se había limitado a permanecer en el hotel esperando un guía. Naturalmente, nunca le había explicado a su abuela aquella cuestión de las simpatías y las antipatías. No existía una comunicación tan íntima entre ellas. Aquella tarde, en Edgartown, habían pasado, como todas las tardes, al comedor. Se sentaron las dos solas a la mesa. Dos veces al mes, su abuela invitaba a unas cuantas personas, viejos amigos, hombres y mujeres que venían a Edgartown año tras año. Todos los veranos, cuando Brooke volvía del

colegio, su abuela preguntaba cortésmente varias veces: «Querida, ¿no tienes algunos amigos a los que quieras invitar a cenar o a pasar el fin de semana?».

—Gracias, abuela, pero no —contestaba siempre ella.

Tenía amigos, pero ninguno lo bastante íntimo para invitarle a pasar el fin de semana. ¿De qué hablarían aquí, en el ambiente de la gran casa silenciosa, tan cerca de la inmensidad del mar?

Sin embargo, aquella tarde especial, aquella tarde que ella recordaba ahora, su abuela había hecho un esfuerzo mayor de lo normal.

—Brooke, tengo la impresión de que eres una solitaria —había dicho.

Podía recordar el momento exacto. Su abuela había dicho eso mientras Sarah servía el asado de cordero.

—Oh, no, abuela —replicó, sorprendida—. Nunca me siento sola.

Pero su abuela insistió, cosa también poco usual.

—A pesar de todo, me preocupas. Cuando yo me vaya, pues debo irme según el curso natural de la vida, ¿quién estará cerca de ti? Temo que he sido muy egoísta. He permitido que te consagres a mi vida, en lugar de insistir en que construyeras la tuya.

—Soy completamente feliz, abuela.

—Entonces es que no conoces la felicidad —había dicho su abuela con decisión—. Ahí está la diferencia. Sabrás lo que es la felicidad cuando la tengas.

—Quizá la felicidad sea simplemente no ser desgraciada.

Su abuela había alzado las cejas, sorprendida.

—Eres demasiado joven o demasiado sabia.

Brooke se había limitado a sonreír. Después, aquella misma tarde, cuando acabaron de cenar y pasaron de nuevo al salón, con el fuego recién encendido, pues la tarde estaba fría, su abuela inició la revelación. La casa estaba muy silenciosa. Sólo se oía el batir de las olas en la playa.

—Tengo el presentimiento de que voy a morir, Brooke, querida —empezó a decir, casi alegremente, como si estuviera anunciando un proyectado viaje.

Brooke estaba sentada sobre un cojín, en el suelo, cerca del fuego, y alzó la vista, sobresaltada.

—Qué extraño presentimiento, abuela —dijo casi sin aliento.

—No a mi edad —había contestado su abuela con la serenidad acostumbrada.

—¡Háblame de eso, abuela!

Su abuela dejó la tacita de café. Las tazas las había traído de China un antepasado marino, una generación atrás, quizá dos. La casa estaba llena de ricos regalos de Asia. Al otro lado de la habitación había una vitrina con una colección de figuritas de jade, jade de todas las formas y colores que brillaba suavemente a la luz de las lámparas. Cuando era niña su abuela, en las tardes lluviosas, abría a veces la vitrina y la dejaba acariciar el jade, suave y frío.

—No ha sido una cosa repentina —estaba diciendo su abuela—. Es un sentimiento que ha ido creciendo lentamente en mí. Creo que moriré muy pronto. No

volveré a salir de esta casa. Aquí nací, como ya sabes, un día de verano, y aquí me gustaría morir. Tú eres mi única preocupación, hija mía. Quiero que me prometas que cuando te quedes sola emprenderás inmediatamente un viaje. Adónde, lo dejo a tu elección. Pero me gustaría que fueras a un país desconocido para ti. Déjate guiar únicamente por tus inclinaciones. Si he aprendido una cosa en mi vida es agradecer todas y cada una de las ocasiones en que seguí mis simpatías y evité mis antipatías.

De nuevo titubeó un momento y luego siguió pausadamente:

—Puesto que ya estoy cerca del final de esta vida y preparada para iniciar la siguiente, me gustaría poder hablarte de los hombres a los que he amado... y amaré siempre.

Aquí, en la India, tan lejos de aquella tarde, Brooke recordó vívidamente la sensación de asombro, quizá de incomodidad, que experimentó entonces. ¿Su abuela enamorada?

—Oh, abuela, realmente... —había murmurado.

Su abuela rió suavemente.

—¿Lo crees imposible? Lo que tú no sabes, niña, es que el corazón no envejece. He contemplado divertida cómo mi cuerpo se marchitaba, sabiendo que la eterna llama de mi corazón seguía ardiendo como siempre. Sí, después de la muerte de tu abuelo, hace veinte años, me he enamorado varias veces... tres veces, para ser exactos, tres veces enamorada de verdad, y otras, demasiadas para recordarlas, a punto de enamorarme. No necesitas escandalizarte, hija mía... fue intencional, constantemente intencional, y nunca fui infiel a tu abuelo, mi marido, que sigue siendo el amor de mi vida. De hecho, fue él quien me dijo que me mantuviera viva para el amor. Tuvimos una conversación muy larga... al principio yo sólo fui capaz de llorar hasta que él se impacientó conmigo. Me regañó...

Su abuela hizo aquí una pausa para reír calladamente.

—¡Oh, querido mío! ¡Me conocía tan bien! Yo era demasiado joven, claro, cuando nos casamos y él era bastante mayor, casi podía haber sido mi padre.

»—Deja de llorar, —me ordenó—. No me quedan muchas fuerzas, y sé que sin mí te sentirás perdida. Y tú eres demasiado joven para no enamorarte. ¡Escúchame! Quiero que te enamores... con tanta frecuencia como sea posible. Y quiero que sepas que, esté donde esté, lo aprobaré. No quiero que me seas fiel, como suele decirse. Me serás fiel realmente si haces lo que desee tu corazón. No tengo miedo de que hagas algo estúpido o sin gusto, porque eres una mujer inteligente y de buen gusto. Y, por encima de todo, no quiero que sientas eso que llaman sentimiento de culpabilidad. El amor nunca puede ser un pecado. Sólo puede ser una bendición. Aunque no seas correspondida, cosa que me resulta muy difícil imaginar, ese amor es prueba de vida, en realidad, la única prueba de vida, pues en cuanto eres incapaz de amar a otro ser humano es como si estuvieras ya muerto.

»Eso es lo que me dijo, Brooke... ¡sabias, sabias palabras! Me devolvió la libertad. Naturalmente, yo le dije que no volvería a amar a ningún hombre, y él se

limitó a sonreír.

»—Cuando lo hagas —dijo—, recuerda que me alegraré.

Entonces su abuela se quedó silenciosa, mirando al fuego, con una tierna sonrisa en los labios.

—¿Murió pronto el abuelo? —había preguntado ella.

—Murió aquella misma noche —había dicho su abuela serenamente— y no puedo explicar por qué, niña, pero aquellas últimas palabras que pronunció, que las recuerdo exactamente como las dijo y nunca había repetido a nadie hasta hoy, me dieron una fuerte sensación de consuelo. No necesitaba amar a nadie más, y ni siquiera quería amar a nadie más, y durante varios años ni pensé en ello. Pero lo que había dicho me daba en cierta manera la libertad —no libertad para buscar a alguien que ocupara su puesto, pues sería imposible encontrarlo—, sino la libertad de mí misma, de disfrutar con la gente, de encontrar compañía. Y casi tres años después, me enamoré de una persona, un hombre mayor que yo, que me trajo consuelo porque era prudente y estaba solo y yo fui capaz de consolarle. Nos amamos pacíficamente, como padre e hija. Y cuando murió, me enamoré de un hombre de mi edad, un músico cuyo nombre te sonaría si te lo dijese. Esos dos fueron amantes auténticos. El tercero... ¡bien!

Su abuela se había echado a reír suavemente.

—¡Ese amor fue como un juego! Yo sabía que no podía confiar en él, que a él le gustaba demasiado disfrutar de la vida para que yo dependiera de él, mas para entonces yo no necesitaba ya esa dependencia. Y fue bueno para mí reír y divertirme, y tener alguien que me acariciara y se cuidara de mí, y me dijera lo bonita que era... oh, sí, fue muy bueno para mí.

Su abuela reía de nuevo.

—Y naturalmente no le exigía fidelidad, ni la esperaba, ni siquiera la quería. Fuimos compañeros de juego hasta que...

De pronto se puso triste. Aunque seguía sonriendo, sus ojos estaban tristes.

—¿Hasta qué, abuela? —preguntó Brooke suavemente.

—Su avión se estrelló en una noche de tormenta, cuando venía hacia aquí.

—Abuela... —había murmurado ella.

—¿Sí, hija?

—¿Por qué me cuentas todo esto, abuela?

—Porque quiero que sepas que debes seguir tus simpatías —había contestado su abuela—. Porque quiero que sepas lo que me dijo el hombre al que he amado más de todos. Lo importante es el amor mismo... la capacidad de amar, no importa a quién. Porque cuando ya no seas capaz de amar a alguien, habrás dejado de ser una persona viva. El corazón muere, si pierde la capacidad de amar.

La voz de su abuela se apagó. Se quedaron calladas cierto tiempo, mirando al fuego. Mientras hablaban había estallado repentinamente una tormenta y Brooke escuchó el blando golpear de las gruesas gotas de lluvia contra los cristales de la

ventana.

—¿Sigues amando a algún hombre, abuela? —había preguntado al fin.

Su abuela parecía metamorfosearse ante sus ojos. Cuando hablaba del amor su rostro se dulcificaba, le brillaban los ojos, parecían desprenderse de sus años y volver a su juventud.

Siguió mirando el fuego, sonriendo.

—Eso es siempre posible —dijo—. Siempre he estado como suspendida entre amor y amor. Me alegro de que mi cuerpo muera antes de que se agote mi capacidad de amar.

Luego cayeron en un largo silencio, y ella había recordado los años de su niñez y adolescencia, cuando solían venir hombres a esta casa, invitados a veces por varios días. Algunos volvían. O cuando salió para el colegio y su abuela hacía frecuentes viajes al extranjero, o a algún Estado distante para volver a casa en vacaciones. Ahora entendía lo que su abuela estaba intentando decirle. Ella había seguido sus simpatías, fueran cuales fuesen, y al seguirlas así había encontrado el placer de vivir, en lugar de la pena y la soledad.

—Se está haciendo muy tarde —dijo de pronto su abuela— y ya he dicho todo lo que quería decir.

Se levantó e, inclinándose, besó el cabello de su nieta y acarició sus mejillas. Luego salió de la habitación.

Murió aquella noche. Brooke salió para la India al día siguiente del funeral. ¿Por qué la India? Porque estaba en el otro extremo del mundo y porque le era absolutamente desconocida.

Y aquí estoy, suspendida como mi abuela, pensó.

* * *

Frente a la puerta de la habitación que le había dado Bert Osgood, el corredor se abría sobre una amplia terraza de mármol. Unos bancos de mármol, cubiertos con cojines de terciopelo rojo, corrían a lo largo de la balaustrada. El calor era ya intenso, a pesar de la temprana hora de la mañana. El cielo mostraba su claro y duro azul sobre los dorados lomos de las montañas. La había despertado, como todos los días, el golpeteo de las mujeres que lavaban en las gradas de la puerta de la ciudad, al otro lado del lago. Las palas de madera de las lavanderas empezaban a marcar el ritmo del día en cuanto rompía el alba. Era inútil quejarse de la hora, le había dicho Osgood la noche anterior.

—Llevan siglos haciendo eso. Y no puede impedírselo ahora.

—Ni lo intentaría —había dicho ella.

Él no era una de sus simpatías, pero tampoco era una antipatía. Se situaba en algún punto intermedio entre ambos extremos. Era una presencia sencilla y reconfortante en este lugar. Cuando dejó Amarpur para una de sus excursiones por el

mundo en busca de comodidades modernas que incrustar en aquel edificio de mármol sin dañar su belleza —pues había descubierto que Osgood tenía, a su modo, una aguda conciencia de la necesidad de preservar la belleza antigua—, se sintió ligeramente triste. Se daba cuenta de que él era como un puente entre su pasado y su presente, y que aún no estaba completamente preparada para destruir ese puente. O, expresándolo en otras palabras, no estaba lo bastante segura de sí misma como para sentirse enteramente en casa cuando estaba sola en la India. Por eso recibió su regreso con alegría.

Ahora veía a Osgood aproximarse en la distancia. Se sentó ante la mesita de mármol donde tomaba su desayuno. Pronto, pero indefinidamente pronto, un camarero con turbante le trajo una bandeja de plata con el servicio. Osgood se acercó.

—¿Ya se ha retrasado otra vez ese tipo? —preguntó.

—No importa —le recordó ella—. No tengo ningún horario que respetar.

—Pero *él* sí lo tiene —replicó Osgood—. La puntualidad es una lección que estoy intentando enseñar aquí. No se pueden tener clientes americanos si se olvida uno del reloj. La gente no soporta esas cosas. ¡Y no me los eche a perder, por favor! ¡Ésta es su primera experiencia con un americano y es importante que usted me ayude a mí, y no a los indios!

—Tranquilícese —dijo ella—. Ahí viene.

Una esbelta figura apareció en el otro extremo del corredor, vestida de blanco y con una faja roja en la cintura. Una bandeja se balanceaba suavemente sobre su turbante. Caminaba con pasos medidos, sin prisas, y cuando llegó hizo descender hábilmente la bandeja.

—Buenos días, madam —dijo en un alegre inglés—. Me he retrasado... ¡lo siento mucho!

Osgood consultó su reloj.

—Cinco minutos. Eso significa diez minutos menos que ayer. Espero que mañana sea puntual.

—Sí, *sahib*.

Una amplia sonrisa iluminó su oscuro rostro. Sirvió el café, añadió leche y azúcar, y luego abrió dos pequeños huevos castaños en una taza mientras Osgood le contemplaba con ojos severos.

—Gracias, Wadhi —dijo Brooke—. Todo tiene muy buen aspecto.

—Gracias a *usted, madam*.

Inclinó la cabeza y se fue.

—¿Ha desayunado ya? —preguntó Brooke.

—Hace horas —dijo Osgood.

Se inclinó sobre la balaustrada de mármol y contempló el lago.

—Extraño país... extraña gente.

—Yo soy la extraña —dijo Brooke—. No me siento nada extranjera aquí. A veces creo que ya he estado antes.

—¿Qué quiere decir?
—Sólo eso. Ayer di un paseo por la ciudad.
—Me gustaría que no fuese sola.
—Pues si no voy sola, ¿cómo voy a ir?
—Podía haberme esperado.
—Oh, vamos...
—En serio.
—Creo que me gusta estar sola.
—Querrá usted decir que prefiere estar sola.
—Quizá.
Se callaron. Osgood empezó de nuevo.

—Y bien, ¿qué vio usted?

Brooke peló la naranja y empezó a comerse los gajos, lentamente, a pequeños bocados.

—Vi una muchachita desnuda con una larga melena. Llevaba sobre la cabeza un enorme jarro de latón lleno de agua. Estaba parada en una esquina, esperando a poder cruzar la calle. Parecía tener sólo cuatro años.

—Probablemente tenía diez —dijo Osgood.

—Probablemente —convino ella—. Y vi a una joven madre vestida con un sari de algodón azul, sentada en la acera dándole de mamar a su hijo. Tenía unos bonitos pechos. Pasaba mucha gente, pero nadie volvía la cabeza para mirarla.

—Ése es un espectáculo que se puede ver a cualquier hora, cualquier día, en cualquier lugar —dijo Osgood—. La antigua Asia... la eterna madre. ¿Pechos? Vaya a las gradas de mármol de la orilla del lago y verá a las mujeres desnudas hasta la cintura lavándose, con sari y todo. Es un procedimiento inteligente, toman un baño y se lavan la ropa al mismo tiempo. Después se envuelven en su sari mojado y se van a casa.

Ella se echó a reír.

—¿De verdad? Tengo que pasar por allí uno de estos días —continuó recordando—. Vi también un hombre polvoriento y cubierto de harapos, con una barba muy larga, que llevaba a unos monos pequeños atados con una cuerda. Cruzó tranquilamente la calle serpenteando entre los carros y los automóviles. Oh, y vi a un ciervo moteado amarrado a un poste que había al lado de una puerta. Estaba gordo... no delgado como los niños.

—Un animal doméstico —dijo Osgood—. Esta gente hace cualquier cosa cuando aman a una criatura.

—Todo eso vi en la ciudad, y en las afueras, en una carretera desierta, vi grullas revoloteando por las riberas polvorientas de un arroyo seco. Me acerqué mucho a ellas y no se movieron. No parecían tener miedo.

—Los animales nunca tienen miedo aquí —dijo Osgood—. ¡Mire cómo intento deshacerme de esos malditos pájaros del vestíbulo! Han anidado durante siglos en los

candelabros, esas lujosas gárgolas de cristal que importaron los Maharajás de Europa.

—Estas antiguas montañas del desierto —murmuró ella sin escucharle— ¡tienen los huesos de mármol! ¡Y los bananos hundiendo sus poderosas raíces en busca de tierra! Me detuve a descansar en un banco de madera, a la sombra de un banano, en una aldea que está al pie de las montañas y una hilera de cornejas de cuello amarillo se sentaron tranquilamente en unas vides a mirarme. Un pequeño mono de aspecto triste se me acercó. Había muchos hombres trabajando en una obra gigantesca, una carretera, pero lo curioso es que las cargas de tierra las transportaban minúsculos borriquillos. No había ni un solo camión. Vi una vaca comiéndose una bolsa de papel recio. Me han dicho que aquí las vacas se comen las bolsas de papel. Y el encargado de un restaurante me dijo también que las cobras son amistosas y nunca atacan a menos que las molestes. Por lo visto, hasta juegan con los niños.

—Yo no intentaría comprobarlo —aconsejó Osgood.

—Me dijo también —continuó ella— que los monos no saben nadar y por eso han aprendido a dar esos saltos tan grandes. Y las nueces de betel crecen a la sombra de las vides y han de cogerlas los hombres porque las vides se agostan si las tocan las mujeres, y las nueces se estropean. Y a las serpientes les gustan las vides, así que hay que tener cuidado. A veces su veneno contamina incluso las hojas. También me dijo que hay muchas clases de betel. El de hojas pequeñas viene de Benarés y los de hoja grande de Mohoba y Poona, y los de hoja larga del Sur. En Bombay las hojas de betel se venden a cuatro annas la pieza, y vi muchos árboles como éstos en el desierto, todos desnudos con grandes pomos de brillantes flores color naranja.

—El árbol pallas —dijo él.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas?

—No sé ni la mitad de lo que usted sabe ya. ¿Qué piensa hacer con todas esas informaciones que no guardan relación entre sí?

—Relacionarlas algún día y de algún modo —replicó ella.

Acabó los huevos, tan pequeños que parecían de paloma, probó el tocino y decidió no comérselo. El sabor era demasiado fuerte, y la carne, dura. Entonces formuló la pregunta que quería hacer desde el principio.

—¿Cuándo volverá el Maharaná?

Osgood volvió la cabeza para mirarla rápidamente.

—No se ha ido que yo sepa.

—Quiero decir...

—Está en su palacio, al otro lado del lago.

Brooke se quitó la servilleta. Había desaparecido de pronto su apetito.

—¿Suele pasarse semanas sin aparecer por el hotel con un tiempo como éste?

—Supongo que está guardando luto por su hijo. Además, he oído decir que la Maharaní está enferma.

—¿La ha visto alguna vez?

—No.

—Entonces, ¿no sabe si es bella?

—No. En cualquier caso, no me importa. Tengo un trabajo que hacer. Por cierto, joven dama, si me lo permite la llevaré a dar una vuelta a... Chittor, por ejemplo.

—¿Qué es eso?

—Un antiguo fuerte, un sitio maravilloso. Algún día quizá...

La miró, y ella apartó la vista.

—Bueno, se lo diré al jefe si se deja ver hoy.

—¿Qué le dirá?

—Que usted preguntó por él.

Ella no contestó. Osgood se echó a reír y se fue.

* * *

Día tras día se sentaba bajo la marquesina de mármol y esperaba, aunque no sabía qué. Tampoco sabía por qué, salvo que aquel esperar sin deseo le traía la paz. El palacio real se alzaba blanco y silencioso al otro lado del lago. Imaginemos que un buen día decido entrar en el país que se extiende más allá, escalando las desnudas y arenosas montañas, visitando las cavernas y los antiguos fuertes y palacios, los pabellones de caza y los «bungalows» que los ingleses habían dejado atrás... No le daba miedo, pues siempre había estado sola. Pero nada la impulsaba a vagabundear más allá de los alrededores del lago... no todavía, al menos. Se encontraba en un extraño estado de suspensión, como si hubiera acabado una vida y estuviera esperando el comienzo de otra completamente nueva. Su antigua vida se hacía cada día más remota, sus episodios se difuminaban, sus emociones se iban borrando. Parecía encontrarse en el umbral de una nueva vida, de momento confinada dentro de las paredes de mármol de aquel palacio rodeado por las aguas del lago. Estaba y no estaba sola. El lugar bullía de obreros, pero normalmente ellos la dejaban pasar en silencio. Un oscuro rostro aquí y allá alzaba la vista y la sonreía al pasar, pero era muy raro que hablara alguien.

Lenta y solitariamente, adquirió una nueva conciencia, una convicción que impregnaba su corazón con una sensación de profunda paz. Empezaba a considerar el palacio de mármol como un hogar. Hasta entonces no había experimentado en ningún lugar la sensación de encontrarse en su casa, y eso a pesar de que no tenía contacto con nadie de fuera. Llegaron cartas de su banco informándola del dinero recibido para ella de la herencia de su abuela, pero ella no contestó. El dinero estaba allí. Lo utilizaría a medida que lo necesitara. El resto permanecería ocioso. Los que una vez consideró amigos se fueron desvaneciendo en las sombras. Ahora, no conocía literalmente a nadie. Bert Osgood había ido a Occidente en uno de sus viajes de negocios y le echaba de menos. Se pasaba días enteros en aparente ociosidad, pero internamente activa. Leía, descubriendo un libro tras otro, libros extraños de Oriente que no le resultaban tan extraños, y una vasta biblioteca de libros de Occidente. Aquí,

en este edificio plantado en medio del agua, descubrió un lugar de reunión de las dos mitades de la historia humana, el Este y el Oeste, pero en los libros. ¿Quién los había reunido aquí? En los libros sobre la India —traducidos al inglés y editados simultáneamente con los originales que pertenecían a media docena de lenguas, Urdú y Tamil, Gujrati e Hindú— descubrió que en la India no existía la tragedia. Los libros occidentales modernos que venía leyendo desde su adolescencia estaban llenos de tragedias —tragedias en el sentido griego—, pero aquí en la India no había finales desgraciados por la sencilla razón de que no había finales.

Y no hay finales, pensó, porque en la India la vida no acaba nunca. Continúa en algún otro dominio. Y esto, pensó sorprendida, es una verdad moderna, pues la ciencia enseña que no hay destrucción, sino sólo cambio. Encontró enormemente reconfortante descubrir que aquí, en este viejo país, en la más antigua de las culturas, había una verdad tan nueva como el hoy. Y después, al leer un libro que encargó a Londres, encontró el informe de un discurso del primer ministro de la India, ese hombre moderno, en el que, citando a un santón de la nueva India, decía que el espíritu del pasado encama hoy: «La política y la religión están anticuadas — declaraba el santón Vinobe Bhave—. Ha llegado el tiempo de la ciencia y la espiritualidad».

Y el autor, un científico inglés, continuaba así: «Verdad, he aquí la palabra clave; ¿pues qué significa la ciencia sino verdad? Y la búsqueda de la verdad es la más noble, la más desinteresada, la más espiritual de todas las actividades humanas».

Verdad, pensó ella, verdad es realidad... sobre mí misma, sobre el mundo, la vida, el pasado y el presente. Realidad es lo que quiero. No descansaré en su persecución.

«Siéntate —había escrito un Huxley cien años antes—, siéntate ante los hechos como un niño pequeño, prepárate a desechar toda idea preconcebida, sigue humildemente a la naturaleza en cualquier momento y a cualquier lugar adonde te conduzca, o no aprenderás nada».

Era como un niño que hubiera llegado a la India, y allí estaba, un niño simple y virgen, sin más bagaje que la despierta disposición de los niños a ver y aceptar. ¿Por qué la India? No había respuesta a esta pregunta salvo que ella, nacida en la más moderna de las naciones, había venido junto al pueblo más viejo de la historia humana para descubrir la realidad. No sabía exactamente qué realidad, qué verdad. Pero venía como un niño. Y como un niño empezó ahora a explorar el palacio que la albergaba. Como un niño vagabundeo por los corredores de mármol, entró en las habitaciones, se perdió en los patios y pabellones, descendió a los sótanos construidos bajo las aguas del lago.

Y fue en esos subterráneos, los cimientos del palacio, donde descubrió un día los tesoros del pasado. En cajas, en grandes cofres, ahora abiertos, encontró cristalerías europeas de hacía un siglo, joyas parisinas que pertenecían a la época de los reyes, cuadros del italiano Miguel Angel, tapices de los Medici, copas de oro y plata de la Inglaterra de Isabel I.

—Cuidado, querida señora —imploró un criado al verla irrumpir entre esos tesoros—. Aunque no veamos ninguna cobra aquí a causa de las aguas que nos rodean, ¿quién puede saber dónde hay o no hay cobras? Sus antepasados pudieron depositar huevos en estos subterráneos en los días en que esto formaba parte de la tierra.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Mucho, mucho antes de los días del Shah Jehan. Pues el Shah Jehan fue encarcelado en la isla que hay cerca de la nuestra, y eso fue en otra era.

Ella estaba aprendiendo casi inconscientemente el lenguaje de los Rajasthani, a fuerza de oírlo todos los días y gracias a su extraordinaria facilidad para captar su significado. Pero no encontró cobras. Las salas que había bajo el agua estaban extrañamente secas, impermeables a la menor humedad gracias a la gruesa capa que cubría techo, suelo y paredes, una sustancia que, según le habían dicho, nadie sabía fabricar ya.

Cuando vuelva Bert Osgood, pensó, le diré lo que he encontrado. Debe aprovechar estos dones de otro mundo. Este satén francés debe utilizarse para hacer cortinas y estos brocados chinos serán una tapicería estupenda para cojines, sillones y divanes.

Se echó a reír de buena gana cuando vio que las primeras cajas que abrió contenían un juego de muebles de cristal, una cama gigantesca, cofres, mesas y sillas, todas de cristal envuelto cuidadosamente en terciopelo y fabricados en Checoslovaquia cien años antes. Sin embargo, todo parecía haber llegado el día anterior. Oh, qué absurdo, pensó, y tan bello que pedía a gritos ser utilizado.

No pudo esperar el regreso de Bert. Pidió a los criados que desembalaran las cajas y llevaran las cosas arriba, a una sala cuadrada que se abría sobre un patio secreto, invadido ahora por pájaros y animalillos, con sus fuentes sucias y secas. Ordenó limpiar el patio, ahuyentar a los pájaros y animales a otros lugares, y que las fuentes corrieran de nuevo. Cuando las paredes de la sala estuvieron limpias, comprobó que estaban hechas de espejos. Hasta el techo era un inmenso espejo. ¿Qué príncipe, muerto mucho tiempo atrás, había ideado este procedimiento de satisfacer su egolatría? Se imaginó a una muchacha maravillosa, desnuda en aquella habitación de cristal, repetida cien veces de pared a pared. Y al imaginársela le pareció ver que la muchacha vivía de nuevo, con el rostro medio vuelto hacia ella y una larga cabellera negra cayendo en cascada sobre el hombro izquierdo. De pronto vio, o imaginó que veía, que la muchacha era ella misma, repetida una y mil veces. ¿Habría nacido alguna vez en la India?

De pronto sintió miedo de estar sola en aquella habitación de cristal y salió corriendo como si la persiguieran. Y ese día, en aquel mismo momento, vio a Jagat en el rellano de la escalera de mármol.

* * *

Se había olvidado de lo guapo que era. Allí estaba, de pie, mucho más alto que ella, vestido con un traje occidental.

—¿Quién la persigue? —preguntó, mirando hacia el final del pasillo.

—Nadie —dijo—, y sin embargo, me siento perseguida.

—Ah —parecía comprender—. El palacio está lleno de fantasmas. Los expulsaré cuando empiecen a llegar los huéspedes. Entonces verá usted americanos en lugar de fantasmas, americanos que pasearán de aquí para allá con paso enérgico, preguntando dónde está la piscina o el campo de golf.

—No puedo imaginármelo.

—¿Sube usted o bajo yo? —preguntó Jagat.

—Subiré yo.

Subió lentamente el tramo de escalera, consciente de los ojos que la observaban, la cabeza inclinada, los labios sonrientes.

—Me dijeron que se había ido —dijo él.

Brooke subió otro escalón.

—¿Por eso vino usted, porque creía que ya no estaba aquí?

—No. Lo sentí cuando me dijeron que se había ido.

—Pero vino.

—Osgood me pidió que le enviara las medidas del vestíbulo de la entrada. Piensa que debemos poner una alfombra allí.

Brooke estaba ahora a sólo tres escalones de él, y se detuvo.

—Pues hace mal. No debe poner allí ninguna alfombra. El suelo es demasiado bello. Si insiste, le ruego que utilice uno de los tapices persas que encontré en las grandes cajas de los subterráneos.

—¡Así que le preocupa este asunto!

Sus ojos, su voz, parecían agrandados y divertidos.

—Me preocupa.

Estaba a sólo un escalón y él tendió su mano. Sintió su palma cálida y fuerte.

—Su mano es fría y suave —dijo él sin soltarla.

—¿A pesar del tenis, el esquí y la equitación?

—¿Hace usted todas esas cosas?

—Me obligaron a hacerlas —dijo, y retiró su mano.

Caminaron emparejados por los vestíbulos de mármol. Él le llevaba la cabeza, a pesar de que Brooke era una mujer alta. Se había olvidado de lo alto que era. ¿Dónde había estado todas esas semanas? Tuvo que morderse la lengua para no preguntarlo. Parecía más alto de lo que lo recordaba. Su piel color oliva era suave, sus oscuros ojos brillantes. Magníficos ojos... pero ella había visto aquí esos mismos ojos en los rostros de los niños-mendigos de la India. Sus facciones eran caucásicas a pesar de lo oscuro de la piel. Había leído en alguna parte que los pueblos de la India eran caucásicos.

—¿Adónde va ahora? —preguntó él.

—A ninguna parte. Simplemente, estoy aquí.

—Entonces subamos al terrado a ver la puesta de sol.

—¿Ya termina el día? —preguntó, sorprendida—. He perdido la noción del tiempo. Mi reloj se paró hace días y no me he molestado en darle cuerda. Y no hay relojes en el palacio, ¿o sí? No he visto ninguno. Comienzo el día con el sonido de las mujeres vapuleando sus ropas en las gradas de la ciudad. Y lo acabo con la luna y las estrellas, y el grito de alguien que llama. No sé a quién llama.

—Es la llamada del muezín de la mezquita.

—¿Es usted musulmán?

—Yo no soy religioso. Mi esposa es muy religiosa, pero hindú. También recibe instrucción de un joven sacerdote inglés, pero sin intención de convertirse.

—Yo...

Seguían paseando emparejados y ella sintió la misma sensación agradable en su presencia que había sentido en el Ashoka. Cuando llegaron al segundo tramo de escaleras, Jagat la cogió suavemente del codo y ella sintió con agrado el contacto de su mano contra la piel desnuda del brazo.

—¿Es esta región como el resto de la India? —preguntó.

—Ninguna región de la India es como las demás. Pero aquí hay de todo, pobres y ricos, desierto y montañas, selvas y ríos, pueblos de piel blanca y pueblos de piel negra. Todos estamos aquí, separados pero mezclados, unidos pero aparte. Yo soy un Rajput.

—Rajput... ¿qué significa?

—Traducido quiere decir Hijo de Reyes. Pero no soy yo solo. Nosotros, los Rajputs, somos todos hijos de reyes.

—¿Un clan?

—Sí, en cierto modo. Pertenece a la casta de los Kshatriya, un clan de guerreros, pero no hay una línea definida de separación entre nosotros y los brahmanes. Los indios no constituimos una raza, pues nuestros orígenes son diversos. Así, muchas veces nos han gobernado los brahmanes que luego se convirtieron en Kshatriya. Somos aristócratas, sí —descendientes quizá de los Escitas de Tod—, pero de eso hace mucho tiempo, oh, muchísimo tiempo. Los indios soportamos la pesada carga de la grandeza pasada. Y a veces pienso que eso nos produce ahora un complejo de inferioridad. Pero estoy hablando seriamente con una bella mujer, demasiado seriamente.

Estaban ya en el terrado, contemplando un paisaje tal que ella no pudo contestar. Se acercó a la balaustrada de mármol que bordeaba el terrado sin tejado y se quedó mirando las montañas. Eran de color violeta. Los tonos iban del púrpura pálido al negro en el valle. Las crestas de las montañas eran de oro a la luz del sol poniente, que ahora se encontraba justo en la línea del horizonte. La dorada luz se reflejaba en las aguas del lago tiñendo el palacio real de color rosa.

—Me interesan sólo las cosas serias —dijo ella tras unos minutos de silencio.

Volvió la cabeza y se encontró con una mirada llena de curiosidad. Apartó la vista y continuó:

—Vine a la India porque estaba cansada de mi generación. Creo que estaba cansada de la gente bien vestida, inteligente, de la música beat y de los bailes rítmicos y estúpidos. Y sobre todo, estaba cansada de no preocuparme por nada... ni por la vida, ni por la muerte, ni por el presente, ni por el pasado, ni siquiera por el futuro.

—¿Está usted hablando de su propia gente? —preguntó él.

—Estoy hablando de ellos porque ellos son las únicas personas que conozco. Y estoy cansada de ellos. Me dije a mí misma que debía conocer otro tipo de gente. No es posible que el mundo esté lleno de personas como aquellas entre las que me crié.

—¿Sus padres?

—Murieron antes de que pudiera recordarlos, como ya le dije. Me crié con mi abuela. La misma noche en que murió me dijo que siguiera al hombre que amaba.

—Pero si usted no sabe quién es...

—Creo que ella hará que lo sepa de algún modo cuando considere que le necesito.

—Pero ¿no está muerta?

—Probablemente vive en algún lugar... si es que vivimos alguno de nosotros.

—¿Reencarnada?

—No lo sé. Pensé que tal vez averiguara algo sobre esas cosas aquí.

Se volvió de nuevo hacia él.

—No me refiero a que quiera verla a ella en particular. Se mostraba siempre distante, aunque bondadosa, ya sabe, y creo que me quería a su modo. Supongo que sus emociones verdaderas estaban divididas.

—¿Y cómo se propone encontrar a ese hombre que ama cuando, o si, le necesita?

—Ocurrirá por casualidad... como ocurrió con usted. —Ella miraba de nuevo al cielo—. Nunca había visto una puesta de sol como ésta. ¿Es poco corriente? ¡Ver cómo se derrama el rosa y el oro sobre la cresta de las montañas! Creería que eran de nieve si no supiera que son de mármol.

—La única vista que supera a ésta está cerca de Darjeeling. ¿Ha estado allí?

—No. ¿Debo ir?

—Algún día.

—¿Me hablará usted de ello?

—Prefiero que lo vea usted con sus propios ojos.

—¿Sola?

—Espero que haya alguien con usted.

Había una mirada cálida y comprensiva en sus ojos y ella volvió la cabeza. ¡Qué mirada en los ojos de un hombre! La había visto antes, y ya estaba avisada. ¡Sueño imposible hoy por hoy, el sueño del amor! Le habían ofrecido amor muchas veces, cosa inevitable en una chica tan bonita como decían que era, y además heredera de una familia rica. Pero nunca se había sentido en presencia de una de sus simpatías. Un par de veces, el pretendiente tuvo al menos la virtud de no ser una antipatía, pero

se trataba de una virtud por negación. La reserva se había convertido en un hábito para ella.

—Me siento realmente feliz cuando estoy sola —dijo, pero comprendiendo lo que esto implicaba, rectificó rápidamente—: No me refiero a usted, naturalmente, ni a este momento. Verdaderamente, creo que he venido a causa de usted. Pero no por usted exactamente, y quizá no por usted en absoluto. Estoy buscando alguien que pueda abrirme la puerta.

—¿Qué puerta?

—La puerta de la India. No tengo llave.

—No hay más llave que las personas para cualquier país. Y esta verdad es especialmente aplicable al caso de la India.

Estaban hablando en un tono curiosamente sosegado, lento, espaciando mucho las palabras, como buscando cuidadosamente, y arrastrando después cada una de ellas.

—¿Es difícil conocer su país, su pueblo? —preguntó ella.

—Sí y no. Somos diversos, muy numerosos y distintos unos de otros. Parecemos tan distintos como lo somos. Creemos en muchos dioses, y sin embargo, sólo en uno. Cada hombre está convencido de que es el más apuesto de la India, y que su gente es la mejor. Cada grupo se aferra a sus antepasados y ninguno es absorbido por otro. Por ejemplo, los parsis vinieron hace siglos desde Persia y ahora forman parte de nosotros, pero separados. Incluso en Bombay, su centro, forman grupo aparte. Nosotros no nos absorbemos mutuamente como hacen los chinos. Mantenemos nuestras líneas de sangre puras y separadas.

Estaba mirando el resplandor del crepúsculo y ella vio su perfil a contraluz, oscuro y fuerte como las montañas mismas.

—¿Y usted? —preguntó ella—. ¿Cree usted en esa separación de la sangre?

—Sí —dijo y, volviendo la cabeza, la miró tan intensamente que ella se negó a aceptar el significado de aquella mirada, fuera cual fuese, y continuó:

—¿Y piensa que los suyos son los más apuestos?

Jagat se echó a reír.

—¡Por supuesto! —El encanto estaba roto. Se sentó en la balaustrada de mármol, de espaldas al cielo—. Recuerdo que en cierta ocasión di una conferencia de prensa en Calcuta. Yo estaba allí con mi padre, el anterior Maharaná, y como él no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, yo hablaba con frecuencia en su nombre. Supongo que no lo hacía simplemente por pereza. Bueno, pues el caso es que las gentes de Bengala no se cuentan precisamente entre las más bellas, físicamente hablando, de la India. La conferencia de prensa fue muy larga y yo estaba ya algo cansado, especialmente cuando los periodistas empezaron a hacer ciertas preguntas capciosas que es una de las debilidades de los bengalíes. Y yo, para variar un poco, dije en cierto momento: «Bueno, ahora que ustedes me han hecho muchas preguntas sobre temas difíciles, permítanme que yo les haga una: ¿Por qué se consideran los bengalíes el mejor pueblo de la India?».

Él se detuvo, sonriendo al recordar.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Bien, cuando dije aquello, un hombrecillo muy pequeño y muy negro se puso inmediatamente de pie. «Porque —chilló con voz atiplada—, ¡somos los más bellos!». ¡Aquella fue una lección para mí! Hasta él...

Brooke se echó a reír también.

—Tiene gracia. Me gusta.

—Entonces usted nos gustará a nosotros —dijo Jagat.

El sol había desaparecido por completo y el aire se enfrió bruscamente. Ella empezó a tiritar.

—No debe coger frío —dijo él, preocupado—. El aire del desierto es muy traicionero de noche, después del calor del día.

—Nunca me pongo enferma —protestó ella, resistiéndose a marcharse de allí.

Pero tuvo que seguir su consejo y permitirle que le cogiera la mano y la colocara sobre su brazo.

—Las escaleras están oscuras —dijo Jagat—. Siglos de pisadas han pulido el mármol y está muy resbaladizo.

Fueron hasta las habitaciones de Brooke en el silencio del crepúsculo. Se pararon ante la puerta, ambos buscando las palabras más adecuadas a la ocasión. Jagat la miró con sus ojos oscuros y luminosos.

—Se me ha ocurrido que yo puedo ser esa llave que anda buscando.

—Es posible —convino ella.

Él vaciló un momento y continuó:

—En ese caso, me gustaría que conociera a mi esposa. No invitamos a nadie a causa de la muerte de nuestro hijo. Pero usted no será considerada una invitada. Ya le he hablado de usted. ¿Cenará con nosotros mañana por la noche?

—Gracias.

—Enviaré una lancha a buscarla a la puesta del sol.

Extendió su mano y ella sintió un enérgico apretón, tan inglés como si estuvieran en una calle de Londres.

* * *

Como preparación para la noche decidió pasear durante todo el día siguiente. Pidió un bote por la mañana y atravesó el lago hasta la orilla. Una escalinata se alzaba sobre el embarcadero, y a la izquierda estaba la puerta del palacio con su arco reluciente. A la derecha, la calle que atravesaba Amarpur. Giró a la derecha, y pasó por un parque donde las flores se abrían en una masa de cálido color. Se detuvo allí; curiosa mezcla de colores, pensó, caléndulas y margaritas inglesas, rosas y delfinios, creciendo firmemente entre flores que le eran extrañas, naranja, púrpura y rojo. Algunas personas vagaban por los senderos y la miraban, aunque bondadosamente.

Era una extraña, y así se sintió por primera vez. Reconocían en ella a la extranjera. Un anciano caballero, que vestía camisa blanca, dhoti y un turbante blanco sobre la cabeza, se acercó. Su rostro moreno y afable se arrugaba en sonrisas.

—¿Es usted inglesa?

La voz era suave, el acento puro.

—Americana —dijo ella correspondiendo a la sonrisa.

—Americana —rumió el anciano—. No había visto ninguna antes.

—No llevo aquí mucho tiempo.

—¿Me permite que la acompañe?

—Como guste.

Reanudaron juntos el paseo. Él llevaba los pies desnudos dentro de unas sandalias.

—¿Qué le contaría yo sobre nuestra ciudad? —preguntó él.

—Lo que usted quiera.

Se sentía cómoda, como si se tratara de un antiguo conocido. Ya no se sentía extraña entre extraños, a pesar de que era la primera vez que veía a aquel viejo. Él agitó una mano hacia las casas que rodeaban el cuadrado del parque.

—¿Se ha enterado de que anoche vino aquí una banda de salteadores?

—No, no me han dicho nada.

—Ah, sí, tenemos el bien y tenemos el mal. Pero eran bandidos muy corteses. Respetaron la costumbre. ¿Cómo lo sé yo? Pues porque el hombre a quien robaron es mi hermano... un hombre muy inteligente.

—¿Sabía que venían a robarle?

—Ah, sí, es nuestra costumbre, una cortesía, ¿comprende? Los ladrones mandaron un aviso para que mi hermano pudiera prepararse. Esperó hasta medianoche, él y todos los de su casa. Entonces oyeron música.

—¿Música?

—Oh, sí, nuestros ladrones siempre se acercan con música. Llegaron con música y mi hermano fue a la puerta a recibirlos. Les invitó a entrar y se pusieron a jugar a las apuestas.

—¿A jugar?

Estaba realmente perpleja.

—Sí, pero, como le dije, mi hermano es muy inteligente. Ganó el juego y pudo conservar sus bienes. Los ladrones se despidieron cortésmente.

Señaló con un dedo una casa que se alzaba al final del camino.

—Ésa es la casa de mi hermano. Ya ve, está totalmente tranquila esta mañana.

Vio una casa de piedra y yeso blanco. En la fachada, pintada en brillantes colores, destacaba la figura de un dios tradicional, sentado sobre un elefante de tamaño natural.

—Es bonita —dijo ella.

—Eso pensamos nosotros.

Unos niños se habían congregado a su alrededor mientras admiraban la casa. Una niña, muy pequeña, con un sucio sari rosa, le sonreía con sus ojos enormes y oscuros.

—Buenos días —saludó la niña en un inglés macarrónico—. ¿Cómo te llamas?

—Brooke.

—Brooke —repitió la niña.

—Mi nieta —dijo el viejo con complacencia—. Le enseño inglés. ¿Le gusta?

Brooke estaba perpleja de nuevo.

—Pues claro que me gusta. Es preciosa.

El viejo parecía complacido.

—Entonces puede quedársela. Tengo muchas más.

Atrajo la niña hacia él y le limpió la cara con el extremo del sari.

—Vamos, querida. Esta señora quiere que te vayas con ella.

—Oh, no —gritó Brooke—. ¡No había comprendido! No quería decir... no quiero... ¡oh, por favor!

—Llévesela —dijo el viejo con un noble gesto de su mano, delgada y hermosa—. Es suya.

—Lo siento... lo siento mucho —tartamudeó ella—. Es imposible.

El viejo encogió sus escuálidos hombros.

—Era un regalo —dijo simplemente y apartó a la niña suavemente.

—Lo siento —repitió ella. Y añadió, para cambiar de conversación—: ¿Cómo es que habla usted tan bien el inglés?

Él contestó tan amigablemente como antes.

—Estuve cuatro años en Inglaterra. Me gradué en Cambridge. En Literatura Inglesa.

—¿Y da clases?

—No, ahora descanso. Ya ve que soy muy viejo.

Brooke miró su rostro amable y alegre.

—Pero todavía tiene muchos años por delante.

—Ya he vivido bastante —contestó él— y no sólo en esta vida sino en otras. Mi vivir no tiene fin. Fuera lo que fuese antes, sea lo que fuere ahora, seguiré en otra vida.

Se detuvo ante un niño que lloraba sobre el escalón de una puerta. La madre lavaba al bebé desnudo, cubriendo de jabón su cuerpecillo gordezuelo y tembloroso.

—¿Ve este niño? No quiere que lo limpien. Le desagrada. Para usted eso es simplemente algo natural. Pero tiene un significado. Todo tiene significado. ¿Quién puede descifrarlo? Quizá en su vida anterior muriera ahogado. Y, naturalmente, odia el agua.

Antes de que tuviera tiempo de preguntar, se aproximó un cortejo. Una muchacha muy joven, en realidad una niña, adornada con un alegre sari, avanzaba sentada en una carreta tirada por un buey. Tras ella caminaba un grupo de mujeres jóvenes y muchachas, todas cantando.

—Una boda —explicó el viejo—. Ahí llega el novio.

Brooke vio a un hombre joven, muy joven, casi un muchacho, montando un caballo y con un pesado turbante arrollado a la cabeza. Vestía un traje de corte occidental, en honor de la ocasión, pero confeccionado con un brillante satén azul. Sostenía delante de él, y sobre la misma silla, a un niño.

—Para que le traiga suerte —dijo el viejo—. Así tendrá un hijo pronto.

Le seguían dos muchachos a caballo y detrás otro grupo de mujeres jóvenes y muchachas cantando.

—Oh, sí —dijo el viejo, moviendo ligeramente la cabeza—. Las mujeres son felices. Han cazado otro hombre joven. ¡Mire lo contentas que van! Es natural.

Y realmente estaban muy alegres, con sus brillantes saris color naranja y rosa, arrollados sobre las faldas que ondeaban sobre sus tobillos. Unas casaquillas ajustadas ocultaban sus hombros y la parte superior de los brazos, pero no sus pechos desnudos, redondos y firmes. Brazaletes de plata y vidrio cubrían los brazos hasta el codo.

—Se acabó el oro —dijo el viejo, observando cómo los ojos de Brooke recorrían los adornos—. Nuestro gran Primer Ministro ha pedido a nuestras mujeres que entreguen su oro para el esfuerzo de guerra contra los invasores chinos. ¡Somos muy patriotas!

Señaló un muro y Brooke vio un gigantesco retrato de Nehru apelando a su pueblo con las palmas extendidas. En la base había un muchacho sentado, abstraído; tendría unos doce años, aunque era difícil precisarlo porque estaba delgado y desnutrido. Permanecía en cuclillas sobre el suelo, alimentando pacientemente a un huesudo caballo con briznas de hierba.

—Oh, sí —dijo el viejo—. El niño sabe que ese caballo pudo haber sido su amigo en otra vida, o quizá incluso su padre.

Mientras hablaba, un hombre salió de una casa y arrojó a la calle un montón de hojas verdes para que se las comiera una vaca.

—¿Y por qué permite su pueblo que esas vacas se paseen por las calles? —preguntó ella.

El viejo se detuvo para contemplar la vaca, que mascaba lentamente las hojas. Había cariño en sus ojos mientras hablaba al animal.

—Querida madre vaca, ¡disfruta de tu comida! —Se volvió hacia Brooke—. En cuanto a su pregunta, permítame decir que soy un hombre moderno. Yo no venero a las vacas. Es más, mis antepasados fueron musulmanes. Y a los musulmanes les gusta comer carne. Pero también sabemos respetar los sentimientos de nuestros hermanos hindúes. Como dijo hace muchos siglos uno de sus grandes cristianos: «Si comer carne hace que mi hermano se ofenda, no comeré carne mientras el mundo sea mundo». O algo así. Recuerdo que el Arzobispo de Canterbury predicó un día en Londres sobre este tema, y no lo he olvidado. Yo mismo no he comido carne desde que el arzobispo predicó aquel día para mi bien.

Habían llegado a un cruce de calles, y allí se despidió. Inclinando ligeramente la cabeza, palma contra palma, el viejo torció a la izquierda, y ella continuó su camino de regreso al lago. El sol estaba en su cénit cuando saltó al bote que la esperaba. Acogió con alivio la protección del palio rojiblanco que se extendía sobre su cabeza. El agua rielaba al abrirse bajo los costados del bote; el barquero —el motor resoplando— inclinó la cabeza sobre sus brazos cruzados y se durmió para despertarse en el momento exacto en que se aproximaban al muelle de mármol. Brooke saltó a tierra y subió la escalinata. El vestíbulo tenía ya el aspecto de la entrada de un hotel moderno. Un empleado permanecía tras el mostrador de recepción.

—Señora, por favor, ¿tomará ahora el *lunch*? —preguntó.

Reconoció la escuela de Bert Osgood.

—Sí, gracias.

—¿En el comedor, o en sus habitaciones, señora?

—Arriba, gracias.

Media hora después, bañada y fresca, almorzó una ensalada, unas chuletas de cordero lechal y una rodaja de melón, que muy bien se lo podían haber servido en Nueva York. No, no completamente... las chuletas eran minúsculas y de huesos oscuros. La ensalada no era de lechuga, sino de alguna verdura desconocida, y el melón resultaba indefinible. Como todo en la India, era familiar y, sin embargo, absolutamente distinto. Reflexionó sobre esta afinidad, esta diferencia, y mientras sorbía el café, que no tenía gusto a café, miraba pensativamente a través de la puerta abierta. El sol vertía su blanco fuego sobre la plazoleta de mármol que había ante su habitación y hacía brillar el minarete de mármol que se alzaba en el centro. Desde luego el minarete era musulmán, pero el encaje de mármol que bordeaba el techo era delicadamente hindú, y también lo eran las agujillas de oro que había sobre sus puntas. Meditando, se apoderó de ella la somnolencia, pero ya se iba acostumbrando a este agotamiento de la tarde. El sol batía las blancas casas en la lejanía, el desierto refulgía y el lago era un espejo. Colocó la bandeja frente a su puerta, la cerró y, desvestiéndose, se echó sobre la cama. También era de mármol, y ni siquiera el colchón de espuma podía ablandarla. Pero a ella le gustaba aquella mezcla de dureza interior y blanda superficie, y se quedó dormida. Despertó a la puesta del sol.

* * *

Jagat la estaba esperando en el muelle de palacio. Le vio allí, una figura estatuaria enfundada en un traje de lino blanco. Hermoso, pensó Brooke, pero es más que eso... mucho más. Tenía el porte de un príncipe, del hijo de reyes, y, sin embargo, era tan moderno como cualquier inglés. Cuando el bote tocó el muelle, él se adelantó, le ofreció sus manos y la ayudó a bajar.

—Los escalones están húmedos. Cójase de mi brazo —ordenó.

Al llegar al final del tramo de escalones, ella se alisó la larga falda de su blanco vestido de noche. No era la primera vez que cenaba en un palacio. En Atenas había visitado a los amigos de su abuela, el rey Pablo y la reina Federica, y había cenado dos veces en Estocolmo, siempre en compañía de su abuela, con el anciano rey sueco, ahora muerto. Una vez incluso había jugado con él al tenis; el rey tenía entonces más de ochenta años, pero se mantenía ágil y alegre.

—Llámeme Mr. X —le había dicho—. Olvidaremos de momento el «majestad».

Pero ¿sería este príncipe indio como los de Occidente? Ahora la guiaba por un largo corredor que conducía a otro tramo de escaleras de mármol.

—Tomaremos un cóctel en la terraza occidental —estaba diciendo—. Mi esposa nos espera en compañía del sacerdote inglés, el padre Francis Paul. Pensé que le agradaría la presencia de otra persona más. Quisiera que mi hija estuviera aquí. Tiene aproximadamente su edad... quizá un poco más joven. Se llama Veera. No la he visto desde la muerte de mi hijo. En realidad, es la primera vez que recibimos a alguien.

—Ha sido usted muy amable al permitirme venir —murmuró ella.

La sorprendió su propia timidez. Nunca se había sentido tímida a solas con Jagat, tan directo era él y tan afables sus maneras. Pero ahora, al acercarse a la terraza, vio a una dama vestida con un sari blanco y a un hombre alto con las negras ropas de un sacerdote.

—Moti —dijo Jagat—, ésta es *Miss Brooke Westley*. *Miss Westley*, ésta es la Maharaní, mi esposa.

Brooke alargó su mano y sintió otra que se posaba en la suya, una mano delgada y fría, tan suave que parecía sin huesos. La mano se apartó rápidamente.

—*Miss Westley* —murmuró una voz débil—, sea usted bienvenida. Mi marido me ha hablado mucho de usted.

—Y éste es el padre Francis Paul —dijo Jagat.

Brooke miró aquel rostro pálido y blanco, la barba negra trepando bajo los ojos oscuros. Era el rostro de un Cristo y, suponiendo el parecido, ¿quería resaltarlo deliberadamente con la barba y aquel cabello negro demasiado largo? Pero la voz era muy *staccato*, muy inglesa.

—¡*Miss Westley*, qué tal está! ¡Bienvenida a nuestra ciudad! No vemos a muchos invitados por aquí, y muy raras veces a un americano. He oído hablar de Bert Osgood, pero no le he visto todavía.

Estaban sentados. La mirada de Brooke iba de uno a otro. Un criado vestido de blanco permanecía de pie, esperando.

—Bien, ¿qué tomamos? —preguntó Jagat.

—Para mí, nada, gracias, Jagat —dijo la Maharaní.

—Oh, vamos —exclamó él—. ¿Un martini? Ranjit ha aprendido a hacerlos muy bien.

Había una nota de impaciencia en su voz. Ella inclinó la cabeza y permaneció silenciosa.

—Un martini para la Rani —ordenó Jagat—, y... ¿por qué no lo mismo para todos nosotros? Vamos, vamos...

—Esperaré a su vino de rosas, Alteza —dijo el padre Francis Paul con una sonrisa en sus oscuros ojos.

—Está bien, le excusaré. Tres martinis entonces, Ranjit.

El criado hizo una reverencia y se retiró. Volvió casi inmediatamente con tres vasos que depositó sobre la mesita de mármol. A pesar de lo que había dicho su marido, la Rani no probó la bebida. Miró a Brooke, con sus doloridos ojos negros e hizo un esfuerzo por entablar conversación.

—¿Le gusta nuestra ciudad, *Miss Westley*?

—Sólo es posible disfrutar en tan bello lugar —contestó Brooke.

Cogió su vaso mientras hablaba y sorbió el martini. Era excelente, muy seco, y con un regusto que no conocía. De pronto decidió dejar a un lado su timidez y ser ella misma.

—¿A qué sabe esto? —le preguntó a Jagat—. Me recuerda a las flores, pero ninguna de las que conozco.

—Es de un cítrico que mi abuelo trajo hace mucho tiempo de Grecia —contestó Jagat—. Da un fruto pequeño y amargo, del que se extrae una esencia extraordinaria cuando se le exprime; sabe más a flores que a fruto. Hacemos esencia todos los años y la embotellamos, al menos así lo supongo porque eso pertenece más a la jurisdicción de Moti que a la mía, ¿verdad, querida?

—Creo que lo hace Ranjit —dijo Moti con indiferencia.

—Es famoso, *Miss Westley* —dijo el padre Francis Paul.

—Mi abuelo importó varios árboles —continuó Jagat sonriendo—. Importó también una bella muchacha griega. Por cierto, creo que fue ella la que trajo esos árboles aquí. Usaba un perfume que se hacía con sus frutos y, según la leyenda, cuando se vieron, mi abuelo notó el aroma antes incluso de ver lo hermosa que era; ella le mostró después la pequeña naranja amarga. Parece ser que la aplicaba sobre su piel.

La maharaní se revolvió en su asiento algo irritada.

—Pero nosotras, las damas indias, usamos las naranjas desde hace mucho tiempo, *Miss Westley*. Nuestras mujeres machacan pieles de naranja y mezclan la pulpa con crema fresca. Incluso he oído que algunos de sus famosos cosmetistas de Occidente han tomado la receta... la han modificado, por supuesto, y han hecho los ingredientes más duraderos y menos dependientes de los esfuerzos diarios de los criados.

Su voz era dulce pero algo incolora; hablaba lentamente, articulando a la perfección cada palabra.

El padre Francis Paul se echó a reír.

—Estas cuestiones se salen de mi reino, Alteza, y ciertamente quedan, ¡ay!, fuera de mi interés. Y cambiando de tema, ¿cómo se le ocurrió venir a Amarpur, *Miss Westley*? Ningún turista viene por aquí todavía, aunque supongo que nos

convertiremos en un centro turístico cuando esté terminado el hotel del lago. Y debo decir que no me agrada la perspectiva. Pero yo estaré a salvo en mi hogar de las montañas. Soy misionero entre los *bhils*, *Miss Westley*, un grupo fascinante.

—No los conozco —dijo ella—. En realidad, padre, no sé nada de la India. Y tampoco soy una turista. He venido aquí por una especie de impulso existencial, aceptando cada experiencia como viene...

—Pero ¿por qué Amarpur? Es un lugar pequeño... de hecho, la palabra *pur* significa *pueblo*. Ni siquiera somos una ciudad.

Brooke miró suplicante a Jagat y él reaccionó inmediatamente.

—Conocí a *Miss Westley* en el Ashoka de Nueva Delhi. Yo estaba muy triste y deprimido. Me sentía en tensión por lo de Jai, y sufriendo lo indecible... bueno, eran mis primeros momentos de soledad, quiero decir, lejos de las personas que conocía. Ella estaba tocando el piano en el salón... es una pianista muy buena...

Se volvió a su esposa.

—Lo cual me recuerda, Moti, querida, que tenemos que mandar uno de los pianos al palacio del lago para que *Miss Westley* pueda tocar cuando quiera.

—Por supuesto —murmuró Moti.

—Bien —continuó Jagat—, pues nos presentamos nosotros mismos y yo le hablé del palacio del lago y ella sintió curiosidad por Amarpur —al menos eso creo— y vino aquí. Por cierto que me sorprendió verla; no la había tomado muy en serio cuando dijo que le gustaría venir... o pensé que esperaría hasta que el hotel estuviera terminado, pero Osgood le cedió su baño y su habitación... es el único baño que funciona bien.

—Funciona perfectamente —dijo Brooke—. Y me siento muy feliz y muy cómoda. Todos los días descubro algo nuevo en el palacio del lago, y algo nuevo en Amarpur también.

El padre Francis Paul insistió.

—Pero no nos ha dicho exactamente por qué vino aquí, *Miss Westley*.

—No lo sé —dijo Brooke. Se enfrentó a aquellos ojos honestos—. No lo sé y me quedaré hasta que lo averigüe.

Un criado vestido de blanco y con una faja roja apareció en la puerta.

—¡La cena está servida, Alteza!

Jagat se levantó inmediatamente.

—¡Muy bien, Rodríguez! Moti, querida, tenemos que conseguir que no nos llame Alteza.

Moti se levantó también.

—Pero ¿qué nos va a llamar, Jagat? Es a lo que está acostumbrado...

—Déjenle que siga haciéndolo —aconsejó el padre Francis Paul—. Déjenle que conserve las buenas y viejas costumbres.

Moti alargó su mano.

—*Miss Westley*, por favor, esta noche precederemos a los caballeros. Será muy

occidental.

Y agarrando suavemente la mano de Brooke, la alejó de Jagat conduciéndola al comedor.

* * *

Brooke no recordaba después nada de la velada salvo el momento en que la Maharani, a quien Jagat llamaba Moti, habló. Habían cenado en un vasto salón, ante una mesa enorme, con un criado detrás de cada silla; habían esperado a que el padre Francis Paul realizara su silenciosa acción de gracias para sí mismo. Moti inclinó cortésmente su cabeza, pero Jagat permaneció erecto. El sacerdote se persignó y después, terminada su oración, alzó su morena cabeza y les sonrió. Los criados trajeron inmediatamente la cena. Moti se negó a comer carne, y Jagat se lo explicó a Brooke.

—Mi esposa es hindú. No come carne. También es cristiana, pero sólo hasta cierto punto. A pesar de todos los esfuerzos del padre Francis Paul para convertirla a una sola fe, cree posible ser religiosa en todos los frentes.

—También sigo las enseñanzas del Mahatma Gandhi —murmuró Moti.

—La Rani es una buena cristiana —dijo el sacerdote, confortador. Se volvió hacia Brooke—. ¿Es usted religiosa, *Miss Westley*?

—No lo sé —contestó ella—. ¿Qué es ser religiosa?

—¡No estropeemos una buena cena abordando temas tan serios! —terció Jagat—. Pruebe este cordero asado. *Miss Westley*. Es del Southdown inglés, no una cabra india. Tengo una granja al pie de las montañas.

Brooke se sirvió, sonriendo a Moti en son de disculpa. Jagat puso una generosa ración en su plato y continuó hablando:

—Crío buenas vacas y carneros ingleses. El clima es demasiado cálido para ellos, pero al menos tengo alguna carne comestible. Y no les dejo comer pescado del lago. Sabe a barro. Sólo es bueno para los cocodrilos. En cuanto a nuestros huevos de gallina...

—Vamos, vamos —dijo el padre Francis Paul—. ¡Yo me alimento de pescado y huevos locales! Son perfectamente soportables.

—¡Eso, defiéndanos! —dijo Jagat alegremente—. Lo necesitamos. Pero a mí no me engaña. Nuestra comida es execrable a menos que se cocine a estilo indio, con todo su sabor oculto bajo la pimienta y el chili. ¡Nada de falsos patriotismos conmigo, por favor! Conozco perfectamente nuestras virtudes y nuestros defectos. Prefiero la comida inglesa.

La cena era inglesa, salvo el crujiente pan indio y los delgados pasteles de harina de trigo fritos con aceite vegetal.

—Los encuentro deliciosos —dijo Brooke.

—*Popodom* —dijo Jagat—. Sí, son buenos, pero apenas alimentan. Golosinas...

Esta conversación trivial, esporádica y forzada, había durado toda la cena y encontró un abrupto final gracias a Moti, la Maharani. Había permanecido en silencio, comiendo sus verduras. Y ahora, colocando pulcramente el cuchillo y el tenedor sobre su plato, fijó sus ojos oscuros e inquisitivos en Brooke.

—Tomaremos el café y el vino de rosas en la terraza, Jagat —anunció.

Él alzó la vista, sorprendido.

—Muy bien...

Y Jagat abrió la marcha hacia la terraza disponiendo la colocación de modo arbitrario.

—Miss Westley, usted en esa silla. Hay una hermosa vista del lago, especialmente ahora que tenemos electricidad en el palacio del lago. Iluminación indirecta y todo eso...

—Hermoso —murmuró Brooke, hundiéndose en los mullidos cojines del sillón de teca tallada.

—Moti, tú en tu sitio de costumbre, bajo el árbol. Sé que no te gusta la luz de la luna.

Moti se sentó.

—La siento en los huesos. Es más sutil que la luz del sol y más peligrosa.

—Y usted, padre, a su lado —ordenó Jagat.

Él se sentó ante una mesita y encendió un cigarrillo. El silencio cayó sobre todos. ¿Qué debía decir, quién tenía que hablar primero, si es que era necesario hablar?, se preguntó Brooke. Se relajó, esperó contemplando la escena que se desarrollaba ante ella. La tarde era translúcida, el aire del desierto claro, la luz de la luna dulce y fría sobre las montañas. El árbol arrojaba sus negras sombras sobre la gigantesca terraza. Moti estaba sentada en la oscuridad. El padre Francis Paul estaba lo bastante cerca para oírla cuando habló. La blancura de su rostro, la negrura de su barba y su cabello resaltaban en la media luz de la ensombrecida luna. Pero Brooke centró su atención en el paisaje. Podía ver a lo lejos toda la curva de las montañas, la ciudad de mármol puro y el suave resplandor del lago. Permaneció en silencio, dominada por la magnificencia de aquel espectáculo, las torres y las múltiples ventanas del palacio de mármol abriéndose en dos extensas alas a ambos lados de la terraza.

Sólo Jagat parecía incómodo. Se había sentado y ahora volvía a levantarse; paseó arriba y abajo, a todo lo largo de la terraza; se sentó sobre la balaustrada, balanceando las piernas por la parte de fuera y arrancando al fin una irritada protesta de Moti.

—Jagat, ¿es que no te puedes estar quieto? Destruyes el encanto de la noche. ¡Y si te caes desde esa altura, te harás pedazos contra las piedras del patio!

—Sería agradable oír un poco de música —intervino el padre Francis Paul para traer de nuevo la paz.

Brooke giró la cabeza.

—Sí, es una noche indicada para la música. Me estaba preguntando qué nos faltaba. ¡Música!

—Toque su *sarod*, Alteza —dijo el sacerdote—. No la he oído desde hace largo tiempo.

—Y por una razón —dijo Jagat.

—Sería una lástima que lo dejara, Alteza —observó el padre Francis Paul—. ¡Un instrumento tan difícil, y tan pocos lo tocan bien hoy día!

—No tengo tiempo —dijo Jagat indiferentemente.

—Tonterías —dijo Moti—. Tienes mucho tiempo. ¿Es que hay alguien para decirte lo que tienes o no tienes que hacer? Eres tu propio señor.

—Yo no he oído nunca un *sarod* —dijo Brooke—. ¿Qué es?

—Un instrumento que parece un banjo gigantesco —explicó el padre Francis Paul—. Su Alteza lo toca muy bien. En realidad —corríjame si me equivoco. Alteza— creo que le enseñó en su juventud el gran maestro Ustad Allaudin Khan.

—Y él mismo me desanimó —replicó Jagat—. Decía que yo no practicaba lo suficiente. Él practicaba durante horas, muchas horas al día, y a pesar de eso no se consideró un maestro —un Ustad como decimos nosotros— hasta los cuarenta y ocho años. En cierta ocasión creí que yo también llegaría a ser un Ustad, pero había otras cosas que me gustaban más que tocar el *sarod*.

—Matar tigres, por ejemplo —dijo Moti desde las sombras.

—¡Jugar al fútbol! —dijo Jagat riendo.

—Me gustaría oír el *sarod* —afirmó Brooke con firmeza.

Jagat vaciló un momento y luego dio unas palmadas. Apareció un criado.

—El *sarod* —ordenó Jagat.

El hombre inclinó la cabeza y desapareció. Segundos después volvía con una gran masa amorfa. La desempaquetó cuidadosamente dejando a un lado la doble cubierta de satén amarillo y terciopelo negro, y entregó el voluminoso instrumento a Jagat. Brooke se levantó, llegó a su lado y acarició con la mano la suave y pulida superficie.

—Parece satén —murmuró.

—Mi padre me regaló este *sarod* cuando yo tenía nueve años —dijo Jagat—. Está hecho con la madera de un árbol de teca de las tierras de mi abuelo, un árbol viejo y tan grueso, que este *sarod* está hecho de una sola pieza. Como ve, tiene veinticinco cuerdas y este plectro está hecho con una cáscara de coco pulida. Lo perdí dos veces, pero mi padre se negó a comprarme uno nuevo, y no tuve más remedio que encontrarlo. Puse toda la casa patas arriba buscándolo. Toco sólo diez cuerdas con el plectro, las otras quince reflejan los sonidos como un eco. Pero no me gusta tocar solo. Prefiero que me acompañen tambores o una especie de instrumento de calabaza, el *tamboura*. Eso atenúa mi *sarod*... pero tendré que hacerlo a menos que tú, Moti...

—Está bien —dijo ella suavemente—, tendrás un *tamboura*.

Jagat dio unas palmadas de nuevo y de nuevo apareció el criado como un genio, pensó Brooke para sus adentros. Trajo el *tamboura* y se lo entregó a su señora, quien lo cogió con ambas manos y empezó a tocarlo. Jagat escuchó atentamente y ajustó las cuerdas de su *sarod*.

—Esta música es cortesana —explicó Jagat antes de empezar—. Antiguamente no se le permitía al pueblo escucharla, pero hoy... bueno, Ustad Al Akbar Khan da conciertos hasta en América. Su padre fue mi maestro. Ahora me avergonzaría tocar ante cualquiera de los dos. Su padre no me permitió oír música occidental hasta que tuve nueve años y aun entonces porque insistió mi padre. Me dejaron tener algunos discos de música clásica. Bach es mi preferido. Su música me recuerda nuestra raga india.

—Pues a mí me gusta más el tala —observó Moti.

—Eso es sólo ritmo —dijo Jagat con desdén y continuó—: Pero la música india no puede armar mucho ruido. Tenemos sólo siete melodías básicas. Todas las demás son simples combinaciones, permutaciones y armonías entre las cualidades tonales de nuestros instrumentos... eso es todo. No ideamos nada nuevo hasta que recibimos unas cuantas inyecciones de música occidental. Como en todo lo demás, los indios no podemos escapar a nuestras propias tradiciones. El pasado sigue siendo nuestra prisión.

—Bueno, empecemos ya, Jagat —dijo Moti con impaciencia—. ¿Por qué tienes que hablar siempre tanto antes de hacer cualquier cosa?

Jagat empezó a tocar con un toque fuerte y persistente y la noche se llenó bruscamente de una música llena de resonancias. Brooke, que contemplaba la absorta faz de Jagat, vio un hombre cuya existencia ni siquiera había imaginado, un poeta ardiente y apasionado, que le resultaba extraño pero intensamente atractivo. Sintió un presentimiento, un escalofrío que casi era miedo. Y todo eso, en su terminología no era ni más ni menos que enamorarse, un estado mental y emotivo que temía porque estaba, ella lo sabía, fuera del alcance de la razón.

Y fue en aquel momento cuando habló Moti:

—Supongo que le habrán dicho que nuestro hijo ha muerto.

Su voz tenía una calma de plata.

Brooke se sobresaltó. Miró aquellos ojos negros, tan grandes en el pálido rostro protegido por las sombras.

—Sí, ya lo sé, he oído lo trágico...

—No ha sido trágico en absoluto —interrumpió Moti—, porque, ya ve usted, él no ha muerto. Tengo una positiva evidencia de que está vivo.

Jagat dejó de tocar.

—Vamos, Moti...

Ella alzó su pálida mano cubierta de anillos.

—¡Por favor, Jagat! Déjame hablar. He esperado hasta descubrir a *Miss Westley*. A ciertas personas se las puede hablar, a otras, nunca. Y puedo hablar con ella. Me es simpática. Ya ve, *Miss Westley*, sé que no ha muerto. Se lo he explicado al padre Francis Paul. Usted me comprende, ¿verdad, padre?

—La comprendo —dijo amablemente el sacerdote.

—Sí —continuó Moti con sereno fervor—. Usted me comprende. Ya ve, *Miss*

Westley, hay algo inexplicablemente íntimo entre una madre y su hijo. Si mi hijo estuviera muerto, yo lo sentiría en todo mi ser. Pero vive como antes. Cuando me despierto por las mañanas, no siento pena, sino paz, porque está vivo. Quizá se encuentre en prisión, o en el exilio, pero vive. Lo que hay que hacer es encontrarlo dondequiera que esté.

Jagat se levantó tan bruscamente que su silla derribó los platos que había sobre la mesita destrozándolos contra el suelo. Los criados se precipitaron a recogerlos, pero él no les prestó atención.

—Moti, te prohíbo que...

Ella se levantó también.

—Jagat, tú no quieres escucharme. Por eso tengo que pedir ayuda a otros. *Miss Westley*, ayúdeme, por favor... ¡se lo suplico!

Unió sus manos en ademán de súplica. Brooke miró a Jagat y luego se dirigió a Moti:

—¿Qué puedo decirle, salvo que la ayudaría de todo corazón, si supiera cómo hacerlo?

—Nadie puede ayudarla —dijo Jagat torvamente—. Lo que pide es imposible.

—¿Qué pide usted? —preguntó Brooke.

Sintió que surgía en ella una extraña ternura hacia aquella mujer.

—Que alguien vaya en busca de mi hijo. ¡Eso es todo lo que pido... que alguien vaya en busca de mi hijo!

Jagat perdió nuevamente la paciencia. Dio un salto y volcó de un empujón el tallado sillón en que estaba sentado.

—Salgamos de aquí, en nombre de Dios —exclamó—. *Miss Westley*, si hubiese sabido que mi esposa iba a formularle esa absurda petición, nunca la hubiese invitado. Ella sabe muy bien que nuestro hijo ha muerto. Simplemente se niega a creerlo.

—Pero ¿cómo sabes que es absurda? —preguntó Moti.

—¿Qué sabemos nosotros sobre la vida y la muerte? —murmuró el padre Francis Paul.

Ahora estaban todos de pie, mirándose. Jagat habló de nuevo rompiendo el punto muerto.

—Venga conmigo, *Miss Westley* —ordenó—. Recorreremos el palacio. Quiero enseñarle el salón donde reinó mi padre. Por favor, excúsanos, Moti... le pido perdón, padre.

Ofreció su brazo a Brooke y ella no tuvo más remedio que obedecer la orden. Pero Jagat no habló de eso, ni siquiera de su hijo, cuando abandonaron la habitación y atravesaron sala tras sala. Habló impersonalmente de los chinos, que seguían presionando en las fronteras del Norte y el Este.

—Esta invasión china no es nada nuevo. Y eso es lo que mi esposa no puede comprender. La ve como algo momentáneo, como un simple ataque después del cual

la paz seguirá su curso como algo evidente. Lo que no puede entender es que siempre hemos sufrido esta presión, que a través del Tibet ha bajado sobre la frontera india. Ha constituido una fuerza desintegradora a lo largo de los siglos. Y hasta me atrevería a decir que nos hubiera destruido de no ser por la dominación británica. Si hemos disfrutado de la paz durante unos siglos ha sido únicamente porque China atravesó el siglo pasado una época de decadencia. Pero siempre que resurge, la presión comienza de nuevo sobre el sudeste de Asia y sobre nosotros. Nos recuperamos durante sus períodos de decadencia, es decir, entre dinastía y dinastía, pero cuando comienza su reactivación con una nueva dinastía, se reproduce el inevitable proceso y los tenemos de nuevo frente a nosotros en la frontera. Cien, casi doscientos años antes del comienzo de su era cristiana, una horda de nómadas salió de China occidental y se estableció en las tierras fronterizas de la India. Sus descendientes gobernaron la India. Por cierto, eran hombres de extraño aspecto, altos, de narices grandes y piel rosada, en absoluto parecidos al tipo mongol de ojos rasgados. ¡Dios sabe de dónde venía esa tribu Yuechi!

Ella escuchaba, consciente de que estaba hablando para alejar algún temor interior. Decidió acabar con ese temor.

—¿Cree usted que hay alguna posibilidad de que su hijo esté vivo?

Él hizo una pausa. Su mano descansaba sobre la cabeza de un gigantesco tigre disecado.

—Lo único cierto es que yo no vi su cadáver —contestó.

Se despertó por la noche y escuchó una música que venía del otro lado del lago. Se levantó de la cama y fue hasta la abierta ventana. La cortina estaba echada y la apartó. La luna se estaba poniendo y una larga banda de luz dorada brillaba sobre el lago. Contempló aquella puesta de luna con una tristeza inexplicable. ¿Por qué era más triste una puesta de luna que una puesta de sol? El pálido resplandor, el astro impar, el conocimiento de que la luna era vieja y estaba muerta, mientras que el sol arde con el fuego de la juventud, la hacía consciente de la brevedad de su propia vida y la evanescencia de su juventud. ¿Cuánto tiempo tendría que seguir esperando a que llegara aquello? Y sin embargo, ¿qué podía hacer sino esperar, cuando no tenía nada a lo que poder recurrir? Por muy sola que se sintiera, aquí estaba menos sola que en cualquier otra parte del mundo. El lago contenía el palacio y este palacio la contenía a ella. Millones de personas vivían no muy lejos, pero fuera de su alcance. Y allí, en el palacio de mármol, al otro lado del agua, sus torres blancas contra el cielo, vivía Jagat. ¡Jagat! ¿Qué era él en su vida, qué iba a ser? Había rechazado todas las preguntas, todas las respuestas, cuando había pensado en él. ¡El tiempo lo dirá! Pero ella tenía que reconocer la revelación. En toda su vida había conocido a un ser humano que le inspirara una simpatía tan intensa como Jagat. Sin amarle —no podía estar tan loca como para pensar en el amor—, sabía que tenía que estar cerca de él, al menos hasta que supiera lo que significaba aquella simpatía, lo que debía significar, si es que quería ser sincera consigo misma.

Esperó hasta que la luna se hundió en el horizonte, negro ribete de sombras, iluminando con oro la solitaria isla y el palacio construido allí tanto tiempo atrás, para servir de prisión a Shah Jehan en los días de su juventud, el palacio vacío y el jardín abandonado. Cuando desapareció el último destello de luz y una blanda oscuridad lo cubrió todo, volvió a la cama y se durmió. Por la mañana no la despertó el sonido de las palas de las mujeres golpeando las prendas húmedas extendidas sobre las piedras de mármol, sino un discreto rasgueo en la puerta. Ahora sabía ya que esto era aquí equivalente a golpear con los nudillos. Se levantó, se cubrió con la bata y abrió la puerta.

Vio a un criado.

—Señora —dijo disculpándose—, la he despertado. ¿Qué podía hacer yo? Su Alteza ha cruzado las aguas para hablar con usted.

Le miró con los ojos cargados de sueño.

—Pero si no me he bañado, ni estoy vestida, ni he desayunado...

—Él tampoco ha comido esta mañana. Dice que, si no tiene inconveniente, se reunirá con usted en la terraza de mármol para desayunar juntos.

—Dígale que estaré lista dentro de veinte minutos.

El criado dijo que sí moviendo la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y desapareció bajo la larga galería de mármol. Ella cerró la puerta con llave, pues los criados, en su celo, entraban a veces sin llamar. Había protestado y ellos se sintieron heridos.

—Pero, señora —decían—, ¡venimos a ayudarla, nosotros que la amamos!

¿Y quién era capaz de protestar contra su amor? Nadie. El único remedio era correr el pequeño cerrojo de latón y vestirse a toda prisa para poder recorrerlo nuevamente antes de que apareciera alguno y se enterara. Y así lo hizo ahora, bañándose a toda velocidad y enfundándose las escasas prendas que vestía, las piernas sin medias y los pies en unas sandalias. Le llevó unos minutos cepillar su larga cabellera. Después abrió nuevamente la puerta. Jagat estaba ya allí, sentado ante la mesita del minarete, donde ella comía.

Se levantó al verla.

—Le suplico que me perdone. He venido demasiado temprano, pero me he pasado la noche en vela. Cuando usted se fue, el padre Francis Paul y mi esposa se unieron para acosarme. Como ya sabe, ella está convencida de que nuestro hijo vive, y lo que no sé es si ha logrado convencer también al sacerdote inglés o bien él ha cedido ante su porfía. Quizá ni él mismo lo sepa.

—Por favor, siéntese —dijo Brooke mientras tomaba asiento.

Apareció el criado con la bandeja del desayuno. Permanecieron en silencio en su presencia. Estaba a punto de marcharse cuando Jagat, lanzando una imperiosa mirada sobre la mesa, exclamó:

—¡Un momento! ¿Es inglesa esta mermelada?

—Alteza —tartamudeó el hombre—. ¿Cómo voy a saber yo la nacionalidad de la

mermelada? Soy sólo un pobre musulmán.

Jagat tomó una cucharilla y probó el contenido del cuenco de cristal de base plateada.

—Es inglesa —anunció—. Crosse and Blackwell. Puede irse.

El hombre se secó el sudor del rostro, inclinó la cabeza y se alejó a toda prisa. Brooke se echó a reír.

—¿Era necesario aterrorizarle, Alteza?

—Naturalmente —replicó Jagat—. Si no conservara en ellos el miedo hacia mí, dejarían de obedecerme. Y aquí sigo siendo el señor, ya que no Su Alteza. Por favor, Miss Westley, ¡no más tratamientos! Seamos amigos. Estoy muy preocupado. No tengo a nadie con quien sincerarme. ¿Le importa llamarme Jagat?

—No, si usted me llama Brooke.

—Eso va a ser más difícil. A los hombres indios no nos es tan fácil... ¿cómo diría? ¡Bueno, no importa! Haré lo que quieras. Y ahora come mientras hablo. Yo no tengo apetito. Mi esposa ha estado agitada y llorando toda la noche. En realidad hasta que... ¿qué hora era? No lo sé, pero ya se estaba poniendo la luna.

—Ah, ¿viste la puesta de luna? Yo también.

—¿Te despertaste sin que te llamaran?

—Me desperté, fui a la ventana, corrí la cortina y vi la luna hundiéndose, ¡cómo una luna vieja! Me pareció extrañamente triste. Y sigo sintiendo esa tristeza, a pesar de este día tan brillante y bello. ¡Cómo brilla la ciudad al sol!

—¡Ah, ya ves, ha tenido que haber una comunicación! Es una de nuestras afinidades, ¿verdad? Quizá nos conocimos en alguna otra vida.

—¿Crees en eso? —preguntó ella, instantáneamente alerta.

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saber lo que creo? Soy un hombre de la India moderna.

—¿Hay una India moderna?

Jagat soltó una breve risa.

—No me extraña que lo preguntes, habiendo visto aquí la más antigua de las Indias. No hemos cambiado en nada, salvo en este simbólico hotel moderno, hecho aprovechando un antiguo palacio donde los reyes pasaban el verano. Yo venía aquí de niño con mi abuelo y mi padre. Ellos se traían a sus concubinas. Mi abuela y mi madre se quedaban en el palacio de tierra firme, pero todos sabían que... bueno, que las otras mujeres venían aquí. La muchacha griega, no sé si debo decírtelo, pero tenía tu habitación y ésta era su plazoleta, y mi antepasado construyó este minarete para que ella pudiera sentarse al aire libre y disfrutar de la brisa y la sombra.

—Me alegro que me lo digas. Ahora sé quién es la que a veces siento aquí conmigo.

—¿Crees en semejante posibilidad?

—Nunca lo creí hasta llegar aquí. Pero ahora... tengo unas sensaciones nuevas y extrañas. Digo nuevas, pero en realidad sólo son nuevas para mí. Parecen sensaciones

muy antiguas, consciencias más que conocimientos, y yo llego a ellas... o me alejo de ellas.

—Entonces ya sabes —dijo él—, ya sabes el peso del pasado que hay sobre mí. Es la presión ancestral de nuestro viejo, viejísimo país, de muchos millones de personas, vivas y muertas, de un pasado tan habitado como el presente. Se siente eso en todos los países viejos. Recuerdo las visitas que hice a China...

Ella alzó la cabeza.

—Siempre deseé ir a China, pero ahora no puedo por ser americana.

—Sí, yo estuve allí en más de una ocasión. Mi abuelo, al que enviaron los británicos con una nota para la vieja emperatriz Tsu Hsi, fue el primero de nuestra familia que visitó China. Pero yo estuve allí dos veces con Sadar Patel, en los días en que él y el primer ministro intentaban mantener relaciones cordiales con los comunistas chinos. Fue antes de que los chinos se apoderasen del Tibet, por supuesto. El primer ministro casi no podía creer que hicieran una cosa semejante, y fue de los que más se resistieron a aceptar los hechos. Supongo que fue para él una compensación aceptar al Dalai Lama como exiliado.

Frunció el ceño pensativo durante unos momentos, y luego golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Bien! Todo eso es agua pasada. ¡Con qué rapidez el presente se convierte en pasado! Y hablando nuevamente de mi hijo... no sé qué hacer. Sería inútil buscarle, de eso estoy seguro, y sin embargo, tengo que aplacar a mi esposa, no, consolarla es la palabra. Quiero consolarla, agradarla de algún modo, al menos. Aunque, desde luego, está muerto. Lo sé muy bien.

—Creo que deberías ir —dijo ella—. Creo que tienes el deber de confortarla de la forma que sea.

Se miraron. Los ojos de Brooke no cedieron ante su oscura y penetrante mirada.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que te conozco desde hace mucho tiempo —dijo Jagat al fin.

—Ni yo tampoco, pero tengo la misma impresión que tú.

Jagat se levantó, caminó hasta la balaustrada de la terraza y miró a través del lago el palacio de sus antepasados. La bandera de su clan ondeaba en la torre más alta, temblando y agitándose al seco viento del desierto.

—Tengo prohibido que icen esa bandera, pero mi gente insiste en tenerla ahí. Les he dicho que ya no tengo derecho a una bandera real.

—Pero ellos necesitan igualmente creer en ti —dijo ella.

—Eres muy intuitiva.

El silencio fue largo entre los dos, y rico en pensamientos no hablados. Al fin, él se volvió hacia ella de forma algo abrupta.

—¡Así que debo iniciar una búsqueda sin fruto!

—¿No lo crees así?

—Sí... aunque no sea por otra razón que el que no tendré paz hasta que lo haga.

Ella no se quejará, ni me presionará más, pero se irá consumiendo lentamente. Eso es lo que me dijo anoche el padre Francis Paul cuando Moti nos dejó solos a medianoche. Él no es mi padre confesor, como podrás comprender, yo no me confieso con nadie, pero percibe en ella cosas que... bueno, afortunadamente para él, es un sacerdote y no un hombre...

Brooke no contestó a esta extravagancia. En lugar de eso formuló su propia pregunta:

—Si te dijera que me gustaría ir contigo, ¿qué pensarías?

Él se hundió en su silla. Apoyó los codos en la mesa y se la quedó mirando.

—¡No hablarás en serio!

—¿Sería posible? No... ante todo, ¿me dejarías?

La perplejidad se manifestaba claramente en su rostro moreno y expresivo.

—Yo... ¿qué puedo decir? No me imagino que alguien te deje o no te deje hacer algo. Si fueras una muchacha india, lo que dices sería imposible. Pero yo no pensaría en ti si fueras india. No sé lo que diría ella... mi esposa. Pero muestra un calor tan poco usual hacia ti...

—¿Te gustaría que fuese contigo? En cuanto a mí... sería un procedimiento maravilloso para conocer la India, aparte, naturalmente, de las nuevas noticias que averigüáramos sobre tu hijo.

Él vaciló.

—No me gusta tener que ir solo. Claro que irán criados, porteadores y todo eso, pero...

No acabó la frase.

—¿Puedo pedirselo a la propia Rani? —insistió ella.

Jagat pareció aliviado.

—Sí, eso es lo mejor —dijo—. Como eres americana, nada la sorprenderá. No se escandalizará. Es algo que le tenemos que agradecer a tus compatriotas femeninas, que tienen la reputación de hacer exactamente lo que les place. Pero tengo que advertirte que será un viaje muy duro. Y no sé adónde nos conducirá.

—Que nos lleve a donde quiera —replicó ella.

* * *

—Muy bondadoso por su parte —dijo Moti—, pero no sé por qué desea hacerlo.

—Yo tampoco lo sé —dijo Brooke—, lo único que sé es que me dejo llevar por mis simpatías y una de ellas me empuja hacia usted, ¿qué más puedo decirle, señora? Me gustaría llamarla Alteza, si me lo permite.

Hablaba sinceramente. Había algo delicado y distante en aquella mujer afable, algo que impedía la familiaridad. Por eso se sorprendió mucho cuando Moti puso una mano sobre las suyas, una mano suave, y dijo:

—Por favor, llámeme Moti. Es mi verdadero nombre. Significa perla. Siempre me

ha gustado.

Ella no se movió, y al cabo de unos segundos, Moti retiró su mano.

—Por favor —repitió.

—Lo intentaré —dijo Brooke—, pero perdóneme si me resulta difícil al principio. Me temo que soy una persona bastante reservada. Al menos eso dicen los que me conocen. Quizá sea porque no he sido nunca más que una chiquilla criada por una abuela bastante etiquetera. Y aunque parezca extraño, creo que ésa es la razón de que me encuentre en la India. No me sentía completamente en mi hogar en mi propio país, ni en cualquier otra parte. Busco el mundo.

Se detuvo, observando en el rostro de Moti una sombra de tristeza. Empezó de nuevo.

—Al mismo tiempo, no quisiera por nada del mundo herirla, ni levantar ningún tipo de barrera entre nosotras, una reticencia o algo así, que desde luego no siento. Moti... es bonito... quizá pueda...

—¡Ah, no, únicamente si le resulta natural! —interrumpió Moti—. Pensé que quizá, y puesto que existe cierta simpatía entre nosotras, me sería más fácil hablar con alguien completamente extraño que con mi propia gente. Parece ser que los indios compartimos una inmensa experiencia. Nos han enseñado las mismas cosas, los mismos pensamientos e ideas, subordinados, naturalmente, a las religiones y las castas. Una no tiene oportunidad de expresarse porque si lo hace se convierte en una persona demasiado distinta y no sirve de nada iniciar una gran polémica. No sé si se ha dado cuenta que todos tenemos propensión a discutir y mostrar nuestro desacuerdo en cuanto alguien da una opinión, y siempre estamos haciendo eso, expresar opiniones, pero nada de lo que decimos es realmente nuevo, todo gira alrededor del mismo pantano ancestral. Pero usted no ha estado en ese pantano con nosotros, y por eso parece algo purificante comunicarse con un extranjero, aunque ya he dicho que no la considero una extranjera. Me pregunto si la habré conocido en sueños.

Todo esto iba saliendo de Moti como si hubiera derribado alguna barrera en su alma.

Brooke esperó a que hiciera una pausa y entonces habló.

—Yo tampoco la considero una extraña. Nada me resulta extraño en este bello lugar. Parece como si los hubiera conocido a todos antes, a usted y a Jagat...

Ahora fue Moti la que la interrumpió.

—Dice usted «Jagat» con tanta naturalidad... ¿Por qué no es igualmente natural conmigo?

—Ustedes son muy distintos, usted y él...

—¿Más diferentes de lo que son siempre un hombre y una mujer?

—Oh, sí, y no por eso.

Sintió los oscuros e inquisitivos ojos de Moti sobre su rostro.

—¿Cree usted en los sueños?

—¿Se refiere a soñar mientras se duerme?

—Sí.

—Al parecer, yo nunca sueño cuando duermo.

Moti unió sus delicadas manos.

—Yo sueño todas las noches. No siempre son sueños importantes, pero...

Se detuvo.

—¿Qué es un sueño importante? —preguntó Brooke.

—El que no se puede olvidar... por ejemplo, el que me hizo creer que mi hijo no había muerto, a pesar de que me habían dicho que su cuerpo fue incinerado y las cenizas arrojadas a las aguas. ¿Quiere que le diga por qué creo que vive? Oh, tengo que decírselo para que comprenda.

Moti hizo otra pausa. Frunció el ceño, concentrándose. El gigantesco salón en que estaban sentadas, su cuarto de estar privado, estaba silencioso. Las ventanas estaban abiertas, pero era casi mediodía y la gente permanecía en sus casas al abrigo de los abrasadores rayos del sol. Las puertas que daban a las habitaciones también estaban abiertas y sólo el ocasional vuelo de algún pájaro, que entraba y volvía a salir, rompía la quietud. La sala era de color oro y blanco, los muebles estaban cubiertos de satén blanco, y las paredes eran blancas chapadas en oro. El decorado era occidental; las sillas y canapés, franceses; los cuadros, italianos e ingleses. Únicamente el aroma era indio, un perfume demasiado dulzón, de cidro y madera de sándalo. Moti, inmóvil, con las manos unidas sobre su blanco sari, empezó a contar su sueño.

—Yo distingo entre los pequeños sueños y los otros. Los pequeños se refieren siempre a los pequeños problemas cotidianos. Los importantes, los otros, son enteramente nuevos para mí. Me veo en lugares que nunca he visto, entre personas que nunca he conocido. Cierta noche, y estoy segura de que era la misma noche en que se dijo que habían matado a mi hijo, tuve un sueño de esta clase. Soñé que estaba echada sobre la cama de mi alcoba, como realmente era. Descansaba boca arriba, con las manos unidas sobre el pecho. Me sentía muy débil, no enferma, sino débil. No dormía, pero era consciente de que estaba a punto de morir. Me quedé allí, pensando en mi muerte, que estaba próxima y era, eso me habían dicho, inevitable. De pronto, como si una luz irrumpiera en la oscura habitación, sentí que mi voluntad se rebelaba.

»—No moriré —me dije a mí misma—. ¿Quién es capaz de decirme que tengo que morir cuando no lo deseo?

»Tras esta decisión, soñé que me levantaba de la cama y, tal como estaba, con mi camisón, salía corriendo de la habitación y del palacio, no, no tanto como corriendo, simplemente me encontré fuera, en medio de un paisaje que no había visto nunca. No era indio. Estaba en la ladera de una montaña y corría hacia abajo, hacia el valle. Pasé ante un templo en ruinas. El templo sí era indio. Tenía pilares en lugar de muros, y el suelo embaldosado se hundía. Había alguien tumbado en el suelo, muerto. Era un joven chino. Le habían disparado. Era él quien estaba muerto, no mi hijo. No me detuve, sino que eché a correr. Llegué al valle y vi unos niños jugando. El sol se reflejaba en un arroyo susurrante. De pronto me sentí muy feliz. Era joven de nuevo,

era fuerte y además había escapado a la muerte. Entonces me desperté. Este sueño permanece en mí, como si lo hubiese soñado anoche.

Había terminado. Se quedó mirando a Brooke ansiosamente, esperando su respuesta.

—Un sueño maravilloso —dijo Brooke—, pero nunca comprendí los sueños.

—Significa sencillamente que mi hijo no murió. Murió un joven chino. Y Jai sigue viviendo en algún lugar. Si hubiera muerto en el sueño, yo habría muerto también. Pero vivimos los dos.

—Si vive, le encontraremos —prometió Brooke.

Se levantó y extendió ambas manos. Moti las cogió y se las llevó a las mejillas.

—Es usted mi hija —dijo— y Jagat su padre.

* * *

—Espero que no creará las tonterías de Mamu —dijo Veera.

Brooke se levantó del largo sillón en que estaba tumbada. Se encontraba en la plazoleta de mármol, descansando después de una caminata por la ciudad. Había vuelto al hotel después de su visita a la Rani. Nadie la había visto, salvo los obreros, ni siquiera Bert Osgood o Jagat, y se sentía incómoda y perpleja. ¿Era la Rani tan inocente, tan ingenua como parecía, una mujer tan infantil, tan enclaustrada de por vida como para aceptar sin preguntas que su marido se propusiera hacer un largo viaje en compañía de una mujer joven y extranjera? Sopesó sus últimas palabras: «Es usted mi hija». Seguramente el significado de aquellas pocas palabras, pronunciadas con tanta concisión, era que en una hija se podía confiar. Sí, se podía confiar en que una hija se consagrara a su hermano Jai y se comportara con Jagat como con un padre. Y yo no quiero comprometerme, se dijo Brooke.

Desasosegada, se había dedicado a vagabundear por las calles de Amarpur, el pueblo de Amar, que brillaba como una gema en el desierto desnudo. Pronto llegó al final de las casas, que se apretujaban unas contra otras, allí donde la polvorienta calle tocaba el borde de los pantanos, secos ahora hasta la llegada de las lluvias. Cuatro garzas gris-plata alzaron el vuelo al acercarse ella; tenían blancos el cuello y la cola, las cabezas escarlata, y las enormes alas extendidas de un brillo plateado a la luz del sol. Las vacas merodeaban también por la ciénaga en busca de agua, las ubicuas vacas de la India, mugiendo con desaprobación.

Se cruzó con tres camellos. Ella se detuvo cuando el camellero se paró para descansar a la sombra de un alto cactus. Observó que los pies de los camellos estaban equipados con amortiguadores naturales, un tejido muscular flojo que bajaba y subía como un resorte bajo el peso de sus cuerpos. El camellero, un hombre anciano, de piel quemada hasta la negrura por el sol del desierto, llevaba un pellejo, hecho de piel de cabra, lleno de agua sobre los hombros. Cuando Brooke se acercó, él sonrió mostrando dos encías desdentadas, y le ofreció agua. Ella negó con la cabeza y le dio

las gracias sonriendo; el viejo bebió entonces chupando el cuello del pellejo. Fue un largo trago que gorgoteó por su gárganta para desplomarse audiblemente en alguna recóndita región de su ser. Ella se echó a reír involuntariamente y el viejo secundó alegremente sus risas, sin saber que él mismo era la causa. Gente maravillosa, pensó Brooke, de corazón cálido y fácil de contentar. Empezaba a sentirse en casa con ellos. Pasó ante ellos una tonga tirada por un caballo y pintada con brillantes motivos florales sobre un fondo amarillo. La alquiló, subió y volvió a la ciudad y de allí al lago. Encontró el bote que la esperaba para devolverla al hotel. Se sintió tranquila y nuevamente segura de sí misma, como le ocurría siempre que se mezclaba entre la gente.

Se había bañado y puesto una bata blanca y fresca. Estaba echada en el sofá de la terraza, medio dormida, cuando oyó que la llamaban por su nombre. Abrió los ojos y se encontró ante una bella muchacha india enfundada en un sari verde.

—Soy Veera —dijo la muchacha—, y mi madre, la Rani, me ha hablado de usted.

Brooke se incorporó, pero Veera puso las manos sobre sus hombros y la obligó a echarse de nuevo.

—¡No, por favor! No se levante. Me sentaré aquí.

Se sentó, y sin más preámbulos empezó a hablar de su madre y de la convicción de su madre en que su hermano vivía.

—¿Y eso son tonterías? —preguntó Brooke.

—Yo creo que sí.

El cabello, una brillante trenza de pelo castaño que relucía al sol poniente, caía sobre los hombros en rizos sueltos. La piel era de un crema pálido, sin defectos. Tenía los ojos de un castaño dorado.

—Creía que todos los indios tenían los ojos oscuros —dijo Brooke por decir algo. Veera sonrió.

—Estoy sentada a la luz del sol. Por eso mis ojos son claros. En la sombra son oscuros. Es mi herencia de Cachemira. Aquí en el Norte muchos somos de tez clara. Las personas muy morenas están en el Sur. Proceden de los dravídicos. Tenía usted que haber conocido a mi hermano Jai. Seguramente le hubiera tomado por un inglés... salvo sus orejas.

—¿Sus orejas?

—Sí. En los bordes de las orejas tenía mechones de pelo negro y suave de una pulgada de ancho. Eso se considera un signo de virilidad. Pero creo que Jai no conoció nunca a una mujer. Era extraordinariamente puro.

—¿Usted cree que está muerto?

—Mi padre así lo cree.

—¿Y cree siempre lo mismo que su padre?

Veera le dedicó una mirada oblicua por entre sus largas pestañas.

—Pienso que sí.

—Hábleme de su hermano.

—¿Qué quiere que le diga? Era muy guapo. Cuando estaba en el colegio, el mismo colegio al que voy yo ahora, no lejos de Mussoorie, las chicas se volvían locas por él. Y todavía siguen hablando de él. Pero decían que sólo le importaban sus estudios. Sin embargo, el Jai que yo conocía era un chico alegre, estupendo bailarín, muy moderno, muy inglés.

—¿Qué quería ser?

—No creo que lo supiera. O quizá lo sabía y lo dejaba a un lado. A veces pienso que tenía el presentimiento de que moriría joven. Disfrutaba tan intensamente de la vida... como si cada día fuese el último para él. Pero con cada persona era distinto. Seguro que si le pregunta a mis padres, cada uno le dará una descripción distinta. Y sus amigos... nunca se ponen de acuerdo al juzgarle. Supongo que ninguno de nosotros llegó a conocerle realmente. Después, un día se fue de pronto a combatir tan fortuitamente como si hubiera sabido desde siempre que tendría que ir. Y no es que le gustara hacerlo, porque apreciaba realmente a los chinos. Había estudiado su lengua y conocía su historia. Estaba muy triste cuando se apoderaron del Tibet de una forma tan cruel, y durante mucho tiempo no pudo creerlo... no hasta que fue a ver al Dalai Lama a Delhi y escuchó todo lo ocurrido de sus propios labios. Entonces visitó los campamentos de refugiados de Mussoorie y Darjeeling y se enteró de más cosas todavía. Recuerdo que lloró mientras me hablaba de los hombres y mujeres que huían con sus niñitos a cuevas a través de la nieve y de los terribles pasos del Himalaya.

Brooke escuchaba aquel fluir rítmico, tan característico de los indios que no han vivido en el extranjero. Veera hablaba un inglés perfecto, pero era un inglés de la India, con las consonantes suavemente embotadas y los finales de las frases que nunca descendían completamente a una conclusión.

—¿Lloró? —preguntó Brooke, incrédula.

Veera se apartó el cabello del rostro con ambas manos.

—¡Sí, lloró! ¿Le extraña? ¡Permítame decirle que nuestros hombres no son tan fríos como los ingleses! Cuando están tristes, lloran... no con lágrimas de mujer, sino con lágrimas de hombre, pues la suya es una tristeza de hombres. No disimulamos nuestros sentimientos como lo hacen ustedes, bueno, no me refiero a usted, que no es inglesa. Pero no he conocido a ningún americano... al menos no bien, sólo turistas en los hoteles de Nueva Delhi y Bombay. Ya veo que usted no es como ellos ni como los ingleses, ¡pero no sé cómo es usted realmente!

—No soy como la mayoría de las mujeres americanas —dijo Brooke tranquilamente.

—¿En qué se diferencia? —preguntó Veera.

—No lo sé —dijo Brooke.

—Entonces, ¿cómo sabe que no es como el resto de sus compatriotas?

—Porque no me siento en casa junto a ellos. Es como si perteneciera a una familia distinta.

—¿Y es usted más feliz con nosotros?

—No les conozco lo bastante. Pero...

—¿Sí?

—Tengo la sensación de que había conocido antes a su padre, y la tuve desde la primera vez que le vi en un hotel de Nueva Delhi.

Aguantó los escépticos ojos de Veera que la escrutaban.

—Si fuera una mujer india, eso sólo significaría una cosa —dijo Veera.

—Pero no soy india —replicó Brooke— y no sé lo que significa. Sólo sé que sigo mis simpatías, y que en esas simpatías que me impulsan está incluida su madre y también partir en busca de su hermano, aunque esté muerto. Llámelo como quiera.

Veera se levantó.

—Es usted muy honesta. Yo lo seré igualmente. Mi padre me envió una carta pidiéndome que viniera a casa inmediatamente. Estaba perplejo por su deseo de acompañarle. Y está confundido por la insistencia de mi madre en que mi hermano no ha muerto.

—Me alegro de que haya venido —dijo Brooke—. Me gustaría incluirla en mis simpatías. Quizá sólo esté esperando una familia a la que poder pertenecer, no lo sé...

—¿Y qué significa eso ahora? —preguntó Veera.

—Nada, seguramente... salvo que aprecio a unas cuantas personas en cuya presencia soy... feliz.

La sorprendió la rápida respuesta de Veera. Al oír aquello la esbelta muchacha se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla.

—Bienvenida, hermana —dijo claramente—. Mi padre es tu padre.

Y con esto se alejó, la cabeza alta y los bordes de su verde sari revoloteando a la brisa de la tarde. Detrás quedó Brooke sopesando el sutil sarcasmo de aquellas palabras finales.

* * *

—Se está colocando en una posición muy delicada, *Miss Westley* —dijo el padre Francis Paul.

Habían pasado unos días y se había encontrado con el sacerdote durante uno de sus paseos. No había visto a Jagat ni a Moti. Tampoco a Veera o a Bert Osgood. Estaba en el bazar, una estrecha calle inundada por el infatigable sol de la mañana. Estaba muy morena y más delgada que nunca. Cuando se acercó el sacerdote, se encontraba al lado de un viejo espadero contemplando cómo grababa un complicado dibujo en el mango de latón de una espada de hoja estrecha. Cuando acabó la introdujo en una caña. Se detuvo para verter agua sobre una piedra de afilar que daba vueltas, y después apretó el borde del acero contra la rueda.

Se sobresaltó al oír la voz del inglés.

—¡Oh, es usted, padre!

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó él.

—Aprendo muchas cosas de la gente de las calles.

—Ah, sí, ¡gente maravillosa! Alguna vez tiene que conocer a mis *bhils*.

Se alejaron del espadero y recorrieron juntos la estrecha calle, seguidos por una pandilla de niños desnudos. Ella no contestó a su comentario, y él insistió al cabo de unos segundos.

—Veera, la hija de la Rani, me habló de su plan para acompañar al príncipe en la búsqueda de su hijo. Parece preocupada, después de todo él es su padre, y las reglas que gobiernan a hombres y mujeres en este país son tan...

Brooke le interrumpió.

—Yo no soy una mujer de este país.

—Ah, pero es usted americana, y eso es todavía más importante. Uno debe considerar la influencia que ejerce. «Si el comer carne hace que se ofenda mi hermano», etc.

—¿Y yo ofendo, padre?

—No a mí —dijo—. Yo estoy por encima de las ofensas. Pero...

—¡Por favor! —Saltó Brooke, impaciente—. No es necesario que siga hablando. Me iré sola a cualquier parte. Haga el favor de decirle a Su Alteza que no le acompañaré. Estoy muy acostumbrada a viajar sola. El año pasado escalé los Andes en Sudamérica. Y siempre he deseado explorar los países fronterizos que hay entre China y la India. Quizá vaya a Nepal... o quizá simplemente me vuelva a casa.

Se detuvo, se volvió hacia él y alargó su mano.

—Díales a todos... díales que no deseo ofenderlos.

El padre Francis Paul la miraba con el desconcierto reflejado en su rostro bondadoso y sencillo.

—Es usted una joven extraña —murmuró—, una joven muy extraña.

—Estoy segura de que lo soy —dijo ella—, completamente segura. Ya me lo habían dicho antes.

Y le dejó allí, de pie en medio de la polvorienta calle, con los chiquillos desnudos revoloteando a su alrededor. Ni siquiera volvió la cabeza para mirarle. Había estado demasiado impaciente, desde luego, pero se trataba de una vieja impaciencia hacia los dioses y los sacerdotes. Cuando su abuela yacía, lista ya para meterla en el ataúd, un pastor protestante había rezado ante su cuerpo.

—Padre que estás en los Cielos, perdona sus pecados a esta mujer. Recuerda que fueron pecados de amor y no de odio.

Brooke había interrumpido su plegaria.

—¿Es que puede haber pecados de amor? —había preguntado.

Y el pastor respondió agriamente:

—Su abuela era una mujer extraña. Aparentemente tan dócil, reservaba ciertas áreas de su vida totalmente para sí misma. Nunca se entregó completamente a Dios.

—Quiere decir que amó a los hombres —dijo Brooke abruptamente.

Él la miró frunciendo el ceño.

—Lamento que se lo dijera. Ahora la recordará en sus pecados.

—La recordaré como era —dijo Brooke—. Tenía el valor de seguir sus simpatías. Yo también lo tendré.

Y al recordarlo ahora, mientras caminaba por las polvorientas calles de la India, hubiera llorado por aquella soledad nueva, pero no lo hizo. No deseaba estar en ninguna otra parte del mundo más que en la que estaba. Esto... esto era seguir sus simpatías.

III

—Entre las dos la habéis echado —dijo Jagat con amargura.

Su esposa y su hija permanecían mudas. Estaban hablando casi en susurros, cuando él irrumpió como un huracán en el cuarto de estar de su esposa. A pesar de ser bastante modernas para mujeres indias, volvían al pasado cuando él se enfurecía. Se transformaban en seres sumisos que ni siquiera se atrevían a mirarle. Y así se quedaron, cada una en su sitio, Moti en su acostumbrado sofá de satén blanco, y Veera en el sillón de terciopelo rojo que algún antepasado había traído mucho tiempo atrás de Bélgica. Con la cabeza gacha esperaban a que pasara la tormenta.

—Vosotras dos —gritó Jagat— conspirasteis para un fin que yo sólo podía sospechar. ¿Por qué te has quedado en casa, Veera? ¿Es que han dado vacaciones en tu colegio? ¡Pues no lo sabía!

Veera contestó sacando fuerzas de flaqueza:

—Raj me dijo que... que...

—¡Raj! —estalló él—. ¿Acaso es ya mi yerno? ¡Que yo sepa no se ha celebrado ninguna ceremonia de matrimonio! Y si las cosas son así antes de que os caséis, Raj metiéndose en mis asuntos, y tú, Veera, tramando con él un complot contra mí...

Veera alzó la cabeza.

—Bapu, yo no tramé ningún complot. Vine porque me lo pediste, para ayudar a mi madre.

Pero Jagat se negaba a aplacarse.

—¿Contra quién? ¡Contra mí, parece! ¿Y de qué soy sospechoso? ¡Tu madre invita a una joven americana a que la ayude a descubrir a su hijo muerto! ¿Tengo yo la culpa de eso? ¡Veera, has infundido estúpidas sospechas en la cabeza de tu madre!

—Oh, Jagat —murmuró Moti—. ¡No digas que Jai está muerto!

—¿Pues qué quieres que diga, Moti? Eres irrazonable. Pero todas las mujeres lo son. ¡Y por eso ahora tengo que salir en busca de una americana que está buscando a mi hijo!

Veera reunió todo su valor.

—Quizá se haya marchado simplemente de la India y vuelva a su país. Es muy fuerte, Bapu. Muy fuerte, de veras. Está acostumbrada a hacer lo que quiere. No tiene familia.

La idea de que Brooke podía haber dejado la India no se le había ocurrido a Jagat. Sintió que la ira desaparecía de él y que un escalofrío le helaba las venas. A pesar de eso, procuró continuar con su furia.

—¿Te dijo ella que deseaba salir de la India? Si es así, ¡no se lo reprocho! Acosada por vosotras, no es de extrañar que acabara aturdida. A estas horas debe estar en Delhi o en Bombay, y desde allí tomará un avión... al Este o al Oeste, ¡Dios sabe! ¿No dijo nada?

Su mirada fue de la madre a la hija. Captó por un instante la peculiar expresión de

ambos rostros. Eran dos miradas llenas de preguntas, de dudas, de paciente cinismo femenino.

—¿Por qué me miráis así? —gritó.

Las dos mujeres inclinaron nuevamente sus cabezas. Ninguna respondió. Jagat esperó un largo momento y luego se puso en pie de un salto mascullando:

—Vosotras dos... vosotras dos...

Salió de la habitación, dio un portazo, y atravesó a grandes zancadas los pasillos de mármol en dirección a sus habitaciones. Entró y cerró la puerta con llave. Los criados vigilaban todos sus movimientos y, a menos que la puerta estuviera atrancada, alguno aparecería al cabo de unos minutos con café o fruta. Y no quería ver a nadie en aquellos momentos. Tenía que enfrentarse a solas consigo mismo. Necesitaba comprender hasta el fondo la expresión de aquellos dos rostros, el de su mujer y el de su hija. Sin que hubieran formulado ninguna acusación, sólo con aquella fría percepción, le estaban acusando.

—¿De qué? —gritó en voz alta a la habitación vacía.

Sus ojos cayeron sobre el retrato de su abuelo, el Maharaná que había sido nombrado caballero por la reina Victoria en premio a su extraordinaria lealtad hacia el trono durante un período de rebeliones locales en el que varios príncipes indios habían intentado librarse del omnipresente control del Imperio Británico. Frente a aquellos príncipes que se quejaban de que la llamada independencia de los británicos era puramente nominal, su abuelo había mantenido que a los príncipes les iba mucho mejor con los británicos que solos, un Estado contra otro, y cada príncipe teniendo que vérselas con sus inquietos súbditos. Pero este mismo abuelo había sostenido un harén, y ahora recordaba también la paciencia de su abuela mientras entraba en su casa una mujer tras otra, cada una más joven y bella que la anterior. ¡No había que extrañarse de que las mujeres indias heredasen ese cinismo ante los hombres! Aunque él personalmente quizá no lo mereciera, no podía escapar al castigo por los pecados del pasado. Y, cosa curiosa, los propios americanos estaban sufriendo en cierto modo la misma culpa delegada. Los americanos no habían construido imperios en Asia, ni habían reclamado nunca territorios o forzado tratados desiguales. Pero ahora, simplemente porque eran blancos en su mayoría, se les culpaba y hasta se les odiaba por todo lo que habían hecho los otros blancos. El destino hace que los inocentes compartan la expiación de las culpas pasadas. Los hombres mueren, pensó con amargura, pero las culpas les sobreviven hasta que alguien las expía. Había despertado en él un nuevo interés hacia América desde aquella tarde en Nueva Delhi, cuando conoció a la bella americana. En realidad, aunque no era muy aficionado a la lectura, había visitado la biblioteca del palacio y se había leído dos libros sobre historia americana, y así se había enterado de cosas completamente nuevas para él, por ejemplo, que la conquista de la India coincidió con la pérdida de las colonias americanas por parte de Inglaterra.

—Ustedes los americanos tienen una deuda con nosotros —le había dicho a

Brooke alegremente.

—Muchas deudas —había contestado ella—, pero ¿a cuál se refiere?

—Dudo que ustedes hubiesen alcanzado la independencia tan fácilmente si los ingleses no hubiesen tenido la perspectiva de un botín mucho mayor; trece colonias pobres y pequeñas situadas en una región salvaje contra nuestras riquezas en oro, joyas y mercancías finas.

Ella había sonreído. Le dolía recordar ahora esa sonrisa maravillosa. Brooke le había contestado entonces:

—Ustedes también regalaron otras cosas a nuestro Emerson y nuestro Thoreau, y éstos se las devolvieron a su Gandhi, de quien tomó después parte de su pensamiento nuestro Martin Luther King... ¡un práctico intercambio del espíritu!

Pero ¿qué tenía todo esto que ver con él ahora, salvo que aumentaba el encanto de aquella mujer? Era la primera con quien se había comunicado por un camino distinto al de la carne. Él no era un intelectual, sino, como solía decir, un hombre de negocios, pero era agradable poder hablar libremente con una mujer, sin referirse para nada al sexo. Sin embargo, Jagat tenía una mente lógica, como él mismo sabía bien, y se daba perfecta cuenta de la posición que ocupaba ahora en su propia casa. Nunca lograría convencer a Moti y a Veera de que no tenía ningún interés romántico en la joven americana. Era simplemente una viajera, una especie de turista, por muy diferente que fuese, un huésped de su hotel únicamente por casualidad. Medía con sus pasos la habitación, discutiendo consigo mismo. De pronto, impulsado ciegamente por un furioso deseo, ahora frustrado, se fue a la ventana para contemplar el paisaje, tan familiar y hoy tan significativo. El sol se reflejaba en el agua y, bajo la intensidad de su luz, el palacio de mármol se alzaba en medio del lago como una ascua llena de luz interior. Los obreros se movían de aquí para allá por galerías, plazoletas y terrazas. Vio la pequeña motora de Bert Osgood apartarse del muelle que había bajo su ventana y empezar a surcar las tranquilas aguas. Bert iba solo, con sus prisas de costumbre. La estela del bote se propagaba en amplias ondas que iban a romper contra las lavanderas de las gradas de la ciudad. Qué extraño y vacío le parecía el palacio... ¡qué extraño, qué extraño!

De pronto le sobresaltó una idea arrolladora. ¡El palacio le parecía vacío porque Brooke no estaba allí! Día tras día, sabiendo que no había prisa, se había plantado ante esta misma ventana para contemplar aquellas habitaciones que eran las suyas, aquella plazoleta donde ella tomaba sus comidas o descansaba al aire libre. Día tras día se había acercado a ella a través de sus gemelos alemanes, para, sin ella saberlo, examinar su rostro, su figura y hasta la forma de sus manos. Nunca se le había ocurrido pensar que eso era una invasión de su intimidad. Si ella deseaba permanecer en la intimidad, se hubiera dicho a sí mismo, que se quedara tras las puertas cerradas de sus habitaciones. Pero se transformaba en propiedad suya en cuanto salía al exterior. Comprendió con tristeza que seguía siendo muy indio, pero indio era y no deseaba ser otra cosa... indio y príncipe. De vez en cuando, en sus noches de

insomnio, y especialmente si había luna, se había levantado de la cama para contemplar el palacio con los gemelos. Dos veces se había visto recompensado. Dos veces la había visto, en su larga bata blanca, paseando por la terraza. Y una vez ella había interrumpido su paseo para mirar hacia donde él estaba, como si le viera. La luz de la luna, a pesar de su intensidad, no iluminaba bien su rostro, pero Jagat creyó sentir sus ojos sobre él, aquellos ojos violeta oscuro, enmarcados por sus negras pestañas, y el rubio cabello cayendo sobre los hombros.

Ahora se había ido. La había perdido. Se apartó de la ventana y suspiró. ¡No era posible que estuviera enamorado! Sería una locura demasiado grande, una subversión demasiado completa de toda su vida. Y sin embargo, nunca había sentido antes esta medio colérica, medio desmayada necesidad de una mujer. De una mujer, sí... él había tenido sus mujeres, había conocido lo que era encapricharse, pero nunca esta hambre profunda, esta sensación de privación porque ella no estaba allí, esta intolerable demanda, no sólo del cuerpo de mujer, sino de todo su yo, completo e inalterado, fuera cual fuese. Si esto es el amor, pensó medio enfadado, ¡resulta muy incómodo! Una simple necesidad física se satisfacía y olvidaba fácilmente, pero ¿cómo podría resolver esta confusión de su interior cuando ni siquiera sabía lo que era? Era una invitación monstruosa, una mujer no tenía ningún derecho a ser tan bella e inteligente al mismo tiempo, y cuando lo era sólo podía provocar la confusión en un hombre. Y además era americana, ¡uno de los pueblos que menos comprendía y, entre todos los de la tierra, el más opuesto al suyo! Últimamente había alimentado un saludable odio hacia los americanos, motivado en parte por las críticas que habían lanzado contra su bienamado primer ministro. Ahí estaba el asunto de Goa, por ejemplo. Los periódicos americanos se habían apresurado a acusar a Nehru de opresión... ¡qué hipocresía, cuando, durante once años, el anciano estadista había probado todos los demás medios de restaurar a la India este enclave que Portugal había conquistado y conservado durante siglos, a pesar de que los goanos clamaban por la integración, como le había dicho su mayordomo, el viejo Rodríguez!

—En realidad, Alteza —le había dicho Rodríguez—, yo no podía aguantar por más tiempo a esos estúpidos portugueses. Oh, sí, esperé porque sabía que Nehru pedía constantemente a los americanos que intercedieran ante Portugal y les suplicó que se retiraran cuando lo hicieron los británicos, con honor y respeto para todos. Pero los americanos fracasaron y yo abandoné mi casa. Ahora soy indio.

¿Y a santo de qué pensaba ahora en todas estas cosas cuando la única pregunta a la que le interesaba responder era si se había enamorado o no de la americana? Pero eran sus cualidades las que le empujaban hacia ella, era su atractivo total el que turbaba su espíritu y su cuerpo. Sí, por primera vez en su vida estaba enamorado y el darse cuenta de ello penetró en su corazón hundiéndole en una agonía.

—¿Tengo que sufrir esto también? —murmuró.

Porque de las dos cosas, muerte y amor, era el amor, este amor, lo que le resultaba más insoportable. La muerte era un final. No había más remedio que aceptarla porque

no existía apelación posible. Pero ¿y el amor? Vivía mientras vivieran los amantes. Sintió un placer dominador y salvaje. ¡Ella estaba viva! Dondequiera que estuviese, vivía, y él también. Se abalanzó hacia la puerta. Un momento... ¿quieres encontrarla? ¿Qué te ocurrirá cuando la encuentres, qué desorden, qué confusión, qué trastorno? El que ella fuese americana sólo podía acabar en catástrofe. Si fuese india, él se limitaría a añadirla al personal de su casa, de una forma más o menos vergonzante, quizá, porque era un hombre moderno. O, como indio moderno, podría mantenerla en un piso aparte, en Delhi, o a una distancia más segura, en Bombay, donde tenía intereses en unos estudios cinematográficos que su padre compró en cierta ocasión para olvidarse después de ellos. Pero él no podía ponerle a Brooke un piso aparte. Con una mujer distinta, o de otra clase, hubiera sido fácil, hasta natural. Pero con ella, con Brooke, con su espíritu sensible y activo, era absurdo pensar en tal falta de respeto. Además, el lugar donde ella estuviera, fuera cual fuese, se convertiría en el centro de su vida. Comprendió la cualidad peculiar y única de Brooke, su porte aristocrático, expresión exterior de su alteza de miras y su lejanía espiritual. Cualquier relación que pudiera mantener con ella sería formidable. Pero ¿quería iniciarla? ¡Mejor sería dejar que siguiera su camino, mejor que permaneciera como un episodio incompleto!

Pero aquella idea le resultaba intolerable. Salió precipitadamente de la habitación y, descendiendo al mismo paso los anchos escalones de mármol, abrió la puerta del muelle inferior, se subió a una motora vacía y, conectando el motor, cruzó a toda velocidad el lago alcanzando a Osgood a mitad de camino.

—¡Tengo que hablarle! —gritó.

* * *

—Alteza —dijo Osgood—, no sé adónde fue esa señora. Parece ser que alquiló un coche para que la llevara al aeropuerto.

—Telefonee —ordenó Jagat— y averigüe qué vuelo tomó y a dónde.

—Desde luego, príncipe —Bert estaba asombrado—, si eso es lo que quiere. Pero ¿no cree que es asunto suyo?

—¡Hágalo! —ordenó Jagat.

Entró con Bert en la habitación que éste utilizaba como despacho en el hotel y se dejó caer en una silla, con los oídos alerta para no perder una sílaba de las preguntas que iba a hacer. Le miró impacientemente mientras los telefonistas realizaban sus tediosas operaciones. Todas las puertas estaban abiertas y desde allí podía observar el asombroso cambio operado en el palacio del lago. Paredes y ventanas estaban terminadas. Los decoradores habían empezado su trabajo. Vio dos americanos, hombre y mujer, midiendo piezas de brocados de satén para las ventanas, y desempaquetando todavía algunos muebles. Debería haber estado aquí para ver cómo iban las cosas. De haber venido todos los días, Brooke no podría haber escapado a su conocimiento. Pero había sentido miedo de sí mismo, ahora se daba cuenta. Había

estado discutiendo en secreto contra sí mismo. Había alquilado dos veces el helicóptero para visitar en Jaipur a una cortesana con la que mantenía unas relaciones superficiales desde hacía cuatro años.

—¿De quién estás enamorado? —le había preguntado ella en la noche.

—¡No de ti! —había contestado él.

—No, de mí no —había replicado ella—. Te conozco demasiado bien, Alteza. Estás enamorándote de una extraña, de alguien a quien temes amar... o que no te ama. ¡No creas que puedes engañarme! El amor es mi negocio y los hombres son mis clientes.

—En ese caso, no sé su nombre —había dicho él.

Había cogido un mechón de los negros cabellos de la mujer y lo había dejado caer de nuevo tras llevárselo a los labios.

—Sabes su nombre perfectamente —había insistido la mujer—, pero no lo pronunciarás ni siquiera para ti porque tienes miedo. Dime, ¿es hermosa?

Jagat se había echado a reír otra vez y había seguido haciéndole el amor, rechazando sus nuevas preguntas.

Desde luego, ahora sabía a quién amaba y, sí, era hermosa.

—Se dirigió a Bombay —estaba diciendo Osgood—, pero no directamente... las comunicaciones no son buenas. Facturó el equipaje para el Hotel Juhu.

Jagat se levantó.

—Suficiente —dijo, excitado—. ¡Le avisaré de mi vuelta!

* * *

Las dos mujeres, madre e hija, permanecieron juntas en el cuarto de estar de Moti. Pasaron un rato en silencio tras la marcha de Jagat. Veera lo rompió al fin con una voz tranquila y decidida:

—Mamu, no volveré al colegio. Déjame quedarme contigo. He estado fuera demasiado tiempo. Necesito aprender lo que no me pueden enseñar en el colegio. La familia de Raj es india. Aunque viven en Bombay, no son indios modernos. Y creo que Raj quiere que yo sea una esposa india. Y me parece que yo también lo deseo.

Moti no levantó la cabeza.

—¿Cómo puedo ayudarte? —murmuró—. Todo está cambiado ahora... más cambiado incluso que cuando estaban aquí los británicos.

Veera se arrodilló a su lado, cogió aquella mano estrecha y lánguida entre sus manos jóvenes y cálidas, y la acarició.

—Deja que me quede al menos hasta que sepamos algo de Jai.

—Pero si ya lo sabemos —dijo Moti, bruscamente alerta.

Veera no replicó, pero siguió mirando al rostro de su madre.

—Si estuviera muerto —dijo Moti—; yo lo sabría aquí, en mi vientre, donde lo concebí y creé.

Retiró su mano y la presionó contra su cuerpo. De pronto se abrió la puerta y apareció nuevamente Jagat. Parecía tener mucha prisa.

—Si he de ir en busca de Jai, debo hacerlo en seguida —gritó—. Ranjit está haciendo las maletas. Él me acompañará. No sé por dónde empezar... Nueva Delhi, primero para buscar en los archivos militares. Quizá Bombay, el hospital donde yace herido el capitán del regimiento de Jai... perdió las dos piernas. Veera, puesto que has dejado el colegio y están tan cerca las vacaciones de verano, será mejor que te quedes con tu madre.

Se detuvo, las miró frunciendo el ceño y se pellizcó el labio inferior.

—Mira... podrías vigilar un poco a Osgood y los decorados. Yo me he descuidado... no sé lo que están haciendo, suben toda clase de cosas de los sótanos. Quiero que la decoración sea india, pero el confort americano... moderno, quiero decir...

Ellas no se atrevieron a responder ante sus ojos relampagueantes y sus cejas amenazadoras.

—¿No me has oído, Veera? —tronó.

—Sí, padre.

—Y seguramente —apuntó Moti suavemente— debemos posponer la boda.

Jagat se volvió hacia ella.

—¿La boda?

—La boda de Veera.

—Oh, sí... naturalmente. A menos que Veera...

—No me importa —dijo Veera—, Raj lo comprenderá. Vendrá a verme el mes que viene, en cuanto consiga su diploma. Piensa irse a Inglaterra después de que nos casemos. Podemos esperar hasta que vuelva.

—Tendrás que esperar —gruñó Jagat— ahora que estaré fuera en esa estúpida expedición.

Se sentía culpable hasta el tuétano y para disimularlo desplegaba su arrogante impaciencia ante las dos mujeres. ¡A ver si se atreven a protestar por alguna de sus decisiones! ¡Y sobre todo, que no se atrevan a mencionar a Brooke!

Pero, ante su sorpresa, Veera se atrevió,

—¿Irá la señora americana contigo, padre? —preguntó.

Lanzó una furiosa mirada al rostro inocente de su hija.

—¿Por qué me preguntas semejante estupidez? No sé dónde está.

—¿Cómo es eso? —murmuró Moti.

—Alguien la ofendió, así es eso —replicó Jagat—. Está ofendida y se ha ido. ¡Ya lo sabes!

Se había traicionado y Veera se aprovechó.

—¿Y qué importa que se haya ido, padre?

—Nada, salvo que era el primer huésped de mi hotel. Tiene relaciones. Es rica. Le dirá a la gente que venga o que no venga. ¿Qué le dijiste?

—Nada, padre... sólo... cotilleos.

—¡Pues es el cotilleo de las mujeres el que arruina los negocios!

Y con este humor de perros salió de la habitación. Cuando desapareció, ellas dieron un suspiro y se pusieron a hablar de otras cosas. Al cabo de una hora Veera se despidió de su madre para que descansara. Se sentía inquieta y, siguiendo un impulso, ordenó que un bote la llevara al palacio del lago.

* * *

Bert Osgood estaba en la alcoba de vidrio del palacio del lago, desempaquetando un inmenso candelabro, comprado un siglo antes en Europa y abandonado después a su suerte en los sótanos. Cubierto de polvo e irritado por el calor, prodigaba sus gruñidos entre la media docena de ayudantes indios y los decoradores americanos que habían venido de Nueva York para acabar de convertir el palacio en un hotel moderno.

—Pues claro que nadie usará esta alcoba de cristal —estaba diciendo—. Es tan obscena que resulta divertida. Imaginaos un viejo maharajá metido con su último amor en esa gigantesca y absurda cama de cristal, engrandecidos por esas paredes de espejo y ese techo de espejo... Oh, señor, habría que ver a ese par, visibles por arriba, por debajo y en las cuatro paredes...

Le interrumpió una voz de plata que procedía de la puerta abierta.

—Probablemente, ella era muy bella.

Alzó la vista. Veera estaba en el umbral, envuelta en un sari de seda color rosa perla, con una orla de plata que hacía juego con las sandalias. La reconoció en seguida y enrojeció.

—¡Miss... Miss Veera! —balbuceó—. Me coge usted en un momento espantoso. Estoy... estoy muy sucio, como puede ver, oh, ésta es Alpha Barron, de Nueva York, y su marido... son nuestros decoradores.

Veera inclinó ligeramente la cabeza, sonrió y se recostó contra el marco de la puerta, con una expresión fría e indiferente.

—No había visto nunca estos muebles de cristal, pero había oído hablar de ellos. Mi abuelo los compró para su concubina griega, pero ella se ahorcó antes de que hubiera tiempo de desembalarlos. ¡Es fantástico que los saquen ahora de los sótanos!

—No pensamos usarlos —dijo Bert. Se secó el rostro con un pañuelo, ensuciándolo desesperadamente—. Bueno, quiero decir que sólo los utilizaremos con fines de exhibición. Esta parte del palacio será una especie de museo. He puesto aquí todo lo que tiene valor como curiosidad.

—Son cosas muy bellas —señaló Alpha sin aliento.

Era joven y despierta. Llevaba el pelo, teñido de rubio, recogido en un moño, y la falda muy por encima de las rodillas. Habitualmente se olvidaba de su marido hasta que lo recordaba de pronto y lo arrastraba a la conversación. Era un joven de rostro

redondo, pantalones muy ajustados, y camisa clara de sport.

—¿No lo crees así, Ronnie? —dijo ella, recordándole.

—Oh, sí, muy bellas —convino él, mirando a Veera con los ojos como platos.

—Le encantará la tapicería —continuó Alpha, siempre sin aliento—. La he hecho con este pesado brocado de satén, lo hemos encontrado a piezas en el sótano... ¡y es francés!

—Mi abuelo iba con frecuencia a París —dijo Veera, indiferente como siempre hacia los extraños. Se volvió a Bert—. ¿Qué ha sido de su primer huésped?

—¿Miss Westley? Al parecer, le dijo al empleado de recepción que estaría fuera unas cuantas semanas.

—¿Volverá?

—Dijo que quizá sí... o quizá no.

—¿Dijo adónde iba?

—Dijo algo sobre Bombay.

—¿Y dijo por qué se iba?

—No. No se lo pregunté. Pero fue algo repentino. No dijo una palabra de marcharse hasta que de pronto lo empaquetó todo. ¿Está Su Alteza por aquí, Miss Veera?

—Estaba con nosotros hará una hora más o menos.

Veera dejó que su mirada se posara sobre el polvoriento rostro de Bert, desafiándole en silencio a pensar lo que quisiera, pero sin hacer más preguntas sobre su padre. Lo que ella vio en sus ojos fue una sencilla y desnuda admiración hacia ella; se cubrió la cabeza con el borde del sari, sin ocultar una brizna de su belleza, al contrario, aumentándola. Bert no estaba pensando en su padre, como podía ver y pretendió no ver.

—M-miss Veera —balbuceó él—. Po-podría, ¿le gustaría ver algunas habitaciones que ya hemos terminado?

—Desde luego. He oído hablar a mi padre sobre su trabajo.

—Entonces... por favor, Alpha, tú y Ronnie seguid con eso... volveré en seguida. Si me excusa un minuto, Miss Veera, cuando llegemos a la otra ala, me lavaré la cara... estoy tan avergonzado de que me haya sorprendido así...

La guió, cogiéndola del codo mientras hablaba, y a la entrada de un ala del palacio la dejó en el corredor y se metió por una puerta. Ella oyó el sonido del agua al correr. Unos minutos después reapareció, limpio y colorado, bien peinado el rojizo cabello y la acostumbrada sonrisa jovial en el rostro.

—Vaya, ya me siento mejor. Debí cambiarme de camisa, pero no quise hacerla esperar más tiempo. Espero, en realidad, deseo su opinión sobre todo lo que estoy haciendo. Quiero que el decorado sea indio, pero los servicios americanos... modernos hasta la última tuerca, todo confort y comodidades, pero todo hecho con estilo... con estilo indio. Ya veremos si lo hemos logrado... Alpha es tan extremista a veces... es tan importante no pasar nada por alto... y hemos tenido mucha suerte al

encontrar esas cosas fabulosas en los subterráneos... todavía embaladas en sus cajas la mayoría, y protegidas del desgaste. Será fabuloso, todo el palacio...

Su conversación era algo incoherente, pero Veera encontró encantadora su juventud y aquella actitud de adoración. Raj nunca la adoraba. Lo hubiera considerado indigno de él. Pero los americanos, según había oído, eran como éste. Adoraban a las mujeres, empezando por sus madres. Ahora la estaba mirando, con la mandíbula colgante.

—¿Ha venido de vacaciones a casa, *Miss Veera*?

—No —dijo ella, decidiéndolo de pronto—. He terminado mi educación. No volveré al colegio.

Él titubeó.

—He sentido muchísimo lo de su hermano. Sólo le había visto dos veces...

—Sí. Estoy en casa en parte por eso. Mi madre no es la misma desde que... nos enteramos.

—Ni su padre tampoco, si me permite decirlo. No se ha tomado el mismo interés aquí...

Ella evitó la respuesta por un instante. Después decidió decírselo.

—Mi madre está segura de que mi hermano no ha muerto. Insiste en que mi padre vaya a buscarle.

Se detuvieron en medio de un estrecho corredor.

—Oh, vaya... —balbuceó Bert contemplando aquella cara tan bonita—. ¿Y cree usted posible...?

—No lo sé —dijo ella, mirando sus honestos ojos azules—. Los indios somos muy extraños. ¡A veces sentimos ciertas cosas! El caso es que mi padre va a ir... quizá se haya ido ya.

—¿Y a dónde...? Tiene idea...

—No lo sé. No tendremos más remedio que esperar.

Permanecieron mirándose, muy juntos en el estrecho pasadizo. Ella parecía completamente pasiva, como si estuviera esperando a que él hiciera algún movimiento hacia ella. Bert no conocía a las chicas indias y mucho menos a una como ésta, y en cualquier caso un hombre no puede abrazar de buenas a primeras a una princesa como si fuera una vulgar... una vulgar...

—Será mejor... hay unos escalones aquí... permítame.

Frente a ellos descendían unos escalones de mármol. Bert se adelantó, luego se detuvo y la cogió de la mano para ayudarla a bajar. Sintió que la cabeza le daba vueltas.

* * *

Cuando ella se marchó, y mientras contemplaba su bote surcando las tranquilas aguas, sintió la necesidad, desconocida hasta entonces para él, de meterse solo en una

habitación vacía, y allí, oculto a las miradas de los demás, descubrir qué estaba ocurriendo exactamente en su ser. Hasta ese momento había considerado a la India simplemente como un nuevo lugar donde hacer negocios y ejercitar sus cualidades de buen vendedor. Era un americano tan químicamente puro, tan sencillamente construido, tan local por naturaleza, que en cualquier lugar del mundo seguía siendo exclusivamente eso, un americano. Iba y venía por las calles de Amarpur como si estuviera en la arteria principal de la pequeña ciudad de Ohio donde había venido al mundo y se había criado. Se comportaba con los indios como se comportaba con sus compatriotas, ante la extrañeza, diversión y risas de aquéllos. Le querían sin comprender lo que decía y se lo perdonaban todo porque les hacía reír. Intensamente humano, percibían que era tan humano como ellos, y los niños le rodeaban y le seguían desde el momento en que, tras cruzar el lago, ponía el pie en las gradas de la gran puerta de mármol de la ciudad.

Él se daba cuenta de todo esto y lo recompensaba encariñándose cada vez más de aquella gente, en forma algo vaga, concediéndoles que, extrañamente, se diferenciaban de las personas que había conocido en su patria. Pero, a pesar de ello, ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de mirar algún día a una hembra india como si fuera una mujer. La última vez que había estado en Nueva Delhi, llevado por una curiosidad que consideraba normal pero adolescente, había visitado la Calle de las Prostitutas y le había asqueado el espectáculo de aquellas mujeres encerradas en jaulas alineadas, expuestas a las miradas y las opiniones de los hombres que pasaban. Algunas mujeres incluso estaban acompañadas de niños. En el fondo de cada jaula había una esquina separada por cortinas, donde se metía el cliente masculino que había escogido aquella mujer. Aunque la prostitución conservaba cierta fascinación para él, Bert no tenía estómago para esta clase de excesos. Había abandonado la calle lleno de indignación, tras dar una rupia al niño de una de las jaulas y rechazar la incitante sonrisa de la mujer. Había salido de allí negando enérgicamente con la cabeza.

Pero esta muchacha, esta Veera, era una princesa de verdad. Se sorprendió a sí mismo recordando la mirada de sus líquidos ojos oscuros, las comisuras profundamente recortadas de su boca maravillosa, su voz suave y acariciadora. Hay en ella algo, pensó, algo que invita a un hombre, pero inocentemente. Se quedó allí, como transfigurado por sus pensamientos. Después se sacudió como un perro.

—Vamos, Bert —murmuró—. Has venido aquí para hacer negocios y nada más. Y volvió a su despacho.

* * *

En cuanto a Veera, regresó al palacio y a sus habitaciones. Abrió el cofre donde guardaba sus saris y empezó a contarlos. Su vieja aya, siempre pendiente de lo que hacía, se acercó.

—Pequeña —exclamó—, ¿por qué estás contando tus saris? Yo puedo decirte cuántos tienes: ciento doce.

—Quiero verlos —dijo Veera—. Le regalaré alguno a tu hija. Quiero por lo menos cien saris nuevos cuando me case.

—Cuánto se alegrará mi hija —exclamó la vieja y, juntando sus palmas, hizo el gesto tradicional de agradecimiento.

Veera sonrió en silencio. Se casara o no con Raj, se divertiría con sus nuevos saris. Le había gustado aquella mirada de franca admiración en los azules ojos del americano. Tenía un componente de adoración que nunca había visto antes, y desde luego no en los ojos de Raj, negros y vivos, expresando seguridad y quizá anticipándose en sus deseos, pero nunca reverentes. En la India no había diosas, al menos ninguna a la que se adorara con amor. A Kali se la adoraba con miedo, pero su rostro vengativo y cruel no podía ser amado.

—No cojas ninguno de éstos, los oro y plata —le dijo al aya—. Ni tampoco de los blancos.

Aquella noche, mientras estaba sentada con su madre en la terraza, solas salvo la presencia del muchacho *punkah* que se mantenía a prudente distancia, habló como si el calor nocturno la hubiera dejado sin aliento.

—¡Mamu, me alegro realmente de que se aplace mi matrimonio!

—¿Por qué?

—Quiero esperar hasta que desaparezca la pena de mi corazón. Me gustaría ir a la boda con alegría. Me parece más justo para Raj.

Moti reflexionó un momento.

—En cualquier caso —dijo al fin—, no podemos hacer nada hasta que vuelva tu padre.

—¿Cuándo se marcha?

—Mañana, antes del amanecer.

—¿Cuándo volverá?

—¿Quién sabe?

El silencio cayó de nuevo, más pesado que antes, hasta que Veera no pudo soportarlo. Se levantó del asiento.

—Vámonos a la cama, Mamu. Hasta la luz de la luna parece caliente esta noche.

—Buenas noches, hija —contestó Moti.

Alargó su mano fría y delgada, y Veera, deteniéndose, se la llevó a la mejilla.

—Buenas noches, Mamu.

* * *

Jagat encontró a Brooke a la orilla del mar, en Juhu, tras una hora de búsqueda. Nadie supo decirle dónde estaba, aunque al parecer todos la conocían en el hotel. El recepcionista le informó que no estaba en sus habitaciones. Sí, desde luego, estaba en

el registro, pero nunca respondía al teléfono. Envió un criado a la séptima planta con una llave maestra. Abrió la puerta de su «suite» y volvió para anunciar que ella no estaba allí, aunque las maletas estaban deshechas y las ropas colocadas en los armarios. Un camarero de la terraza afirmó que había desayunado allí, al menos dos horas antes. Fue el mozo de playa quien, al oír la discusión, dijo que se estaba bañando en la playa y que estaba cada vez más preocupado porque faltaba menos de hora y media para la marea alta y sería arrastrada hacia alta mar por muy bien que nadase.

—¡Tráigame un bañador! —gritó Jagat—. Iré a buscarla.

El mozo de playa señaló una motita, bastante lejos de la costa, y Jagat se zambulló en las templadas aguas, llegó hasta ella y la obligó a nadar delante de él en dirección a la orilla.

—¿Cómo puedes ser tan loca? —jadeó. El agua salada y amarga le picaba en la garganta—. ¡No sabes lo peligrosa que es esta bahía!

Brooke se dejó caer en la arena.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Pregunté en el hotel, naturalmente. Pero ¿por qué Bombay?

Ella se tumbó boca arriba.

—Quería alejarme de mí misma, y aquí no conocía a nadie.

Le miró con franqueza, y él examinó sus ojos violeta y las oscuras pestañas mojadas.

—¿He hecho algo para que me odies? —preguntó Jagat.

Ella negó con la cabeza. Él continuó:

—¿Tiene algo que ver conmigo el que tú estés aquí?

Brooke consideró la pregunta.

—La respuesta es sí. Pero lo importante es: ¿hasta qué punto?

—¿Hasta qué punto qué?

—Hasta qué punto tiene que ver contigo.

—¿Hasta qué punto tiene que ver conmigo el qué?

—El que yo quisiera escapar.

—¿Escapar?

—Sí. Soy hija de la luna, nacida bajo el signo de Cáncer.

—¡No me digas que crees en esas tonterías!

—No, en realidad no. Pero los hijos de la luna se retiran por instinto.

—¿Cuándo?

—Siempre que no saben responder a sus propias preguntas.

—Estás diciendo que quieres huir de mí.

—Sí.

—¡Y por eso te ibas a lanzar al mar!

Ella se echó a reír.

—No exactamente... estaba intentando sentir el momento exacto en que cambia

la marea.

—Suponte que entonces hubiera sido demasiado tarde. Después de todo, éste es un mar indio. ¿Cómo ibas a saber su pulso?

—Eso lo hace más excitante.

—¿Esa excitación es aplicable también a los seres humanos?

—No en general.

—¿Y a mí en particular?

Había conocido a mujeres blancas en Londres y París, pero no era la blancura de Brooke lo que ahora despertaba su interés. Ni tampoco su belleza. Contempló la gracia fuerte y ágil de su cuerpo, la suavidad de su piel, la perfección de los detalles de su constitución, pero sintió el poderoso atractivo de su ser por encima de todo eso. Hasta entonces no le había arrastrado el deseo de conocer la persona que había dentro de la mujer, pero ahora, ante su sorpresa, pensaba en ella dejando totalmente aparte su feminidad.

—Sí —dijo ella al fin—. A ti en particular.

Había permanecido de pie ante ella, pero ahora se echó a su lado. ¿Qué debía decir? Tumbado allí, sobre la arena caliente, con su corazón latiendo aún aceleradamente por el esfuerzo realizado contra el mar, se sentía en aquel momento enfrentado a la invencible fuerza de la personalidad de Brooke. Parecía tranquila, ausente, casi despreocupada, pero él sabía que no era verdad. Estaba hablando en un tono bajo y concentrado, a él y a sí misma.

—Tú eres un extraño para mí. No tengo ningún deseo de conocerte y, sin embargo, anhelo estar contigo donde tú estés. Ni siquiera comprendo qué clase de hombre eres, porque no conozco tu país ni tu lengua, pero sé que te he estado buscando toda mi vida. No sé lo que sientes hacia mí, y eso debía preocuparme, pero no me preocupa. Mi mitad de mundo no es la tuya, ni la tuya es mía, y sin embargo, hasta que nos conozcamos por algún medio que aún no sé cuál es, no estaremos completos. Tú eres viejo... sí, lo eres, porque la edad de tu pueblo está en ti, y yo soy joven, porque mi pueblo es joven y juventud es lo único que tenemos, pero hasta que nos enseñemos el uno al otro todo aquello que no sabemos, no podremos saber lo bastante para vivir, quizá ni siquiera para sobrevivir. Y no sé lo que estoy diciendo ni por qué, salvo que allí donde estés tú, tengo que estar yo también.

Él escuchaba estas palabras como si oyera únicamente una voz en la oscuridad, tan completamente excluido estaba todo lo demás de su consciencia. El sol brillaba sobre unas aguas tan azules como las del Mediterráneo, pero él no las veía. Un santón que paseaba por la playa gritando su cantilena se detuvo para contemplarles, pero Jagat no era capaz de percibir otra presencia. Cuando habló fue para decir algo tan banal que le dejó horrorizado al escucharlo en su propia voz.

—Tengo mujer e hijos.

Ella respondió inmediatamente y con firmeza:

—No pido ser ni tu esposa ni tu hija. Lo que yo haya de ser para ti —si es que he

de ser algo— es enteramente aparte. Me haré mi propio lugar.

—Pero ¿qué lugar?

—¿Cómo voy a decírtelo si no lo sé?

—Quieres decir... ¿Amor?

—¡No en el sentido que tú le das!

—Sólo hay un amor entre un hombre y una mujer.

—No sé si lo que siento hacia ti es amor. De momento sólo puedo llamarlo simpatía, la simpatía más fuerte que he sentido hasta ahora. Y yo sigo mis simpatías. Donde tú estás, allí estoy yo, en espíritu, si no en cuerpo.

Jagat se puso de pie y se la quedó mirando. Brooke estaba sentada ahora, jugueteando con los pies en la arena, su maravilloso rostro alzado hacia él, aquel rostro tan franco y honesto como el de un niño. Él le ofreció sus manos para ayudarla a levantarse.

—Vendrás *conmigo* —dijo firmemente.

Caminaron juntos a lo largo de la playa y subieron las escaleras de la terraza. Allí se detuvieron. Ella esperaba sus instrucciones.

—Saldremos a primera hora de la mañana —dijo él—. Esta tarde tengo que visitar el hospital donde está herido el capitán de mi hijo. Cenaremos juntos... ¿te parece bien a las siete?

—Sí.

Intercambiaron una mirada y se separaron muy serios. Ella fue a sus habitaciones, se bañó, se vistió e hizo las maletas con un estado de ánimo extrañamente sereno. Jagat había venido a buscarla. Era lo que ella esperaba y temía. Si viene, se había dicho, será un signo de reconocimiento. Él me conoce, como yo le conozco a él. Si no viene, entonces me he equivocado y debo seguir mi camino... ¿a dónde? A cualquier parte, quizá a otro país, buscando lo mío, descubriendo el lugar al que pertenezco.

No se sorprendió al verle aparecer de pronto en medio del mar azul. En aquel instante pensó que le había estado esperando. De hecho, estaba segura de él. Una simpatía tan fuerte como la que sentía por ese hombre no podía ser sólo suya. Su propia intensidad garantizaba la reciprocidad.

—Pero esto no es amor —insistió en voz alta—. Es algo más profundo y más fuerte, como si nos conociéramos desde hace mucho, mucho tiempo.

Quería estar sola y telefoneó para que le enviaran el almuerzo a su cuarto de estar. Allí, ante la ventana, encerrada en una habitación con aire acondicionado, comió con buen apetito y en paz. Había sido honrada con él, y lo sería siempre. La coquetería, el teatro, los juegucitos amorosos eran imposibles entre ellos. Nunca le ocultaría nada. Nunca pretendería nada de él.

* * *

El hospital estaba atestado de soldados heridos. A Jagat le costó su buena media

hora encontrar al joven capitán. Era muy joven, casi tanto como Jai. Estaba tumbado boca arriba en su cama, contemplando el techo. Una ominosa lisura bajo las caderas revelaba la desaparición de ambas piernas. Su rostro tenía la palidez esquelética del sufrimiento.

Jagat alargó su mano.

—Soy el padre de Jai.

El demacrado rostro se iluminó.

—Me habían dicho que estaba en Bombay, Alteza, pero no me atrevía a imaginar que viniera usted a verme. Desgraciadamente, yo no podía visitarle a usted. —Señaló la parte inferior de su cuerpo—. Al final tuvieron que quitármelas. Estaban gangrenadas.

—Lo siento —dijo Jagat con tristeza.

Pero el joven capitán rechazó la compasión.

—Oh, seguro que aprendo a valerme sin ellas. Después de todo no soy un ciempiés. Pero hablemos de Jai. Nos hicimos buenos amigos... él y yo teníamos el mismo origen principesco, aunque yo soy cuatro años mayor. ¿Sabe, señor?, creo que tenía un presentimiento. La noche anterior estuvimos hablando de Inglaterra. Yo había estado allí. Pero él dijo bastante meditabundo que nunca la vería. Cuando le pregunté que por qué, dijo simplemente que no podía imaginársela. Le pregunté qué quería decir y él contestó que un telón negro caía ante los ojos de su mente y que, en su opinión, eso significaba que nunca saldría de la India, por mucho que quisiera ver otros países. Era algo completamente nuevo y creía que significaba la muerte. Entonces hablamos de la reencarnación, ya sabe, y prometimos que nos comunicaríamos de algún modo si alguno moría y vivía en el más allá. Aún no he tenido noticias tuyas, pero ¿quién sabe? En cualquier caso, creo que tuvo un presentimiento real. Los chinos estaban tan bien armados. Siempre lo mismo...

—Murió tan rápidamente... —dijo Jagat.

Tenía un nudo en la garganta.

—Como esto —el joven capitán hizo una castañeta—. Encabezaba a los hombres que subieran a la colina después de mi caída. Un chino le tiró una granada a corta distancia. Desapareció en un instante.

—Me alegro de que fuera así, si la muerte era su *karma* —dijo Jagat.

—Era valiente —dijo el joven capitán—. Podía contar con él para sustituirme.

—Sí, era valiente —convino Jagat—. Y no es que no supiera lo que es el miedo, ya comprende. Solía llevarle conmigo a cazar tigres y tenía miedo... oh, sí, yo me daba cuenta. Pero nunca se rindió al miedo.

—Eso es valentía —dijo el joven capitán.

—Piense en usted ahora —le dijo Jagat—. Piense sólo en usted...

Se despidió pocos minutos después. El joven rostro daba señales de agotamiento. ¿Y qué más había por averiguar?

—Pero ¿cómo puedes aceptar eso? —preguntó Brooke.

Habían dejado el hotel. El coche atravesaba la estrecha avenida del otro extremo de Playa Juhu. En el extremo opuesto quedaba el hotel, sus lujosas «suites», sus terrazas bordeadas de palmeras, sus vistas al mar. Aquí estaban las chozas miserables, ocultas entre los espinosos matorrales. Un sol despiadado caía sobre los niños harapientos y las desastradas mujeres. La escena era deplorable en su pobreza, y, sin embargo, no resultaba triste. Esto se debía, Brooke lo percibía, a la gente, a su belleza que estaba por encima de sus cuerpos desnutridos. Sus ojos brillaban enormes bajo el enmarañado cabello, relampagueando con una extraña vitalidad que era fuertemente sexual. Una vez, cuando visitaba Río de Janeiro, había conocido en una cena-baile a un famoso científico. Había surgido entre ellos una breve atracción, inmediata y efímera, porque la simpatía no era lo bastante intensa. Habían charlado mientras bailaban; él había iniciado la conversación preguntando qué había hecho Brooke ese día.

—He visitado los suburbios —dijo ella.

El científico la había mirado con expresión preocupada, como este guapo indio había hecho un momento antes, este príncipe al que comenzaba a llamar mentalmente Jagat.

—Horribles, ¿verdad? —había preguntado animosamente el brasileño.

Ella comprendió el carácter defensivo de la pregunta. ¡Que no se atreviera ella a defender a su pueblo!

—Sí, muy horribles —había contestado serenamente—. ¡Pero sus ojos!

—¿Qué pasa con sus ojos?

—Tan vivos. Tan poderosos...

—Poder sexual —había declarado él—. Todos los que pasan hambre son fuertemente sexuales. Es una forma de la naturaleza para asegurar la continuidad de la vida. El cuerpo, desnutrido, sabe que morirá pronto. Por tanto, debe reproducirse cuanto antes y muchas veces. Esto explica la superpoblación de los países pobres, de la que usted y sus bien nutridos compatriotas se están quejando siempre.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jagat.

Ella le contó el episodio del científico brasileño.

—¿Crees que tenía razón? —preguntó Brooke al final.

Él se encogió de hombros.

—¡Quizá! Nosotros también creemos en la vida. El acto sexual es sagrado porque crea vida. Ésa es la razón de que hasta en nuestros templos más sagrados veas escenas de amor entre dioses y diosas. Y también verás símbolos fálicos, sagrados porque representan los órganos de la creación. Para nosotros el sexo es algo bello, alegre y carente de pecado.

Ella escuchaba, consciente de una indeseada excitación; le veía de perfil,

arrogantemente guapo. ¡Qué hombre tan extraño y difícil de entender! Sintió crecer en ella una emoción y tuvo que hacer un esfuerzo para no colocar su mano sobre las de él, aquellas manos morenas y fuertes. Brooke cambió de tema bruscamente, encontrando muy desagradables aquellas emociones.

—Mira ese muchacho tan exquisito... ¿no es una lástima que vaya desnudo y esté medio muerto de hambre? ¿Que no tenga ninguna posibilidad de educarse?

—Sea lo que sea, es su *karma* —dijo Jagat con firmeza.

Sintió un súbito resentimiento contra él. ¿Cómo se atrevía a ser tan atractivo para ella y no darle la razón?

—¡Es muy fácil para ti aceptar semejante destino en los demás!

—Lo acepto porque tengo que aceptarlo —dijo Jagat—. Pero no me olvido de ellos. Esas personas también son mis compatriotas, a su modo.

—¿Qué son?

—Pescadores... y contrabandistas de licores.

—¿Contrabandistas de licores?

—¿Es que no sabes que aquí existe también, aunque por razones diferentes, lo que los americanos solían llamar en cierta época Prohibición? Nuestra religión prohíbe el consumo de licores.

Brooke seguía enfadada con él.

—Pero yo he visto a tus otros compatriotas, a los ricos, haciendo amistad allí en el hotel con todos los occidentales para aprovecharse de su libertad para beber. ¡Hasta se acercaron a mí! Al principio pensé que era porque les resultaba... atractiva. —Se echó a reír—. Pero pronto me di cuenta. Lo hacían porque a mí se me permitía cierta ración de licor.

Jagat se mostró galante.

—¡Por las dos razones, sin duda!

—Pero ¿es necesario aceptar estas chozas? —dijo ella volviendo a su anterior estado de ánimo.

—Llevan aquí mil años. Destruídas por el viento y las tempestades, podridas por los años, son reconstruidas una y otra vez.

—¿Por qué?

—Por simple cobijo. Aquí es una razón suficiente. Espera a ver Calcuta. Allí la gente nace, vive y muere sin saber lo que es un techo bajo el que guarecerse.

—Pero ¿por qué aceptar eso?

Jagat se encogió de hombros.

—Somos artistas y aceptamos la vida tal como nos viene.

—Me desilusionas. Tu esposa no acepta la muerte de tu hijo. Así que te estás contradiciendo...

Aquella mañana los dos estaban sobre ascuas. Él se preguntó si ella sabía por qué y decidió que no. En cambio, él lo sabía muy bien. El día anterior se habían separado al anochecer, después que él había renunciado a sus esperanzas de aquel momento.

Jagat había percibido la forma cautelosa en que ella se defendía mediante frecuentes silencios y había optado por retirarse.

—Mañana tenemos que levantamos muy temprano —había dicho—, así que no debemos acostarnos tarde. Será un día largo y tendremos mucho tiempo para hablar.

Brooke se había levantado de la mesa tan rápidamente que él comprendió que su decisión era un alivio para ella. ¿Qué se había imaginado que ocurriría, si él no hubiese decidido acortar la velada? Sin embargo, alargaron la despedida en la puerta de la habitación de Brooke. Mirándola a los ojos, Jagat no había sido capaz de refrenarse enteramente.

—¿Qué es esto que hay entre los dos? —había preguntado—. Parece como si te hubiese conocido siempre.

—Una amistad —había dicho ella—. Y los amigos siempre están seguros de haberse conocido antes... la reencarnación y todo eso.

—¿Crees realmente en la reencarnación?

—Quizá haya creído siempre —dijo ella con sus sinceros ojos alzados hacia él.

Jagat permaneció allí, resistiéndose a liberar su mano, a permitir que la puerta se cerrara entre los dos. Le vino a la memoria un pasaje del Bhagavadgita que su madre solía contarle. Y lo repitió ahora con su voz sonora y clara: «Nunca va a un mal lugar el que hace el bien. Va a las regiones de la rectitud donde mora durante un sinnúmero de años y nace de nuevo en una familia afortunada... Y al nacer de nuevo, recuerda el conocimiento que anteriormente fue suyo y lucha con más ardor hacia la perfección».

Ella escuchaba absorta, y Jagat captó en su rostro una primera mirada de adoración. Aquello era nuevo para él, casi como una intoxicación. Moti nunca le había adorado.

—Buenas noches —había dicho cariñosamente—. Que duermas bien. Mañana nos veremos de nuevo... mañana y mañana y mañana.

El día anterior le había asustado la ternura que sentía hacia ella. ¿Era esto el anuncio de un nuevo tipo de amor? ¿O era que nunca había conocido lo que era amor? Pero esta mañana se sentía cambiado de nuevo, distante y quizá hasta un poco irritable, humor que, pronto se dio cuenta, corría parejas con el de ella, pero que en él lo interpretaba siempre de una forma bien sencilla. La noche anterior se había sentido sexualmente inquieto y había dormido mal. De madrugada incluso había acariciado la idea de llamar a su puerta o al menos despertarla con una llamada telefónica. Acostumbrado como estaba a ir al cuarto de Moti en cuanto sentía esa clase de deseo, el que esta mujer americana pretendiera que podía existir una simple amistad entre un hombre y una mujer provocó en él cierta hostilidad, aunque quizá no fuera más que impaciencia. Su irritabilidad vagabundó por los diversos problemas de su vida, la inacabable reconstrucción del palacio del lago, la absurda y voluntariosa reluctancia de Veera a casarse con Raj porque tenía unos cuantos pelos en las orejas, el extraño lazo religioso entre Moti y el padre Francis Paul, la carga que suponían para él los aldeanos de sus dominios, aquella región que ya no era responsabilidad suya en

ningún sentido salvo en el de que los aldeanos se negaban a librarle de su afecto hereditario y le obligaban con ello a procurar que no se murieran de hambre; y ahora, por encima de todo lo demás, la insistencia de Moti en que su hijo no había muerto. Ya había sido bastante duro soportar la muerte de Jai, y aquel sufrimiento, que había intentado ahogar, estaba resurgiendo única y exclusivamente por la negativa de Moti a aceptar el hecho evidente de la muerte de su hijo. La nueva emoción que le inspiraba aquella mujer occidental agudizaba sus sentimientos y hacía más insoportables todos aquellos contratiempos, que iban desde lo irritante a lo profundamente doloroso. Esa emoción afiló su determinación, de la que se avergonzaba secretamente, de no permitir, o al menos no desear, que ella viera los aspectos menos agradables de su pueblo que, por muy repulsivo que le resultara a veces, no debía aparecer como repulsivo a ojos de los extraños, especialmente ante esta bella mujer de la que no quería enamorarse.

Dejaron Juhu y siguieron hacia el aeropuerto, desde donde un desvencijado Viscount los llevaría hacia el Norte, a Mussoorie. Desde luego, no serviría para nada ir a ver a los refugiados de Darjeeling y Kalimpong, alejados como estaban del escenario de la guerra con los chinos, pero en algún lugar de los campamentos tibetanos próximos a Mussoorie quizá oyera noticias de labios de algún lama.

Brooke rompió a hablar como si estuviera leyendo en su mente.

—¿Tienes algún plan sobre dónde debemos ir?

—Existe un campamento de refugiados tibetanos en el Norte, y allí habrá lamas con noticias frescas de la frontera.

—¿Visitaste Darjeeling la otra vez?

—Sí, pero no por mi hijo, sino por mi hija. Su colegio está cerca de allí, un colegio famoso, fundado hace tiempo por los británicos para sus hijos, pero que ahora usamos también los indios. Veera ha ido allí varios años. No estoy seguro de que acabe sus estudios. Va a casarse y, ahora que se acerca el momento, no quiere dejar a su madre.

—¿No es muy joven para casarse?

—Nosotros creemos en los matrimonios tempranos, especialmente para las muchachas.

—¿Está enamorada?

—No se lo he preguntado.

Ella se calló. Caminaban ahora por el aeropuerto, hacia el avión que les esperaba, con el motor rugiente y las alas temblorosas. Tras ellos, un frágil mozo se tambaleaba con sus maletas, sudando copiosamente por todos los poros de su magro y negro cuerpo.

—No se lo has preguntado —repitió ella, incrédula.

—Es un matrimonio acordado —dijo él lacónicamente—. Como lo fue el mío.

—¿Quieres decir que no estabas enamorado de tu esposa cuando te casaste?

—Pues claro que no lo estaba —replicó—. Hubiera sido algo indecente por mi

parte. Mi esposa pertenece a una familia muy importante, casi tan noble como la mía. Aprendimos a... a apreciamos después de casados. Y creo que hemos sido felices. Ella ha sido una buena esposa, y creo poder decir que yo he cumplido mis obligaciones para con ella de forma igualmente satisfactoria.

Aceleraron la marcha, impulsados por la multitud que los rodeaba. Brooke estaba aprendiendo la diferencia que existía entre una muchedumbre de la India y otra de cualquier parte del mundo. La gente se movía aquí disfrutando alegremente con el movimiento mismo, por estar vivos, por comunicarse. Cada cual parecía seguir su propia dirección, y sin embargo, todos eran conscientes de la presencia de los demás seres humanos, o lo que es lo mismo, cada cual llevaba en sí mismo el contraste entre el alejamiento y la conexión, cada cual era una partícula simple e independiente, pero incrustada en un todo. Deseó comunicar a Jagat esta nueva impresión, pero se lo impidió su mano presionándola con urgencia en el codo.

—A prisa —dijo—. Tenemos plazas reservadas, pero no podría jurar por cuánto tiempo. Las tendremos seguras sólo cuando las ocupemos.

Entraron en el aparato y ocuparon sus asientos. Estaba lleno; muchos niños se apiñaban junto a sus padres y parientes.

—¿Es seguro? —preguntó Brooke llena de dudas.

—Por supuesto que no —contestó él riendo—. Nada en la India es seguro. Llevamos la vida en las manos.

Estaba abrochando el cinturón de ella. Le faltaba un extremo del broche, pero alguien, quizá una azafata, lo había sustituido por un gran imperdible.

—Bueno —dijo él recostándose en su asiento—. Ahora nada puede ocurrirnos. Estamos aquí, estamos juntos.

Brooke le miró para ver si las dos últimas palabras encerraban un significado especial, y decidió que no. Su hermoso rostro mostraba una expresión dulce y serena; sus cejas, siempre alerta y de rápidos movimientos, descansaban de momento. Él captó su mirada y se echó a reír otra vez.

—¡Sí, soy yo mismo, gracias! Me limito a constatar dos hechos. Estamos aquí, estamos juntos. Hasta ahí llego de momento. Dejemos que el futuro se cuide de sí mismo.

Una peculiar alegría se apoderó de los dos. Ella se sintió cómoda y hasta alegre.

—Respecto a la reencarnación... —empezó Brooke sin que viniera mucho a cuento.

En realidad, no había estado pensando en eso ni por lo más remoto, y la palabra acudió a sus labios por sí misma, tan asombrosamente que se detuvo.

—¿Qué pasa con la reencarnación? —preguntó él.

—Simplemente que hoy, por alguna razón, estoy dispuesta a creer totalmente en ella. Es la influencia de la India sobre mí. ¡Aquí me creo cualquier cosa!

—¡Quizá sea mi influencia sobre ti!

Si él esperaba o deseaba una muestra de coquetería, quedó defraudado. Brooke le

miró mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Sí, quizá seas sólo tú —convino.

Aquella breve palabra, sólo, le dejó parado. Desde que estaban sentados lado a lado, su mirada no se había apartado de aquella pequeña mano que reposaba descuidadamente sobre el regazo. Él había mantenido las suyas fuertemente unidas para no cogerla y acariciarla entre sus palmas. Ahora, cuando estaba a punto de ceder a sus impulsos, una azafata vestida con un sari verde se lo impidió. Le presentó una bandeja sonriendo.

—Alteza —dijo con pícaro énfasis—, nos complacemos en darle la bienvenida a bordo, a usted y a su bella acompañante. ¿Me permite ofrecerle un dulce? ¡Son muy buenos contra el mareo!

Jagat se volvió hacia Brooke.

—¿Un dulce?

Ella negó con la cabeza, pero él tomó dos pastelillos color miel. Mientras tanto la azafata miraba a Brooke tan ávidamente que olvidó marcharse.

—Vamos, vamos —dijo Jagat, incómodo.

—Oh, perdone —murmuró la azafata sonriendo.

La muchacha se alejó y ellos se miraron significativamente.

—Te conoce —dijo Brooke.

—Ahora también te conoce a ti. ¿Te importa?

—No estoy segura de lo que significa eso de que me conoce a mí también —dijo ella tras pensar un momento.

—Signifique lo que signifique... ¿te importa?

Sus ojos se encontraron de nuevo.

—No. ¿No te he dicho que eres una simpatía?

Los motores se habían puesto en marcha y el avión se movía lentamente primero, velozmente después. Se detuvo al final de su carrera, temblando durante un largo instante, mientras los motores rugían a toda potencia.

—Éste es el momento que temía —dijo Brooke con sus labios muy cerca del oído derecho de Jagat.

Él se volvió, acarició el suave mechón de pelo que cubría el oído izquierdo de Brooke, una oreja pequeña y bonita, la observó a placer y se inclinó hacia él.

—Éste es el momento que me gusta —dijo—, el momento del peligro.

Jagat vaciló un momento y luego ella sintió sus labios cálidos rozar su oreja al apartarse. Un segundo después habían dejado la tierra y surcaban el cielo.

* * *

La noche cayó sobre Nueva Delhi con una enorme luna engrandecida por el polvo anunciador de los monzones. Cenaron en el Ashoka y aplazaron el momento de levantarse de la mesa, conscientes los dos de las insistentes miradas que les lanzaban

desde otras mesas y decididos a ignorarlas. Los hombres se las arreglaban para pasar cerca de su mesa y acosaban a Jagat al pasar.

—Buenas noches, Alteza.

—Me alegro de verle tan bueno, Alteza.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo, Jagat, muchacho?

Él respondió a todos estos saludos con una fría sonrisa y un ligero movimiento de su mano derecha.

—Quieren que te los presente —le dijo a Brooke—, pero no tengo intención de hacerlo.

Las mujeres, en cambio, pasaban a distancia, observando a Brooke a través de las mesas.

—Aquí no hay intimidad posible —dijo Jagat al fin—, ni puedo ir a tu «suite», o tú a la mía, sin que los criados empiecen a murmurar. Veamos...

Meditó unos segundos y luego hizo una castañeta.

—Ya está... haremos lo mismo que la otra vez... Visitaremos nuevamente el Taj Mahal a la luz de la luna. La excursión a Agrá es muy agradable, ¿recuerdas? Pediré un coche.

Ella titubeó. ¿Se atrevía a utilizar la luz de la luna y el Taj Mahal? Esta vez sería peligroso. Era consciente ya de aquellos impulsos que era la primera vez que sentía hacia un hombre, de aquellas emociones que iban mucho más allá de una simple simpatía. Y existían todas las razones para no dejarse llevar de sus impulsos, o de sí misma. Ésa era la raíz de la simpatía y ahora de la atracción. A pesar de su inteligencia y de cierta arrogancia intelectual, los dos eran personas de capacidad emocional tan profunda que podían destruirse si el poder de las emociones se hacía invencible, si permitían que llegase a ser demasiado fuerte. Y sin embargo, en aquel momento, ella era incapaz de decidir si aquello estaba bien o no.

—¿Por qué vacilas? —demandó él.

—Me pregunto si no estoy un poco... cansada.

—Tonterías. No estás más cansada que yo. Pareces una rosa. Y si me voy ahora a la cama no me dormiré hasta el amanecer. Además, quiero ver el Taj otra vez, contigo. Hoy será diferente.

Ella se rindió, algo alarmada por el placer que le producía aquella dominante insistencia masculina, a ella que durante toda su vida había sido solitaria e independiente, que hasta aquel momento había censurado la dependencia en las otras mujeres.

—Coge un chal —estaba diciendo él—. Nos sentaremos en el banco de mármol para ver el Taj reflejado en el estanque. Nos reuniremos aquí dentro de quince minutos, ¡y no te olvides de quitarte esos tacones y ponerte unas sandalias!

—Sí, Alteza —dijo ella echándose a reír.

Un cuarto de hora más tarde se reunía con él, los pies desnudos metidos en unas sandalias indias y una estola de satén blanco, ligera como una pluma, sobre el brazo

derecho. El coche estaba esperando, el moreno chófer ante la puerta. Salieron de la ciudad y enfilaron la carretera de Agrá. El polvo del día, en constante agitación por culpa de las lentas carretas de bueyes, los rebaños de cabras de largas y negras patas y las caravanas de camellos que avanzaban lentamente entre los vocingleros automóviles, se posaba sobre la carretera, ahora casi vacía de tráfico. Los buitres que dormían sobre los descamados árboles que bordeaban la calzada aún seguían colgando como sacos negros, mientras el pálido resplandor de la luna iba iluminando las secas y áridas tierras de los contornos. El paisaje era todo quietud al final del día. Estaban sentados muy juntos, sin hablar. Jagat la cogió de la mano izquierda. Ella se sobresaltó al principio, pero no hizo ningún movimiento para retirarla.

—Probémosnos a nosotros mismos —dijo él—. Veamos si somos lo bastante fuertes para decir «hasta aquí y no más allá».

Ella no contestó y así permanecieron, con las manos unidas, sin mirarse. La luna seguía subiendo camino de su cénit. ¡Que no fuese ella la que descubriese ante este hombre las profundidades de su corazón! Retirar la mano sería confesar que no era lo bastante fuerte para dominarse. Y sin embargo, apenas era lo bastante fuerte. ¡Qué extraña, pensó, la facilidad y hasta el descuido con que había unido sus manos con las de hombres y muchachos que la habían invitado a bailar, a cenar, al teatro o a ver un partido de fútbol! Aquello no era nada, era lo menos que podía hacer de todo lo que ellos esperaban o deseaban, y no significaba nada. Pero ahora, ella mujer y Jagat hombre, el contacto de mano con mano era peligroso. ¿Qué significaría para él, un indio? Recordó que en cierta ocasión había conocido a una muchacha china en Washington, la hija de un embajador chino, y que aquella asiática se había negado a tocar la mano de un varón americano.

—Porque —le había explicado a Brooke— cuando la palma se une a la palma, el corazón se debilita.

En aquel momento Jagat se movió y dejó nuevamente su mano en el regazo con la misma suavidad con que la había cogido. No dio ninguna explicación y cuando, unos momentos después, habló, fue del Taj Mahal.

—Para nosotros los indios es algo más que una tumba, es el templo del amor mismo. Todos nos hacemos nuestro propio templo, pero me pregunto si el Shah Jehan no quiso hacer también un acto de contrición. Su esposa murió en su catorceavo alumbramiento, ¿recuerdas? Quizá no la trató lo suficientemente bien en vida. Quizá haya aquí una lección para nosotros: no esperar demasiado tiempo antes de hablar.

Esperó su respuesta, y esperó tanto que ella se sintió obligada.

—¿Qué tengo que decir? —preguntó.

—¿Qué deseas decir? —preguntó él a su vez.

—No lo sé. Honradamente, no lo sé.

—Hemos venido demasiado pronto —exclamó Jagat—. Debía haberlo pensado mejor.

Y ella tampoco tenía respuesta para esto.

Era casi medianoche cuando atravesaron la puerta del mausoleo. El recuerdo de la primera visita estaba aún fresco en la memoria de Brooke, pero el monumento no se le manifestó en toda su belleza hasta ahora. Allí estaba, bañado y suavizado por la luz de la luna, tan pleno, tan resplandeciente, que el edificio de mármol, refulgiendo de blanco, parecía flotar en el paisaje. Pero no, más que la luz de la luna, era su consciencia de la presencia del otro lo que impregnaba la belleza con un nuevo significado. Permanecieron mudos, contemplando el espectáculo y caminando lentamente junto a las tranquilas aguas, aproximándose al mausoleo y deteniéndose por fin a cierta distancia de él para sentarse sobre el banco de mármol que había enfrente. Ahora, instintivamente, se cogieron de la mano. Él soportó esa proximidad hasta que la tensión se hizo insoportable y tuvo que romperla. Se levantó y puso la mano de Brooke sobre su antebrazo.

—Vamos —dijo—. Acerquémonos. La luz de la luna es tan intensa que podremos ver los detalles de la talla. Está completamente cubierto de flores, perfectas pétalo a pétalo, con los centros de joyas coloreadas, auténticas, aunque no las valiosas piedras que el Shah mandó poner. Los rudos soldados británicos se llevaron hace mucho tiempo la mayoría, ¿recuerdas? Pero un inglés, un virrey, las reemplazó con piedras semipreciosas.

—Ya me lo dijiste la otra vez.

Se encaminaron a la tumba. Entraron. Ella sintió el mármol, cálido —se imaginó— gracias al dorado resplandor de la luna. Pero era frío y suave. Pasearon lentamente por la luz y las sombras, y al final descendieron a la cripta donde ardía una lámpara de aceite. Allí yacían juntos el Shah y su amada esposa, él obligado a compartir el lugar de descanso de ella. Quizá se alegró de ello en el lamentable final de su vida, en lugar de yacer solo en la magnificencia del mausoleo que había planeado para él.

La muerte demasiado reciente de su hijo entristeció a Jagat, y Brooke compartió su silencio. Subieron nuevamente los escalones y caminaron juntos, pero ya sin cogerse de la mano, hasta llegar al coche que los había llevado allí.

En la puerta exterior, ella se detuvo para mirar hacia atrás, una mirada tan larga que Jagat le preguntó:

—¿En qué estás pensando?

Y se detuvo, perplejo.

—No, no tengo derecho a invadir tus pensamientos.

Pero ella le contestó con la simple verdad.

—Estoy pensando que siempre debo recordar este momento, sea cual fuere lo que me tenga reservado la vida, por muchos desengaños que sufra.

Él titubeó antes de contestar:

—Y yo estoy pensando en Akbar, que perdió dos hijos mientras estaba aquí, en Agrá. Le llamaban El Grande, y con justicia. ¿Quieres que te hable de él? Fue contemporáneo de la reina Isabel I de Inglaterra.

—¿Quién, si no tú, me iba a hablar de él?

—Muy bien, vamos al coche. ¿Estás cómoda? ¡Pues adelante con Akbar! Era un hombre de mediana estatura, sólo medía cinco pies siete pulgadas, y detestaba la crueldad aunque la usaba cuando era necesario. Era inmensamente fuerte y muy valiente: mataba tigres a pie y montaba elefantes furiosos a los que nadie se atrevía ni acercarse. Era moreno, pero se decía que sus ojos «eran como el mar a la luz del sol». Fue un auténtico rey, de temperamento fuerte y voz poderosa. Una vez se encontró a un farolero dormido mientras estaba de servicio y ordenó que lo despeñaran por la muralla. Pero sabía controlar su genio cuando era necesario, y tenía unos modales encantadores. Sabía ser grande con los grandes y mezquino con los mezquinos. Quería ser el primero en todo, pero su mente era tan ágil y brillante que le resultaba muy difícil tener paciencia. Amaba las máquinas y le gustaba trabajar la madera y el metal y fabricar cañones y mosquetes. Un gran administrador... —recuerdo haber estudiado cómo controlaba todos los detalles—, ¡una verdadera lección para mí! Por la noche dormía sólo tres horas, pero no aprendió nunca a leer y escribir. Aprendía escuchando, y fue un místico toda su vida, muy inclinado, como la mayoría de las personas brillantes, a la melancolía. Intentó fundar una religión de Estado presidida por él mismo. Cuando murieron sus dos hijos, un santón musulmán le dijo que se fuese a vivir entre las rocas, en Sikri, donde tendría tres hijos vivos. Por eso construyó Fatehpur Sikri, la ciudad de la victoria. No está lejos de aquí.

—Llévame allí —dijo ella.

—¿Ahora? ¿A estas horas de la noche? —preguntó, asombrado.

—No quiero que acabe la noche —dijo ella.

Horas después vieron la salida del sol sobre las murallas de arenisca roja de Fatehpur Sikri. Brooke contempló con asombro aquella sólida estructura.

—¿Por qué la abandonaron? —preguntó.

—Porque no había suficiente suministro de agua. Fue la capital quince años solamente, desde mil quinientos setenta a mil quinientos ochenta y cinco. Pero el corazón de Akbar estaba ya destrozado. Dos de sus amados hijos, nacidos aquí, murieron jóvenes por culpa de su vida de excesos, y él no pudo hacer nada por salvarlos. ¡Muerte y sufrimientos... y todo por los hijos!

Ella ansiaba consolarle y no podía... no, todavía.

* * *

—La cuestión no está en que su hijo esté vivo o muerto, Alteza —le dijo el lama.

Era un hombre sorprendentemente joven. Aunque no sabía por qué, Brooke había tenido la idea de que todos los lamas eran viejos, pero éste era muy joven, veinticuatro años había dicho él mismo, al preguntarle Jagat la edad.

—Perdóneme —dijo Jagat—, pero ¿un hombre de veinticuatro años no resulta demasiado joven para ser sabio? Apenas es usted mayor que mi hijo. Y, sin embargo, me fue recomendado por sus superiores de Mussoorie.

Se habían detenido en la ciudad de las montañas para preguntar a los lamas del monasterio quién podría decirle algo nuevo de Jai.

—Ninguno de nosotros, Alteza —le había contestado el superior—. No somos reencarnaciones. Será mejor que avance otras quince millas hacia el Norte. Allí encontrará un joven lama que es una reencarnación. Vive solo con un hermano lego en un templo que hay al lado del camino.

Fueron allí, le encontraron y habían aceptado su invitación. Entraron en su morada y ahora hablaban con él, sentados en unos cojines.

—Yo soy la reencarnación de un famoso lama del Tibet —explicó el joven—. Además, desde que nací, he estado estudiando la muerte y el vivir de nuevo.

El lama hablaba tan seguro de sí mismo y tan sereno que parecía un eco del más allá.

Estaban en un templo pequeño y nuevo, construido en las afueras de una aldea situada al pie del Himalaya. El lama había bajado de las montañas con sus compañeros y su pueblo huyendo de los chinos que se estaban apoderando del Tibet. Hombres, mujeres y niños habían escalado cimas y atravesado pasos peligrosos, cubiertos ya de nieve y hielo. Con ellos vino su jefe y su inspiración, el joven Dalai Lama en persona. Entre sus seguidores estaba este joven lama.

—¿Qué es «vivir de nuevo»? —preguntó Brooke.

El lama la miró con ojos melancólicos, ojos rasgados como los de los mongoles, ojos no indios, observó ella, ni grandes, ni líquidos, ni de rizadas pestañas. Ojos misteriosos, el iris impenetrablemente oscuro, la córnea blanquísima y sin venillas de sangre, las pestañas espesas y rectas. Los ojos indios estaban, con demasiada frecuencia, nublados y enfebrecidos, con el blanco congestionado, pero los ojos mongoles eran serenos.

—Es nacer de nuevo en otro cuerpo humano. Es la reencarnación.

Ahora no la miraba, sus ojos estaban fijos en las manos de Brooke, cruzadas sobre el regazo. El lego les ofreció té caliente con mantequilla diluida, y ella lo probó.

—Bastante bueno —le susurró a Jagat, sorprendida.

El lama no bebió. Mantuvo el cuenco de plata entre sus pálidas manos, calentándolas. Pasó el tiempo en silencio. Esperaban a que hablase. De pronto, se volvió hacia Jagat y su voz aguda, incolora, flotó en el aire.

—Es demasiado pronto para que encuentre a su hijo en un nuevo cuerpo. Primero debe pasar por las tres etapas de la muerte.

—¿Qué tres etapas son ésas? —preguntó Jagat.

Estaba incómodo ante aquella presencia casi espectral. El lama permanecía sentado con las piernas cruzadas, en la posición de Buda, sobre una alfombra extendida en un estrado bajo de madera. La alfombra, tejida a mano, destacaba en la pobre y desnuda habitación con sus colores, granate, zafiro y jade. El lama vestía un tosco sayal color naranja, de un rico matiz oscuro contra el que su piel de cera

mostraba un dorado pálido. Tenía la cabeza completamente afeitada y sus ojos ardían en el rostro esquelético. Puso el cuenco de té sobre una mesa baja que había frente a él y colocó también sus manos en la posición de Buda. Entonces habló:

—La primera etapa de la muerte es morir. Cuando el que muere es joven, como lo era su hijo, y cuando la muerte es prematura y violenta, como lo fue la de vuestro hijo, entonces el que muere no sabe al principio que está muerto. Sigue oyendo las voces de los vivos, los ve aún vivos y piensa que es todavía uno de ellos. Los llama a gritos, les pide que le escuchen. Pero ellos no pueden oírle porque está muerto. Se inclinan sobre su cuerpo muerto, que él al principio no reconoce como suyo. Entonces, cuando ellos no le responden por muy alto que les grite «¡Ése soy yo!», él observa con más atención el cadáver y se reconoce a sí mismo. Ahora sí sabe que está muerto. Ésta es la primera etapa de la muerte: saber que uno está muerto.

El lama hizo una pausa. Cogió el cuenco, bebió un sorbo, y lo volvió a dejar. Jagat no dijo nada, tampoco Brooke. Contemplaban el rostro del lama con una mezcla de fascinación y temor. Jagat pensaba en Jai, revoloteando sobre su propio cuerpo sin vida, destrozado sobre la nieve. Y Brooke... ¿en qué estaba pensando Brooke? La miró. Parecía en trance. Miraba al lama, con los ojos muy fijos y los labios abiertos.

—¡Brooke! —dijo en un grito sin auténtica consciencia de que pronunciaba su nombre.

Ella giró la cabeza hacia él sin verle.

—Dile que continúe...

El lama siguió antes de que Jagat tuviera tiempo de pedirselo.

—La segunda etapa es de gran melancolía y temor. Vuestro hijo, sabiéndose muerto, se siente perdido en la soledad. ¿Con quién puede hablar ahora? Con nadie, sólo le queda huir del cuerpo sin vida que yace en el suelo.

El lama cerró los ojos y se quedó inmóvil cierto tiempo. Después suspiró profundamente.

—Veo su cuerpo —su voz era un susurro—. Oh, sí, un joven hermoso... pero muy mal herido. Sí, tiene medio volada la cabeza. Sólo el rostro está intacto, muy bello pero sin vida, como una máscara de la muerte. ¡Demasiado joven, demasiado joven! Huye de su propio cuerpo... no puede soportar verlo allí, medio congelado sobre la nieve. No le sirve de nada ahora.

—¿Cómo sabe que murió, si yo no se lo he dicho? —gimió Jagat.

—Yo veo... yo veo —susurró el lama.

Abrió los ojos. Su expresión era casi tierna. Se quedó mirando al vacío.

—¡En cualquier parte! Ahora no sabe adónde ir, pero sólo piensa en alejarse de ese cuerpo arruinado. Vagabundea, flota como una nube. Ésta es la segunda etapa, un tiempo de miedo y dolor. La soledad es demasiado pesada para sufrirla, y sin embargo, debe soportarla durante un tiempo... durante un tiempo.

Jagat se inclinó hacia delante. Se agarraba las rodillas con las manos con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos.

—Durante un tiempo —repitió el lama—, pero todo tiempo acaba. Cuando se acerca el final de la segunda etapa, escucha palabras de consuelo. Él no sabe si esas palabras proceden de otros o de sí mismo. Pero las voces le consuelan. «No tengas miedo —le dicen—, pues estamos siempre contigo. Consuélate que tus sufrimientos han pasado». Y ahora llega el momento de la gran elección. Es la tercera etapa de la muerte.

El lama hizo otra pausa, buscando lo remoto en su mente.

—¿La elección? —preguntó Jagat, perplejo.

—Las voces le guían —continuó el lama—. Le dicen que puede elegir entre nacer de nuevo o no hacerlo. Si decide no nacer de nuevo, entonces debe seguir su camino eterno hacia la divinidad. Si desea volver a la vida, entonces debe buscar el mundo de los hombres. Tiene que encontrar dos amantes en el divino abrazo de la concepción. Cuando el elemento masculino se reúne con el femenino, y en ese mismo instante, él debe entrar en la unión por la fuerza y reclamar el embrión como su morada para otra vida. Pasan cuarenta y nueve días desde la muerte a la reencarnación.

—¿Y puede elegir su nueva personalidad? —preguntó Brooke sin aliento.

El lama negó con su afeitada cabeza.

—Sólo puede elegir entre nacer de nuevo o proseguir hacia la divinidad. Y no puede haber aplazamientos, pues su sustancia cambia. Debe aprovechar su oportunidad donde la encuentre. Varón o hembra, nacerá según sea la oportunidad de su elección. Tiene que aceptar aquella vida que se le ponga a mano, con todos sus placeres y todas sus cargas.

—¿Cómo le reconoceré si nace de nuevo en forma de infante? —preguntó Jagat.

—Tiene que buscar —dijo el lama con firmeza—. Buscar primero por la región próxima a su hogar. Él ha huido del lugar donde murió. No desea ver su cuerpo muerto otra vez. Volverá a los lugares que conoce mejor, a los lugares de su niñez.

Al llegar a este punto, el lama miró a Jagat con un afecto nuevo y extraordinario.

—Vuestra sangre apenas fluye y vuestro corazón casi ha cesado de latir por el sufrimiento. Dejad que me dirija al muerto y os traiga un poco de consuelo. ¿Puedo hacerlo?

—Por favor... —contestó Jagat.

Y el lama invocó así a Jai:

—¡Oh, tú, nacido noble, escúchame! Ahora estás en la luz clara de la realidad pura. Ésa es su auténtica naturaleza. No tiene forma ni símbolo ni color y, en la auténtica realidad del Todo-Dios, está vacía. Tu intelecto ahora está vacío, pero no es la vaciedad de la nada. Es la inteligencia pura, la que da luz y está llena de bendiciones. Es la verdadera consciencia del Todo-Dios... Tu propia consciencia, lúcida, vacía e inseparable del gran cuerpo de luz, no tiene nacimiento ni muerte y es en sí misma la luz inmutable. Ésa es la verdad final: los dioses mismos no son sino la luz y el brillo de tu propia alma.

Aquello no consoló a Jagat. Exclamó:

—¡Oh, Santidad, nos robas nuestros dioses!

—Ah, hombre —replicó el lama—. ¿Acaso no comprendes que tu alma es la luz de la divinidad, y Dios es tu propia alma? ¡Ah, hombre! ¿Dónde está tu conocimiento de la vida? ¡Es mucho más fácil creer en las cosas que os ocurren que ver cómo vosotros mismos las obligáis a que ocurran! La parte animal del hombre lucha contra el reconocimiento de la verdad: que él mismo es el creador de las condiciones de vida.

Con esto el lama cerró los ojos y continuó hablando, pero ahora su voz era débil como si viniera de muy lejos.

—No es probable que su hijo se haya ido a países desconocidos. Los espíritus suelen sentirse atraídos por aquellos lugares donde sus cuerpos conocieron una mayor felicidad. Y como es tan joven, es también muy poco probable que no quiera nacer de nuevo. Son los viejos y débiles, los que mueren por la edad o la enfermedad, quienes se niegan a vivir y, acostumbrados a la soledad, prosiguen hacia la divinidad. Pero vuestro hijo no había conocido todavía el gozo de la masculinidad, no dejó hijos tras él, y no estaba completo. Por tanto, volverá, estará impaciente por vivir de nuevo, y por tanto no vagará. Entrará en la primera unión que encuentre, sea una choza o un palacio.

—¿Cómo le encontraremos? —preguntó nuevamente Jagat.

Su pregunta era sincera, aunque estaba perplejo, medio crédulo, medio escéptico.

—Usted tiene talismanes —replicó el lama—. Conoce los secretos de su niñez. ¿Qué le gustaba comer cuando estaba en su casa? ¿Qué cosas decía? ¿Tuvo algún pequeño accidente? ¿Le gustaba más un color que otro? ¿Recuerda los lugares en donde le gustaba jugar? ¿Cazaba tigres con usted, Alteza, y cuándo mató su primer tigre? Ésos son sus talismanes.

El lama se encerró en el silencio. Al cabo de unos minutos comprendieron que no lo rompería, así que se levantaron, hicieron el *pranam* con las palmas unidas, y salieron. Fuera, caminaron al frío aire de las montañas por el estrecho y áspero sendero. Jagat abría la marcha, Brooke le seguía, los dos reflexionando sobre los misterios que les había comunicado el lama. No podían creer en su fe, y sin embargo, la soledad de las montañas, la quietud del aire puro, las profundas sombras de los valles que se abrían al pie de aquellas escarpadas cimas y aquellos precipicios, daban crédito a las posibilidades de lo desconocido. Sin embargo, cuando Jagat habló, fue de algo completamente distinto.

—Después de ésta, ¿cómo la llamaría, *séance*?, me apetece hacer una visita al director del colegio de Jai. Es un inglés a quien respeto, y que en cierta ocasión hizo mucho por Jai. Es un hombre muy comprensivo. Estoy convencido de que conoce mejor a Jai que yo. Yo no veía en Jai más que a mi hijo. Además, Mr. Cranston hará de contrapeso del lama y todo ese misticismo. Estoy disgustado conmigo mismo por haberme dejado impresionar. Sigo siendo demasiado indio.

—Pero ¿por qué no? —replicó Brooke—. Yo también estoy impresionada, como

dices tú. En realidad, estoy dispuesta a creer que Jai volverá... a menos...

Se detuvo; sus ojos preguntaban.

—¿Qué? —dijo él.

—¿Preferirá Jai seguir buscando a la divinidad?

Jagat se echó a reír, incómodo.

—¡Oh, vamos!, a saber si el lama no había oído rumores sobre Jai, esos monjes se enteran de todo. Yo no esperaba ese montón de... basura.

—¡No digas eso! —exclamó Brooke.

—¿Por qué no?

—¡Porque no lo sabemos! Hay muchas cosas que no sabemos...

Le sorprendió ver lágrimas en sus ojos.

—Vamos, vamos —dijo—. Visitaremos al inglés. ¡Será reconfortante! ¡Tan realista... tan todo lo que los indios no somos! No me extraña que los amemos a pesar de odiarlos. ¿Por qué? ¡Porque los necesitamos!

* * *

—Sí —dijo Mr. Cranston—. Jai vino a verme antes de partir para el frente. Me llevé una sorpresa, pues no era un muchacho comunicativo... era bastante orgulloso, ya sabe. Al verle, uno nunca olvidaba que era su hijo, Alteza.

Estaban sentados en el despacho del director, en un edificio colgado de la ladera de una montaña, dominando los precipicios como el nido de un águila. Brooke estaba sentada cerca de una ventana. Desde allí veía las cerradas curvas de la angosta carretera sin pavimentar por donde habían llegado traídos por un huesudo y temerario tipejo cuyo único medio de vida era un desvencijado *jeep* americano, una reliquia abandonada por las tropas USA al fin de la Segunda Guerra Mundial. Sentada en ese vehículo que se desplazaba alegremente por el borde de un abismo que ella contemplaba con fascinado horror, Brooke se había agarrado con todas sus fuerzas a la mano de Jagat.

—¡Mira —dijo él, asombrado—, te suda la palma de la mano!

—No puedo evitarlo —había murmurado ella—. Estoy aterrorizada. Siempre me han dado miedo las alturas. Eso significa algo, ¿verdad?, pero no sé el qué. Y no me consuela decirme a mí misma que no me caeré; mi cuerpo actúa por su cuenta. Es miedo, y no sirve de nada que intente controlarme.

—Bueno, bueno —había murmurado Jagat acariciándola. Puso la mano de Brooke sobre su pecho—. Ahora estás segura. Recuerda que esta carretera la construyeron los británicos, que incluso ahora la recorren padres británicos y que los niños tienen que bajar la mitad de la ladera para coger el autobús.

El despreocupado chófer no fue de mucha ayuda.

—Alteza —había dicho alegremente—, ¡déjela que tenga miedo! La semana pasada un *jeep* se salió de la carretera. En cuanto a mí, rezo para que no nos crucemos

con otro vehículo.

Afortunadamente, no se habían cruzado con ninguno y habían llegado a tiempo de tomar el té inglés, con tostadas y pequeños bocadillos. Brooke comió, bebió y escuchó, sin olvidar por un momento el viaje de vuelta que tendrían que hacer.

—¿Qué le dijo Jai cuando vino a verle? —Estaba preguntando Jagat al director.

Mr. Cranston, seco e inglés como si nunca hubiera salido de su Sussex natal, sorbió un poco de té mientras recordaba.

—Recuerdo que le dije lo sorprendido que estaba de que se hubiese presentado voluntario en lugar de esperar a su quinta. Me contestó que, como hijo vuestro, nunca sería llamado a quintas y que por eso se había presentado, porque quería ofrecerse él mismo. Noté en él un profundo misticismo que nunca había observado. Cuando usted le trajo aquí era un deportista, un cazador de tigres, Alteza, y siempre le consideré... muy inglés, en cierto modo.

—Los Rajputs hemos sido cazadores de tigres desde la más remota antigüedad, señor —replicó Jagat.

—Exacto —convino Mr. Cranston. Se bebió media taza de té y la dejó sobre el plato—. Y Jai estaba orgulloso de haber matado su tigre. Pero después habló de su madre. No recuerdo haberle oído hablar de ella antes. Naturalmente, había visto a Su Alteza varias veces, una dama muy bella y afable. Pero hasta la última visita de Jai no me di cuenta de que también era hijo de su madre. Recuerdo que ella me había hablado en cierta ocasión de la otra vertiente de Jai. Me dijo que el muchacho aún no se había encontrado a sí mismo, que sospechaba que podía convertirse en alguien completamente distinto del que era entonces. Recuerdo que mencionó el mandala, el universo, floreciendo en múltiples formas, pero siempre Uno. Observé que era una mística, que creía en la reencarnación... De hecho ejerció una poderosa influencia sobre mí. Ella hizo que me pusiera a buscar por mí mismo qué verdad había realmente en eso de la reencarnación.

—¿Y llegó a convencerse? —preguntó Brooke con vehemencia.

Mr. Cranston no se mostraba muy seguro.

—No puedo decir que esté completamente convencido... de nada, ¿comprende, Miss Westley? Si uno es inteligente, duda cada vez que respira. Uno comprende que lo que no sabe es mucho más, infinitamente más, que lo que sabe. Pero hablando como un escéptico, lo cual no excluye la esperanza, diría que el tema ha preocupado a tantas mentes a través de los tiempos que resulta difícil rechazarlo sin más. Así que empecé a estudiar el Bhagavadgita y los Upanishads y, por Júpiter —se detuvo con una risa medio avergonzada—, he de confesar que me quedé tan asombrado, tan superado en realidad, por la sabiduría de esos autores, que consideré imposible que en el tiempo de una vida humana, gran parte del cual hay que emplearlo en la niñez y la adolescencia, por no mencionar el sueño y las inevitables funciones corporales como el comer, lavarse, etcétera, que esos hombres pudieran haber acumulado tanta sabiduría, fueran quienes fuesen.

—¿Había llegado usted a esa conclusión antes de ver a Jai por última vez? —preguntó Jagat.

Había escuchado con atención, inclinado hacia delante en su asiento, con las manos aferradas a los brazos del sillón.

—Sí, en realidad, sí —contestó Mr. Cranston—. Y recuerdo que Jai dijo algo bastante extraño. Dijo que estaba completamente seguro de que moriría en acción. ¡Hablaba con tal serenidad que me alarmé! «Querido muchacho —dije—, espero que tomarás todas las precauciones para que no te maten. Eres el único hijo de tu padre».

—¿Y él qué respondió? —demandó Jagat.

—Dijo: «Naturalmente que no haré nada por morir. Pero si muero —no, no, dijo—, cuando muera, me limitaré a seguir mi camino, cualquiera que sea».

Desde el exterior venía el griterío de los colegiales que corrían y jugaban al aire puro de la montaña. Habían acabado las clases y los niños jugaban en el jardín, cuyos muros se alzaban sobre un precipicio. Al contemplarlos, Brooke vio un niño de unos ocho o nueve años encaramarse al muro y andar por la parte superior.

—¡Oh, no, miren! —gritó—. ¡Se va a despeñar!

Mr. Cranston se levantó, abrió la ventana y gritó:

—¡Begley, baja de ese muro inmediatamente!

Esperó hasta comprobar que el muchacho obedecía.

Luego cerró la ventana y se sentó de nuevo. Un criado indio volvió a llenar las tazas de té y pasó una bandeja con rebanadas de bizcocho.

Brooke sintió que su corazón latía todavía de prisa a causa del susto.

—¿Nunca se ha caído un niño de ahí?

—Nunca —replicó el director—, salvo un niño que había ido a visitar a sus padres, durante un fin de semana hace varios años. Su casa está aún más alta que el colegio. Estaba caminando sobre el muro de su jardín, aprovechándose, pobre chiquillo, de que no se veía sometido a las reglas de colegio. Y esto me recuerda algo de Jai, él nunca se subió al muro.

—Porque le daba miedo —dijo Jagat.

—No, sencillamente no veía ninguna razón para hacerlo. —Mr. Cranston se comía su trozo de pastel a bocaditos mientras recordaba. Luego continuó—: Me sorprendió mucho enterarme de que Jai había leído los Upanishads y me resultó curioso que lo hubiera hecho en una traducción inglesa. ¡Eso es tan típico de los indios modernos! Buscan sus propios orígenes, pero no hablan sus propias lenguas. Tienen que usar ese inglés extraño y nuevo que les han enseñado.

—Supongo que fue su madre —dijo Jagat—. Cuando era pequeño, y le gustaba escuchar historias, le leía en voz alta los libros sagrados. Luego, durante cierto tiempo, se volvió hacia mí y se apartó de ella. Pero quizá regresara a ella de nuevo.

Mr. Cranston apartó su taza y se llevó una servilleta de lino a los labios. Después, como si meditara en voz alta, dijo:

—En el Katha Upanishad —traducción de Charles Johnston y, por cierto, muy

buena— hay un pasaje que dice más o menos así. —Cerró los ojos y cruzó sus manos delgadas y pálidas sobre su estómago ligeramente protuberante—. «El sabedor nunca nace ni muere, ni procede de ninguna parte, ni se convierte en nada. Nonato, eterno, inmemorial, a este anciano no se le mata cuando se mata al cuerpo... Más pequeño que lo pequeño, más grande que lo grande, este Yo está oculto en el corazón del hombre... Entendiendo a este gran señor, el Yo, sin cuerpo en los cuerpos, estable entre lo inestable, el hombre sabio no se aflige».

La suave voz inglesa, las palabras inglesas perfectamente enunciadas, expresando el espíritu indio, cayeron con ritmo musical en el aire quieto de la habitación.

Las voces de los niños eran distantes ahora. Se habían ido a otra parte a jugar, y sólo se oía algún grito o alguna carcajada ocasional. Mr. Cranston miró a sus visitantes.

—Creo que es todo lo que tengo que decir, Alteza... si eso le sirve de consuelo, le diré que Jai era mayor de lo que parecía, y aunque estaba lleno de vida, él se consideraba muerto. En realidad, miraba a la muerte cara a cara, aunque vivía todavía, y para él vida y muerte eran una misma cosa.

Se levantó y alargó la mano. A pesar de ser estrecha y descamada, su apretón fue enérgico y sincero, auténticamente inglés.

—Adiós. No debo retenerles. El sol se pone rápidamente en las montañas y la oscuridad se echa encima inmediatamente. No me gustaría que tuvieran que recorrer esa carretera a una media luz engañosa.

Los acompañó hasta la galería y allí se detuvieron para contemplar el cielo de poniente. El dorado globo solar era un cuarto creciente tras los agudos picachos de la cordillera. La penumbra casi ocultaba ya el fondo del valle que había en medio. Jagat estaba a punto de decirle a Brooke que se diera prisa en llegar al coche, cuando Mr. Cranston le puso una mano sobre el brazo.

—Alteza, ¿tiene otro hijo?

Jagat se detuvo, sorprendido.

—Únicamente mi hija.

—Veera, naturalmente —dijo Mr. Cranston—. Ahora recuerdo que Jai me habló de ella también. Está comprometida en matrimonio, ¿verdad?

—Sí, con un joven excelente.

—Jai sólo me dijo que no era un noviazgo por amor. Añadió que esperaba que usted no la obligara a casarse contra sus deseos. Déjeme recordar exactamente sus palabras. —Mr. Cranston se llevó una mano a la frente—. Dijo que la vida era demasiado corta —no, demasiado preciosa, ésa fue la palabra—, demasiado preciosa... para desperdiciarla sin amor.

—¿Jai dijo eso?

—Le aseguro que sí. Aquí, en los mismos escalones en que estamos ahora. Nos habíamos despedido ya y él se marchaba corriendo —ya conoce usted la forma que tenía de subir y bajar las escaleras— cuando, al parecer sin venir a cuento, pues no

habíamos hablado para nada de su hermana, se detuvo y dijo que dudaba que volviera a la escuela de Woodstock, y le contesté que lo sentía porque me habían dicho que era muy inteligente, y él dijo que era porque se iba a casar, pero sin amor, y que lo consideraba un error.

—Me sorprende que hablara de ella —dijo Jagat, tirante—. Su matrimonio es un acuerdo entre familias, por supuesto, pero ella fue consultada. Somos modernos, al menos hasta ese punto.

—Ah, bien —dijo Mr. Cranston apaciguadoramente, despidiéndose con la mano—. Me he limitado a comunicarle lo que dijo Jai.

Le dejaron. Jagat le dio nuevamente las gracias. En el *jeep* no vaciló ni esperó a que Brooke le ofreciera su mano. Las cogió y las retuvo entre las suyas. Cuando una curva muy cerrada de la carretera por poco los deja suspendidos sobre el abismo, apretó la cabeza de Brooke contra su hombro.

—Tápate los ojos —ordenó—. Yo miraré por los dos.

* * *

Veera y Bert Osgood charlaban en la terraza del palacio del lago inclinados sobre la balaustrada. Era medianoche y su madre dormía en la otra orilla, creyendo, mientras la desvestían, que Veera estaba ya metida en la cama, en su habitación del ala oeste. Pero Veera había esperado hasta que oyó cerrarse la puerta de las habitaciones de su madre y el prolongado suspiro de la vieja aya cuando se tumbó sobre la alfombra que había ante la puerta. Entonces se había envuelto en una capa blanca, había bajado corriendo la escalera interior y había atravesado ese pasadizo secreto utilizado por generaciones de antepasados masculinos cuando escapaban del conocimiento paterno para disfrutar a sus anchas de las noches de la ciudad. Como ellos, salvo que era una muchacha, abrió la puerta del cobertizo donde se guardaban las lanchas y subió a un bote, pero no a una ruidosa motora, sino a un antiguo *dory* manejado por un barquero cuyo silencio había comprado. Él había remado silenciosamente por las aguas hasta llegar al palacio del lago. Bert la estaba esperando... sólo medio esperándola, se decía a sí mismo, atormentado por un sentimiento de culpabilidad, pues nunca sabía cuándo vendría y, desde luego, él no la había invitado. Al fin y al cabo, era la hija de su patrón. No podía impedir que viniera si eso le apetecía, pero él nunca le pediría que lo hiciera. A pesar de ello, en las últimas semanas estos encuentros se parecían cada vez más a un *rendez-vous*. No eran seguros todas las noches, pero sí cada noche que ella conseguía escapar, y ella había establecido la contraseña de ondear un trozo de seda blanca en su ventana para anunciar su llegada. Sí, había que ser sincero. Todas las noches, antes de que oscureciera por completo, él miraba por si veía el blanco revoloteo de la seda.

—Al menos no soy como Jai —estaba diciendo Veera con su estilo tan positivo—. Jai moldeaba a todas las personas con las que estaba, mientras que yo... bueno...

¡yo espero que las personas se modelen a sí mismas para mí!

Bert se echó a reír.

—¡Eres una consentida!

Ella abrió los ojos, repentinamente seria.

—¿Lo crees de veras?

—Sí, pero me gusta —dijo Bert—. Hace que parezcas americana.

—¿Eso es un cumplido?

—Para mí, sí. Las chicas americanas son todas unas consentidas. Insisten en hacer las cosas a su modo. Pero a mí me gustan independientes. No estoy acostumbrado al tipo sumiso. Si una chica dice que sí a todo, el hombre no tiene nada de qué hablar.

Era consciente de que aquella discusión sobre hombres y mujeres era peligrosa cuando se mantenía con una muchacha con quien no tenía ninguna intención de casarse y que además era de una clase que no le aceptaría. Esto era una verdad como un templo.

—Las chicas de la India no son hoy tan sumisas... por lo menos no todas —dijo Veera.

Estaba provocativamente cerca de él. Sus hombros se tocaban. Él veía su pequeña oreja con aquel pendiente de oro y rubíes, la mejilla suave y pálida, el perfil, el labio inferior ligeramente más grueso que el superior, y todo esto rodeado por su rizado pelo negro. Estaba diciendo:

—Incluso bailamos con los hombres...

Él la interrumpió.

—¡Eh!, ¿por qué no bailamos, aquí, en la terraza? Tengo en proyecto una pista de baile al aire libre para los huéspedes aprovechando ese parapeto cubierto —supongo que lo llamaré torreón de mármol— para la banda. Ya hemos instalado aquí la luz eléctrica... espera, traigo mi tocadiscos.

A los pocos minutos estaban bailando al son de una rumba. Bert era lo bastante inteligente para captar el agudo contraste, tan bizarro, entre aquel edificio centenario, sede de reyes, y la música lejana y moderna. Pero el contraste no era mayor que el que existía entre él y la princesa que abrazaba, descendiente de cien generaciones. Su sentido romántico, siempre alerta, surgió con pasión. Aquel suave cuerpo de mujer, la belleza de la ciudad de mármol a lo lejos, blanca bajo la luna, se combinaron para aturdirle dulcemente. Se paró de pronto en medio del baile, alzó el rostro de Veera cogiéndolo suavemente por la barbilla, y la besó en los labios.

* * *

En la otra orilla del lago Moti se despertó sin razón aparente —pensaría después —, salvo que los dioses la avisaron. No sabía qué dioses en concreto, ya que, sin rechazar a ninguna de sus antiguas deidades, aceptaba también los tres dioses del padre Francis Paul: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se levantó de la cama como si

alguien la llevara de la mano, se acercó a la ventana y miró al lago. Allí, sobre la terraza del palacio del lago, vio dos figuras blancas perfiladas contra la cálida luz de la luna. ¡Estaban bailando, abrazados! Debían ser hombre y mujer, pero qué mujer salvo...

Horrorizada, abrió la puerta, pasó por encima del aya dormida, y corrió hacia la habitación de Veera. Estaba vacía, la cama intacta. ¡Entonces era Veera! Volvió precipitadamente a su cuarto, despertó a la vieja hundiendo sus pies desnudos en sus costados.

—Levántate —ordenó—, vísteme y llévame al cobertizo de los botes. ¡Nada de preguntas! Haz lo que te digo.

Hizo todo esto sin despertar a nadie más, ni encender las lámparas de la alcoba. Había suficiente luz con el resplandor de la luna. Por ello, cuando llegó a la terraza, ni Bert ni Veera estaban preparados para recibir a la blanca figura que irrumpió súbitamente ante ellos, que permanecían en estrecho abrazo.

—¡Veera!

El sonido de la voz de su madre, que nunca había oído tan fuerte, sobresaltó a Veera. Se apartó de Bert, pero sólo un poco; miró a su madre y luego, en actitud desafiante, ocultó su rostro en el hombro de Bert.

—Vamos, cariño —dijo Bert afablemente. La condujo a uno de los bancos de mármol y la ayudó a sentarse—. Déjame esto a mí —susurró.

Y se plantó muy erguido ante la Maharani.

—Alteza —dijo con voz firme—, lo que ha ocurrido es culpa mía. Fui yo quien sugerí el baile. Esta terraza va a ser la pista de baile y pensé que no estaría mal probarla.

Moti hizo como si no existiera.

—Veera, vuelve al palacio inmediatamente.

—No hasta que me diga que cree usted que fue culpa mía, Alteza —insistió Bert. Moti ni le miró.

—Veera, te he dicho muchas veces que cualquier cosa que ocurra entre un hombre y una mujer es siempre culpa de la mujer. Te lo he enseñado constantemente.

Veera estaba callada, con la cabeza gacha.

—Vamos, Alteza —dijo Bert—. No adopte esa actitud.

Moti continuó dirigiéndose a Veera:

—¿Has venido aquí a invitación suya?

Veera alzó la cabeza en repentina rebelión.

—No. Vine por mi propia voluntad.

—¿Y no por primera vez?

—No.

—¡Pero sí será la última, te lo aseguro! Ven conmigo inmediatamente.

—¡No! No soy una niña.

—Entonces tendré que quedarme yo también —declaró Moti.

Se arropó en su capa blanca y se sentó en un banco de mármol. La mirada de Bert iba de una figura blanca a otra. Luego se fue hacia Veera y se sentó a su lado, mirando su bello rostro.

—Cariño, es tu madre.

Veera alzó unos ojos indómitos y no respondió.

—Tienes que irte a casa, cariño —insistió Bert—. Hay otras formas de hacer eso.

—¿De hacer qué?

—Lo que queremos hacer.

—¿Y qué es lo que queremos hacer?

—Francamente, no lo sé. Tendremos que averiguarlo. Pero ahora vete a casa. Quizá cuando venga tu padre...

—Él hace siempre lo que dice mi madre... respecto a mí, quiero decir.

—Quizá nosotros lo sepamos para entonces...

Veera se levantó de mala gana, y Moti la imitó. Bert las siguió en silencio, pero con dignidad, y las ayudó a subir al bote.

—Buenas noches —dijo, pero ninguna le contestó.

Se quedó allí, mirándolas. Cuando estaban en medio del lago, Veera agitó su mano y él contestó de la misma manera. No podía hacer otra cosa, pensó, desesperado. Quizá nunca pudiera hacer otra cosa.

Era inútil intentar dormir. Madre e hija se enfrentaron, Moti tendida en la «chaise-longue» de su habitación, agotada por dentro; Veera, sentada con las piernas cruzadas sobre un cojín, en el suelo.

—Naturalmente, hay que decírselo a Raj —declaró Moti.

—¿Qué es lo que hay que decirle? —demandó Veera—. Olvidas que no soy de tu generación, Mamu. En Bombay...

—¡Esto no es Bombay! —Saltó Moti—. Además, tú tienes sangre real...

—¡Ya estamos con la realeza! —exclamó Veera—. Todo eso se acabó.

—Sí, pero tu padre ha dado garantías a la familia de Raj.

—¡Mi padre! —dijo Veera con rencor y continuó utilizando salvajemente sus armas más crueles—: ¿Y qué está haciendo él por ahí, en este mismo momento, con esa mujer americana? Oh, sí, ya sé que tú lo tapas todo, eres tan india, diciendo que Jai no está realmente muerto. ¡En lugar de estar en una excursión amorosa, se supone que han emprendido una búsqueda sagrada! Pero tú sabes tan bien como yo que no hay nada sagrado en todo eso, que ella está enamorada de él, y él de ella, y que tú... que tú no quieres enfrentarte a los hechos. Tú no quieres enfrentarte a nada, ni siquiera al hecho de que estás enamorada de ese sacerdote inglés, ¡también eso es muy santo!

Moti estaba espantada. Se sintió débil y vapuleada.

—En un punto estoy de acuerdo contigo —dijo al fin con un hilo de voz—. Nunca debí consentir que tu padre fuese con ella. En vosotros, los jóvenes —esta generación perversa—, no hay nada puro, nada religioso en vuestras mentes. Hasta

habéis pensado, e incluso acusado a Gandhi, de malos pensamientos hacia sus doncellas...

—¡Y en realidad así es! —dijo Veera con el mayor descaro.

Moti se la quedó mirando, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Increíble! —murmuró—. No podéis imaginar que un ser humano haga algo movido por su bondad y su rectitud. Pero sólo para el puro son puras todas las cosas.

—¡Hasta la impureza! —Saltó Veera impetuosamente—. ¡Ahora sí estoy de acuerdo contigo, Mamu! ¡Después de todo, estamos de acuerdo!

Se levantó mientras hablaba, con su figura dominando a la de su madre. Moti miró a su hija con el temor reflejado en sus ojos llorosos.

—Esto es demasiado para mí —dijo débilmente—. Avisaré a tu padre.

—En cuanto a Raj, se lo diré yo misma.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó Moti.

Veera se detuvo en el umbral de la puerta.

—No lo sé —dijo insegura, y cerró la puerta.

* * *

Jagat estaba en su habitación del hotel, en Mussoorie, vistiéndose para cenar. El viaje de vuelta del colegio había sido peor de lo que temía; la oscuridad había caído sobre ellos y el vacío aullaba amenazadoramente bajo sus pies. Brooke se había aferrado a él, sin intentar disimular su terror, y él había apretado contra su cuerpo con una ternura que no había sentido nunca por otro ser humano... aunque, sí, lo había sentido una vez por un tigre herido, indefenso ante la muerte. Se había reprochado a sí mismo, cuando contempló al orgulloso animal indefenso, tratar con la muerte tan torpemente. ¿Se comportaría ahora de forma igualmente torpe con esta bella occidental? Naturalmente, estaban enamorados, pero, naturalmente también, él no renunciaría a su reino, si tuviera alguno, por amor. Entonces recordó con enfado que Moti nunca parecía sentir miedo de nada, que nunca se había aferrado a él. ¡Extraño contraste, pensó, que Brooke, tan moderna, tan americana, tuviera que ser la que demostrara miedo!

—Cierra los ojos, querida mía —había susurrado—. ¡No mires! Pronto pasará.

Ella había apoyado obedientemente la cabeza sobre su hombro y había cerrado los ojos. Jagat estrechó sus manos entre las suyas y las sintió húmedas otra vez.

—Oh, mi cuerpo estúpido —había murmurado ella—. No quiero tener miedo, pero mi cuerpo lo tiene a pesar mío.

Sólo cuando aquello pasó, cuando estuvieron de nuevo en los llanos, altos pero no montañosos, ella cesó de murmurar sobre su hombro con los ojos cerrados. Había alzado la cabeza y se había secado las manos con un pañuelo.

—Esto casi me hace creer —dijo.

Su voz salía de la oscuridad y Jagat no veía su rostro.

—¿Crear qué? —había preguntado.

—Crear lo que dijo el lama, sobre la separación del espíritu, el alma y el cuerpo. Mi Yo se aparta completamente cuando estoy en las alturas. Mi Yo no tiene miedo. Siente verdadero desprecio por *mí*, por *mí*. Pero los dos están separados. Lo siento. Cada cual tiene una vida propia. Oh, hay mucho de verdad en lo que dijo el lama. Empiezo a comprender algo.

—¿Qué? —había preguntado de nuevo.

Ahora sentía tentaciones de sonreír.

—No lo sé, no lo sé.

Su voz, resonando en la oscuridad, estaba llena de preocupación.

En aquel punto de sus recuerdos oyó un golpe en la puerta. El que llamaba la abrió sin esperar, como era usual, a que él diera permiso. Reconoció a Rodríguez, el mayordomo portugués.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Jagat, boquiabierto.

El hombre le entregó un sobre cerrado por toda respuesta.

—Su Alteza le envía esto.

—Pero ¿por qué tú?

—Soy goano, Alteza, soy muy seguro. Yo no hablo a la ligera con otras personas que no sean goanas como yo. Los hindúes, los musulmanes están siempre hablando. ¡Pero yo no!

Se golpeó el pecho con orgullo, pero Jagat estaba abriendo el sobre. Dentro había una hoja de papel de seda de las que utilizaba Moti. El texto estaba en inglés, seguramente para hacer más difícil la lectura a los posibles curiosos. Eran unas pocas líneas, lacónicas y crípticas.

Es preciso que vuelvas en seguida. He visto algo que no me gusta. El americano y Veera te necesitan inmediatamente, y yo no soy lo bastante fuerte. En cuanto a la búsqueda, puede continuar más adelante, aunque no sé qué, cómo...

La carta era como Moti; el inglés, preciso pero imperfecto, las palabras transmitiendo su turbado ser, la última línea, inacabada. ¡Cuántas veces terminaba una conversación con una frase incompleta! Dobló la carta y se volvió hacia Rodríguez.

—Haz las maletas y alquila un coche. Saldremos a primera hora de la mañana.

Estaba a punto de despedir al hombre cuando recordó que, aunque goano, vivía entre los demás criados.

—Espera —ordenó—. Cuéntame todo lo que sepas.

Rodríguez llevaba muchos días esperando aquel momento. Odiaba a aquel americano pelirrojo que estaba arruinando el palacio del lago y destruyendo su glorioso pasado. Cierto que los tiempos habían cambiado y que este Maharaná no era

como su padre o su abuelo, pero era el Maharaná a pesar de todo, y aunque él, Rodríguez, se estaba haciendo viejo y sus rodillas le dolían despiadadamente cuando se agachaba ante las estufas de carbón, él no había cambiado ni cambiaría. Serviría a esta familia real hasta que una noche se durmiera para no despertar. Así deseaba morir y así moriría. Pero no antes de haberle contado al Maharaná el mal que estaba haciendo el americano.

Se aproximó a Jagat y se arrodilló en el suelo, delante de su sillón.

—Alteza —murmuró humedeciéndose los labios—, tengo enfermo el corazón. Lo que he visto, noche tras noche...

Meneó la cabeza y suspiró.

—Bien, bien —dijo Jagat con impaciencia—. ¿Qué has visto?

—Su hija, Alteza... soborna al hijo del barquero para que la lleve al palacio del lago donde el americano... siento demasiada vergüenza para contároslo.

Se tapó la cara con las manos.

—Continúa —dijo Jagat, tenso.

Rodríguez alzó la cabeza y se secó el rostro con el extremo de una toalla que llevaba sobre los hombros.

—Alteza, se están allí en la terraza, muy juntos. Se apoyan en la balaustrada y contemplan la luna.

—¿Cómo lo sabes?

—Por dos caminos, Alteza. Tomé prestados —prestados, Alteza, lo juro— los gemelos alemanes de la mesa de despacho de su abuelo. Y miro con ellos.

—¡Y te faltó tiempo para ir a contárselo a la Maharaní, llenando de confusión mi palacio! Juraría que todo esto es inocente, aunque por supuesto mi hija no debía haber... pero es voluntariosa, lo bastante para que quizá el americano no tenga ninguna culpa. Espera... ¿dijiste dos caminos?

—El hijo del barquero, Alteza —continuó Rodríguez de buena gana—. Le amenacé. Le dije que os lo contaría a menos que me lo confesase todo.

—Y te diera parte del dinero, supongo —apuntó Jagat.

—No, no, al menos no para aprovecharme. ¿Acaso no estoy aquí, contándoselo todo? Y además, no se lo conté a Su Alteza. Ella lo vio por sí misma. Ella me envió aquí... ¡Lo juro!

—¿Y cómo es que sabía exactamente dónde estoy? No le he escrito.

Rodríguez se levantó.

—Alteza, permita que se lo confiese todo. Ordené a vuestro criado que me escribiera siempre que usted se trasladara a un nuevo lugar. Yo preveía que...

Jagat soltó una cínica carcajada.

—¡O sea que me espías a mí también!

—¡Por vuestro propio bien, Alteza!

Rodríguez hizo una pausa para reflexionar. ¿Debía comunicarle sus sospechas sobre la Maharaní y el sacerdote inglés? No, ya había hablado bastante. Se reservaría

esta información hasta ver más cosas. En realidad, no deseaba ver más. Cuando las señoras de una casa real se permiten ciertas libertades, es el fin de todo. Hotel o palacio, cuando las mujeres renuncian a su honor, empieza la decadencia. Cierto que estaba perfectamente informado de las relaciones entre el Maharaná y la mujer americana. Pero eso era algo natural, y el palacio había estado lleno de mujeres en los días del viejo Maharaná, aunque muchas mujeres eran más seguro que una, ¡y sobre todo si esa una es americana! Desde los tiempos de la muchacha griega, de la que tanto había oído hablar, la familia no había corrido un peligro semejante. Y esta americana... ¿se podía esperar que se ahorcara como había hecho la griega? No, no era de esperar.

—Lo prepararé todo para mañana, Alteza —prometió—. Confíe en mí... Yo me encargaré de todo.

—Muy bien —dijo Jagat bruscamente.

Estaba acostumbrado al celo excesivo de los criados leales. Era inevitable que ciertas interferencias fastidiosas fuesen el reverso de la lealtad.

—Ahora voy a cenar —dijo.

* * *

Al principio no sabía si compartir o no con Brooke estas noticias familiares. La comida era india, y ocupó su período de indecisión comentando los platos. Brooke comía con interés y apetito, y él se maravillaba de que esta mujer joven, que ahora disfrutaba tan abiertamente de la comida, fuese la misma que discutía antes la filosofía de la vida y de la muerte, la que mantenía controlada, con la seguridad de la madurez, su creciente pasión.

—¿Por qué tiene tantas especias? —preguntó.

—Porque los alimentos son de baja calidad —dijo él lamentándolo—. No tenemos ganadería vacuna, nuestros pollos son pequeños y oscuros, y el cordero... bueno, mejor sería llamarlo borrego, aunque en realidad son cabras de piernas largas, como ya sabes.

—Nunca he comido un pan tan bueno.

—Bueno, sí, lo admito, pero no los panes grandes, sino esas barras delgadas... sí, son muy agradables. Pero preveo que la comida será mi mayor problema cuando empiecen a llegar huéspedes al hotel del lago. Tendré; que montar más granjas propias y aumentar mi stock de animales ingleses, americanos y australianos. Y granjeros americanos que enseñen a mi gente cómo criar... eso exigirá un gran esfuerzo por mi parte.

—Espero que conserves la cocina india.

—Todo el mundo querrá las dos cocinas. Supongo que es buena. Cuando a los pueblos les gusta probar la comida de los demás, se ha dado el primer paso para el entendimiento internacional. Prueba el «curry» con coco fresco.

Sin embargo, cuando terminaron de cenar, con el comedor casi vacío y las pequeñas tazas llenas de café negro y espeso, la conversación languideció. Él estaba pensando en lo que Rodríguez le había contado y todo lo demás pasaba a segundo término de momento. Sus miradas se cruzaron a través de la mesa.

—Cuéntamelo —dijo ella cariñosamente.

—¿Contarte qué?

—Lo que te preocupa.

—¿Qué te hace pensar que estoy preocupado?

—¡Lo sé! Estás preocupado y te preguntas si debes contármelo.

Jagat vaciló, intentó reír, y empezó a contárselo.

—Es Veera. ¡Qué extraño que precisamente hoy el director del colegio me hablase de ella, que me contara lo que Jai había dicho acerca de su matrimonio! Eso es lo que me preocupa. Ha venido mi criado, el mayordomo goano que está al frente de los criados de palacio. Me ha traído una carta de mi esposa en la que dice que Veera y Osgood se ven en secreto. Tengo que volver inmediatamente.

—Yo volveré contigo —dijo ella.

—Es sólo un problema familiar. —Intentó protestar, pero renunció a ello—. No podría soportar que me dejaras.

Sus manos se encontraron sobre la mesa y permanecieron unidas un largo momento. El consuelo fluyó por su sangre y calentó su cuerpo. Pero sólo por un momento, pues entró un camarero con más café y sus manos se separaron precipitadamente.

¿Fue esta separación involuntaria la que quedó como suspendida en sus recuerdos, incluso después de darse las buenas noches? Después de aquello se habían quedado muy poco allí, y luego, al levantarse de la mesa, miraron el salón vacío y poco acogedor. Las rígidas sillas inglesas no invitaban a sentarse y la chimenea estaba apagada. Brooke había tiritado y él había dicho con decisión:

—Debes irte a tu habitación. Mañana nos levantaremos al amanecer y ya es tarde. Estos criados indios nunca tienen una cena a tiempo. Estás cansada... lo veo.

Ella se mostró complaciente. Sonrió y le deseó buenas noches en su puerta. Él miró sus cosas desde el pasillo, los cepillos de plata en el tocador, una bata de satén rosa sobre una silla, las zapatillas juntas en el suelo, y se asombró de que aquello hiciera latir más de prisa su corazón. Pero logró controlarse. Se limitó a inclinar la cabeza, coger la mano de Brooke y besarla.

—Buenas noches, querida mía —dijo—. Que duermas en paz.

Pero no hubo paz alguna en su propio cuarto cuando entró. Se desnudó, se bañó en una bañera llena de agua caliente —benditos sean los ingleses por sus bañeras y su agua caliente—, se puso un pijama y se fue a la cama, firmemente decidido a dormir a pesar de Veera, de Moti y de todos los demás problemas. Desgraciadamente, era imposible dormir. Fastidiado primero por una rendija en las cortinas, por donde se filtraba la luz de la luna, se levantó para ajustarlas y vio que la ventana era en

realidad una puerta que daba a una balconada larga y estrecha, que corría por toda la fachada del jardín. Había insistido en que le dieran una habitación lejos de la calle y del ruido de las quejumbrosas carretas de bueyes. Esto quería decir que la balconada era en realidad un corredor que daba a todas las demás habitaciones de ese lado, incluida la de Brooke. La idea que le cruzó entonces por la mente le horrorizó; rechazándola con firmeza, se metió otra vez en la cama. Dos horas después, no pudo soportar más aquella tortura y se rindió. Se envolvió en su bata de seda oscura, metió los pies en unas sandalias y recorrió sigilosamente la balconada hasta llegar a la habitación de Brooke. La luna estaba a punto de ponerse. Casi rozaba el horizonte, enorme e intensamente dorada, pero su luz era suficiente para ver al final de la balconada la figura de un criado que dormía hecho un ovillo sobre una alfombra. Pero él, con aquella bata oscura, no podía ser visto de lejos.

Descubrió con horror que la puerta estaba abierta. ¡Tan despreocupadamente se iba ella a la cama, tan confiada como si estuviera en su propia casa! La vio dormida a la luz de la luna, con el cabello revuelto sobre la almohada y una mano bajo la mejilla. Se arrodilló a su lado y la abrazó con suavidad. Ella se estiró y suspiró. Jagat inclinó la cabeza y la besó en los labios. Sintió que se despertaba sin moverse, volviendo a la consciencia desde algún sueño. Entonces, al sentir la boca de Jagat sobre la suya, se incorporó de un salto y se echó hacia atrás el pelo.

Él se puso de pie, mirándola, y ella le miró, sorprendida, como él pudo apreciar, y más que eso, perpleja, incrédula. Jagat se sentó en la cama y la atrajo hacia sí.

—¿Debo irme? —susurró.

Ella dio un profundo suspiro.

—Oh, estaba soñando contigo.

—Entonces, ¿no tengo que irme?

Brooke titubeó unos segundos.

—¿Es justo que recaiga sobre mí toda la decisión?

—Deseo ser aceptado. No estoy forzándote.

El momento quedó suspendido entre ellos, tenso y silencioso. Los ojos de Jagat estaban fijos en su rostro, en aquella boca tentadora, luego se desplazaron hacia sus pechos, visibles al caer uno de los tirantes del camisón.

—La única cuestión... —a Jagat se le quedó de pronto la boca seca y no pudo continuar.

El deseo que sentía hacia ella ardía con demasiada intensidad en sus venas.

Brooke levantó la cabeza.

—La única cuestión... —dijo repitiendo las palabras de Jagat.

—Es si tú me amas o no. No te tomaré sin amor. Eso no...

Cruelles recuerdos atravesaron sus deseos, los recuerdos de las muchas veces que había aceptado mujeres sin amor. Esta vez, con ella, no podía ser igual. Tenía que ser lo que no había tenido nunca... o nada. Este deseo no era como los demás. Esta vez no podía contentarse con la mera satisfacción física.

—Quiero una unión completa contigo...

Su voz sonó ronca. Se quedó silencioso, esperando. ¿En qué pensaba ella, qué estaba recordando mientras él aguardaba? No lo sabía.

Ella pensaba únicamente en el amor. Sí, amaba a este hombre, a este extraño. Sus mundos no eran el mismo, hasta su misma historia era diferente. Sus dos vidas habían estado y estaban completamente separadas. Entonces, ¿cómo era que ahora, en esta habitación extraña, en este lugar extraño, en un remoto pueblo situado al pie de la más alta y formidable cordillera del mundo, con sus nieves eternas, cómo podía ser que aquí, entre gente que no conocía, no sintiera miedo, no vacilase? Sólo era consciente de la necesidad de unirse con él. Todo lo demás no tenía importancia comparado con esto, sus diferencias mutuas se disolvían ante el hecho de que él hombre y ella mujer se habían encontrado, se habían descubierto el uno al otro, y ahora deseaban esa unión por encima de todo. Los amantes, suponía ella, siempre sueñan que se han encontrado en otra vida, pero ella no soñaba, ella lo sabía. ¿Cómo explicar sino la simpatía, el entendimiento instintivo, la compenetración total con la naturaleza del otro, cómo explicarlo si no era con la reencarnación? En la que —pensó con honestidad— aún no podía decir que creyese, puesto que no podía explicarla racionalmente, aunque tampoco esto importaba ya que no eran necesarias ni explicaciones ni creencias. El hecho era que estaban juntos los dos, aquí, en un lugar extraño y distante, en las primeras horas de la mañana, iluminados por la luz de una luna que desaparecía en el horizonte. Puesto que nada podía explicarse, puesto que sólo podían actuar movidos por sus más profundos sentimientos, ¿qué quedaba sino actuar? Se sintió libre de toda indecisión, de todo razonamiento, y se volvió hacia él acariciándole las mejillas. Cogió el rostro de Jagat con las manos y, por primera vez, le besó ella en los labios sin decir una palabra.

No eran necesarias las palabras. Él fue a la puerta, echó el cerrojo y corrió las cortinas. Se echó a su lado en la oscuridad, y la atrajo suavemente hacia sí hasta que la cabeza de Brooke reposó sobre su hombro. No sentía ninguna prisa. Al contrario, esperó a que le guiara el deseo, el más puro que había conocido porque era tan de él como de ella. Puesto que su corazón deseaba la unión, la unión debía llegar por voluntad de los dos. Lenta, lentamente, se aproximaron, ella tímida, él cariñoso, hasta que llegó el instante, electrizante, intenso, para los dos. Sin embargo, la decisión fue de Jagat.

—¡Ahora! —murmuró entre dientes.

—Ahora —susurró ella.

Cuando todo acabó, él se tumbó de espaldas, desconcertado por su descubrimiento.

—No me lo habías dicho —dijo jadeante.

La mejilla de Brooke calentaba su pecho y su cabellera le cubría como un velo.

—¿Decirte qué? —preguntó ella.

—¡Que eras virgen!

Ella alzó la cabeza.

—¿Y por qué había de decírtelo?

—No estoy seguro de que hubiera...

—Entonces me alegro de que no lo supieras. Estoy tan orgullosa... tan orgullosa...

—¿De qué?

—¡De que hayas sido tú el primero!

* * *

Al día siguiente, obligados al silencio por la presencia de Rodríguez y el conductor, no pudieron hablar ni siquiera tocarse la mano bajo los agudos y observadores ojos del goano. Fingieron indiferencia y charlaron despreocupadamente. A ella le alegraba en cierto modo este aislamiento porque le permitía recordar con serenidad lo ocurrido durante la noche. ¿Lo lamentaba? ¡No más de lo que uno podía lamentar alcanzar la cumbre de una montaña desde la que se contemplaba el mundo! El mundo era distinto hoy, pero la diferencia estaba en ella misma. Ayer, la mujer que era no poseía ningún conocimiento que la guiara. Hoy ella sabía, no cómo, o qué, sino dónde iba a pasar su vida. Debía estar siempre cerca de él, quizá no junto a él, pero sí cerca. El lugar estaba decidido. Y ya se le revelarían otros conocimientos que la guiaran, desde luego no los dioses, sino sus propias convicciones internas.

Más tarde, cuando estuvieron solos ante la mesa del comedor, los dos seguían sin sentir la necesidad de hablarse. Estaban en paz, cada uno por su lado y en conjunto, y bastaba con una conversación trivial y fragmentada. Sin embargo, casi al final de la comida, en aquel comedor medio vacío del aeropuerto de una ciudad, Brooke se sintió repentinamente inundada de gozo.

—Nunca había conocido la felicidad hasta ahora —dijo—, aunque tampoco me consideraba una persona desgraciada. Pero supongo que no se sabe lo que es la desgracia si antes no se ha conocido lo contrario.

—Ni yo tampoco —dijo él. Dejó que el momento se llenara por sí mismo y luego continuó—: No me permitiré pensar más allá de lo que me ocurra en cada momento... al menos hasta que lleguemos al fin de este viaje. Después, supongo que tendré que... pensar.

—Sí —convino ella ausente, como si le hubiera oído a medias.

—¿Estás soñando? —preguntó él.

Ella le respondió con lo que estaba pensando en ese instante.

—¿Por qué te sorprendiste tanto anoche?

Jagat comprendió inmediatamente a qué se refería.

—No se me había ocurrido pensar que fueras... que fueras...

—¿Por qué no? ¿Me había comportado de modo que indicara lo contrario?

—No —dijo él riéndose embarazado—, pero suponía que todas las mujeres americanas, ya sabes...

—¿No lo son?

—Eso, no lo son. Vuestras películas, revistas, etc., así nos lo han hecho creer. Que tú...

—Lo fuera.

—Era sencillamente... increíble.

—¿Por qué es tan importante eso para un hombre? ¿Es que sois todos unos egoístas?

—Yo no sé nada de todos los hombres —dijo él con decisión—. Sólo sé de mí mismo. Y sí, para mí es importante haber sido el primero... contigo. Quiero que sepas —debes saberlo y no olvidarlo nunca— que ahora soy diferente, un hombre diferente. No he conocido la unión perfecta más que una vez y esa vez ha sido contigo. Cualquiera que sea nuestro futuro, nunca volveré a contentarme con lo incompleto.

Brooke escuchó estas palabras en silencio, sopesando su significado.

* * *

Los primeros síntomas del monzón coincidieron con su regreso a Amarpur a última hora de la noche. Él la había acompañado hasta sus habitaciones del palacio del lago, observando de paso que Bert Osgood y sus decoradores habían trabajado de firme, aunque hubiera tenido otras ocupaciones. El vestíbulo del hotel, con sus porteros y recepcionistas, estaba terminado, salvo el antiguo candelabro que, según había ordenado, no se tocaría hasta que los pájaros que anidaban en él hubiesen terminado de criar a sus polluelos; sin embargo, luego se impediría amablemente la reconstrucción del nido. Los corredores tenían ya sus alfombras, no de pared a pared, pues los suelos eran de mármol, pero sí con la suficiente anchura para proporcionar un paso más seguro que los pulidos suelos.

El recepcionista, evidentemente sorprendido, había exclamado al verle entrar:

—Alteza, ¿debo despertar a Mr. Osgood?

—No —respondió Jagat lacónicamente—, pero dígame que vendré mañana a las diez de la mañana.

—Sí, Alteza.

—Miss Westley tiene sus antiguas habitaciones, ¿verdad? —preguntó Jagat.

—Desde luego, Alteza.

Había acompañado a Brooke y a los mozos que llevaban el equipaje. Los había despedido personalmente, y había cerrado la puerta y corrido las cortinas. Pero comprendió en seguida que debía dejarla. Tomó sus manos y contempló en silencio su rostro vuelto hacia él.

—No sé... no sé lo que nos espera. Sólo sé una cosa: te amo.

Pronunció aquellas palabras tan usadas con timidez. Nunca las había dicho sinceramente hasta ahora. Él y Moti nunca habían recurrido a las palabras ni lo habían considerado necesario. Si su esposa se lo hubiera pedido, habría respondido seguramente que entre ellos el amor se daba por supuesto. Por tanto, no era necesario afirmarlo en palabras. Pero ahora sabía que, cuando había amor, había que expresarlo también con palabras.

—Te quiero —dijo Brooke.

—De vez en cuando, sea lo que fuere de nuestras vidas, debemos pronunciar esas dos palabras.

—Lo sé —dijo ella.

Entonces la había dejado, había regresado a su palacio y, sin despertar a Moti, se había metido en sus habitaciones para encontrarse en su mesa de despacho con un montón de papeles que le habían ido dejando allí para que los estudiase. Había documentos importantes y otros menos urgentes. Les echó una ojeada, los dejó otra vez sobre la mesa y se metió en la cama. Pero no se podía dormir. Tras una hora de dar vueltas, se levantó y estuvo trabajando hasta que se abrió la puerta por la mañana y apareció un criado con la bandeja del té. Entonces se bañó, se vistió y mandó aviso a Moti de que iría a sus habitaciones en cuanto ella quisiera.

Cuando entró en ellas, una hora después, Moti estaba tomando su frugal desayuno ante una mesita de mármol, en su galería privada. Jagat se inclinó y rozó con su mejilla su cabellera por un instante. Nunca se besaban, salvo en los momentos más íntimos. Ahora se preguntó si sería capaz de besarla de nuevo. Pero ésa era una de las preguntas cuya respuesta no conocía. Incluso agradeció no verse obligado a encontrar la respuesta, por tener que atender primero los problemas de los demás.

—Estás pálido —exclamó Moti.

—Naturalmente, no he podido dormir —replicó—. Me he encontrado un montón de papeles en mi mesa, peticiones de los ancianos de la ciudad, del panchayat, y he estado trabajando hasta ahora.

—Debiste despertarme —dijo Moti.

—¿Y hacerte pasar la noche en blanco a ti también? ¡Qué tontería!

—De haber sabido que llegabas anoche, te hubiera esperado.

—No te dije a propósito la hora de mi llegada.

Observó instintivamente que no había dicho «nuestra llegada».

—Tenemos muchas cosas de que hablar —continuó él—. En primer lugar te diré que mi búsqueda acabó en un lama que vive al norte de Mussoorie. Habló únicamente de la reencarnación.

Moti alzó la cabeza.

—¿Reencarnación? ¡Eso significa que Jai está muerto!

—O que vive de nuevo —dijo Jagat.

Las lágrimas desbordaron los ojos de Moti y ella dejó que corrieran por sus pálidas mejillas.

—¿Y es únicamente eso? No tengo ningún interés en el hijo de otra persona.

—Pero tú crees en la reencarnación, ¿no?

Jagat escuchó su propia voz, dura y acuciante. Así estaba bien. No tenía ganas de emprender otra búsqueda. Ella tenía que olvidar al muerto en los problemas de los vivos. Moti no respondió, como si conociera los pensamientos de su marido. Unos segundos después, cogió el extremo libre de su sari y se secó los ojos.

—El padre Francis Paul habla de la resurrección de los muertos —murmuró.

Jagat soltó una carcajada brutal.

—¡Oh, vamos, Moti! ¡Deja en paz esos mitos extranjeros! Bastante tenemos con los nuestros. En cualquier caso, no pienso hacer más expediciones de esa clase. Jai sería el primero en...

—¡No pronuncies más su nombre!

Jagat dio un respingo.

—Moti, repórtate...

—Si no estoy a la altura de las circunstancias, tú eres el responsable.

Y le lanzó una mirada oblicua y extraña.

Él siguió adelante, decidido a ignorar su malhumor.

—Estábamos... a punto de continuar cuando se presentó Rodríguez. Naturalmente, regresé en seguida.

—¿Estaba contigo la mujer americana?

—Sí... por invitación tuya, ¡recuérdalo!

—¿Está aquí?

—En el palacio del lago, naturalmente.

—Ah, claro.

Un tenso silencio quedó suspendido entre ellos, tan frágil como el revoloteo de una mariposa.

—De los muchos problemas que tenemos, el primero es Veera. ¿Tienes algo más que decirme antes de que hable con Osgood esta mañana?

—Me gustaría que hablaras con ella primero.

Tocó una campanilla de plata y su criada apareció en la puerta.

—Dile a *choti memsahib* que venga inmediatamente a ver a su padre —ordenó.

—Sí, Alteza —contestó la mujer, y se retiró.

—Mientras tanto —continuó Moti con tanta serenidad que casi parecía indiferencia—, ¿cuáles son esos otros problemas tan acuciantes?

Jagat se sentó, ella sirvió café y le alargó una taza.

—Los usuales —replicó él—. Antes de marchar pedí un informe sobre la cuestión de los bandoleros. Hay algunos *bhils* complicados y pensé en pedir ayuda al sacerdote inglés. Mientras he permanecido fuera, los aldeanos han sido atacados en varios lugares, aunque también ha habido algunas reacciones llenas de valor. Concretamente en una aldea el jefe encabezó la defensa y los aldeanos lucharon con los ladrones hasta rechazarlos. Dos bandoleros murieron y otros cuatro fueron

capturados. Procuraré que el jefe obtenga una pistola y quinientas rupias de recompensa. Quizá eso anime a los demás a actuar con valentía. A pesar de eso, tengo que pedir el fortalecimiento de las fuerzas de policía en todo el Estado. Y no es sólo cuestión de número, sino de espíritu de cuerpo. Una comunidad moderna no puede estar a merced de unos bandoleros, sea cual fuere la tribu de donde procedan —*Minas, Bhils, Basries, Kanjars, Raishiks*—, sean quienes fueren ellos. Todos esos salvajes atrasados...

Hablar de los asuntos de gobierno aliviaba su tensión interior, pero le interrumpió la entrada de Veera. Observó con desaprobación que estaba extraordinariamente bonita, y era algo ridículo que ahora le disgustase una belleza de la que siempre se había mostrado tan orgulloso.

—Has vuelto, Bapu —dijo Veera, y unió sus palmas en señal de saludo—. No puedo decir que me alegre porque sé que me vas a regañar. Pero no necesitas hacerlo; Mamu ya lo ha hecho por ti.

—Siéntate —ordenó él—. No pienso regañarte porque ya no eres una niña. Simplemente te preguntaré tus intenciones.

Ella se echó a reír alegremente.

—¿Eso no se le suele preguntar al hombre?

—Hablaré más tarde con él, pero tengo que saber antes lo que piensas tú. ¿Quieres romper tu compromiso con Raj?

Veera se puso automáticamente seria.

—No lo sé, Bapu. Esperaba que tú me ayudases a decidirme.

—¿Estás enamorada de Raj?

—Él no ha hecho nada para que le ame.

—¿Qué clase de respuesta es ésa?

—Bueno, ya sabes cómo es, Bapu. Nos prometieron nuestras familias, y nosotros seguimos adelante con el asunto, preguntándonos si... ya sabes.

Él no lo sabía, muy bien al menos. Él tampoco había hecho ningún esfuerzo por amar a Moti o contribuir a que ella le amara antes de casarse. En realidad, lo hubiera considerado prematuro, por no decir vulgar.

—No lo sé —replicó—. Las costumbres eran completamente distintas cuando tu madre y yo éramos jóvenes. Nuestras familias tenían muy poco contacto con Occidente salvo los funcionarios ingleses, y a mí ni se me hubiera pasado por la cabeza dirigirme por propia iniciativa a una mujer de mi clase, y desde luego no a tu madre, pues con ello la hubiera obligado a hablar con un hombre joven.

—Ciertamente, no —murmuró Moti por encima de su taza de café.

—Ahora me doy cuenta de que han cambiado muchas cosas —continuó Jagat—. Por ejemplo, yo mismo quizá sea algo culpable por traer aquí un americano para que organice un hotel en el palacio del lago. Pero lo consideraré como una simple cuestión de negocios, ya que los americanos hacen muy bien este tipo de cosas. No se me ocurrió qué...

—A mí tampoco —dijo Veera.

—Entonces, ¿por qué...?

—¡No lo sé, Bapu! —La voz de Veera vibraba de impaciencia—. Las cosas suceden y nada más, ¿no? ¡Cómo tu encuentro con *Miss Westley*!

Encajó este bofetón y lo ignoró. Honradamente, no podía devolverlo y replicó con una paciencia insólita.

—¿Qué tengo que hacer entonces con tu matrimonio, Veera?

—Oh, no lo sé —contestó ella con la misma voz mohína.

Era evidente que no la sacarían de ahí. Toda una vida de reserva sobre cuestiones sexuales no podía borrarse en unos minutos.

Jagat suspiró.

—Bien, hablaré con Osgood. Quizá él no tenga intenciones de ningún tipo. Me han dicho que los americanos son muy laxos. Pero supongo que tendré que decírselo a Raj.

Veera levantó la vista, sobresaltada.

—¡Oh, no... se pondrá furioso!

Moti dejó su taza sobre la mesa.

—¡Mejor la ira antes del matrimonio que después!

Veera no tenía nada que decir a esto. Un pájaro rompió imprudentemente el silencio desde la rama de un árbol y un criado salió corriendo para espantarlo. Contemplaron el pequeño drama sin verlo. Jagat se levantó.

—Muy bien, Veera, sin tus consejos, tus instrucciones o cómo demonios se llamen hoy día, hablaré con Osgood y, según lo que me diga, hablaré o no con Raj. ¿Eso es lo que deseas?

—No lo sé, Bapu —dijo ella, desconcertada.

* * *

—Ella no sabe lo que quiere, Osgood —dijo una hora después.

Estaba en el despacho del director del hotel del lago, ocupando su lugar tras la mesa. Había mandado llamar al americano y le había agradado ver que el mocetón había empezado a hablar inmediatamente del asunto, echándose él toda la culpa.

—Creo que ésa es también mi situación, señor —decía ahora con su franqueza habitual. Jagat observó que estaba pálido, con las pecas resaltando de forma extraña en aquella piel hoy incolora—. Yo la amo... ¡al menos cuando me olvido de los problemas! Es la muchacha más bonita que he conocido, aunque siempre me gustaron las morenas, ¿sabe?, supongo que por ser yo tan lamentablemente rubio. Los extremos se atraen, dicen. Pero después vienen los inconvenientes. Recuerdo quién es, una princesa, y que yo soy casi un don nadie. Mi padre es dentista en una pequeña ciudad. Yo soy el único miembro de mi familia que ha salido alguna vez de esa ciudad... y no sé por qué, salvo que siempre quise viajar. Y aun así, mis proyectos

eran volver algún día a mi ciudad natal, casarme y establecerme allí. Y ahora me ha ocurrido esto, y precisamente en la India. Ella no sería feliz con mi familia, señor, se lo aseguro. Y creo que yo tampoco sería completamente feliz con la suya, y perdóneme por decir esto, señor.

—Es usted muy honesto al decirlo —contestó Jagat—. El único problema es, ¿qué hacemos? O bien deja usted de verla, o bien aceptamos el... cambio.

Había estado a punto de decir la catástrofe, pero modificó la palabra porque le gustaba este joven. El redondo rostro de Bert expresaba una profunda preocupación.

—Naturalmente, yo podría irme, Alteza, pero... sería duro. Supongo que podría hacerlo, pero sólo si ella prefiere al otro. Quiero decir que si ella me dijera, por ejemplo, que... me amaba... pues no creo que pudiera... irme definitivamente... así, sin más, ¿comprende?

Jagat contempló en silencio aquel rostro honesto y preocupado.

—Por otra parte —continuó Jagat—, tengo aquí un trabajo en el que pensar. No voy a... quiero decir que me siento responsable de acabar lo que he empezado.

Hubo un momento de respiro y Jagat lo aprovechó.

—¿Cuánto tardará en terminar?

Bert fue a la segunda mesa de la habitación, abrió un cajón y sacó una gruesa carpeta.

—Me he mantenido informado hasta el último detalle, pensando que me haría usted esa pregunta. Permítame que repase la lista... La decoración está terminada, las cañerías instaladas. Las cuestiones mecánicas también están terminadas a excepción de unos cuantos detalles que tendré que resolver personalmente. Tendré que encargárselo a una firma americana... espero que no le importará este gasto extra, pero creo que los generadores no eran de confianza. Considero que el servicio local de lavandería —si es que se le puede llamar así— es totalmente inadecuado y le sugiero una buena lavandería moderna instalada en los sótanos, que son enormes, como ya sabe, señor, y ahora están casi vacíos pues hemos aprovechado casi todo lo que había almacenado allí. Estoy orgulloso de las «suites», señor. Son preciosas. Debe cobrar bastante por ellas. Y volviendo a la cuestión de la lavandería, señor, aunque dispongamos de nuestras propias instalaciones, me gustaría que acabara usted con el golpeteo de las mujeres en las gradas de la ciudad. No creo que a los turistas les guste que los despierten a las cinco de la mañana todos los días. A mí, desde luego, no.

—No pensaría en cambiar eso, ni aunque pudiera —dijo Jagat inmediatamente.

—¿Quiere decir que eso ha de continuar siempre?

El expresivo rostro de Bert era una máscara de incredulidad, sino de desmayo.

—Así ha sido durante siglos —dijo Jagat.

Bert suspiró.

—Bien, señor, usted conoce a su pueblo. Como le decía, casi he terminado mi parte, pero deseo, y esto es ya un prurito personal, acabar adecuadamente la tarea que

me encomendó. Le he preparado una carpeta de sugerencias, y me estoy tomando la libertad de establecer algunos departamentos, de hacer operaciones organizativas, podríamos decir. Por ejemplo, el Cuerpo de Casa que engloba seguridad, servicio uniformado, limpieza y servicios mecánicos. Abastecimientos, es decir, bebidas, alimentos y coordinación con otros departamentos. Personal y Contabilidad, bueno, éstos hablan por sí mismos. Ventas, que, naturalmente, es terriblemente importante: habitaciones, espacio público, promoción de los servicios, etcétera. He señalado los nombres de las personas que podrían ocupar los empleos... en caso de que considere conveniente utilizar algunos organizadores americanos. Ellos vendrían aquí, estudiarían la situación global y harían recomendaciones. Si usted necesitara más, se lo dirían.

Había estado rebuscando entre los papeles mientras hablaba. Ahora los emparejé y unió con una goma.

—Naturalmente, no hay necesidad de que me quede hasta verlo todo en marcha. Pero de poco servirá que su hotel sea muy bonito si no cuenta usted con el personal y los servicios adecuados para que funcione.

—Gracias —dijo Jagat—. Me llevaré ese material y lo estudiaré.

Le gustaba mucho este hombre, y de no terciar las cuestiones del infortunado color de su piel, su lejana familia, su entera diferencia, cuya importancia era aún mayor por ser la familia de Veera quien era —cambiada, naturalmente, con los tiempos, pero con su historia y sus status reales... bueno, era todo demasiado difícil.

—Me pregunto —dijo abruptamente—, si no sería mejor que mandase llamar a Raj, el prometido de Veera. Supongo que se le debe dar la oportunidad de hablar por sí mismo.

Bert se dejó caer en su asiento.

—Lo que usted diga, señor. En cualquier caso, quiero ser justo.

—Todos lo queremos —dijo Jagat—. El único problema es que no sabemos cómo conseguirlo. Bien, tendremos que intentarlo.

Alargó su mano bruscamente, estrechó la de Bert y salió.

* * *

—Tienes que encontrar a mi futuro yerno —le dijo Jagat a Rodríguez—. Está en Bombay con sus padres, supongo. O quizá ellos sepan dónde está. Tráemelo.

—Sí, Alteza.

—Dile que es muy urgente... que se trata de una crisis que le afecta.

—Y tanto, Alteza —replicó el hombre.

—Y no quiero que chismorrees con los criados —advirtió Jagat, muy serio.

Rodríguez se mostró dolido.

—¿Cuándo he dicho yo algo? Alteza, yo sólo le sirvo a usted.

—Pues entonces continúa sirviéndome únicamente a mí —replicó Jagat—. Ve a

ver al intendente del palacio viejo. Él te dará dinero para el viaje.

Volvió a los papeles que tenía sobre su mesa. Era difícil concentrarse cuando todos sus pensamientos volaban a la otra orilla del lago. En este primer día de estancia en casa todavía no había visto a Brooke a solas, ni había encontrado el medio de verla. Moti había invitado a cenar esa noche al sacerdote inglés con una breve explicación:

—Quiere verte por algo urgente, Jagat, y no he podido excusarme por más tiempo.

Tenía que ingeniar algún medio de ponerse en contacto con Brooke, especialmente para los días en que no pudieran verse. Dio unas palmadas y un criado entró corriendo en la habitación.

—Llévale esto a Su Alteza —dijo mientras garabateaba una nota—. Tráeme la respuesta en seguida.

Esperó lleno de impaciencia hasta que el hombre regresó con la respuesta de su mujer. Venía en un sobre cerrado. A su pregunta: «¿Invitamos esta noche a *Miss Westley*? Está completamente sola en el hotel», Moti contestaba: «Como quieras... pero no me dejes a solas con ella».

¿Qué significa esto?, se preguntó. No sabía si debía ir personalmente a buscar a Brooke o enviarle una carta con un mensajero. Al fin, se decidió y dejó la pluma. No podía hacer nada hasta tener la oportunidad de verla a solas, hablar y planear al menos los días próximos. Entonces, a lo mejor lograba una paz momentánea. A los pocos minutos estaba a bordo de la motora.

—No —le dijo al barquero—, iré solo.

En unos minutos cruzó el lago, resplandeciente bajo la luz del sol, agitándose en amplias ondas bajo el creciente viento del Sudeste. Atracó y, arrojando la maroma a un mozo, subió los escalones corriendo. En el vestíbulo los dos decoradores se disponían a partir. Sus maletas estaban apiladas en el suelo. Apenas los había visto, tan ocupado había estado, y ahora pensó que al menos debía darles las gracias. Además, se le ocurrió la idea de convertir la inspección en una excusa para invitar a Brooke a acompañarle.

—Y aunque no se puede decir que haya inspeccionado las habitaciones desde mi regreso —dijo contrito—, no por eso debo dejar de hacerlo inmediatamente.

Alpha Barron se sintió aplastada ante la presencia del Príncipe en persona.

—Oh, Alteza —ronroneó—, hemos procurado hacerlo todo como creíamos que le gustaría. Si hay algo mal, no tiene más que hacérselo saber, y volveremos inmediatamente, ¿verdad, Ronnie?

—Pues claro, Alteza —dijo Ronnie Barron.

Era un joven pálido, afeminado y borroso, con una sonrisa anodina y un flojo apretón de manos.

Jagat estaba deseando dejarlos.

—Gracias, gracias, gracias —dijo efusivamente—, y ¡adiós, adiós!

Les dio la espalda, vio a Bert Osgood, que apareció en aquel momento, se precipitó hacia el teléfono que había en el otro extremo del pasillo y marcó el número de las habitaciones de Brooke. Escuchó su voz con un suspiro de alivio. Siempre existía la posibilidad de que, a pesar de todo, ella hubiera decidido alejarse de él. Independiente y evasiva como era, uno nunca podía estar seguro. Todavía no se había acostumbrado a esta mujer, tan nueva en su mundo.

—¿Te apetece hacer una gira de inspección conmigo? —preguntó procurando que la entonación sonara casual.

—Por supuesto —contestó ella.

—Nos reuniremos aquí, en el vestíbulo.

Mejor actuar a la luz del día, pensó. Cuando llegó al vestíbulo, los decoradores ya no estaban, y Bert se encontraba ante su mesa, leyendo el correo.

—Nuestro primer grupo de turistas está en camino, Alteza —exclamó.

—¿Estamos preparados? —preguntó Jagat.

—Preparados —dijo Bert— y me alegro de poder ver este lugar en funcionamiento... parcial, al menos, antes de irme. He contratado un chef; llega hoy de Nueva Delhi. ¿Puedo seguir adelante con el personal, señor?

—Con los puestos clave, sí —replicó Jagat—. Pero yo me encargaré de los subordinados. Creo que voy a trasladar a Rodríguez al hotel... claro que ahora precisamente ha ido a Bombay por orden mía. Ha sido el mayordomo de palacio desde los tiempos de mi abuelo. Es honrado y un soplón maravillosamente bueno. Se enterará de todo y me informará. Le encantan las intrigas y los chismorreos, pero es leal.

—Ajá —dijo Bert—. ¡Así que ha sido él la línea de comunicación!

Jagat se echó a reír. ¿Por qué le gustaría tanto este americano? ¡Incorregible! Por muy grandes que fueran sus preocupaciones, Bert Osgood era capaz de reírse como un niño grande.

—Espero no tener demasiados huéspedes durante los monzones. No sabría cómo distraerlos si usted se va.

—Esa gente se quedará sólo una semana —contestó Bert—. En realidad, son amigos míos, de Nueva York. Les he hablado tanto del hotel, que sienten curiosidad. Pero nos harán una buena publicidad, son todos periodistas o agentes de viajes.

—Pues cuídelos bien entonces —dijo Jagat.

Mientras hablaba vio a Brooke en el otro extremo del pasillo, acercándose. Vestía de blanco, como hacía tantas veces. Cuando se acercó, Jagat pudo ver que era feliz y se sentía en paz.

—Voy a dar una vuelta con *Miss Westley* —continuó.

—¿Quiere que le acompañe? —preguntó Bert.

Jagat negó con la cabeza.

—Usted tiene mucho que hacer para que esto esté definitivamente listo. Además, ya conozco el camino a pesar de los cambios.

Subió con Brooke la ancha escalinata de mármol que conducía a las «suites» que daban a la ciudad. Vestíbulos de mármol iban de una «suite» a otra y cada «suite» tenía su propia terraza, con el agua lamiendo suavemente la base.

—¿No suben de nivel las aguas del lago? —preguntó ella.

—No desde que construí las presas. Podemos controlar totalmente el flujo.

Se sentían constreñidos y, sin embargo, libres. Hasta entonces nunca había esperado que una mujer le hiciera un signo, pero ahora prefirió esperar, y Brooke lo hizo al entrar en la tercera «suite». Estaba frente a la isla en que el Shah Jehan había estado tanto tiempo prisionero. Se quedaron mirando el lago. Después, ella fue a la puerta que daba al vestíbulo y la cerró. Se acercó a él, puso la cabeza sobre su pecho y Jagat la abrazó.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Brooke.

—No lo sé.

—Si tú no lo sabes, ¿cómo voy a saberlo yo?

Él contempló aquel rostro demasiado sensible.

—No podemos hablar aquí, ¿no te parece? Tenemos que vernos en algún lugar alejado donde no haya oídos del palacio. Déjame pensar —frunció el ceño—. Ya lo tengo. Mañana iremos tú y yo a Chittor. Iremos solos, no desde aquí, sino desde la ciudad. Tú tomarás un bote temprano, digamos a la salida del sol, y yo me reuniré allí contigo. Nos encontraremos casualmente, paseando por la calle... Chittor, sí, eso es. Quiero que lo veas... es muy antiguo, mis antepasados combatieron allí, grandes guerreros, aunque perdieron y juraron que ni ellos ni sus descendientes entrarían de nuevo en Chittor hasta que nos fuera devuelto, cosa que hizo el primer ministro en persona, como ya sabes.

—No, no lo sabía —dijo Brooke riendo—, pero me lo enseñarás mañana.

—Todo un día solos —dijo Jagat en un susurro.

Brooke subió al bote en el frío amanecer. El barquero tiritaba bajo la burda prenda de algodón gris que llevaba sobre los hombros. Las mujeres ya estaban lavando. Brooke pasó ante ellas y subió el tramo de escalones de mármol que conducían a la puerta de la ciudad. La atravesó y se puso a pasear lentamente por las calles mientras esperaba. A los pocos minutos oyó el ruido de un automóvil. Jagat se detuvo a su lado y abrió la puerta.

—Aquí tienes este —dijo y la envolvió en una blanda manta de lanas multicolores tejidas a mano—. Las noches son frías, pero el sol pronto lo cambiará todo. Los indios vivimos siempre al sol.

Era verdad, observó ella, pues cuando salieron de la ciudad, las aldeas que atravesaban estaban despiertas pero no vivas. Los hombres estaban sentados en cuclillas ante las casas de adobes, envueltos en capas caseras de algodón, con los rostros sombríos por el frío, mientras que en el interior las mujeres se afanaban preparando la primera comida del día. Al pasar las horas y subir el sol en el horizonte, las aldeas se despiertan, los hombres se van a los campos, las mujeres y los

niños a los pozos, y los perros a cualquier parte. Hasta los monos grises se despiertan y empiezan su cháchara en los árboles, y los mirlos se afanan en pos de los rebaños, buscando los insectos en sus escondrijos. Brooke contemplaba todo esto mientras escuchaba el monólogo de Jagat.

—Chittor tiene tres millas y media de largo. Está construido sobre una montaña de cumbre chata y sólida roca, creo que hacia el mil trescientos tres d. C. Dentro de las murallas hay huertas, jardines, lagos, todo lo necesario para la supervivencia. Mis antepasados creían que era inexpugnable. Chittor era nuestra antigua capital, y fue saqueado tres veces por los musulmanes, la última por el gran Akbar. El fuerte estaba antiguamente rodeado por selvas espesas... ¡qué estupendas cacerías de tigres! Se dice que hasta había leones...

Ella escuchó el desarrollo de esta historia hasta el mediodía, mientras avanzaban por la estrecha carretera, entre los campos que parecían de cuero marrón.

—Nada florece o lleva fruto hasta que llegan las lluvias traídas por los vientos de los monzones —le dijo Jagat—. Únicamente esas flores amarillas que se parecen a las que los ingleses llaman hierba de San Juan, y los arbustos espinosos que se ven por todas partes. Ahí está el fuerte. Aparcaré el coche, lo cerraré y le pagaré a un aldeano para que lo vigile. Aquí mismo, dame la cesta.

Al mediodía se habían detenido al pie de la montaña chata y ella tiraba de la cesta del almuerzo.

—En otras circunstancias —dijo Jagat mientras trepaban por la escarpada roca— hubiera traído a Rodríguez y a un par de porteadores para que nos llevaran, pero hoy te quería para mí solo.

A pesar de lo cual, les seguía una harapienta multitud de niños y ociosos de la aldea, que no los dejaron hasta que Jagat los espantó a gritos. Llegaron solos a la cumbre. Él dejó la cesta a la sombra de un templo en ruinas y, cogiéndola de la mano, la guió a través de templos y palacios vacíos, deteniéndose un momento ante un esbelto pilar cuyas tallas crujían al aire del desierto.

—Es imposible enseñártelo todo o contártelo todo —dijo él—. No quedaría tiempo para nosotros. Pero éste, éste sí merece la pena: es el palacete de Padmini, rodeado de agua, para que ella estuviera a salvo de cualquier ataque. Era tan bella que el Maharaná no se atrevía a dejar que se secase la tierra que rodeaba su palacio... Quédate ahí, cariño, contra el fondo. Puedo verte reflejada en el agua, como seguramente hacía ella... ¡ah, amor mío!

Se adelantó impetuoso y la rodeó con sus brazos. Brooke permaneció un momento acurrucada contra su pecho y luego alzó la cabeza.

—¿Qué fue de Padmini? Cuando llegaron los conquistadores.

Él dejó caer los brazos.

—Ella esperó hasta que mataron a su señor y el fuerte estaba a punto de caer. Entonces, siempre leal, condujo a sus damas a un oscuro pasadizo y ordenó a sus criados que prepararan una hoguera y la encendieran. Así murió.

—Qué triste... qué triste —susurró ella y escondió de nuevo el rostro en su pecho.

Las horas pasaron demasiado aprisa y no tuvieron más remedio que enfrentarse al sol poniente. Aquél era un día aparte de todos los demás días de su vida, un día extrañamente tranquilo y sin hacer el amor. Compartieron los silencios y los momentos de conversación y risa.

Sólo un extraño incidente estropeó un poco la jornada. Fue a las doce de la mañana. Estaban sentados en la brillante ladera, en medio de unas ruinas, comiéndose unos bocadillos mientras hablaban. A poca distancia, una torre se alzaba orgullosa todavía entre las murallas derruidas y las terrazas rotas. Jagat estaba hablando de la torre.

—Una atalaya —dijo—. Mis antepasados se atrincheraron en ella en un último intento de resistir a nuestros enemigos.

Tenía el bocadillo en la mano derecha, intacto. Ella, aunque escuchaba, se distrajo de pronto a causa de un gran pájaro que parecía bajar en picado desde el cielo.

—Un halcón... —gritó.

El pájaro, como si la hubiera oído, caló bajo. Pasó tan cerca de ellos que el extremo de sus alas les abanicó la cara. Clavó sus garras en el bocadillo que Jagat tenía en la mano y huyó con él.

Jagat miró su mano vacía.

—¿No tenía yo un bocadillo en la mano?

—¡Sí! —dijo ella echándose a reír.

Pero Jagat estaba muy serio.

—¡Nunca me había ocurrido una cosa semejante! ¡Ha desaparecido el pan que tenía en mi mano! Es un mal presagio... ¿mi hijo? No, ya ha desaparecido también. ¿Voy a ser despojado de nuevo? Pero ¿de qué?, ¿de quién?

Mascullaba estas palabras para sí mismo, como si Brooke no estuviera allí. Ella se vio obligada a llamar su atención.

—¡Jagat, querido! Era sólo un halcón hambriento...

—¡Pero me ha quitado el pan de las manos!

—No importa. Toma otro bocadillo... hay muchos. Eso es por mimar tanto a vuestros pájaros y animales. Están convencidos de que son seres humanos.

Pero le llevó sus buenos cinco minutos convencerle de que comiera, y hasta media tarde no volvió a ser él mismo. Y para entonces estaba ya muy próxima la puesta del sol.

—¿Volveremos a pasar un día como éste? —preguntó ella.

—Lo pasaremos... lo pasaremos...

—Pero ¿cómo? —dijo Brooke deteniéndose en mitad de la ladera.

Él cogió firmemente su mejilla con la mano derecha.

—Llámame por mi nombre —ordenó.

Ella raras veces utilizaba su nombre de pila.

—¡Pero no has contestado a mi pregunta, Jagat!

—Mi nombre suena tan dulcemente en tus labios... —dijo él cariñosamente, y la liberó.

Entonces su voz sonó vigorosa de nuevo.

—No podemos pensar más en el día que vivimos, un día, una noche... ¿Vendrás mañana a cenar a palacio?

Ella levantó la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Debo ir?

—¡Sí! No podemos perder ninguna oportunidad de reunimos.

—Entonces prométeme que no me dejarás a solas con ella.

—Prometido. Ella me ha pedido lo mismo.

—Ah, ¿sí? ¿Es que lo sabe?

—No lo sé.

—Lo siento por ella.

—¿Lo sientes?

—Porque me amas.

—Ah, sí... bueno, sois muy diferentes.

—¿Diferentes?

—Perteneceís a mundos distintos.

—Pero tú... ¿dónde estás tú? ¿En qué mundo?

—Querida, no lo sé. Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar. Debes ser paciente conmigo.

—Sí, claro —dijo ella.

Y descendieron en silencio la ladera.

* * *

A la noche siguiente, en la terraza, ella comprendió lo que Jagat había querido decir. La noche se parecía mucho a la de su cena anterior en palacio y, sin embargo, era completamente distinta. Ella no era la misma mujer. La búsqueda había terminado para ella, fuera cual fuese la decisión a tomar. Habían cenado ya y estaban sentados en el salón. Era imposible salir a la terraza. El viento se había convertido casi en un vendaval que retorció y torturaba a los árboles. Unas olas de blanca cresta recorrían el lago.

—Dentro de unos días lloverá —dijo Jagat.

El ayudante del mayordomo trajo café y vino de rosas. Rodríguez estaba ya en Bombay.

—¿Licor, *Miss Westley*? —preguntó Jagat.

—Sí, por favor, Alteza.

La impacientaban estos protocolos. Casi no habían hablado nada durante la cena, con Jagat absorto en sus pensamientos y Moti casi enteramente silenciosa. De no ser

por el padre Francis Paul, la comida hubiera resultado insoportable. Pero éste había hablado de su obra entre los *bhils* con su acostumbrado entusiasmo. Era evidente que su visita tenía una finalidad muy concreta y ahora utilizó abiertamente a Brooke como parte de su esquema altruista.

—¿Todavía no conoce a los *bhils*, Miss Westley?

En aquel momento estaba cruzando la habitación. Se sentó al lado de ella.

—No, me temo que no sé nada de ellos salvo que son una tribu, y eso porque usted me lo dijo.

—Una gente muy atractiva, aunque voluble —dijo el padre Francis Paul, renunciando al licor con un movimiento de su mano derecha—. Son de pequeña estatura, nervudos y muy valientes. Una de las tribus primitivas más antiguas. Viven en las montañas de Banskara y Durgapur y casi de la misma forma que hace siglos, aunque estoy intentando convencer —y espero conseguirlo— a Su Alteza para que haga algunas mejoras. Le siguen siendo muy leales... la lealtad es una de sus virtudes.

—Ya oigo, ya oigo —dijo Jagat, como ausente.

—Los británicos hicimos muy poco por ellos —continuó el padre Francis Paul—. Aunque el Rajasthan estuvo bajo protección británica durante ciento treinta y siete años, y durante ochenta y dos bajo la soberanía directa de la Corona británica, ellos no mejoraron mucho por eso.

—Al menos la Corona protegió a mis antepasados de todos los peligros, y nosotros protegimos a los *bhils* —terció Jagat—. Ahora los Estados son arrojados a los lobos.

—No, en absoluto —replicó con viveza el sacerdote—. Tiene usted una extraordinaria policía territorial. Admiro a esos hombres, que viven en el desierto en rudas tiendas de campaña o en cabañas, y han de viajar durante diez o doce días para encontrar agua y comida. Los bandoleros, los contrabandistas y los cuatreros no son tan duros para ellos como la eterna soledad. No, no, Alteza, usted tiene un auténtico tesoro en su pueblo. Confieso que mis *bhils* contribuyen al censo de criminales. Pero, Alteza, repito una vez más, que nunca resolveremos los problemas de esas tribus hasta que tengan escuelas y más pozos. Sé que los pozos para irrigación han avanzado mucho bajo su dirección, pero eso no basta. Tengo un plan, Alteza... y le suplico que recuerde que los *bhils* son, entre todo su pueblo, los que menos mejoras han recibido hasta el momento en educación y sanidad.

—He construido más de mil casas para ellos —empezó Jagat.

—No basta, Alteza —le interrumpió el sacerdote—. Lo que necesitamos es arreglar el reasentamiento alrededor de las áreas recién irrigadas.

—Eso se hará a su debido tiempo. —Jagat estaba irritado ahora. ¡Este inglés predicando su evangelio! Continuó con acritud—: Como usted ya sabe, el Estado está dividido en cuatro zonas. Las máximas necesidades de irrigación dependen enteramente de los lugares donde cae la lluvia. El agua del subsuelo es salobre,

aunque profundicemos hasta los cuatrocientos pies. En esas áreas sólo los canales sirven de algo. ¡Mire el Canal del Gang, por ejemplo, que trae las aguas desde la presa de Ferozepore y ha transformado por completo todo el distrito! Y si tiene usted la bondad de confiar en nosotros, haremos lo mismo con el afluente Naurangdesar.

—Confío en usted —dijo el padre Francis Paul sinceramente—, y esto me recuerda la inscripción del cenotafio de la Reina Semíramis de Asiría. ¿Ha visto usted el cenotafio, *Miss Westley*?

—Recuerdo la inscripción —dijo Brooke—. Es algo así. —Hizo una pequeña pausa y luego repitió las palabras con voz clara—: «Yo obligué al poderoso río a fluir según mi voluntad y conduje sus aguas a fertilizar tierras que antes eran estériles y sin habitantes».

—Exactamente —exclamó el padre Francis Paul—, ¡y qué bien lo ha dicho! Alteza, lo que ha hecho antes, debe repetirlo una y otra vez en muchos lugares.

—Así se hará —replicó Jagat con energía—, pero no debe olvidar los costes. La velocidad de nuestra actuación la marca el dinero disponible. Por ejemplo, la pérdida de agua durante el transporte es grave. A largo plazo será más barato cubrir los canales con ladrillo, pero el coste inmediato es formidable.

A pesar de ello, el padre Francis Paul siguió con fervor:

—Mientras tanto, debemos planear la reforestación, Alteza. Durante siglos se le ha permitido al pueblo cortar en las montañas hasta los arbustos. Considero muy importante lo que ha hecho usted, Alteza, en la cuestión de los bosques, pero...

Brooke se levantó. Comprendía que Jagat no podía soportar más aquello y que la Maharani no acudiría en su ayuda. Moti seguía silenciosa e incolora en su sillón de brocado dorado.

—Alteza —dijo Brooke dirigiéndose a ella con su voz clara y fuerte—, me gustaría ver la tormenta. He estado viendo cómo los árboles se agitaban bajo ese viento. Debe ser todo un espectáculo.

—¡Ah! —dijo Jagat con un suspiro de alivio—. La llevaré a la torre. ¿Nos permites, Moti... y usted, padre?

La Maharani asintió con la cabeza, pero el sacerdote insistió:

—¿Me concederá quince minutos cuando vuelva?

—Concedidos —dijo Jagat.

Salieron de la habitación. Pasaron un par de minutos sin que ni Moti ni el padre Francis Paul pronunciaran palabra. Ella alzó al fin la cabeza.

—Padre, deseo confesarme.

—Sí, Alteza.

—Por favor, prescinda del tratamiento.

—Muy bien.

—Padre, no puedo soportar mi vida.

—Hay veces que ninguno podemos.

—No estoy hablando de veces. Hablo solamente de ahora... de este instante,

cuando estamos aquí, solos en esta habitación, en este palacio, usted y yo.

—¿Y qué puedo hacer yo para ayudarla?

—Permitir que yo olvide que es usted un sacerdote. ¿Puedo?

Él no respondió. La miró asombrado, y ella continuó rápidamente, transformándose ante sus ojos. Su apatía había desaparecido. Se inclinó hacia él con una nota de urgencia en la voz.

—Nunca he amado a nadie antes... a nadie, ¿comprende? Ahora sé que le amo a usted. Y no deseo amarle. No deseo amar a nadie. Por mi propia madre sé que amar a quien sea es una desgracia, pero especialmente cuando una mujer se enamora de un hombre.

Él estaba horrorizado y lleno de piedad al mismo tiempo.

—Pero, mi querida alma, ¿es que no ama usted a su marido?

—No, nunca le amé.

—Él es bueno con usted.

—Eso no es amor.

—¿La ama él?

—¿Cómo puede amarme cuando yo no le amo?

—¿Es culpa suya entonces?

Moti tiró el abanico al suelo en un gesto de impaciencia.

—¿Acaso puedo evitarlo?

—Puede rezar para ser capaz de amarle.

Moti se echó a reír con amargura.

—¡Qué poco sabe usted del amor!

Se levantó impetuosamente, ella, a la que nunca había visto impaciente, y cruzando muy aprisa la habitación, se arrodilló a sus pies y puso las manos sobre sus rodillas.

—¡Ayúdeme!

Por primera vez en su vida miraba a una mujer a los ojos y se sentía indefenso ante su amor.

—Ayúdeme —repitió ella—. ¡Ayúdeme!

Él puso sus manos sobre las de ella, temblando al hacerlo.

—Querida mía, querida mía —murmuró—. Deseo saber cómo ayudarla.

Y, haciendo acopio de toda su energía, apartó con suavidad las manos de Moti dejándolas caer en su regazo. Se levantó y la ayudó a ponerse de pie.

—Somos lo que somos —dijo entonces—. Usted es la esposa de un hombre grande y bueno, yo soy un sacerdote de Dios. Ése es nuestro destino. Si nos vemos de nuevo —y si no nos viéramos mi corazón quedaría destrozado— será únicamente porque nos reúna la obra de Dios. ¿Qué importa si su Dios es Krishna y el mío es Cristo? Hay quien asegura que los dos son uno, que algunos llaman Kristi a Krishna, ¿quién sabe? Trabajemos juntos por el bien de su pueblo, que es también el mío. Yo lo he hecho mío.

Se santiguó; luego, vacilando, cogió la mano derecha de Moti, la besó y la dejó caer de nuevo.

—Nunca olvidaré lo que me ha dicho. Me siento muy honrado. Y ahora, ¿querrá presentar mis excusas a Su Alteza? Él la necesita mucho en todos los planes que está haciendo para su pueblo. Recuerde esto siempre... amiga mi... mía. Mi querida amiga.

Hizo una reverencia y salió a toda prisa, con la sotana revoloteando tras sus talones. Moti se quedó allí, en medio de la habitación, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

* * *

Dos días de pesquisas y Raj no aparecía por ninguna parte. Rodríguez se disponía ya a salir de Bombay sin él cuando en los bajos fondos de la ciudad, donde tenía muchos amigos goanos, oyó que Raj estaba loco por una joven actriz que estaba rodando una película en el más famoso de los diversos estudios cinematográficos que había en Bombay.

Al principio le indignó mucho, como a buen católico, que el futuro yerno de su amo anduviera perdiendo el tiempo en tales diversiones. Pero, tras reflexionar un poco, decidió que no debía consentir que se añadiera esta nueva desgracia a las múltiples dificultades de la familia. Y el tercer día, a última hora de la mañana, momento en que supuso iniciaría su trabajo la joven actriz, se presentó en los estudios y no preguntó por Raj sino por la estrella misma, que no era otra que Sehra Lall, como pudo observar al acercarse a ella. Naturalmente, él no sabía que Jai había conocido a Sehra, y tampoco se hubiera enterado ahora de no ser porque la muchacha estalló en sollozos cuando él se presentó como el mayordomo y jefe de criados del palacio del Maharaná de Amarpur. Estaba en su camerino, sentada ante el espejo, mientras su doncella la peinaba y el maquillador le colocaba las pesadas joyas necesarias para su papel en un film histórico.

—¿Por qué llora, señora? —preguntó Rodríguez.

—Porque Jai era amigo mío y hasta ahora no había visto a nadie que le conociera.

—Pues el joven Raj *Sahib* seguro que le conoce —exclamó Rodríguez— porque está prometido a la hermana de Jai.

Al oír esto, la joven dejó de llorar inmediatamente y, llena de furia, empezó a llamar a gritos a Raj.

—¡Raj, Raj...!, ¿dónde está?

Todo el mundo se puso a buscarle hasta en los lugares más inverosímiles, y luego resultó que acababa de llegar y estaba esperándola en el vestíbulo. Ella se recogió las faldas rojo y oro, salió como un huracán del camerino, con Rodríguez detrás, y se plantó ante el joven.

—Raj —gimió Sehra—. ¿Cómo no me has dicho que estás prometido en

matrimonio a la hermana de Jai?

El joven enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Tenía que decírtelo? —dijo intentando parar el golpe.

—Pues claro que tenías —gritó ella, ahora muy indignada—. ¿Crees que hubiera perdido mi tiempo contigo de haberlo sabido? En primer lugar, es la hermana de Jai... ¿iba yo a herirla permitiendo que me sigas como un perro? En segundo lugar, aunque no estoy segura de que no sea el primero, ¿a santo de qué iba yo a aceptar unas relaciones amorosas contigo sin matrimonio? ¡Largo de aquí... largo!

De pronto, y muy a pesar suyo, las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Lloraba por nada desde que se había enterado de la muerte de Jai. Era un héroe para todos, mas para ella era además el amante perfecto, el hombre con el que nunca podría casarse. Desesperada, se había rebelado contra sus padres y había entrado en unos estudios cinematográficos de Bombay, sin avergonzarse de utilizar el famoso nombre de su padre, un multimillonario. Afortunadamente, ella también tenía talento y fue la primera estrella de una película reciente, *La mujer vence*.

Hoy día ya era capaz de olvidarse de Jai la mayor parte del tiempo, pero, al recordárselo, volvió a llorar, y las lágrimas habían estropeado su maquillaje cuando estaba a punto de ir al plato, añadiendo la indignación a la pena. Se recogió las faldas con ambas manos y persiguió a Raj como si fuera un perro vagabundo que se hubiese colado por la puerta. El joven no tuvo más remedio que dar media vuelta y marcharse. Rodríguez salió tras él.

Era la oportunidad, pensó el goano, pues Raj estaba muy furioso por aquella desairada despedida ante testigos, que se divirtieron lo suyo con la escena. Ahora estaría predispuesto para transferir su cólera al americano, cuando Rodríguez le contara lo sucedido.

—¡Qué! —exclamó—. ¡De modo que la muchacha con quien estoy prometido me hace de menos! ¡Todo eso —dijo señalando con la cabeza la puerta de los estudios— era un juego sin importancia! Vamos... regresemos inmediatamente a Amarpur. Ese americano y yo nos vamos a ver las caras, y le voy a mandar con viento fresco a su país.

Emprendieron la marcha en menos tiempo de lo que Rodríguez hubiera considerado posible. Un avión los dejó en Amarpur al crepúsculo. Era casi medianoche —Raj se había detenido únicamente para tomar una copiosa cena en la fonda del aeropuerto— cuando irrumpió ante el americano, que ya estaba en la cama.

—Arriba, arriba —gritó—. ¡Fuera de la cama, ladrón!

Bert se incorporó boquiabierto y encendió la lámpara de la mesita de noche. Como la mayoría de los jóvenes americanos, dormía como un tronco. Bert se alarmó al ver la furia salvaje de los ojos de Raj y los pelos de sus orejas erizados por la ira.

—Siéntese, amigo —dijo—, y discutamos las cosas con calma.

—¿Qué es lo que hay que discutir? —preguntó imperioso Raj. Su inglés era excelente, pero cuando estaba excitado volvía a su idioma indio—. ¡Me ha herido en

las partes más profundas de mi ser! Como un ladrón, como un bandolero del corazón, ¡me ha robado mi vida!

A pesar de estos gritos, se sentó en la silla más próxima, y sacando un gran pañuelo de seda amarilla del bolsillo, se secó el rostro y las manos. Bert encontró sus zapatillas y se puso el batín. Intentó reprimir un poderoso bostezo, pero no lo consiguió; bostezó a placer y se sacudió como un perro que acaba de salir del agua.

—Y ahora —dijo—, ¿qué pasa?

Raj se le quedó mirando.

—¿No lo sabe?

—Pues francamente, no. A menos que usted... claro, usted es... ¡Raj!

—¡Ah, miren cómo le remuerde la conciencia! —aulló Raj en son de triunfo—. Exacto. ¡Yo soy Raj! —Se golpeó el pecho con los puños—. ¡Y vengo a exigir una reparación!

—¿Por qué? —preguntó Bert muy sereno.

—¡Por el cariño de mi prometida, Veera, mi novia, mi amada!

—Mire —dijo Bert—, seamos razonables. Si ella le prefiere a usted, es suya. Si no, bueno... pues juego limpio es la cosa.

—No hay elección posible —declaró Raj con el mismo tono altisonante—. Es demasiado tarde para escoger. Nuestras familias han decidido. Ya se han cubierto todas las formalidades. La suerte está echada.

—Vamos a tomar un trago —dijo Bert.

—¿Dónde? —preguntó Raj.

—Abajo, en el bar. No es que haya mucho, pero un par de *whiskies* nos aclararán el pensamiento.

Lo condujo en silencio por el pasillo, despertando de paso a dos vigilantes nocturnos que se habían dormido. En el bar, sirvió las bebidas, invitó a Raj con un gesto, y se sentaron los dos frente a frente en una mesita de mármol. El alcohol ablandó a Raj casi inmediatamente.

—¿Está enamorado de ella?

Sus penetrantes ojos oscuros, bordeados de larguísimas pestañas, daban mayor énfasis a la pregunta.

Bert se mostró cauto.

—Puede llamarlo así. Es una muchacha extraordinariamente atractiva. Si fuera libre, si pudiera hacer lo que quisiera y todo eso, podría amarla.

—¿Y la encuentra atractiva incluso como americana?

—Muchísimo.

—Lo tomaré como un cumplido, gracias. —Raj hizo un gesto ampuloso con su mano derecha—. En cuanto a mí, la encuentro inigualablemente exquisita. La amo.

—Lo comprendo —dijo Bert.

Sintió una punzada de dolor, pese a toda la cautela de sus palabras. Evidentemente, todo aquello iba a ser muy difícil. Su sentido común le decía que lo

mejor que podía hacer era irse a casa lo antes posible. Sin embargo, en esa bella muchacha india había algo que nunca olvidaría. Se casara con quien se casara, y por mucho tiempo que llevara de matrimonio, sabría siempre que su romance estuvo aquí, en este palacio.

—Esto no quiere decir que yo fuera plenamente consciente de mi apasionado amor —estaba diciendo Raj—. Le agradezco el que, por usted, me haya dado cuenta de este hecho de amor. De no ser por eso, quizá hubieran pasado muchos años antes de conocer mis propios sentimientos, o incluso es posible que no lo hubiera sabido nunca.

—Ella también debe amarle —le recordó Bert, y llenó los vasos.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Raj despreocupadamente—. Eso es para mí algo evidente. Pero las muchachas indias han recibido de sus madres y sus viejas ayas una educación muy refinada en estas cuestiones. Las han enseñado a amar a sus maridos adecuadamente.

—Es usted un buen tipo —dijo Bert.

Y era cierto. Bajo toda su efervescencia, Raj era un buen muchacho. Haría todo lo posible por agradar a su esposa. Además, apostaría por Veera. Ella viviría a gusto con él. Y había dinero, supuso Bert; Raj iba costosamente vestido con ropas inglesas y llevaba un gran diamante en el dedo meñique de su mano derecha. Dentro de unos años, si volvía a la India, se encontraría a Veera convertida en una guapa matrona india con una caterva de hijos de pelo negro, los varones con vello en las orejas.

—Usted sabe, Raj... —dijo y se detuvo.

—Sí, sí —le animó Raj—. Descargue en mí su corazón.

—Me alegro muchísimo de que haya venido.

—Gracias... ¿y por qué, si puede saberse?

—Porque si no hubiera venido, yo a lo mejor habría seguido pensando en alguna locura. Como...

—¿Como qué, por favor?

—Seremos siempre amigos. Le deseo toda la felicidad para el día de su boda. Y, por favor, permítame que felicite mañana a Veera, pues pasado mañana me vuelvo a América.

—Desde luego, insisto en que debe usted verla y desearle personalmente un feliz matrimonio. Nos casaremos muy pronto... Creo que dentro de unas dos semanas más o menos. Depende del día que marque el horóscopo.

—¡Perfecto! Y ahora le daré una habitación para que pueda dormir.

Al día siguiente fue a palacio y solicitó una entrevista con el Maharaná. Cuando lo introdujeron, Su Alteza estaba como de costumbre tras la mesa de su abuelo, en las oficinas de palacio, pero solo, afortunadamente. Bert fue inmediatamente al grano.

—Alteza, si usted me lo permite, me gustaría regresar a mi país mañana.

—¿Por qué tanta prisa?

—Su futuro yerno llegó anoche, Alteza. Tuvimos una larga conversación. Ahora

veo que sería un tremendo error por mi parte inmiscuirme en su vida o, lo que es lo mismo, inmiscuirme en la vida de vuestra hija. Aún no ha llegado el tiempo en que puedan derribarse ciertas barreras. Ella no sería feliz en mi país, y yo no sería completamente feliz si me quedara aquí. La nuestra sería una especie de existencia flotante y soy un hombre al que le gusta echar raíces. Puedo echarlas para mí, pero no puedo echarlas por ella, en un país extraño. Ustedes tienen aquí una estructura para el individuo que es... muy útil. No quiero ser el responsable de su rotura y menos tratándose de su hija.

Nunca habían sentido aquellos hombres tanto afecto el uno por el otro. Jagat se levantó y estrechó la mano de Bert.

—Habla usted como un hombre decente, honorable y sabio —dijo con calor—. Gracias en nombre propio y en el de mi familia. Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted?

Bert titubeó.

—Si pudiera verla unos minutos, sólo para decirle yo mismo...

—Por supuesto.

Tocó un timbre y apareció un criado.

—Dile a mi hija que venga en seguida —ordenó Jagat.

Permanecieron en silencio mientras esperaban, aunque no se sentían violentos. Todo se había dicho ya y era el momento de separarse, aunque la emoción estuviera aún en todo su apogeo. Cuando entró Veera, muy bonita en su sari plata y azul pálido, con anillos de plata en los dedos de manos y pies, Jagat se levantó, aliviado.

—Os dejo —dijo—. Volveré dentro de quince minutos.

—No necesitaremos tanto tiempo —dijo Bert.

—¿Qué pasa? —susurró Veera cuando se cerró la puerta.

Él se acercó y la cogió de las manos.

—Cariño, esto no marcha.

—¿Qué es lo que no marcha?

—Tú y yo, cariño. Raj está aquí.

Ella se soltó y dio una patada en el suelo.

—¡Le diré que se largue!

—No, tú no harás eso, Veera. Él te ama. Quiere casarse contigo.

—¡El muy estúpido!

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Y no es sólo él —dijo Bert—. Están también las familias. Tu padre se ha portado maravillosamente conmigo... un gran hombre. No puedo herirle.

Veera estaba sollozando ahora. Se acercó más a él y se apoyó en su cuerpo. Bert no la abrazó. Ya estaba bien de...

—Las familias ya no cuentan ahora —gimió ella—. Eso está pasado de moda. Las chicas de Bombay...

—Tú no eres una chica de Bombay —dijo Bert. Su voz era firme—. Eres una

princesa. Tienes un papel que jugar. Y yo no puedo ayudarte en eso. No soy un príncipe, pero Raj sí. Los dos haréis una pareja maravillosa. Tendréis unos hijos bellos y maravillosos, que se criarán en un palacio, lo mismo que vosotros. En América no hay palacios. Y yo no sé si podría vivir en uno.

Veera, con sus grandes ojos fijos en el rostro de Bert, dio de pronto una patada en el suelo y exclamó:

—¡Eres un cobarde!

La sandalia salió despedida de su pie desnudo. Bert la cogió y se la volvió a poner. Al verle agachado, Veera empezó a llorar otra vez. Bert se irguió y ella se separó andando de espaldas y secándose los ojos con el extremo de su sari.

—Toma mi pañuelo —dijo Bert—. No quiero que estropees ese vestido tan bonito.

Veera se secó los ojos y le miró llena de reproches. Bert le sonrió, una sonrisa triste y tímida.

—Adiós, Veera —dijo, hizo una rápida reverencia y salió de la habitación.

Veera permaneció allí, sola, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. Y así la encontró Jagat.

—Vamos, vamos —dijo echando un brazo por sus hombros—, no llores, pequeña. Es un hombre bueno, un hombre muy bueno, aunque sea americano. Gracias a él, amaré siempre a América. Pero no es para ti, pequeña. ¿Qué hubiera sido de nosotros aquí, sin ti? A Raj le conocemos bien, te adorará, te regalará joyas y saris y te llevará a París y a Londres. No más lágrimas, Veera.

Pero ella se revolvió y dando otra patadita en el suelo gritó:

—¡Quiero llorar!

Jagat, acostumbrado a las rebotadas de su hija, se encogió de hombros.

—¡Pues llora, niña! Las lágrimas se llevarán tu pena. Pero no puedo perder más tiempo contigo. Ve con tu madre.

Ella salió corriendo de la habitación, pero no fue con su madre. Fue a su propia habitación y dio unas palmadas llamando a su aya. Cuando la vieja acudió corriendo, la recibió con cajas destempladas.

—¿Dónde te metes siempre que te necesito? Búscame el sari dorado que me puse el día de Divali. Ha venido mi prometido y quiero estar lo más guapa posible. Me voy a casar dentro de dos semanas.

* * *

Los monzones se retrasaban y pasaban los días con un sol como de plata en un cielo blanco y ardiente. El hotel-palacio del lago se llenaba lentamente de huéspedes procedentes de todas las partes del mundo, una princesa griega y su marido en viaje de luna de miel, tres senadores americanos desde Washington, dos hermanas solteras de Londres, y un coronel inglés retirado con su esposa. Sin embargo, la

inauguración oficial no tendría lugar hasta que llegara el gran grupo de agentes de viajes y periodistas. Habían aplazado su viaje dos veces a petición de Jagat, pues la partida de Bert hacía muy difícil encontrar a alguien que ocupara su puesto. Con la conmoción de la boda de Veera y su partida al nuevo hogar de Bombay y tampoco había podido organizar el servicio de lavandería y la cámara de refrigeración que había encargado a los Estados Unidos.

—No sé lo que habría hecho sin ti —le decía a Brooke una y otra vez.

Ella le había ofrecido inmediatamente su ayuda al verle en aquel apuro.

—No tengo experiencia como mujer de negocios —dijo—, pero puedo contestar las cartas y procurar que las habitaciones estén presentables.

—No puedo hacer de ti una secretaria y un ama de llaves —había dicho él bruscamente.

—No, no. Si es sólo temporalmente. Necesitarás profesionales. ¡Por favor, Jagat, déjame! Me hará feliz serte de utilidad.

Su relación había y no había cambiado. No habían vuelto a pasar una noche juntos y ella se preguntaba a veces si la volverían a pasar alguna vez. El ajetreo diario del hotel ocupaba completamente el tiempo de los dos y al parecer sus pensamientos. Pero había momentos, raros y preciosos, en que se quedaban solos —por accidente o porque él lo buscaba, Brooke nunca estaba segura— y él cogía su mano y la mantenía entre las suyas, o besaba sus cabellos al pasar. Entonces Brooke sabía que nada había cambiado. Era sólo cuestión de encontrar el momento y el lugar apropiados. La idea de marcharse no se le pasaba por la cabeza. Él estaba allí y si ella dormía sola era sólo para soñar en el mañana, en que le vería, hablaría con él, sabría si estaba bueno o enfermo. Jagat era su simpatía más profunda, su placer secreto. Confiaba completamente en él, y cuando él señalara hora y lugar, ella estaría allí, obediente a sus órdenes. Hasta entonces, se dijo a sí misma, viviría sola.

Y sola vivía. Nunca podían verse a solas. Él no podía entrar en sus habitaciones, y ella no podía cerrar la puerta de su despacho cuando estaban los dos dentro. Ella sabía que Rodríguez, trasladado ya al hotel como jefe de la servidumbre, era leal a Jagat a su modo y leal también, cómo no, a la esposa de Jagat. Esa lealtad le llevaba a vigilar estrechamente a Brooke, pues desconfiaba de los americanos. Había triunfado con la partida de Bert, estaba convencido de su victoria y se jactaba de que el americano había sido despedido. Brooke no tenía ninguna duda de que trabajaría para que, como él decía, la despidieran a ella también, si veía cualquier relación de índole privada entre ella y su señor.

Por tanto, segura en su paz interior y sabiendo que el amor de Jagat no había cambiado, iba y venía por el hotel, disfrutando con su belleza y creando belleza ella misma. Los jardines florecían bajo su dirección y todas las mañanas se pasaba unas cuantas horas arreglando ramos de flores para los salones y las habitaciones de los huéspedes. Se reuniría con Jagat antes o después, pero de momento tenía que contentarse con que le sonriera al pasar, o le dedicara unas palabras de saludo. Ni que

decir tiene que él volvía a su palacio a última hora de la tarde y ella no se atrevía a telefonarle, pues había gente escuchando por todas partes. El resto del día le resultaba muy largo. Tomó la costumbre de dar un paseo por la ciudad, y durante unos días, también la de remar en un bote por el lago hasta que Jagat se enteró y le prohibió ir sola en un bote pequeño.

—Los cocodrilos son crueles —le dijo—. Y no he sido capaz de matarlos. Tienen unas escamas como el acero. Hasta una bala resbala sobre ellas sin herirlos. Lo mejor es usar lanzas, pero tiene que ser una lanza arrojada por un buen cazador que conozca el pequeño espacio vulnerable que hay donde empieza el amarillo de la panza. No he encontrado a ningún lancero, ni siquiera entre los *bhils*, que sepa cómo matar un cocodrilo. Son reptiles muy antiguos y sagrados, y mi pueblo no está preparado para su muerte. Aunque los he enjaulado mediante la fuerte malla de acero que hay en el otro extremo del lago, siempre cabe la posibilidad de que los hombres no los cogieran a todos. —Se detuvo para fijar en ella una intensa mirada—. Mi vida acabaría si te ocurriera algo. —Hasta esto lo dijo en un murmullo, tan imposible, tan peligroso era hablar de amor.

—No volveré a remar sola —había prometido ella asintiendo con la cabeza.

Sin embargo, Brooke no le habló de sus largos paseos vespertinos, ni él se enteró por otros labios. En su soledad, ella buscaba compañía entre la gente, aunque no hablara su lengua, ni ellos la suya. Sí, buscaba compañía incluso cerca de los pájaros y las bestias. Una bandada de palomas, cientos y cientos, cruzaron el cielo ante ella camino de sus nidos de barro sobre la antigua muralla de alguna aldea, una vaca sagrada adornada con lunares de pintura dorada, burros escuálidos con sus delgadas piernas temblando bajo pesadas cargas, un joven aldeano agachado junto a un ternero y alimentándolo pacientemente con la hierba que había recogido en algún oasis del desierto, todas estas cosas pequeñas aliviaban su soledad.

Era ya un hábito para ella, una vez terminado el almuerzo y cuando había cruzado algunas palabras amables con uno u otro huésped, bajar al embarcadero, hacer una seña al barquero y cruzar el lago en dirección a la ciudad. Al llegar a las gradas, subía a tierra y alzaba dos o tres dedos, indicando el número de horas que duraría su paseo. Luego se alejaba. La gente la miraba con extrañeza al principio, pero al cabo de una semana la aceptó como una americana excéntrica a quien no conocía nadie, pero a quien todos reconocían. Era huésped del hotel, decían, un huésped que al parecer no se marchaba nunca. Era buena con los niños, decían, pues no había niño, niño pequeño, bebé en brazos de su madre, ante el que ella no se detuviera para volver su diminuto rostro hacia la luz de una farola y examinarlo cuidadosamente. Después le daba a la madre una o dos rupias y seguía su camino. Pero a veces sacaba dos o tres juguetes de su bolso y los colocaba ante algún niño sentado en el polvo de la calle, un niño que siempre era muy pequeño. Hasta los de dos años eran ya demasiado mayores para despertar su interés.

—¿Tienes algo que perteneciera a Jai... cualquier cosa que le gustara

especialmente?

Le había hecho esta pregunta a Jagat un día, en el vestíbulo del hotel. Él sonrió.

—¡No te habrás creído lo que dijo el lama!

—Sí y no —contestó ella—. Si me preguntas lo que creo, me veré obligada a decir que literalmente no lo creo. Pero si me preguntas si considero posible que pueda ser cierto, te diría que sí, que es posible. Ésta es la doctrina agnóstica, ¿no? No puedo saber, y por tanto no sé. Sin embargo, si no sé, entonces nada es imposible, aunque sea improbable. Espero tener más luz.

Él no había contestado. Se metieron juntos en su despacho, pero la suave sonrisa no abandonó sus labios. Rebuscó en su mesa y sacó tres objetos de un cajón secreto: un pequeño elefante de marfil, una garra delantera de tigre disecada, y un diminuto mono tallado en un rubí.

—Éstos eran los talismanes de Jai —dijo—. La garra de tigre es una de las del primero que mató. Estábamos en mi pabellón de caza de los montes Aravalli. Me gustaría llevarte allí algún día, si es que encontramos algún día la oportunidad. —Suspiró, se pasó débilmente la mano por la frente y continuó—: El mono pertenecía a su madre. He olvidado cómo lo consiguió ella. El elefante lo consiguió en alguna parte... quizá en el colegio... no lo sé.

Brooke llevaba ahora esos objetos en su bolso y nunca los olvidaba cuando salía de paseo. Era cierto que una y otra vez, aunque no todos los días, se detenía a mirar el rostro de algún niño. En una ocasión se paró ante la puerta de una casa, en una aldea de las afueras de la ciudad, donde una madre amamantaba a su pequeño. Era una mujer sencilla; vestía un sari de algodón azul pálido y llevaba los pies descalzos, pero tenía un rostro fresco y dulce, y su largo pelo negro le caía sobre los hombros. El niño apartó la cara del pecho de su madre para mirar a la extranjera como si la reconociese. Brooke se sentó al lado de la madre, y el pequeño se apartó del pecho que le nutría y alargó sus bracillos hacia ella.

—La conoce —exclamó la madre, y aunque lo dijo en su lengua, Brooke sabía ya lo suficiente para comprender sus palabras.

—Quizá yo también le conozca —replicó Brooke y, abriendo el bolso, sacó los juguetes que un día pertenecieron a Jai.

El niño se inclinó para mirar aquellos objetos que ella sostenía en las palmas de sus manos. Los examinó con la mirada y después cogió cuidadosamente con sus diminutos dedos la garra del tigre y, agarrándola con ambas manos, la apretó contra su pecho.

La madre se echó a reír.

—Será cazador de tigres —exclamó. Después intentó quitársela para devolvérsela a Brooke—. Dale a esta señora extranjera del otro lado del Agua Negra su garra de tigre, pequeño —dijo.

Pero el niño no quería soltarla. Agarró la garra con más fuerza y ocultó su rostro en el pecho de su madre.

—Deje que se la quede —dijo Brooke—, pero procure que no la pierda. Algún día puede tener un significado para él.

Y reanudó su camino. Regresó al hotel hacia el crepúsculo. Allí, para su sorpresa, se encontró a Jagat en el vestíbulo, esperando su vuelta, con una carta abierta en la mano.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. Estaba impaciente por verte y hubiese enviado hombres en tu busca de no ser porque Rodríguez me dijo que sueles salir por las tardes, pero vuelves siempre a la puesta del sol. Pero hoy es más tarde.

—Estuve fuera de la ciudad —dijo ella—. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Aquí tienes esta carta —dijo, impaciente—. ¿Qué voy a hacer? Llegan unos americanos la semana que viene. Sin pensar en si estoy listo o no para recibirlos, se limitan a anunciar su llegada. Son veintisiete y se quedarán tres días. Hay un amigo tuyo entre ellos. —Consultó la carta—. Jerome Burnett —añadió.

—No he oído ese nombre en mi vida.

Se sentó en un sofá tapizado de satén y alzó la mano para recibir la carta.

Jerome Burnett, un novelista que se ha hecho famoso hace poco, formará parte de nuestro grupo. Tiene especiales deseos de entrevistarse con *Miss Brooke Westley*, quien, según tenemos entendido, es huésped de su hotel.

—Pues no, no sé quién es —repitió y le devolvió la carta a Jagat,

—En cualquier caso —dijo él, todavía impaciente—, tenemos que prepararnos para su llegada. Como pasa siempre, hay toda clase de detalles que los obreros han dejado sin terminar. Ven a mi despacho. Hablaremos de esto. ¡Veintisiete americanos! Dios mío, ¿qué voy a hacer con ellos? ¿Cómo entretenerlos? ¡Tres días! Cámaras, películas... quieren hacer fotos. ¡Maldito Osgood por haberme dejado en la estacada en semejante situación!

Abrió la marcha hacia su despacho mientras hablaba. Se sentó tras la gigantesca mesa de ébano.

—Vamos a ver —empezó—. ¿Cuántas «suites» hay listas?

—Las de la segunda planta —dijo ella— y cuatro en la terraza este. No... ¡espera! No he comprobado los cuartos de baño. Lo haré por la mañana. En cuanto a las habitaciones individuales, hay al menos quince listas a excepción de pequeños detalles: cojines, cuadros, cortinas...

—¿Puedes encargarte de supervisarlos todo?

—Por supuesto.

La puerta estaba abierta. Los que pasaban podían verles hablando. Brooke vio pasar a Rodríguez dos veces. La tercera Jagat levantó la vista irritado y vio al goano, con su rostro vuelto inquisitivamente hacia ellos. Se levantó, fue a la puerta y la cerró de un portazo.

—Maldito viejo entrometido —masculló mientras volvía a su asiento.

La miró, medio ausente, rota la cadena de sus pensamientos, y ella aguantó su mirada con franqueza, esperando... ¿qué?

—Ni siquiera te he preguntado si eres feliz... o desgraciada —dijo de pronto.

—Soy feliz —aclaró ella con serenidad.

—¡Dios sabe por qué!

Brooke abrió su bolso y sacó una hojita de papel. Tenía escritas unas líneas de su compacta letra.

—Copié algo de un libro —dijo—. Hay aquí muchos libros maravillosos, ¿lo sabías, Jagat?

—No he tenido tiempo de enterarme —dijo él—. Y quizá —añadió con honradez—, quizá no sea un gran lector como lo era mi abuelo. Era un filósofo a su modo, y tanto occidental como oriental. Leía inglés y francés con tanta facilidad como nuestras lenguas, de las que conocía varias. ¿Así que se ha comunicado contigo? Déjame ver lo que dice.

—Alguien hace preguntas —explicó Brooke— y otro las responde. No sé quiénes son, salvo que el que pregunta es un hombre que busca la verdad y el que responde es un sabio.

—Adelante —ordenó Jagat.

Brooke empezó a leer lenta y claramente:

Pregunta: «¿Qué es lo que me impide encontrar la paz?».

Respuesta: «El deseo».

Pregunta: «Pero yo deseo sólo la paz».

Respuesta: «Renuncia incluso a ese deseo».

Pregunta: «¿Qué es entonces lo que trae la paz a la mente?».

Respuesta: «El amor».

Pregunta: «¿Amor de quién?».

Respuesta: «¿Puedes pedirle a esa lámpara que arroje su luz aquí y no allí? ¿Para quién arde esa luz si no es para todos?».

Pregunta: «¿La paz está en el arder?».

Respuesta: «¿Está en el extinguirse de la luz? No, la paz aguarda en el corazón de la luz que arde».

Jagat escuchó con atención y luego movió desconcertado la cabeza.

—Eso no tiene ningún significado para mí. Soy un hombre nuevo en un país muy viejo.

Entonces se levantó bajo un impulso, se fue hacia ella y la abrazó.

—Estoy hambriento —susurró—. Estoy sediento. Estoy inquieto. ¡No puedo vivir así... sin ti!

—Pero yo estoy aquí —protestó ella.

—Estamos tan separados como si el lago fuese un océano —insistió Jagat—.

Miro por la ventana de noche con la esperanza de ver encendida la luz de tu habitación. Y sólo cuando se apaga me voy a dormir. ¿A dormir? No he dormido toda una noche desde que volvimos.

La apretó contra él y la besó apasionadamente en los labios. Sé oyó un rasgueo en la puerta. Se separaron de un salto. La puerta giró y apareció Rodríguez.

—¡Alteza! —dijo en voz muy alta—. Un nuevo americano está en el embarcadero. Dice que es una avanzadilla de los demás. Le han enviado para que inspeccione las habitaciones y les informe de si están listas o no.

—Tengo que ir —dijo Jagat, soliviantado.

La dejó sola en medio de la habitación. Brooke aguantó la intensa mirada de los negros ojos de Rodríguez y después cerró suavemente la puerta.

* * *

El padre Francis Paul estaba sentado ante su escritorio en su casita de los montes Aravalli. Era tarde, pero sólo por la noche tenía tiempo de trabajar en su historia. Cubría grandes hojas de papel amarillo con su letra meticulosa.

La transición de la India primitiva a la medieval vino marcada por la aparición de los clanes Rajput, de los que no se había oído hablar previamente, pero que empezaron a jugar un papel importante a partir del siglo VIII. Casi todos los reinos estaban gobernados por familias o clanes Rajput. Eran guerreros, aunque aristócratas, de diversa descendencia, en la mayoría extranjeros, quizá escitas que habían penetrado en la India durante los siglos V y VI. En tiempos antiguos, los brahmanes, o casta culta, se casaban frecuentemente con miembros de la casta guerrera de los Kshatriyas Rajput.

Se detuvo para consultar un texto que hablaba de Raziya, la hija del Sultán Iltutmish, que había sido nombrada heredera de la corona porque los hijos varones no lo merecían. «Fue una gran soberana, sagaz, justa, benéfica y culta, dispensadora de la justicia, amante de sus súbditos, una mujer de talento masculino, dotada de todos los admirables atributos y cualidades que tan necesarios son a los reyes. Pero, como en el destino de su creación no estaba escrito el ser computada entre los hombres, ¿de qué le sirvieron todas esas excelentes cualidades? Desgraciadamente, reinó sólo tres años y fue asesinada».

Hizo una pausa para reflexionar sobre el destino de esta mujer y su pensamiento fue hacia Moti. ¿Quién sabía el talento que quizá se había perdido a causa de que ella también era mujer? Claro que también cabía dentro de lo posible que sólo fuera una entre muchas. No lo sabía. Continuó escribiendo.

Hacia el siglo x, las casas Rajput reinaban no sólo en Rajputana, sino en todas las grandes ciudades del norte de la India. La lealtad de aquellos hombres no sobrepasaba los límites del clan. El orgullo de familia y su celoso temperamento hacían imposible la unión. Cuando, siglos después, árabes musulmanes y turcos vencieron fácilmente, los Rajputs se retiraron de las llanuras centrales del Indostán, pero mantuvieron a raya al enemigo. A pesar de ello, los Rajputs siguen siendo los representantes de la raza aria en la India. Son gobernantes y señores feudales, poseen la tierra pero no la cultivan. Consideran una deshonra el trabajo manual.

En aquel momento oyó que alguien llamaba a la puerta de su estudio. Levantó la cabeza y escuchó. Sí, alguien llamaba.

—Entre —dijo esperando ver aparecer un rostro *bhil*.

La puerta se abrió lentamente y surgió una cabeza. Pero no era *bhil*. Reconoció, en seguida las facciones del mayordomo goano del Maharaná.

—Entre —dijo—. ¿Qué le trae por aquí tan tarde? ¿Qué le trae por aquí, amigo?

Acercó un taburete de madera y Rodríguez se sentó en el borde del mismo, secándose el rostro con una toalla que llevaba alrededor del cuello.

—Padre —dijo—, vengo a confesarme. Ya sabe que no soy un buen católico. En Goa, nuestros amos, los portugueses, nos hablaban de Dios. A pesar de ello, hace muchos años que no me he confesado. Pero ahora me veo obligado a ello.

Se santiguó, agachó la cabeza y masculló un Ave María para convencer al sacerdote inglés de su sinceridad.

El padre Francis Paul estaba intrigado. Había observado que aquel hombre faltaba últimamente del palacio.

—¿Ha dejado usted el palacio? —preguntó.

—Me han ascendido, padre —dijo con orgullo—. Ahora soy jefe de la servidumbre del nuevo hotel. Su Alteza confía en mí para todo.

Dio un profundo suspiro y se dispuso a confesar.

—He pecado, padre, he pecado gravemente. He guardado un secreto que no soy quien para guardar. Pero ¿qué iba a hacer? Soy leal a mi amado señor, el Maharaná, como lo fui a su padre. Respeto a su familia. Estoy orgulloso de servirle. Pero hace mucho tiempo que debí venir aquí a contarle un secreto. Pero he esperado hasta verlo con mis propios ojos. No podía creerlo hasta que lo viera. Y ahora sé que es mi deber salvar a esa familia grande y honorable de un grave pecado. De otro modo, los vientos salvajes esparcirán a esa familia, los vientos del Este y el Oeste. ¿No es esto un pecado?

—No tengo ni idea de lo que quiere decir —señaló el sacerdote—. Si ha pecado usted, hable de ello concretamente.

Rodríguez carraspeó, recogió del suelo un pedacito de papel que había caído de la papelera y lo devolvió a ella.

Separó las rodillas y colocó una mano en cada una.

—He llegado a este punto —dijo—. Salvé a la familia del americano que hubiera destrozado el matrimonio de la hija del Maharaná. Sí, lo confieso, fui a ver a Raj, su prometido, y le conté que el americano estaba echando a perder a Veera.

—¿Por querer casarse con ella? —preguntó el padre Francis Paul.

—Casarse o no casarse —replicó agriamente Rodríguez—, ¿cómo podía consentirse que hubiera chiquillos pelirrojos en nuestra noble y honorable familia? Raj vino y el americano se fue.

—¿Ése es su pecado? —preguntó el sacerdote.

—No, no —dijo Rodríguez con cierta impaciencia—. Ya estoy llegando al pecado. Es éste: he sabido y me he negado a saber. He visto y me he negado a ver que hasta el mismo Maharaná podía deshonorarse. —Se inclinó hacia delante para susurrar a través de sus dientes negros y cariados—. Hace dos noches le vi llamar a la mujer americana a su despacho. Al cabo de unos minutos, cerró la puerta. Cuando la abrí, después de llamar, ¡ella estaba en sus brazos!

Hizo este anuncio con los ojos muy abiertos, y su voz descendió. El padre Francis Paul tosió.

—Quizá se trataba únicamente de una emoción repentina —dijo—. De ser algo serio, estoy seguro de que la Maharaní hubiera buscado mi consejo.

Rodríguez guardó un ominoso silencio. ¿Debía o no debía mencionar el hecho de que también la Maharaní tenía últimamente un comportamiento muy extraño? Decidió no arriesgarse a perder un posible aliado.

—La americana no se conformará con ser una concubina —dijo—. Es muy orgullosa.

—Pero ¿qué quiere que haga yo? —preguntó el padre Francis Paul.

—Padre —dijo Rodríguez, farfullando con vehemencia para convencer al sacerdote—, le ruego que aconseje a la americana. Hable con ella. Dígale que peca al meterse en casa de un hombre y dejar que la abrace, cuando ese hombre es una persona honorable, un gran príncipe, casado con una noble señora, que le ha dado un hijo. ¿Tiene ella la culpa de que su hijo haya muerto? No soy un buen católico, señor, pero no puedo ver impasible cómo ocurren estas cosas ante mis narices.

El padre Francis Paul no contestó inmediatamente. Reflexionó durante unos minutos. Luego alzó la cabeza.

—Hablaré con la americana —dijo—. Y rezaré por ella. Pero antes tengo que preguntarle si lo que usted me ha dicho es cierto.

* * *

—¿Es verdad? —preguntó el padre Francis Paul.

Se había puesto en marcha tres días después para hacerle esta pregunta a Brooke Westley. La encontró en el cuarto de estar de su «suite», supervisando la colocación

de un piano en una de las esquinas, desde donde, a través del amplio ventanal, podía ver la isla donde había estado prisionero el Shah Jehan.

—Un regalo de Su Alteza —le explicó alegremente—. ¡Una sorpresa por mi cumpleaños! Lo encargó hace meses, pero no ha llegado hasta hoy. No sabe cuánto echaba de menos un piano. Y de pronto, esta mañana los porteadores aparecieron con una caja enorme. Es un Steinway alemán de los mejores...

Se sentó antes de que él tuviera tiempo de hablar, inició una alegre melodía y la interrumpió para girar sobre el taburete del piano y mostrarle su cara resplandeciente de alegría.

—Soy tan feliz... —exclamó en voz baja.

El sacerdote reconoció aquel tono de voz. Sólo el amor, el amor correspondido, podía impregnar de una música así la voz de una mujer, podía encender aquel brillo en sus ojos. Así que formuló la pregunta.

—¿Es verdad?

—¿Es verdad qué? —preguntó ella, pero con una voz distinta, alarmada.

—Que usted y Su Alteza... que hay algo entre ustedes que no debería haber.

Brooke cerró el piano y le miró a la cara.

—¿Para qué mentirle? Nos amamos.

Se habían quedado solos. Los porteadores se habían ido y la puerta estaba cerrada. Del otro lado del lago llegaba el rítmico golpear de las lavanderas. El padre Francis Paul se sentó, repentinamente agotado. ¿Qué le podía decir a esta bella y voluntariosa mujer? ¿Qué podía decir salvo que él sabía perfectamente lo que era amar a alguien que no debía ser amado? Mucho tiempo atrás, en Inglaterra, antes de conocer a la Maharaní, antes de soñar siquiera en conocerla, se había enamorado de la esposa de su hermano mayor, una muchacha bonita y sencilla, demasiado joven para su hermano. Todavía no ordenado, vivió en la esperanza y el sufrimiento hasta que descubrió que era correspondido. Entonces, enfrentado a la necesidad de tomar una decisión, se había confesado con el abad del monasterio donde se preparaba para el sacerdocio. El anciano se había pronunciado instantáneamente.

—Hijo mío, vas a cometer un grave pecado —dijo.

Y él había gritado en la desesperación de su juventud:

—Pero ¿qué puedo hacer? Pienso en ella noche y día.

—Lo sé, lo sé —había contestado el abad—. ¿Qué hombre no conoce esa tortura? Pero el desarrollo espiritual llega únicamente cuando se observa el voto de castidad. La iglesia protestante no ha dado grandes santos.

—No veo la relación —había dicho tozudamente.

El viejo abad no había cedido en lo más mínimo.

—Hay una relación profunda a través de la plegaria y la meditación. De este modo la fuerza más poderosa del cuerpo se transmuta en energía espiritual. Y esta fuerza transmutada se almacena en el cerebro. Ha sido elevada de lo más bajo a lo más alto. El anhelo de divinidad, la atracción divina, hace que los pescadores de

Galilea tiren sus redes y que los príncipes del clan de Shagia regalen sus ropas, sus joyas, sus Estados...

—Entonces, ¿el cuerpo es un enemigo?

—El cuerpo no es ningún enemigo —había replicado el abad—. La castidad es un disciplinar la voluntad. Como lo es el ayuno. Un voto no mantenido hace más mal que bien. La espiritualidad trae consigo la vida, el poder, la alegría, el fuego, el resplandor, el entusiasmo, todas las cualidades bellas y positivas, nunca la debilidad o la tristeza.

Aquellas palabras habían penetrado en su joven cerebro y, reconfortado, había dejado Inglaterra para siempre. Y lo que aprendió entonces lo había aprendido para siempre, a pesar de la Maharaní. Y ahora tenía los recursos de su consagración a Dios, cosa que no tenía Brooke. Tampoco podía infundírselos. Ella tenía que encontrarlos por sí misma, quizá crearlos.

—Hija mía —dijo—, no puedo decirle que no ame a ese hombre, digno de ser amado. Únicamente puedo pedirle que le ame todavía más.

—Eso es imposible —dijo ella.

—¿Qué intenciones tiene? —preguntó él.

—No lo sé. Sólo sé que algún día tomaremos una decisión, pero no ahora. Espera un grupo numeroso de huéspedes para mañana. Quizá cuando se hayan marchado...

—Pero ¿y usted, qué piensa hacer usted?

—Haré lo que él me pida que haga —replicó ella.

—Yo le pido un amor todavía mayor —insistió el sacerdote con tozudez.

—No conozco un amor mayor.

—Entonces debo enseñárselo —dijo él.

Apretó los labios, cerró los ojos, y rezó mentalmente en busca de guía. Después, abriendo los ojos y fijando en ella una mirada llena de serenidad, empezó a hablar:

—Estoy seguro de que él la ama tanto como usted a él. Por tanto, él hará cualquier cosa que usted le pida. En eso consiste el verdadero amor entre un hombre y una mujer. Yo no le daré ningún consejo que vaya más allá de este punto. Al fin y al cabo, yo no soy quien para decidir nada, pues sus vidas son suyas, y deben hacer de ellas lo que deseen. Me limitaré a hablarle de él.

—Ya le conozco —dijo Brooke interrumpiéndole.

—Le conoce como mujer —corrigió el sacerdote—. Yo le conozco como sacerdote y como hombre. Le conozco como dirigente de su pueblo. Sí, sigue siendo el que rige sus vidas. A pesar del nuevo gobierno, su pueblo sigue mirando hacia él.

—Pero yo no soy responsable de ellos —dijo Brooke.

Sentía que una rebelión nueva y extraña surgía en su espíritu, una desconfianza tan vaga que no podía definirla. Sintió miedo, como si el sacerdote estuviese a punto de hierla en la parte más sensible de su ser.

—Muy justo —dijo él—. Usted no es responsable de su pueblo. Usted es responsable únicamente de su felicidad, puesto que le ama. Mas para que él pueda ser

feliz, usted tiene que saber cuáles son sus sueños.

—Conozco sus sueños —dijo ella rápidamente.

El padre Francis Paul levantó la mano derecha pidiendo silencio.

—Sólo algunos... los que están en relación con usted. Pero un hombre tiene otros sueños, sus propios sueños, completamente independientes de cualquier mujer, incluso de la mujer que ama. Admito que ustedes se aman, admito todo lo que usted quiera, pido únicamente que tenga en cuenta sus otros sueños.

—No sé de qué está hablando —dijo Brooke en tono muy bajo.

El padre Francis Paul continuó con voz clara y tajante:

—Me perdonará por ser lo bastante egoísta para empezar con mis *bhils*. Hay miles de *bhils* cuya única esperanza de supervivencia es Su Alteza. Su problema es la pobreza. Sí, ya sé que es al gobierno central a quien corresponde mirar por ellos, pero Su Alteza debe incluirlos también en sus sueños. Los gobiernos no sueñan, realizan los sueños de otros. Por tanto, él es quien debe soñar en casas para que vivan en ellas los *bhils*, él es quien debe soñar en mejores métodos agrícolas y en talleres aldeanos que les den trabajo. ¡Sólo tienen dos hospitales para un millón de personas! Y escuelas... necesitan muchas escuelas. Pero, sobre todo, necesitan agua... pozos profundos y canales de riego. Ésos deben ser los sueños de Su Alteza. Él tiene que luchar por los *bhils*, Miss Westley. Nadie más puede hacerlo.

—Algún otro puede hacerlo —dijo ella resistiéndose.

El padre Francis Paul ignoró estas palabras.

—Pero no basta con soñar en beneficios materiales. Hay sueños más elevados. La pobreza engendra la suciedad, la ignorancia y la inmoralidad. Mis *bhils* necesitan ayuda para convertirse en gentes buenas. Hay muchos *bhils* buenos, pero debe haber muchos más. Ciertamente que esos sueños elevados han de asentarse en el progreso material. Mire las minas, por ejemplo. En los últimos diez años se han producido mejoras importantes, pero necesitamos muchas más y mucho más rápidamente. Este Estado tiene una extraordinaria riqueza minera. Y, sin embargo, la gente se muere de hambre. Hay mármol por todas partes, pero al lado del mármol hay...

Enumeró los minerales contando con sus dedos largos y pálidos.

—Tungsteno, manganeso, mica, asbestos, berilio, calcita, bentonita, yesos, esmeraldas, grafito, aljez, granates, arena para vidrios, plomo y plata, hierro, fluorita, caliza para cementos, galactita, cianita, calcita, cinc, lignito...

—Por favor, ahórreme el resto —interrumpió ella.

Él se echó a reír.

—¡Tantos sueños que esperan su realización!

—No creo que él sueñe esas cosas —declaró Brooke.

—Él las ha soñado —insistió el padre Francis Paul—. Y si alguno no se le ha ocurrido, ya llenaré yo el vacío.

Brooke intentó reír a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—¡Pensaba que los sacerdotes sólo tenían que salvar almas!

—Ahí está su error. Los sacerdotes somos muy prácticos. Sabemos que es preciso salvar primero el cuerpo.

Estudió su bello rostro que expresaba rebeldía.

—No me opondré a que realice todos esos sueños —dijo Brooke al fin—. En realidad, los apruebo. Le ayudaré.

—Ah, ¿y qué mejor ayuda que abandonarle? ¿Que no destruir su vida familiar, que no destruir su papel de jefe natural de su pueblo, porque su pueblo deje de respetarle?

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, no —susurró.

Pero él se mostraba infatigable.

—Porque no es él solo quien debe soñar. El pueblo tiene que soñar también. Tienen que creerle grande y bueno. Tienen que confiar en él. Tienen que estar seguros de que él se ha consagrado a ellos. Entonces se sentirán felices porque tendrán una esperanza. Pero si usted se queda aquí, dejarán de creer en él. ¿Y cree usted que él puede ser feliz sin la confianza de su pueblo? La energía le abandonará, esa fuerza misteriosa que confiere a un hombre el poder de atracción que sólo posee la divinidad. «Y yo, si soy elegido —dijo en cierta ocasión el Salvador del pueblo—. Yo, si soy elegido, atraeré a todos los hombres hacia mí».

—Oh, no —gimió Brooke tras sus manos juntas—, ¡no, no... no!

El padre Francis Paul había dicho todo lo que tenía que decir, o casi todo. Se acercó a ella y puso una mano sobre su cabeza.

—La bendigo, hija mía. La dejo con mis bendiciones. Que la paz sea contigo.

Y salió de la habitación para volver a sus montañas.

* * *

Brooke no pudo dormir en toda la noche. Al día siguiente no vio a Jagat ni siquiera para darle las gracias por el piano. Él estaba muy ocupado con los arreglos de última hora y sufrió una verdadera tortura hasta que pudo llamar a su puerta. Ella oyó su llamada y la puerta se abrió, pero él no entró. En lugar de eso, asomó la cabeza y paseó la mirada por la habitación.

—¿Ha llegado un regalo...?

—Sí, sí, sí —exclamó ella—. Está aquí. He estado tocando. Esperaba que vinieras para darte las gracias.

Jagat entró en la habitación, cerró la puerta, se recostó contra ella y la abrazó.

—No puedo quedarme ni un minuto. Rodríguez anda distraído con todo este jaleo. Tengo que vigilarlo todo hasta que lleguen los huéspedes. Ya tienen la cena preparada. ¿No te has vestido?

—¿Tengo que estar presente? No me lo habías dicho.

—¡Pues claro, por supuesto que sí! Ponte un traje largo, ese verde y plata. Serás

el huésped más agasajado, nuestro primer huésped. Y además tu presencia me dará valor, cariño...

Estaba tan guapo, tan alegre, tan lleno de entusiasmo, que sintió un profundo resentimiento contra el padre Francis Paul. Ésta ya no era la vieja India, la India de las antiguas tradiciones. Era una India nueva y joven, dirigida por hombres como éste. Las viejas costumbres estaban muertas, las viejas lealtades no servían para nada... una India nueva.

Se oyó una súbita conmoción en el vestíbulo, estruendosas carcajadas americanas, frescas voces americanas.

Él la soltó.

—¡Rápido, rápido! —gritó y se fue.

Contagiada por su excitación, Brooke se arregló a toda prisa para la velada, entró y salió de la ducha, se peinó su larga y brillante cabellera, se dio unos ligeros toques de maquillaje, y se puso un brazaletes y unos pendientes indios. Fue al vestíbulo y vio un alegre grupo de gente, americanos, todos gritando, o así lo parecía por el ruido de sus voces, ante la belleza de que se encontraban rodeados.

—Oh, mira, todo es de mármol, los suelos...

—Esa pintura está sobre mármol.

—¿Qué es, una especie de diosa?

—¿Es un pájaro eso que se ha metido volando en el candelabro?

—¿Viste los monos grises en el aeropuerto? ¡Corriendo entre las piernas de la gente! Son graciosos...

Permaneció apartada al principio. Hacía tanto tiempo que había dejado su país que ahora se sentía como una extraña entre su propia gente. No, no era sólo cuestión de tiempo, era algo más... El amor de Jagat, un indio, la había convertido en parte de la India. El pueblo de Jagat era su pueblo, y para siempre. Permaneció apartada, observando, esperando, y sintiendo que se apoderaba de ella un absurdo terror. Eran extranjeros. ¡Si ella dejaba a Jagat, tendría que vivir entre extranjeros! Nunca le dejaría, a menos que quisiera perderse. Ella tenía que quedarse a su lado a cualquier precio, pues no tendría el valor de vivir sin él. ¿Cómo introducirse en aquel grupo?

Mientras pensaba esto, un hombre se acercó a ella. Era mayor que Brooke, pero todavía joven, un joven de pelo rubio y ojos oscuros, muy guapo, no demasiado alto, pero sí más que ella, y de constitución fuerte.

—Miss Westley —dijo afablemente con la mano extendida—, llevo tanto tiempo esperando este momento... No sabía dónde vivía, ni siquiera si había salido o no de América hasta que me escribió Bert Osgood.

Ella le estrechó la mano.

—Pero ¿nos hemos visto alguna vez? —preguntó, extrañada.

—Ah, sí —dijo él—. Nos hemos conocido a través de su abuela. Ella fue una gran amiga mía. Me llamo Jerome Burnett.

—Entonces usted debe ser uno de los hombres que ella amó —dijo Brooke

lentamente, examinando con atención aquel rostro.

—Sí —dijo él con sencillez.

* * *

Durante toda aquella semana inacabable, en la que cada día se prolongaba más de lo que ella podía soportar, raras veces vio de lejos a Jagat, cuando iba o venía por el lago. Se encontró perdida en largos períodos de tiempo, en los que no tenía ninguna esperanza de reunirse con él o al menos oír su voz. Una vez, a mediados de semana, él se detuvo para explicarle algo. Estaban en un pasillo, y ella, prolongando inexplicablemente aquel encuentro, le cogió de la mano. Él se detuvo al instante.

—Querida —susurró—, debes perdonarme. Estos americanos... ¡necesitan tantas cosas! Pero todo va bien, ¿verdad?

—Maravillosamente bien —dijo ella aferrándose a su mano.

Pero se dio cuenta de que él estaba violento. Miraba continuamente al extremo del corredor y ella retiró su mano.

—Y no son sólo los americanos —continuó Jagat—. A los *panchayats* de las aldeas se les ha ocurrido reunirse esta semana, precisamente esta semana. Hasta ahora esos ancianos se habían contentado con pedir la construcción de escuelas, si lo pedían, o cuidar que el agua potable de los pozos se mantuviera limpia, las carreteras transitables y otras pequeñas tareas por el estilo. Pero ahora, de pronto, tienen muchos proyectos. Hablan de autonomía, de levantar industrias, de más escuelas, de no seguir pobres e ignorantes. ¿De dónde les habrán venido esas ideas en este momento?

Ella sospechaba de alguien. ¡El padre Francis Paul, por supuesto!

—¿Y eso te hace feliz? —preguntó.

—Ésos son también mis sueños —dijo con sinceridad.

Acarició la mano de Brooke, la soltó, sonrió y siguió a toda prisa su camino.

Ella caminó lentamente y sola hasta llegar al parapeto de mármol que dominaba el lago. Se sentó allí y le vio meterse en la motora que utilizaba para ir de su despacho del palacio viejo al que ahora tenía en el hotel. Brooke le saludó agitando la mano, pero él no la vio. Observó en la otra orilla a un grupo de aldeanos que le esperaban. Siguió mirando hasta que puso pie en tierra y se perdió entre ellos. Entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre y vio a Jerome Burnett que se acercaba.

—Llevo todo el día esperando una oportunidad para hablar con usted sobre su abuela —dijo sentándose a su lado—. ¡Qué suerte encontrarla aquí sola! Qué jaleo arman todos esos americanos, ¿verdad? Nos hemos enamorado de este lugar. Tengo que reconocer que el Príncipe ha hecho un trabajo excelente. Los detalles son perfectos. Naturalmente, la cocina mejorará. Resulta algo pesada ahora con tanto «curry» y tanto «chutney», pero ya cambiará. Le he sugerido un chef americano

aparte de los cocineros indios.

—Hábleme de mi abuela —dijo Brooke.

—Sí, claro. En cierto modo estoy en deuda con ella. Murió tan repentinamente que no tuve tiempo de pagársela personalmente, y por eso la he estado buscando a usted desde entonces, aunque de una forma poco sistemática. Sé que es usted su única heredera... ¡oh, Dios, no es lo que parece! No, tengo toneladas de dinero... no, no, quiero decir que al parecer ella no tenía más familia que usted. Solía hablarme de su nieta, pero nunca me la presentó. Yo tampoco me preocupé por ello... ¡vaya, ya estoy empleando otra vez palabras absolutamente inadecuadas! ¡Lo que quiero decir es que estaba tan enamorado de ella que no me importaba no conocer a otra mujer fuera cual fuese su edad!

—¿Estaba usted enamorado de mi abuela?

—¡Desde luego! ¡Y no se extrañe tanto! Ella era la mujer más bella y fascinante que he conocido y nunca la olvidaré. La quería con locura. Me hubiera casado con ella al momento, sin importarme nuestra diferencia de edad, pero nunca tuve el valor suficiente para abordar el tema del matrimonio con ella. Seguramente se habría echado a reír. Y eso me hubiera resultado insoportable.

—Ella no se hubiera reído —afirmó Brooke.

—¿No? Bien, pues entonces perdí mi oportunidad. Si ella hubiese levantado un dedo, me habría convertido automáticamente en su amante. Pero no lo levantó, y tuve que conformarme con adorarla y adorarla hasta este mismo instante. Me pregunto si ella lo sabía.

—Lo sabía —dijo Brooke.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Ella me habló... del amor.

—Santo cielo —exclamó él en voz baja.

Miró el agua en silencio. Brooke guardó silencio también mirando de vez en cuando aquel rostro pensativo.

—¿Estaba equivocada? —preguntó Brooke al fin—. ¿Sería mejor ahora si ella hubiese levantado el dedo o hubiese hablado de matrimonio?

Los ojos de Jerome se posaron en su rostro. Brooke comprendió que estaba buscando su propia alma.

—No —dijo al fin—, no lo creo. Pienso que tenía razón al actuar así.

—¿Por qué?

Él se llevó la mano a la boca, reflexionando antes de hablar.

—Eso me pregunto yo. Si ella hubiera... pero no, era demasiado inteligente. Sabía que yo la necesitaba entonces. Que necesitaba adorar, que necesitaba creer en la bondad pura de alguien. No puedo explicárselo completamente ahora, pero quizá algún día, cuando nos conozcamos mejor... ¿sabe?, tuve desengaños terribles... con ciertas personas, quiero decir. Mi madre, en quien confiaba, se fue de pronto con otro hombre, y mi padre... se pegó un tiro. Yo era la persona más solitaria de este mundo,

porque los quería mucho a los dos y nunca supe que... no eran felices. Y entonces la conocí a ella, alguien en quien podía confiar y a quien podía adorar. Y si aquel ídolo también hubiera caído por tierra entonces, creo que no hubiese podido soportarlo. Pero no cayó. Me trataba con delicadeza y supongo que comprendió que necesitaba desesperadamente soñar. No sé cómo explicarlo.

—Odio las explicaciones —dijo Brooke—. O uno o los dos desconocen siempre el significado. O los dos se entienden, o no hay posibilidad de entendimiento.

Él la miró como si la viera por primera vez.

—¡Eso es justamente lo que ella hubiera dicho!

—Por eso cuando usted se vaya de aquí —dijo Brooke tan lentamente que tuvo la impresión de que alguien la obligaba a hablar—, cuando usted se vaya de aquí —repitió—, creo que yo también me iré, de vuelta a América, quiero decir. Empiezo a comprender que, después de todo, no pertenezco a este lugar. Lo amo y siempre lo amaré, pero no pertenezco a él, y si me quedo perderé mi amor. Tampoco yo sé cómo explicarlo...

—No importa —dijo él—. Ella nunca se explicaba. Por eso la amé siempre, y todavía la amo, aunque sus huesos no sean ya más que polvo.

La miró como si no la hubiese visto antes. Luego habló, lentamente, sopesando las palabras.

—Es extraño... usted me la recuerda. Pero no se parece a ella. Tengo la impresión de que es usted como ella... por dentro, quiero decir.

—Nunca la conocí realmente... —confesó Brooke.

—La comprendo —dijo asintiendo con la cabeza—. Yo era demasiado joven, demasiado... pero, por alguna razón, el amarla hizo de mí un hombre.

—Ahora soy yo quien comprende —contestó Brooke. Pensó en la posibilidad de decirle que ella también conocía el poder del amor, pues el amor había hecho de ella una mujer. Pero no... era demasiado pronto. Quizá más adelante, en otro país que no fuera éste, ella podría explicárselo, aunque, en general, desconfiaba de las explicaciones. Era mejor el silencio, por lo menos en este momento de su vida.

* * *

Y como desconfiaba de las explicaciones, no dejó ninguna tras ella. Una mañana, varios días después —un día que era para ella como cualquier otro—, se limitó a escribir a Jagat una breve carta que selló con lacre para que nadie más pudiera leerla. Dentro iban unas líneas que, si él las entendía, los mantendría unidos a través del mundo, y si no, le harían seguir siendo lo que había sido, una simpatía, una simpatía entre ellos, el Este y el Oeste.

Cuando ya no esté aquí —escribió—, deseo que busques a cierto niño de la aldea que está justo al sur de la ciudad. Yo lo descubrí un día y escogió la

garra de tigre. Todavía la tiene. Le reconocerás. Tiene unos nueve meses. ¿No fue hace nueve meses cuando mataron a tu hijo?

En cuanto a mí, conservo la alegría de que nadie podrá recibir de mí el regalo que te hice, mi virginidad, y que tú recibiste como un príncipe. Sólo tú, en toda mi vida, serás ese príncipe.

Se detuvo, e inexplicablemente, o así se lo pareció a ella, acudió a su mente la muchacha griega que se había ahorcado hacía tanto tiempo... por amor, indudablemente por amor, ¿quizá un amor del que había sido separada? ¿Quién podía saber el final de esa historia, de cualquier historia? Y escribió apresuradamente:

El amor arde para siempre. Y la paz espera en el corazón de la luz que arde.

* * *

—Pero ¿por qué? —gimió Jagat—. ¿Qué he hecho yo para que ella me abandone?

Había hecho planes para construir nuevas escuelas en las aldeas *bhils*, y el padre Francis Paul había sugerido algunas mejoras aquí y allá.

—Muy interesante, Alteza —había dicho—. Cuando vuelva *Miss Westley*...

—¿Es que va a volver? —había preguntado Jagat, muy excitado.

—¿No vuelve?

Jagat alzó sus manos con desesperación.

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Y si no vuelve? —preguntó suavemente el sacerdote.

—Si no vuelve —dijo Jagat con decisión—, me consagraré a mi pueblo, me olvidaré de mí mismo.

Los dos hombres se miraron, uno preguntándose qué sabía aquel sacerdote, si es que sabía algo, y el otro pensando qué debía decirle, si es que debía decirle algo. Ambos decidieron dejar las cosas como estaban.

El padre Francis Paul se levantó.

—Entonces, si eso es todo, Alteza...

—No sé qué más puede haber —dijo Jagat—. Seguiré adelante con los planes y los convertiré en una realidad.

—Sueños —dijo el padre Francis Paul.

Jagat alzó las cejas preguntando qué significaba aquello y el sacerdote continuó:

—Su próxima etapa es el sueño y la visión, ¿no es cierto, Alteza?

—No lo sé —dijo Jagat, y después se echó a reír con una nota de amargura—. Al parecer, sólo soy capaz de decir eso estos días: ¡No lo sé!

Aproximadamente un mes después, mientras visitaba una aldea al sur de la

ciudad, vio una mujer que se acercaba por el polvoriento sendero procedente de un pozo de agua potable. No llevaba el cántaro de latón sobre la cabeza, sino apoyado en la cadera izquierda. Con la mano derecha sostenía una gigantesca bandeja de mimbre que reposaba sobre su cabeza. En ella iba sentado un niño pequeño, con las piernas cruzadas como un diminuto Buda. La mujer era joven y fuerte. Sonreía, el tostado rostro al sol, el pelo anaranjado por el polvo del desierto. Vestía la típica falda larga de las aldeanas rajasthaníes, pero la había bordado con brillantes colores. Jagat se hizo a un lado para dejarla pasar, y entonces el niño giró la cabeza, le vio y se echó a reír descubriendo unos diente-cillos muy blancos.

La mujer, sorprendida, se detuvo en seco, con los pies clavados en el polvo.

—¿Conoce a mi hijo, Alteza?

—¿Qué lleva en la mano? —preguntó Jagat.

—Una garra de tigre que le dio una señora extranjera.

—¿Y cómo es que le dio semejante cosa?

—A decir verdad, él la escogió. La señora le ofreció también un pequeño elefante blanco y un pequeño mono de piedra roja. Pero mi hijo eligió la garra de tigre y no consiente en que se la quiten ni siquiera cuando duerme.

Mientras hablaba miraba sorprendida el rostro de Jagat. Tenía una extraña expresión, medio temerosa, medio sonriente.

—¿Ha visto antes a mi hijo, Alteza? —preguntó la mujer.

Crédulo e incrédulo al mismo tiempo, Jagat suspiró profundamente.

—No lo sé —dijo y, crédulo e incrédulo, siguió su camino.

FIN



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.